POR LA AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

ALYSON RICHMAN
SHAUNNA J. EDWARDS

Las recolectoras de hilos

INCLUSO LAS REDES MÁS DELICADAS
SON CAPACES DE SALVARNOS



POR LA AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

ALYSON RICHMAN

SHAUNNA J. EDWARDS

Las recolectoras de hilos

INCLUSO LAS REDES MÁS DELICADAS SON CAPACES DE SALVARNOS



POR LA AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

ALYSON RICHMAN

SHAUNNA J. EDWARDS

Las recolectoras de hilos

ALYSON RICHMAN
Y SHAUNNA J. EDWARDS

LAS RECOLECTORAS DE HILOS

Índice

Para mi Stella original y mi futuro Wade.
Shaunna J. Edwards

Para mi familia, que me llenan de amor e historias.
Alyson Richman

Si no sabes a dónde te diriges,
debes saber de dónde vienes.

Proverbio gullah geechee

Parte I

1

Nueva Orleans, Luisiana
Marzo de 1863

Stella abre la puerta de la cabaña criolla lo suficiente para asegurarse de que en verdad es él. Afuera, la luna brilla en lo más alto del cielo e ilumina la mitad del rostro de William. Ella lo toma del abrigo y lo lleva hacia adentro.

Está vestido para huir. Trae puesta su ropa buena, pero ha elegido el atuendo con cuidado para que los colores se mezclen con la naturaleza que rodea la ciudad. En sus manos tiene una bolsa de tela marrón. Durante sus encuentros secretos, sólo se han atrevido a susurrar sobre el anhelo de alistarse. De huir. La ciudad de Nueva Orleans se encuentra al borde del caos, apenas contenido por las fuerzas de la Unión que han tomado las calles. Muchas de las casas han sido abandonadas y varios de los negocios tienen tablas sobre las ventanas. El dueño de Stella regresa del frente de guerra cada seis semanas y, con cada visita, su cansancio, amargura y resentimiento se acrecientan.

William deja la bolsa en el suelo para abrazar a Stella contra su pecho, siente que el corazón se le acelera. Con un dedo recorre el contorno de su cara, intentando memorizarla una última vez.

—Quédate aquí, pase lo que pase —le susurra al oído—. Tienes que mantenerte a salvo. Para una mujer como tú, es mejor quedarse escondida y no aventurarse allá afuera.

Sus ojos brillan en la sombra, pero ella echa la cabeza hacia atrás y no deja que las lágrimas caigan, un arte que le enseñaron hace mucho tiempo cuando aprendió que la supervivencia, y no la felicidad, era lo que verdaderamente importaba.

Stella se aleja de William por un momento y se mueve en silencio hacia un pequeño estante de madera. Toma del cajón superior un delicado pañuelo bordado con una sola violeta en el centro. Hay escasez de materiales en la ciudad, por lo que tuvo que usar el hilo azul del dobladillo de su falda para bordar la pequeña flor en la vastedad del algodón blanco que recortó de su enagua.

—Para que recuerdes que nunca estarás solo —le dice mientras cierra los dedos de William sobre el pañuelo.

Él también le ha traído algo. De una bolsita color índigo marcada por el uso, saca una concha de cauri, pequeña y moteada. La concha y la bolsa son sus posesiones más sagradas. Se guarda la bolsa, ahora vacía, en su bolsillo.

—Voy a regresar por esto, Stella. —William sonríe al ver el talismán en las manos de su amada—. Y por ti también… Todo va a ser diferente pronto.

Stella asiente, toma la concha y percibe los suaves contornos sobre su palma. Hubo un tiempo en que los cauríes eran una moneda entre su gente, intercambiaban caracolas ensartadas en hilo por mercancías valiosas. Ahora, este cauri es desechable e invaluable, pues se intercambia entre los amantes como un símbolo de protección.

No hay relojes en su pequeña casa. William tampoco lleva puesto uno. Aun así, ambos saben que ya se han demorado demasiado. Debe partir antes de que el sol siquiera anuncie su salida, incluso así su viaje estará repleto de peligro.

—Ve, William —le dice, apurándolo hacia la puerta. El corazón se le rompe, pues sabe que la única protección que puede ofrecerle es un simple pañuelo. Su amor bordado a mano.

Se va con el mismo sigilo con el que llegó, como un suspiro en la noche. Stella regresa a la sombra de la cabaña. Camina en silencio hacia su habitación, deseando envolverse en la cobija que tanta paz le trae.

—¿Estás bien? —Una voz callada emerge de la oscuridad.

—¿Ammanee? —La voz de Stella se quiebra al decir su nombre.

—Sí, aquí estoy. —Ammanee entra a la habitación sosteniendo una pequeña vela que ilumina su rostro.

A la luz áurea, se sienta en la cama y toma la mano en la que Stella sujeta la diminuta caracola que deja una marca en su palma.

—Willie es fuerte —le repite Ammanee una y otra vez—. Lo va a lograr. Lo sé.

Stella no responde. Siente una punzada de dolor en su interior y, finalmente, deja que sus lágrimas corran.

2

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana

Los dieciséis kilómetros de Nueva Orleans al campamento militar, ubicado entre el lago Pontchartrain y el río, fueron largos y traicioneros. William evitó los caminos y senderos a toda costa, fueran ya de terracería o estuvieran pavimentados. No sabía en qué momento su amo descubriría que había huido, pero estaba al tanto de los cazadores de esclavos que acampaban a las afueras de la ciudad.

Cualquier hombre que fuera capturado sufriría graves consecuencias. Azotes que desgarraban la piel de la espalda. Fierros ardientes con el diseño de una flor de lis, cuya marca designaba al portador como no confiable. Y para aquellos con dueños particularmente despiadados —y con esclavos de sobra—, el castigo era ser empapado en queroseno y quemado. Las llamas y los gritos servían como recordatorio para el resto de los esclavos en la plantación: intentar escapar no valía la pena.

Tomó la ruta que Stella le había sugerido, primero, a través de los pantanos; luego, rodeando los *bayous* . Atravesó ciénagas y humedales antes de llegar a terreno más elevado. Las raíces anudadas de los cipreses calvos y los tupelos acuáticos se escondían bajo la superficie turbia del agua en las cañadas, haciendo que William tropezara incontables veces.

Casi lo habían descubierto tres veces desde que dejó la cabaña de Stella, pero siguió corriendo. La voz de ella en su cabeza lo llamaba a moverse. El espíritu de su madre también lo alentaba a seguir, cada paso hacia la libertad era una afrenta contra aquéllos que le habían robado su canción. Una hora antes de que amaneciera, el sonido de

perros ladrando a su alrededor lo estremeció. Se arrojó al agua maloliente esperando despistar a los sabuesos y permaneció ahí, temblando, hasta que finalmente la brigada se alejó.

Llegó al campamento de reclutas con el alba y encontró una fila de cientos de hombres, todos listos para unirse a la causa de la Unión. Algunos habían viajado durante días, escondidos en callejones o arriesgándose por campos abiertos, lo que implicaba un peligro mayor. Al igual que William, todos habían tenido que burlar mercenarios cuya única misión era darles una golpiza, encadenarlos y llevarlos de regreso con sus dueños, quienes siempre ofrecían una recompensa generosa.

Frente a William había un hombre descalzo, los bordes de su pantalón no eran más que tela rasgada. Con los dedos apretados a los costados, caminó despacio hacia la carpa médica, dejando un rastro de sangre con cada paso. La tierra, seca y sedienta de humedad, se bebía las huellas del hombre casi de inmediato, sólo para ser reemplazada por otra.

—¡El que sigue! —En la entrada a la carpa, un soldado de la Unión le indicó a otro hombre que pasara.

William bajó la mirada a sus propios pies. Sus zapatos de cuero de becerro, empapados y manchados por el sudor, no eran los típicos zapatos de un contrabandista huyendo de la esclavitud. Sus pantalones de sarga estaban rasgados de un lado. Su chaqueta de lana se había abierto en el codo y, en algún lugar entre Nueva Orleans y el condado Jefferson, había perdido su sombrero. A pesar de su viaje lancinante, sus zapatos, por algún milagro, estaban intactos.

Dentro de su chaqueta, en el bolsillo de su chaleco, encontró el pañuelo que Stella había bordado. Con sus dedos, rozó en secreto la pequeña flor azul que ella había cosido con esmero. Incluso ahora, rodeado por el olor a muerte y podredumbre, el zumbar de las moscas y un hambre intensa, el recuerdo de Stella lo acompañaba. Se llevó el pañuelo a su nariz y respiró profundo, buscando con desesperación los últimos indicios de su aroma. William sabía que la respiración no siempre venía de los pulmones, sino que también podía nacer del corazón y de la mente, dándole vida al cuerpo cuando más la necesitaba.

En una esquina de la carpa, en la que le pidieron a William que se desvistiera, Jacob Kling estaba sentado tras una gruesa carpeta de registro. Sus rizos oscuros se asomaban por debajo de su gorra militar y su dedo índice estaba manchado de tinta mientras registraba las observaciones clínicas del médico general sobre el recluta anterior:

«Veintidós años. Negro. Un metro setenta y cinco. Peso, ochenta kilos. A pesar de una herida superficial en el pie izquierdo, tiene un espíritu determinado y sólido. Calificado para servicio militar».

El doctor había sido cuidadoso con sus palabras cuando Jacob llegó por primera vez a la tienda para asistirlo en la toma de notas.

—Es una situación lamentable. No podemos aceptar a cualquier hombre que quiera unirse, sin importar la distancia que haya recorrido para llegar hasta aquí —le explicaba mientras abría su maletín de cuero negro para sacar sus instrumentos y organizarlos sobre la mesa—. El ejército me ha pedido que separe a los fuertes de los débiles. Renuncié a preguntarme si un hombre es fugitivo o no —comentó el doctor, haciendo hincapié en lo inútil que era separar a los que habían sido emancipados hace poco de los que habían huido de la esclavitud—. Recuerde, estos hombres no blandirán mosquetes, llevarán palas, picos y azadones. Sólo podemos recibir a quienes carezcan de defectos corporales y cuenten con el sentido común necesario para seguir órdenes. —Se aclaró la garganta y acarició su barba color ceniza—. En otras palabras, soldado Kling, mi trabajo no es complicado: no se trata de escoger a quienes sean buenos en todos los sentidos, sino de rechazar a quien sin lugar a duda carezca de aptitud.

El médico siempre comenzaba su exploración con la cabeza de los candidatos, sus oídos y ojos, para luego inspeccionar sus dientes, cuello y pecho. También revisaba minuciosamente las manos y pies. Más temprano durante esa mañana, tanto el doctor como Jacob se estremecieron cuando un hombre joven se quitó la camisa y reveló una capa de tejido cicatricial que cubría su espalda. El hombre intentó levantar sus brazos por encima de la cabeza, pero las dolorosas cicatrices limitaban su movilidad. Sólo pudo alzar los brazos hasta la mitad, sus manos apenas alcanzaron el nivel de sus oídos.

Ahora, mientras William entraba a la carpa, el doctor se ajustaba las gafas. Miró a William, sus zapatos, la ropa que había sido elegante alguna vez.

—No se quede ahí esperando… Desvístase para que pueda examinarlo.

William dejó su saco en el suelo, se quitó la chaqueta y comenzó a desabotonar su chaleco y camisa. Él sabía que era más delgado que la mayoría de los hombres haciendo fila. Como nunca había trabajado en el campo, su cuerpo no había desarrollado los gruesos músculos que tenían los otros esclavos. Por el contrario, a los seis años lo habían arrebatado del lado de su madre y lo habían enviado a la casa

principal para volverse el entretenimiento de la esposa del amo, gracias al talento que, en ese entonces, comenzaba a desarrollar.

—Corazón y pulmones bien —dijo el doctor al colocar su estetoscopio sobre el pecho de William—. Esbelto, calificado para el servicio. Inusual la falta de callos —murmuró para sí mismo al examinar sus palmas—. ¿Algún talento?

—Músico, señor —respondió William en voz baja, pero el doctor ya no estaba escuchando.

3

La palabra «músico» despertó la atención del joven soldado raso. Jacob Kling levantó la mirada de su registro y bajó su pluma. Sabía que no debía hablar durante los exámenes, pero las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—¿Qué instrumento?

William parpadeó.

—Toco la flauta, señor.

Jacob sintió que se disipaba la neblina de los últimos tres días. Por un momento, no era sólo el asistente de bajo rango que ayudaba al médico general con el registro de reclutas negros, sino un músico transportado hacia atrás en el tiempo, rodeado por sus compañeros de banda, con los dedos fijos sobre las válvulas de su corneta, llenando el aire con música mientras agitaban el espíritu de la tropa marchando hacia la batalla. Ese recuerdo lo llevó más atrás incluso, hacia sus primeros días con Lily, su amada esposa, con quien encontró la pasión a través de su amor mutuo por la melodía.

Jacob Kling compraba sus partituras en un solo lugar de Nueva York: la tienda Musical Kahn, sobre la Quinta Avenida. No era sólo porque fuera la tienda más grande de su tipo. O porque Arthur Kahn, un inmigrante judío-alemán, hubiera construido su imperio desde un almacén en Brooklyn, imprimiendo miles de partituras que se distribuían por toda la Costa Este; sino que Jacob visitaba la tienda porque sabía que si calculaba bien sus tiempos —un habilidad que como músico era ya un talento innato— vería a la hermosa Lily Kahn, con su cabello rojizo y su sonrisa radiante, salir de la oficina trasera.

La primera vez que la vio, pensó que estaba visitando a su padre. No tenía idea de que, detrás de las cortinas negras de terciopelo al

otro lado del mostrador, bajando una escalera angosta, en una bodega mal iluminada, varias mujeres se congregaban en secreto. Lo sabría hasta después, una tarde en la que, finalmente, logró capturar la atención de Lily al dirigirse a la parte trasera del negocio.

Jacob había ideado un plan. Con un brazo lleno de partituras dejó caer una página de sus manos mientras Lily entraba al salón principal. La hoja impresa cayó a solo unos centímetros de su falda.

—Se le cayó algo —entonó con una sonrisa felina en sus labios. Se agachó para recoger el papel—. ¿*Gentle Annie* ? —exclamó—. Veo que es usted un romántico…

Sus palabras eran atrevidas; su atención no se desvió. Jacob notó un brillo en sus ojos verdes que destelló como un relámpago.

—¿Cómo no serlo? —respondió. Al tomar la partitura, rozó la suave piel de su mano con el dedo—. Sin el ritmo del corazón, no tendríamos música, sólo ruido.

Lily inclinó la cabeza hacia atrás para evaluarlo.

—¿Qué instrumento toca? —le preguntó con evidente curiosidad —. ¿Es acaso un hombre de alientos?

—Así es —asintió Jacob con orgullo—. La trompeta y la corneta.

—Yo toco el arpa desde que era pequeña. Mi padre pensaba que quizás ablandaría mi temperamento complicado.

—El instrumento de los ángeles —agregó él.

—Pero la toco como una diabla. —Se rio—. Lo cual es bueno. El mundo no necesita ángeles ahora mismo. Tenemos que alborotarlo si queremos construir una mejor nación.

—¿Una mejor nación? —preguntó Jacob, sintiendo cómo la conversación se le escapaba de las manos.

—Tenemos que liberar al país del desagradable sistema que lucra con la cautividad humana: la esclavitud —dijo con fervor.

Jacob miró la cortina de terciopelo mientras dos mujeres salían de la bodega. Nunca se había dado cuenta de que había más personas, sólo se había fijado en Lily, pero ahora resultaba claro que las otras mujeres también eran abolicionistas.

—Supongo que no estaba tomando clases de arpa ahí atrás…

—La única persona con quien tomo clases ahora es la Sra. Ernestine Rose.

Jacob se quedó inexpresivo.

—¿No la conoce? —Sus cejas se apretaron, como si no pudiera concebir que alguien no reconociera el nombre de inmediato—. Abolicionista, sufragista y judía, como yo. Una heroína sin comparación.

Lily sacó un abanico de su bolsa y lo abrió, revelando un paisaje de pájaros blancos en un cielo azul sobre los paneles de seda.

—Me alegra haberla hecho de su conocimiento, señor…

—Jacob Kling —exclamó—. ¿Y usted? —le preguntó, a pesar de saber ya su nombre completo.

—Lillian Kahn —le respondió. Al bajar el abanico, otra sonrisa se dibujó sobre sus labios—. Un placer conocerlo.

A pesar de que nadie estaba tocado una sola nota musical, una melodía reemplazó el sonido de la voz de Lily mientras se desvanecía en los oídos de Jacob.

—Vístase, joven. —La voz del doctor despertó a Jacob de su ensoñación. El hombre no tenía interés en los talentos musicales de William—. El que sigue —llamó a la fila de hombres.

Mientras William se vestía, Jacob se dio cuenta de que no tenía forma de saber qué tan talentoso era como músico o siquiera cómo había aprendido a tocar la flauta, pero se sintió obligado a darle algún consejo al joven.

—Allá afuera, cuando le den su uniforme, dígales que sabe tocar el pífano.

4

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana
Marzo de 1863

—Bueno, parece que terminamos por hoy, soldado Kling —anunció el médico mientras se quitaba los lentes y los limpiaba lánguidamente con un paño. Tras haber pasado casi seis horas trabajando en la carpa, ambos hombres estaban exhaustos—. Aprecio mucho su ayuda, de otra forma no habríamos podido examinar a todos los negros que han llegado. No estoy seguro de si este experimento tendrá éxito, pero necesitaremos más hombres si queremos vencer.

Jacob dudaba que el doctor tuviera ganas de discutir la estrategia militar con un simple músico, así que se limitó a dar una respuesta que no lo comprometiera.

—Por supuesto, señor.

Jacob había sido destinado a la tienda médica hacía apenas unas semanas, cuando los oficiales designaron el campamento Parapet como centro de reclutamiento y entrenamiento para formar la nueva Guardia Nativa de Luisiana, cuyas filas estarían conformadas por soldados negros. Los blancos asignados a esta base ya comenzaban a enunciar ruidosas quejas sobre cómo los nuevos reclutas los superaban en números.

El doctor comenzó a empacar su maletín.

—Bueno, me imagino que su lugarteniente lo necesitará de regreso para los entrenamientos vespertinos. Espero que sus manos no estén demasiado cansadas para tocar la corneta —dijo, mientras autorizaba la salida de Jacob.

—Jamás estoy demasiado cansado para tocar, señor —respondió.

Sintió un inmenso alivio al pensar en salir de la tienda.

Afuera, el campamento improvisado se extendía sobre la tierra, lleno de tiendas de lona y chozas de leña pobremente construidas. Había azadones y palas de metal recargadas contra las carrozas de madera. Por el rabillo del ojo, formado entre los reclutas que esperaban comida, uniformes y un lugar donde dormir, Jacob vio al hombre del abrigo roto, sosteniendo un pífano en sus manos. Lo seguía de cerca un niño negro con un tambor. Se le veía desnutrido y no parecía tener más de diez años, iba tocando con un ritmo constante.

Vestía un abrigo militar azul que le quedaba demasiado grande y una gorra de la Unión que colgaba más de un lado que del otro; para Jacob, era como ver una escena de padre e hijo. El tarolero, con tierra en la cara y las correas de cuero del tambor colgando de su pequeño cuerpo, sonreía mientras marchaba a la par del hombre.

Mientras las notas y el compás se mezclaban entre ellos, Jacob se sintió reconfortado por el dueto, pero, al mismo tiempo, una tristeza profunda lo invadió, pues trajo consigo una nostalgia inesperada por aquellas tardes lejanas con su familia en las que tocaba junto a su hermano en la pequeña sala de estar en Yorkville. Por la ventana del departamento entraba la brisa del East River, y sus armonías llenaban el aire.

Su padre había emigrado de Alemania con sólo dos maletas, un violín y su esposa de diecinueve años, Kati, con quien compartía el amor por la música. Jacob no recordaba un solo momento en que la atiborrada residencia no estuviera congloriada de música.

Incluso antes de que su madre hubiera aprendido unas cuantas palabras en inglés, ya les había enseñado a él y a su hermano, Samuel, a leer música. Para ella, era como un bálsamo en este nuevo país, en el que su acento y nacionalidad la hacían sentir avergonzada y cuyas calles estaban llenas de desconocidos. Para Kati, el violín era un refugio, un lugar de belleza al que regresar cuando sus días se envolvían de sombras.

Ya que sólo tenían un instrumento para los cuatro, el primer regalo que el padre de Jacob le dio a su pequeña familia, una vez que su negocio de importaciones comenzó a expandirse, fue la oportunidad de escoger sus propios instrumentos en una tienda de segunda mano.

Llevó a los hermanos a un pequeño local en la esquina de la calle Ochenta y tres y la avenida Lexington. El reflejo metálico de las trompetas y los cornos franceses hacían brillar los escaparates y las

formas elegantes de los instrumentos de cuerdas los adornaban. Dentro de la tienda, un hombre pequeño y de manos delicadas iluminó el oscuro interior del negocio al demostrarle a los hermanos cómo cada instrumento poseía su propia riqueza y tono.

Jacob eligió una corneta, cuyo dueño anterior había lustrado con amor. Amaba la luminosidad del sonido, la alegría que salía de su campana plateada. Su hermano, por otra parte, optó por el instrumento que había conocido toda la vida, el violín.

En retrospectiva, la elección de su hermano le había otorgado una mayor cercanía con su madre, quien disfrutaba de corregir con suavidad la entonación y postura de Samuel. A pesar de que a primera vista estas inocentes manipulaciones parecían una molestia, Jacob sabía que esto creaba un vínculo fuerte entre ellos, otra capa de amor.

Ahora, bajo el difuminado crepúsculo de Luisiana, mientras tomaba el sendero polvoriento que conducía a la sección del campamento de su tropa, Jacob echaba de menos su hogar. Extrañaba las caricias de su esposa, el aroma de su cabello recién lavado. La paz que le daba escuchar a Lily tocar el arpa en su sala. El espectáculo de sus dedos moviéndose sobre las cuerdas mientras se inclinaba hacia delante con las piernas ligeramente abiertas; era una visión a la que regresaba siempre que necesitaba abrigo.

Sacó de su bolsillo la más reciente carta de Lily. El papel delgado había sido doblado y desdoblado una docena de veces los últimos días. A luz de la vela, leía sus palabras antes de dormir, de nuevo al despertar y cuando se sentaba a comer su ración. Prácticamente, había memorizado cada enunciado:

Mi querido esposo:

Espero que esta carta cumpla su viaje y llegue íntegra a ti. Ha sido un reto no tenerte a mi lado. Extraño todo de ti. Tu calor y tu sonrisa. Tus palabras tiernas y tu música. Hoy sólo pude encontrar tranquilidad al tocar el arpa. Te descubrí de nuevo ahí, en la hermosa zarabanda de Bach. Espero que, si cierras los ojos, mis notas floten por el cielo, por encima del firmamento, y lleguen hasta ti, suavizando los tañidos de la guerra.

Te extraño de una manera terrible, pero he intentado mantenerme enfocada en mi labor y seguir apoyando la causa de cualquier forma que pueda. Ernestine me recordó en nuestra última reunión que debo sentirme orgullosa y llena de esperanza por la noble decisión que has tomado. También a ella le impresiona que estés usando tus talentos musicales para liderar a nuestras valerosas tropas de la Unión en la lucha contra los males de la esclavitud. Cuando se enteró de que tu hermano, Samuel, se había unido al movimiento rebelde en Misisipi, elogió tu coraje y valentía aún más.

No he recibido noticia de su suerte desde nuestra última correspondencia. A pesar de que detesto su posición, mantendré a Samuel en mis plegarias porque es de tu sangre, aunque me parece incomprensible que su esposa y él sigan defendiendo la esclavitud.

Pero es mejor no gastar más espacio en esta carta con cosas que no puedo cambiar sobre tu familia y, en su lugar, prefiero decirte de nuevo cuán orgullosa estoy de ti. Hoy me uniré a un grupo de mujeres de la Comisión Sanitaria que buscan formas de apoyar a los heridos de la Unión recaudando fondos y enviando los suministros necesarios. A pesar de que es una contribución pequeña comparada con la forma en la que hombres como tú están arriesgando sus vidas, me eleva el espíritu saber que estoy aportando algo, por pequeño que sea.

Tu fiel esposa,

Jacob respiró el aire del atardecer con la carta de Lily aún entre sus manos. Repasó los enunciados, el trazo cuidadoso de su caligrafía que tanto adoraba. Ella sabía del dolor que le causaba saber que su hermano se había unido a las fuerzas rebeldes. A menudo se preguntaba si serían tan distintos como lo eran ahora si su padre no hubiera enviado a Samuel al Sur para expandir las raíces comerciales del negocio familiar. Nadie, ciertamente no su padre, habría adivinado que Samuel encontraría a una esposa judía en el remoto pueblo de Satartia, Misisipi. Pero era de esperarse que su hermano, de ojos violetas y cejas gruesas, aceptara la invitación de Irving Baum para tocar en el salón de su casa una vez resuelta su junta de negocios. Insistía en que su hija de diecinueve años, Eliza Baum, era una gran admiradora de los instrumentos de cuerdas.

Jacob pensó de nuevo en el niño del tambor y en el músico negro tocando su pífano nuevo. Le estremeció pensar, reflexionando sobre su propia experiencia, que a veces el talento —y un instrumento con que usarlo— podían alterar el destino de un hombre para siempre.

5

Stella cerró los ojos con el cauri en su mano. Habían pasado ya tres días desde que William había escapado y la preocupación la consumía. Su apetito se había desvanecido y tenía las cortinas cerradas la mayor parte del día, pues sus ojos estaban hinchados de tanto llorar.

—Más vale ocuparse en vez de estar desanimada todo el día. —Ammanee estaba de pie en el marco de la puerta—. ¿Qué haría Janie si te viera así, toda llena de lágrimas? —Por varias razones, incluyendo su larga separación durante su infancia, Ammanee a veces se rehusaba a decirle «mamá» a su madre y la llamaba por su nombre. En especial, cuando quería invocar el poder de Janie sobre su hermana pequeña—. ¿Qué pasará si Frye regresa del frente y te ve así toda hinchada? Va a sospechar todo tipo de cosas. No te puedes permitir verte así. No en un momento como este.

Stella gruñó y se dio la vuelta en la cama.

—Dame acá —dijo Ammanee, refiriéndose a la concha—, la mantendré segura. No puedes tener nada que te conecte con Willie, ¿entiendes? Frye no es tonto, sólo es feo. Podría haber visto este cauri antes. —La guardó con cuidado detrás de uno de los cajones de Stella —. Ahora a ocupar tus manos con otra cosa.

Ammanee se sentó junto a ella y tomó la almohada bordada que Stella había elaborado años atrás cuando los carretes de hilo no eran tan valiosos como ahora con la guerra. Tomó una aguja de su delantal y comenzó a descocer las costuras para darle una nueva vida al filamento.

—Ayúdame con esto —le dijo con ternura mientras enredaba el hilo verde en su dedo índice—. Como lo hacíamos cuando vivíamos con mamá.

La casa en la que Stella había pasado su niñez era del color del cielo, y sus persianas eran del profundo azul del mar. Por dentro, las paredes eran de un pálido rojo azafrán. Los muebles, descartados por una casa mucho más elegante, estaban rotos y habían sido enmendados con pegamento. El nogal oscuro se había raspado y pulido varias veces. ¿Cuántas veces le había pedido Janie a su hija que bruñiera los pocos bienes que tenían, para recordarle a la niña que la belleza siempre costaba algo? Requería mantenimiento y reparaciones constantes. A menudo, también demandaba camuflaje. La madre de Stella no había aprendido a bordar para pasar el tiempo, sino porque era una necesidad. A partir del momento en que los deditos de Stella pudieron sostener hilo y aguja, ella le enseñó a revestir aquello que se había quedado penosamente al descubierto.

Stella sabía que su madre se había mudado de la choza de esclavos en la plantación de su dueño, el Sr. Percy, a la calle Rampart antes de que ella naciera. Sus hileras de cabañas criollas, situadas en los límites de la ciudad, estaban llenas de mujeres con una tez más clara, las supuestas favoritas de los blancos adinerados, quienes las codiciaban como frutas exóticas que acaparaban para sí mismos.

Su madre le había rogado al Sr. Percy que la dejara llevar con ella a Ammanee, de cuatro años en ese entonces, pero él quería a Janie toda para él; además, no había espacio en la casa de tres habitaciones para la criatura de otro hombre, menos para una nacida en la esclavitud.

La llegada de Stella marcó un momento decisivo en el destino de todas las mujeres. Percy, en un insólito gesto de compasión, le había otorgado a Janie la manumisión, así como sus documentos de libertad. Le extendía una vida nueva, pero, también, le dejó claro que todavía estaba bajo su mando. «La ley dice que tienes que abandonar Luisiana ahora que eres libre, pero tú y tus hijas se van a quedar aquí mismo en la calle Rampart, ¿entiendes? Yo las mantendré a salvo». Estableció.

Su dadivosidad no incluía la libertad de ninguna de sus hijas. Sólo cuando Percy vio a su Stella —una versión más clara de su madre, pero más oscura de sí mismo— finalmente cedió y le aseguró a Janie que podría escoger al mejor amo para ella. También permitiría que su media hermana, que ahora tenía siete años y medio, fuera la niñera de Stella. Una transición adecuada para Ammanee, quien ya había pasado un año trabajando tiempo completo en la cocina de la casa grande. No se había endurecido aún, pero ya comenzaba a entender su lugar en el mundo.

Las tres mujeres crecieron juntas bajo el tejado a dos aguas y las vigas de madera de la cabaña, con cuartos pintados de un pálido amarillo limón. Pero la noche en que Stella fue enviada al Mercado lo cambiaría todo. Esa tarde la pasó sentada frente al único espejo de la cabaña mientras Janie tiraba de su pelo con un cepillo de madera. Junto a ella estaba Ammanee, sosteniendo los pasadores en sus manos oscuras y esbeltas. Dentro del marco del espejo, sus distintos tonos de piel brillaban en contraste, como el tono de la nuez moscada al color de la miel silvestre. Pero su lazo quedaba claro en sus frentes altas y ojos almendrados.

Dentro del vestido remendado de su madre, Stella se mecía entre la emoción y el miedo.

—No vayas a pensar que ir al Mercado significa sólo que te regalen listones y encajes. —Janie jaló con algo de fuerza el pelo de su hija. El cabello de Stella, en la parte superior, era suave como el algodón finamente hilado, pero, por detrás, era grueso como la lana.

Los dedos de Janie jalaron de los bucles más apretados en la nuca de Stella y finalmente se limitó a suspirar, frustrada. Ammanee dio un paso para tomar una pomada casera del tocador y se la ofreció a su madre.

—Con esto es más fácil, mamá.

Janie se untó los dedos con la mezcla cremosa y la aplicó sobre los rizos rebeldes, acomodándolos en pequeñas olas.

—Tienes que verte perfecta. El Mercado está lleno de niñas como tú, hijas de mujeres como yo. —Las palabras le dejaban un resabio en la boca. Una combinación amarga de humillación y desacato—. Esta casa no viene del amor, como el que tuve con el papá de Ammanee —dijo, señalando los techos altos y las ventanas largas y angostas—, sino del sacrificio. —Respiró profundamente. Janie apenas sobrepasaba los cuarenta años, pero sentía que había ganado suficiente sabiduría para durarle una vida—. Pero me dio más libertad de la que tendría en otro lugar, así que asumí el costo.

Janie, al evaluar el cabello de su hija, acomodado en rizos suaves y redondos, respiró con alivio, pues había una cosa menos por hacer. Ammanee estaba orgullosa de saber que Stella llevaba la enagua que ella había bordado para la velada, con violetas en el dobladillo. El azul profundo de las flores eran su toque privado; quería darle toda la suerte posible a su hermana pequeña. Si bien Stella no encontraría el amor verdadero que significaban las violetas, Ammanee esperaba que encontrara al menos bondad.

—Stella, cuando llegues ahí —le advirtió Janie—, no debes verte

atrevida o débil. No le sostengas la mirada demasiado tiempo a ningún hombre. No le prestes atención a los vejetes chiflados, hija, ellos no te pueden ofrecer seguridad. Y evita a los que se ven tan despreocupados que terminarán cambiándote en unos años. —Se frotó las manos y masajeó los hombros de su hija—. Casi es hora. —Miró los minutos pasar en el reloj de la pared—. Nada bueno le espera a una chica que llega tarde. Una cosa es entrar por la puerta grande, pero ser altanera no vende en el Mercado.

Janie aplanó los cabellos de la frente de Stella, mientras repetía —casi para sí misma—: «Hay que verse perfecta, más que perfecta… Va a haber chicas con la piel tan clara, casi blancas… Te enseñé todo lo que sé… ¿Qué voy a saber yo?… Me sacaron del campo nomás para botarme acá». Estaba tan ansiosa que comenzó a usar el inglés vernáculo de su infancia, antes de que la trajeran a la calle Rampart. No había tenido el beneficio de una abuela que le enseñara cómo sortear las reglas implícitas del *plaçage* , que existían desde antes de que Nueva Orleans se convirtiera en una ciudad americana. Janie había tenido que aprender de la manera difícil las reglas de ser controlada por el deseo de los hombres blancos. No se estaba encadenada, pero tampoco se era libre.

Stella se puso el vestido azul aciano en el que Janie y Ammanee habían estado trabajando. Las decoraciones de su madre y hermana lo hacían parecer casi nuevo. También habían ajustado la cintura y el pecho para que se adecuara al cuerpo esbelto de Stella.

—Le bordaste más violetas al corpiño, hermana.

—Nunca es demasiado azul para protegerte —respondió Ammanee mientras le ayudaba a Stella con los botones y Janie esponjaba la falda.

—Convencí al viejo Percy de que me diera un poco de dinero y te compré esto para la velada. —Janie reveló una pequeña bolsa de tela.

La bolsa era pequeña, nada del otro mundo, pero tenía un ramo de flores coloridas bordado en el centro que Stella no podía dejar de admirar mientras la sostenía en sus manos. Jamás había sido usada y se sentía maravillosamente nueva. Pasó la punta de su dedo por el relieve de las flores, notó la elegancia de los puntos y pensaba también en cómo los replicaría después en un retazo de tela.

Antes de irse, su madre la contempló una última vez.

—No quisiera mandarte, pero no sé cuánto más durará la protección de Percy. Al menos me concedió esperar a que cumplieras dieciocho. —Janie echó su cabeza hacia atrás—. Tengo más de cuarenta, ya no soy una niña… te mantuve lejos, todo lo que pude, de

esta vida.

—Sí, mamá.

—Pero acuérdate, no vas a una fiesta, sino a una subasta. —Una punzada de dolor atravesó la cara de Janie mientras las palabras salían de su boca, pues ella había sido sólo una niña cuando la vendieron. Recordó a los capataces desnudando a su madre, apretando sus pechos para demostrar que serviría para reproducirse. Ella, junto a otros niños, veían todo desde una jaula—. Ésta es la subasta más importante de tu vida, Stella, y, si Dios quiere, la única.

Janie llevó a Stella afuera, bajo el caluroso cielo nocturno, y la entregó al cuidado de un chaperón encargado de llevar a varias jovencitas al Mercado. Era una pobre burla en comparación con las amenidades que disfrutaban las debutantes blancas de la avenida St. Charles. Cerró la puerta, ahogando la tristeza que se acumulaba dentro de ella, y le pidió a Ammanee que encendiera la tetera.

Las dos mujeres pasaron la noche deshilando prendas para reparar las que se habían roto, sin decir una sola palabra. Esparcidas por todo el cuarto, había al menos una docena de cosas rotas que habían logrado reparar. Janie miró su casa y supo que no había nada seguro o permanente o entero que la rodeara, ni siquiera Ammanee, quizá en especial su hija mayor, suya y de un esclavo llamado Lewis. Todavía pensaba en él, a pesar de todos los años que habían pasado. Era un dolor terrible del que quería salvar a sus hijas: el amor.

6

Más tarde ese mismo día, en un pequeño salón de baile sobre la calle Orleans, William abrió el estuche de su flauta y se unió a cinco músicos negros, cuyos dueños los habían «prestado» para entretener la velada.

—Vendrás conmigo al Mercado —le dijo Mason Frye unas horas antes y le dio una palmada en la espalda. El hombre había sido su dueño por casi doce años—. Empaca tu instrumento, chico. Willie el Silbador me hará brillar esta noche. —A través de los años, desde que Frye había comprado al joven en la isla Sapelo, lo había llegado a apreciar públicamente sobre todo como un adorno.

Su esposa y su familia estarían fuera un mes, por lo que Frye no se molestó en esconderle a Willie, o a los otros esclavos de la casa, el placer que le causaba alistarse para una de las veladas más anticipadas del año. Willie había escuchado a Frye decirles a sus amigos que este año el Mercado había requerido una planificación más cautelosa dadas las circunstancias. Qué molestos eran los norteños y su retórica abolicionista, entrometiéndose con los usos y costumbres centenarios del Sur.

—Por mi parte, yo jamás he sido cruel con mis esclavos —dijo Frye, ensalzando a su embelesado público—. Todos conocemos hombres que han tomado al látigo cuando la situación lo requiere, pero ¿deberíamos intervenir en lo que otras personas hacen con su propiedad? —La pregunta era retórica. Se levantó y se apoyó contra la repisa de su chimenea—. Es cierto, me rompió el corazón enterarme del castigo en exceso cruel que Clinton Righter ordenó contra la madre de Willie cuando él era sólo un niño. —Willie miró atento al escuchar a Frye hablar sobre su madre. Incluso la más mínima

referencia al acto inhumano que Righter había infligido sobre ella bastaba para aflorar sus emociones—. Pero yo no tengo que recurrir a tales actos. Son sólo niños, aunque algunos sean más dotados que otros. Basta con ser firmes con ellos, que hagan lo que se les ordena, se guarden sus quejas para ellos, y nos llevaremos todos de maravilla.

Tras su disertación sobre la mejor forma de ser un dueño de esclavos, Mason Frye comenzó a reunir a sus invitados para salir al Mercado.

—Apúrate y toma tu flauta —le ordenó a Willie antes de que todos salieran por la puerta.

El quinteto de vientos se acomodó en silencio y los músicos, con instrumentos en mano, miraron alrededor del salón que estaba iluminado por las velas de los candelabros. Un fuerte aroma a lirio del valle emanaba de las flores recién cortadas en las esbeltas vasijas de ormolú y *cloisonné* repartidas por el salón. Willie miró al pesado fagotista, cuyo párpado caía sobre su ojo izquierdo, dándole una apariencia desinflada incluso antes de que comenzara la velada.

El oboísta colocó su lengüeta en la boquilla y calentó sus dedos y embocadura con una escala de dos octavas. Cuando terminó, volteó hacia Willie y Scipio, el cornista.

—¿Primera vez que tocan en el Mercado, muchachos? ¿Se van a ganar algo?

—Yo no —dijo Scipio —. A veces me gano unas monedas si vengo solo, pero con el amo aquí, nomás soy su regalo para las damas…

Willie no dijo nada. En sus diecinueve años, solamente había ganado dinero una vez y, en esa única ocasión, Frye se lo confiscó para pagar su instrumento. Con respecto al Mercado, no podía pretender que sabía de lo que trataba esta noche.

El oboísta miró a Willie con atención.

—¿Eres tú el espectáculo ese que vive en Prytania? ¿El *pro-di-gio* que don Frye le compró a un gullah? —le preguntó, enunciando la palabra con cuidado y con un poco de burla.

Willie asintió.

Las patillas del hombre tenían pequeños rizos canosos. Sacudió la cabeza como si no se lo creyera.

—Dicen que no sólo tocas melodías para estos bailes y cosas así. Que de verdad le sabes a la música.

—No en realidad —respondió Willie, con tono reservado,

mientras examinaba su instrumento—. Sólo se me da tocar lo que escucho. —No les contó que había aprendido a tocar Mozart y Brahms en el salón de Eleanor Righter, quien tocaba las notas en su piano y éstas flotaban hasta los oídos de Willie y de ahí a su flauta. Tampoco les contó que ella se había encargado, en secreto, de que aprendiera a leer música con la ayuda de un maestro.

—Bueno, hoy vamos a mantenerlo simple —le indicó el oboísta —. No todos tocamos con elegancia como tú. Igual ni hace falta. Estos sementales blancos no están aquí para escuchar música.

—El amo Frye me pidió que me luciera un poco al principio —les informó Willie. Los dos cornistas lo miraron inexpresivos—. ¿Le importaría darme un poco de acompañamiento? —le preguntó Willie al pianista—. Nada complicado, se lo aseguro, sólo es improvisar unos acordes en fa mayor, luego unas escalas, arpegios. Yo hago el resto. —Tocó unas notas para que el músico entendiera el ritmo.

—¿De quién es esa? —preguntó el oboísta.

El fagotista respondió antes de que William tuviera oportunidad. Levantó la mirada mientras limpiaba su instrumento y resopló:

—Mozart.

William estaba tocando cuando Stella entró al salón. Notó que era una de las pocas mujeres que no escondía su cara detrás de un abanico. Parecía determinada, como si un hilo invisible estuviese tirando de ella.

De su flauta salían notas ligeras y suaves. Detrás de los bordes dorados de las copas de jerez, hombres de caras hinchadas sonreían mientras veían pasar a las chicas de distintos tonos de café. Mulatas más oscuras paseaban junto a cuarteronas e incluso alguna que otra ochavona, aunque ese tesoro especial, usualmente, requería un arreglo más privado. Una mezcla de belleza y oportunidad para los hombres, teniendo como fundamento la desesperación y el miedo.

Stella recordó las palabras de su madre, su advertencia sobre no captar la atención de un hombre demasiado viejo, o de un dandi que exhalara riqueza al por mayor. Se abrumó al sentir la mirada endurecida de tantos hombres sobre ella. Dio un paso hacia atrás, tan tambaleante que casi se estrella contra los músicos.

Stella sintió una mano que la ayudaba a recuperar el equilibrio justo cuando la canción terminaba, después, la mano se retrajo de nuevo en las sombras. Al voltear, el flautista, joven y atractivo, la

miró a los ojos y sonrió. Luego se llevó su instrumento a los labios, embocó y comenzó a tocar. Mientras los otros músicos lo seguían, Frye se acercó a Stella, obligándola a un baile para el cual ella apenas se sabía los pasos.

—¿Te gusta la música? —le preguntó Frye mientras la llevaba al círculo de parejas bailando en la pista—. Ese que está tocando la flauta es Willie el Silbador; ha sido *mío* por años.

Sintió que se le apagaba la voz. No tenía palabras que ofrecerle, a pesar de la insistencia de Janie de que usara sus encantos en el momento indicado.

—Tengo un don para reconocer el talento —añadió—, así como la belleza.

Stella sintió la intención en la mirada del hombre. Era un ratón acorralado por un gato hambriento.

Miró al suelo y apretó las manos. Al no tener escapatoria, se concentró en las florecitas que Ammanee había bordado sobre su falda.

El hombre no era ni gordo ni viejo. No era chaparro ni tampoco era muy alto. Más allá del reloj de oro que colgaba de su chaleco, no presumía su riqueza como varios otros de los hombres en el salón. Por el contrario, de lo que se jactaba era de ser el dueño de un esclavo que tocaba la música más dulce que ella jamás había escuchado.

—Me gusta mucho la música —se obligó a decir finalmente como respuesta.

—Bueno, señorita… —Levantó una ceja, buscando su nombre—. Parece que los dos tenemos al menos una cosa en común. —Sus ojos se encendieron—. Sabía que mi buen Willie me ayudaría a conseguir la fruta más deliciosa del Mercado.

Stella se retrajo. Vio el reflejo del hombre en el espejo alto y dorado de la pared. Su cabello color trigo, su piel que parecía incapaz de broncearse a la luz del sol. Deseó poder desaparecer y transformarse en las notas musicales que salían de la flauta de aquel joven talentoso que este hombre afirmaba poseer.

A lo largo de la noche, Frye insistió en bailar con Stella; sus impávidas miradas disuadieron a cualquier otro hombre que tuviera la intención de acercársele. Después de todo, con la abundancia que había en el salón, no había razón para competir.

—Te veré pronto —le recordó durante su último baile.

—Sí, señor —respondió ella. Habló con una voz tan baja que sus palabras casi desaparecen en el barullo del salón, frente a la banda que tocaba.

Desde el escenario, mientras William y el resto de los músicos tocaban la última canción de la noche, cansados por el espectáculo, el joven flautista miró la mano de su amo alrededor de la cintura de la mujer. Ella miraba al escenario con una mirada llena de deseo y unos ojos llenos de lágrimas que no caían.

—¿Viste la belleza que me conseguí? —le preguntó Frye a Willie esa misma noche mientras el joven subía a lo alto del carruaje para sentarse junto al lacayo, el estuche de la flauta golpeaba sus rodillas —. Me trajiste suerte esta noche, muchacho. Creo que le gustaron esas lindas canciones tuyas, muy bien hecho.

Willie no respondió, pero el latigazo del conductor, que sonó fuertísimo contra la espalda del caballo, expresaba todo lo que él hubiera querido decir.

En los días que siguieron, Frye organizó la logística necesaria para acomodar en una nueva vivienda a la joven Stella, la mujer que pronto sería suya. Su madre, a través de un intermediario más letrado, había enviado una lista de requerimientos para su hija. Fiel a su promesa de años atrás, Percy le informó a Frye que no le concedería a Stella hasta que Janie aprobara el trato.

Cuatro rollos de tela para confección, diez carretes de hilo de colores, tres enaguas y bombachos de algodón, dos ollas de hierro fundido, una tetera de cobre, un escritorio de madera y un espejo ovalado… Su requerimiento más importante, y el más caro, fue que comprara a una joven llamada Ammanee para servirle a Stella como criada.

En un inicio, el esclavista se resistió a la idea de cuidar y alimentar a otra sirviente. Pero Janie insistió y Frye finalmente aceptó, aunque a regañadientes.

Acomodar a Stella tan cerca de su madre no era lo ideal, pero sólo había unas cuantas cuadras de la ciudad en las que Frye podría evitarse juicios y chismes. Tras una búsqueda exhaustiva, encontró una cabaña vacía sobre la calle Burgundy con tres cuartos mal iluminados, uno de los cuales era lo suficientemente grande como para poner una cama doble. La dueña, una viuda de actitud relajada y encanto adulador, evitó cualquier mención de la inquilina pasada, una mujer de piel canela llamada Léotine, quien tres semanas antes, justo antes de cumplir cuarenta y cinco años, se tomó una potente infusión de semillas de ginkgo y se fue a dormir por última vez.

Le prometió a Frye que si firmaba el contrato de arrendamiento esa misma tarde le haría «una oferta insuperable a un precio competitivo, además, puedes quedarte con todos los muebles. Son prácticamente nuevos». Como la mayoría de los tratos en Nueva Orleans, al final todo dependía de las cifras.

Afuera de la cabaña, crecían tres girasoles altos junto a las escaleras del porche. Sus pétalos amarillos llenaban la entrada de la puerta desgastada.

—Tuve que buscar un poco para encontrarte el lugar perfecto —le dijo Frye a Stella con orgullo mientras le abría la puerta de su nueva casa.

Observó la sala con cuidado y vio los muebles que su madre había solicitado. Era una sorpresa lo nuevo que se veía el lugar en comparación con los muebles que Percy le había dado a su madre hacía años. Las patas de las mesas no tenían fisuras y la olla de cobre sobre la pequeña estufa había sido pulida hasta brillar.

—Todo está listo, como prometí —anunció Frye. El regocijo consigo mismo era inmenso.

Stella se agitó. Faltaba la petición más importante, la más crucial.

—¿Cuándo llegará Ammanee? —se forzó a preguntar.

—Mañana —respondió Frye con calma—. Esta noche estarás sola. A excepción de las pocas horas en las que contarás con el privilegio de mi compañía.

En el espejo de roble tallado, Stella notó sus reflejos atrapados en el vidrio.

—Ven —le dijo, extendiendo su mano. La llevó hasta la última habitación con pasos tan constantes que parecían seguir con precisión un metrónomo. Mira aquí… Jamás había escuchado de una chica que quisiera tanto hilo. —Señaló una canasta de caña colgada a un lado de la cama. Dentro había más colores de los que había pedido. Carretes de azul, verde y morado. Bermellón, incluso dorado—. Me sentía bastante generoso —alardeó—. Además, alguien nos ha traído un pequeño obsequio de bienvenida. —Frye señaló el colchón sobre la base de cama metálica. Encima de la sábana de lino y algodón, yacía una colcha hecha de docenas de cuadrados coloridos. Stella ya la había visto e intentó contener las lágrimas, fascinada por lo que veía.

Cuadrado por cuadrado, miró el regaló que Janie y Ammanee habían cosido en secreto, lejos de su mirada curiosa. Stella se dio cuenta de lo duro que debieron de haber trabajado, esforzándose hasta altas horas de la noche, en las que había estado dormida, mientras ellas bordaban sin que lo sospechara, apurándose para terminarla

antes de su mudanza. A primera vista, Stella notó lo más obvio, la tela de algodón roja del vestido favorito de su madre, el que usaba cuando Percy la visitaba, y el verde pino del delantal de Ammanee. Pero, al inspeccionar la colcha de cerca, reconoció que cada una de las amigas y vecinas de Janie en la calle Rampart había contribuido con algo de su ropa. Cosido en el edredón, estaba un pedazo de tela rosa de la falda de verano de la Sra. Delphine, el azul ocaso de la bata preferida de la Sra. Hyacinth, y el amarillo narciso del vestido que Emilienne llevaba todos los domingos a misa. Querían proteger a Stella de la única forma que conocían, ofreciéndole un poco de su corazón y de su historia para arroparla por las noches.

—¿Te gusta? —interrumpió Frye.

El estómago de Stella comenzó a anudarse con cada paso que él daba hacia ella. Se dio cuenta de que no hablaba de la colcha, sino de la casa nueva que le había costado recursos, tiempo y energía.

—Sé que el exterior necesita una capa de pintura. Te dejaré unas monedas para que compres el color que más te guste. Tal vez un azul brillante como el de la casa de tu madre. —Sonrió para sí mismo con indulgencia.

—Gracias —logró contestar Stella, pensando todavía en el edredón.

—Pero, por otra parte, es un lugar bastante lindo, ¿no lo crees?

Comenzó a desabotonarse la camisa, luego se desabrochó el cinturón.

Stella permaneció a sólo unos centímetros de él, su respiración agitándose en su pecho.

Frye cerró la puerta, ésta hizo un suave clic tras ellos, y la oscuridad la engulló por completo.

7

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana

La casa de campaña era un agujero oscuro, solitaria y sin otra iluminación que el pequeño quinqué que Jacob tenía para leer. El refugio escabroso era poco más que un lugar en el que protegerse de la lluvia y descansar. El sol se estaba poniendo y pronto estaría demasiado oscuro como para escribir una carta en respuesta a la última correspondencia de Lily.

Tenía una mochila con comida y víveres junto a su cama improvisada, a un lado del estuche de su corneta. Ya que no había podido cenar junto al resto de su infantería, Jacob tomó una lata de guiso de res y se dirigió a la fogata.

De cuclillas frente a las brasas ardientes, se encontró con un soldado de pelo rubio y barba de chivo que limpiaba su plato con un pedazo de pan duro.

—Tuve que quitarle el hongo y los gusanos al mío —dijo el joven entre bocado y bocado—. Aquí se llena todo de gorgojo.

Jacob miró al soldado, cuyos ojos azules parecían tan agotados y diluidos como el agua de un fregadero, y simpatizó con él. El hombre estaba cansado, impaciente. Igual que muchos de los hombres blancos del campamento Parapet, aún no habían logrado materializar sus esperanzas de pelear contra los rebeldes. Los hombres negros, tanto los esclavos fugitivos como los libres, que habían llegado para unirse al nuevo regimiento de color, seguían cautivados por la emoción de la guerra. Pero para los demás, la anticipación se había vuelto aburrimiento, hambre y enfermedad.

—Quité cuatro en mi sémola esta mañana —refunfuñó Jacob—.

Intento pensar que es nutritivo. —Forzó una sonrisa y se llevó otra cucharada de guiso a la boca. Durante los meses desde su alistamiento, se había acostumbrado a comer sólo para subsistir, no por gusto ni placer. El paquete más reciente de Lily había llegado apenas un día antes, el contenido parecía enviado del cielo: café, cubos de azúcar, tiras de carne seca y una manta cálida que había bordado con estrellas azules y blancas. Se levantó y caminó a su casa de campaña para buscar la comodidad de la cobija.

A pesar de que la frazada lo mantendría protegido del impredecible viento, su valor era mucho mayor que el de sólo una tela para calentarse. Nada más echarle un vistazo, Jacob supo las horas que su esposa había pasado cosiendo los retazos para crear su diseño complejo. Sentía dentro de él un profundo deseo de estar con ella. Pasaba las noches pensando en todas las cosas que extrañaba de Lily. La sensación de sus dedos acariciando su mejilla. El brillo en su mirada cuando regresaba a casa de una de sus juntas abolicionistas. Miró la manta doblada y le pesó su deseo por regresar a su vida.

No quería escuchar las quejas sobre el hambre y cansancio del resto de los hombres. Aunque ansiaba escuchar la música de su esposa llenando el aire de su apartamento en Manhattan, deseaba algo más puro, algo que sólo le perteneciera a ella: su risa.

Se llevó la cobija a la cara buscando un rastro del perfume de su esposa, pero, en lugar de flores y neroli, Jacob descubrió que Lily había escondido una sorpresa más tangible entre los dobleces. En el centro de la cobija, había guardado dulcemente varias partituras nuevas, salidas directo del almacén de su padre. Cayeron al suelo de tierra de su tienda, como hojas flotando.

Después de cenar, tocó algunas de las nuevas canciones que Lily había enviado para levantar la moral —*Home, sweet home* y *Yankee doodle* —; la fogata se llenó de hombres de su regimiento. Jacob apenas los veía durante el día, ya que casi todo su tiempo lo pasaba con el médico general en el área para reclutas negros del campamento Parapet.

Mientras algunos de los hombres le daban tragos al whiskey de contrabando, Jacob tomó prestado el banyo de uno de los capitanes para cantar una de las favoritas del público. Dejó que sus dedos bailaran sobre los acordes y comenzó a cantar: «Me enamoré de una chica con corazón de fuego, a quien adoro…». Los hombres, con sus abrigos azules de la Unión desabotonados y las camisas desfajadas,

comenzaron a cantar con él y sus voces se elevaron por encima de las llamas de la hoguera: «Con cabello de arrebol y sonrisa brillante y blanca. Baja su abanico sólo para mí…». Ya todos se habían memorizado la letra.

Chica de fuego era una canción de amor que le había escrito a Lily cuando comenzaron a salir. El recuerdo aún le dibujaba una sonrisa en los labios. Sentado frente al escritorio de su pequeño apartamento sobre la Ochenta y tres, arrojó partitura tras partitura a la papelera hasta saber que la letra finalmente le hacía justicia. Todo el tiempo y esfuerzo que había puesto en ella, habían valido la pena. Cuando finalmente le recitó la canción, Lily puso sus brazos delgados alrededor de su cuello y le dio —más tarde lo llamaría así en su correspondencia— su «primer beso profundo y salvaje». Jacob les cantaba a los soldados *Chica de fuego* al menos una vez por semana, deseando que su letra lo acercara a Lily. Siempre la cantaba a capela, o con una guitarra o banyo prestados, nunca en la corneta.

Con la mano golpeteando el costado del banyo, Jacob arrojó su cabeza hacia atrás y cantó el último verso: « Una mujer que arde como una vela, desea que todo quien respire y ama sea libre…». Los hombres aplaudieron y golpearon sus rodillas con sus gorras, bramando las palabras.

Uno de los soldados, quién había estado bebiendo aguardiente toda la noche, levantó su taza y vitoreó. Se tambaleó hacia Jacob, acercándose tanto que el joven músico podía oler el alcohol en su aliento.

—Nada mal para un tacaño —se rio y le dio un pequeño empujón a Jacob. Tras su barba pelirroja, se podía ver una mueca. Jacob estaba harto de que la palabra se estuviera esparciendo por los campamentos de la Unión. Los soldados culpaban a los comerciantes de textiles judíos por la calidad de sus uniformes y equipo; además, los oficiales hacían poco para frenar los rumores. Jacob se imaginaba el porqué: el único otro culpable posible era el gobierno mismo, lo cual no inspiraría lealtad a los soldados exhaustos—. Yo estaba en el campamento del general Grant cuando dijo que no admitiría un sólo judío en su ejército y los mandó a todos de regreso a casa. Es una pena que el viejo Lincoln lo revirtiera…

Jacob sintió que su piel se helaba. Todavía recordaba a detalle los eventos de diciembre. En ese entonces, aún no confiaba por completo en el ejército, a pesar de que Grant terminó revocando la orden que expulsaba a todos los judíos de su jurisprudencia militar. La versión oficial decía que Grant sospechaba de que estaban usando la guerra

para manipular los precios del algodón y del oro para su propio beneficio. Sin embargo, la verdadera razón fue que eran un blanco fácil y universal en medio de una guerra en la que era complicado encontrar algo sobre lo que estar de acuerdo.

Jacob dejó el banyo y se levantó.

—No estoy seguro de qué habla, soldado. Mi lealtad está con el país. Y no soy comerciante, soy músico.

—Riordan, más te vale calmarte —ordenó el soldado rubio a la vez que lo arrastraba hacia la fogata—. Kling hará sonar el toque de diana en unas horas. Si no cierras la boca, sonará su corneta justo en tu oído.

Riordan entrecerró los ojos y se guardó la gorra en el bolsillo, murmurando palabras ininteligibles mientras regresaba a su tienda. Los otros, al darse cuenta de que el entretenimiento de la noche había terminado, comenzaron a levantarse y hacer lo mismo.

Exaltado por lo ocurrido, Jacob le ofreció de regreso el banyo al capitán que se lo había prestado, un joven de cabello oscuro que venía de Saratoga Springs.

—Gracias —dijo Jacob—, se sintió bien hacer algo más con mis dedos que presionar las válvulas de mi corneta todo el día.

—Debería regalárselo, Kling, dado que lo toca mucho mejor que yo —respondió el capitán—. Tiene un verdadero talento. Su canción hizo que me olvidara de mis problemas, me hizo recordar a mi chica allá en casa, Lucy.

La expresión de Jacob se suavizó.

—¿Es una chica de fuego?

—Sí, me atrevo a decir que lo es. —El capitán se rio.

Jacob todavía se sentía intranquilo después de que los hombres se retiraron. Aunque sabía que cualquier soldado con un poco de sentido común disfrutaría la oportunidad de descansar, Jacob sospechaba que no conciliaría el sueño con facilidad esa noche.

A la distancia, más allá de las tiendas de lona y los caballos asegurados, Jacob escuchó más música interpretándose. Viajaba por la maleza del campamento negro, pasando el lindero de su regimiento. Las notas brillaban bajo la luz de la luna, y Jacob salió a buscarla.

El volumen de la música aumentaba con cada paso en dirección al límite de su campamento. Podía escuchar los agudos de una flauta por encima del crujido de la hoguera, acompañada de voces llenas de

emoción cantando al unísono. De pie, cerca de las flamas, con su instrumento en los labios, estaba el extraño hombre que el doctor había examinado más temprano esa tarde.

El campamento de los reclutas negros no se parecía al que Jacob acababa de dejar. Pensaba que las condiciones de su regimiento eran malas, pero la desolación en este lugar era mucho peor. Las tiendas de lona estaban rotas en algunos lugares. Los hombres dormían sobre sus chamarras, con sus camisetas enrolladas bajo la cabeza; ni siquiera tenían las cobijas o almohadas que Jacob y sus hombres usaban en sus camas improvisadas. La mayoría dormía sobre la tierra húmeda, teniendo por techo sólo el cielo oscuro y las luminosas estrellas. Pero, a pesar de las condiciones, la música que venía de la hoguera era tan gloriosa para Jacob como cualquier otra.

El recluta nuevo estaba de pie, orgulloso. En lugar de su chamarra rota, llevaba ahora un abrigo de la Unión, descosido y al cual le faltaban algunos botones. En vez de sus pantalones rotos, traía puestos unos del ejército.

Tocaba una flauta hermosa, cuyo metal pulido brillaba en la noche. Jacob se dio cuenta al instante de que el instrumento era de una calidad superior a la que usualmente tenían los músicos militares, y que un hombre negro la tuviera era en particular sorprendente. Pero más allá de la belleza del instrumento, el verdadero asombro era la habilidad del hombre para entonar melodías tan complejas —Jacob reconoció a Mozart y Beethoven— sin la necesidad de mirar una partitura. Durante su vida en Nueva York, donde había asistido a incontables conciertos en los escenarios más prestigiosos de Manhattan, jamás había visto a un músico tocar piezas tan complicadas sin tener la obra en frente.

Jacob se dio cuenta de que estaba escuchando a un virtuoso de la flauta, digno de tocar en cualquier sala de conciertos de Nueva York. Escuchó cada nota con avidez. Luego, algo inesperado ocurrió. Uno de los hombres cerca de la fogata se quejó y le gritó al flautista: «¡Tócanos algo de veras, Willie! Algo para recordar a quienes dejamos atrás».

No querían a Mozart ni Beethoven. Querían algo que levantara sus espíritus abatidos y curara sus cuerpos fatigados.

8

William levantó la flauta, las palabras de su compañero resonaron en su cabeza: «Algo para recordar a quienes dejamos atrás».

William había aprendido a tocar con un pífano tallado a mano por uno de los esclavos más viejos de la plantación en Sapelo.

El viejo Abraham no tenía que trabajar la tierra ni recibía castigos, pues en una ocasión había salvado al hijo del amo de ahogarse en el estanque que estaba detrás de la casa grande. Después de eso, la esposa del patrón, Eleanor Righter, jamás dejó que nadie lo tocara.

El anciano creía que su suerte no sólo tenía que ver con la intervención de Eleanor, sino que también lo protegía su báculo de roble dorado. En la parte superior, tenía una cabeza de serpiente. El viejo Abraham hablaba de sus poderes mágicos, del conocimiento que le otorgaba gracias al cual podía preparar remedios herbolarios para quien cayera enfermo. Pero, incluso él, no había podido curar a la madre de William tras lo que el amo le hizo, así que cuando vio a William silbar con una hoja de pasto entre sus labios mientras le ayudaba a su madre a cortar las hojas de índigo, decidió tallar un madero de tulípero para hacerle un pífano al muchacho. Si su báculo lo protegía, quizá este instrumento escudaría al niño.

—A ke kuydar la rayz pa' sanr el árbol, —le dijo Abraham a William, entregándole la flauta con una palmada en la espalda: cuidar las raíces para sanar el árbol.

William quedó fascinado por el instrumento hecho a mano. Ponía todo su espíritu en cada aliento. Pronto aprendió cómo tocar, experimentando con los varios sonidos que su aliento y sus dedos podían lograr. Tocaba mientras su madre meneaba la cabeza, su

cuerpo entero estaba deseoso de cantar junto a su hijo. Para cuando dominó su flauta de madera, era bien sabido en la plantación que William había nacido con un don extraordinario.

Mientras tanto, el joven dueño que Abraham había salvado en el estanque se volvía cada día una molestia más grande para Eleanor Righter, quien vivía en permanente frustración. Su hijo se había vuelto un diablo irreprimible; tenía incluso el descaro de burlarse del preciado piano de palisandro brasileño de su madre, el único bien que había traído con ella al casarse. Cuando Eleanor escuchó a William tocar el pífano mientras caminaba por el sendero junto a las casas de los esclavos, insistió en traerlo a la casa grande para darle lecciones de música. Su esposo no estaba seguro al principio, pero eventualmente accedió. No quedaba claro si su permisividad era resultado de la culpa que sentía por el castigo cruel que había infligido sobre la madre de William, o si sólo quería que su esposa dejara de molestarlo.

En tan sólo unos meses, el talento de William había impresionado incluso a su más grande detractor: el maestro de música de Eleanor, Henry Peabody, quien viajaba cada semana de la isla principal para mantener los talentos musicales de la patrona.

—Nunca he visto algo así —admitió una tarde, ignorando al muchacho y dirigiéndose sólo a Eleanor—. El chico puede tocar lo que sea con tan sólo escucharlo… —Peabody sacudió la cabeza—. Pero claro, se trata sólo de un talento primitivo…

—Bueno, Clinton dice siempre que es mi pequeño mono de circo. —Eleanor sonrió y le dio un sorbo a su té.

—Puedo preguntar, ¿está usted abierta a enseñarle a leer música? —Peabody titubeó con la cuestión, ya que no sabía qué tan permisivos podrían ser los Righter.

Eleanor le sirvió más té al maestro. William estaba de pie junto a ellos, con la garganta totalmente seca.

—No estoy segura de que a Clinton le guste que el muchacho aprenda a leer algo, incluso si sólo son notas de partitura… Además sería costoso.

—Aun así, su habilidad natural podría fortalecerse si William aprendiera. ¿Quién sabe de qué más sería capaz si tuviera la habilidad?

Eleanor consideró sus palabras antes de hablar.

—Quizá puede ser un secreto entre nosotros. A fin de cuentas, a nadie le hace daño…

Con eso, William solidificó su creciente reputación de prodigio. Eleanor lo vestía con un traje de marinerito aterciopelado y lo llevaba

a tocar en el salón frente a los invitados.

—Bueno, Clinton, no puedo dejar que mis invitados lo vean en su camisón de muselina —le informó a su esposo—. Es inconcebible pensar que toque frente a ellos vestido con esa bolsa. A la música y a nuestros invitados, hay que tratarlos con respeto.

Pero, eventualmente, la obsesión de Eleanor con el muchacho comenzó a enfurecer a su marido.

—Vestir a un esclavo de terciopelo no me sienta bien —se quejó Clinton unos días antes de que William cumpliera doce—. Y está demasiado grande para ese disfraz ridículo de todas formas… —Sacudió la cabeza antes de tomar el resto de su vino clarete—. Pronto estarás vistiéndolo con los chalecos de seda de nuestro hijo y sus broches —gruñó—. ¿Y qué sigue, Eleanor? ¿Dejar que un negro duerma en la cama de nuestros hijos? Ese chico hace muchos años que debía estar trabajando en el campo con los demás.

Lo que William no sabía, lo que no tenía forma de saber, era que al dueño lo carcomía el parecido que el niño tenía con su madre, un parecido que se acrecentaba todos los días. A pesar de que el chico sólo hablaba cuando se le preguntaba algo directamente, el amo escuchaba la voz de su madre en las notas que tocaba. Mientras que para Eleanor era el sonido más dulce, para su esposo significaba venganza.

Tres meses después, un adinerado hombre de negocios llamado Mason Frye llegó para invertir en la plantación de índigo de los Righter, pero sólo accedería si Willie formaba parte del trato. Esto selló el destino del niño. Su madre deshiló en silencio su preciado brazalete de cauri, separó una concha, la metió en una bolsita color índigo, que en algún momento había pertenecido al padre de William, y la guardó en el equipaje. Era la plegaria de una madre que quería mantener a su hijo a salvo; ese fue el último recuerdo que William tenía de ella. Durante el tortuoso trayecto de la isla Sapelo a la casa de Frye en Nueva Orleans, William no se podría haber imaginado que su nuevo dueño, quien recién lo había arrebatado de los brazos de su madre, se volvería un día un obstáculo entre él y Stella.

Era una de las muchas crueldades que había sufrido. Cada una parecía ser un sendero que conducía a una vida insoportable. Aprendió a disfrutar las cosas pequeñas cuando podía. Las canciones espirituales, que su madre lo llevaba a escuchar en la casa de

alabanza, siempre regresaban a él cuando más las necesitaba, como ahora, mientras intentaba adaptarse a su nueva vida en el ejército.

—Ésta es de mi infancia, allá en las islas Gullah —les informó a los hombres—. Quizá se la saben…; no necesito mi instrumento para ésta.

Era la primera vez que mencionaba a Sapelo en mucho tiempo, no sabía que lo había llevado a hacerlo frente a estos desconocidos. Cerró los ojos y comenzó a cantar: «Oh día lejano ahí viene/ oh ho/ oh he/ día lejano viene/ ven toma mi alma ven/ libertad ya viene…». Las palabras que tan bien conocía regresaron a él y llenaron su cuerpo, voz y mente. Su pie comenzó a marcar el ritmo y sus manos comenzaron a aplaudir por intuición. Para William, se trataba del ritmo más natural del mundo, uno que salía de la sangre que corría por sus venas, de la leche con que su madre lo había alimentado.

No se encontraba ya en la desolación del campamento. Su mente lo convirtió de nuevo en un niño pequeño acurrucado junto al cuerpo de su madre, bajo el tacto de sus manos. Mientras William cantaba, dejó de ser sólo un músico frente a una audiencia. Les cantaba a los fantasmas de su niñez, un niño cantándole al fantasma de su madre.

Una vez que terminó, un recluta negro escuchó el crujido de la hojarasca y le advirtió a William que alguien escuchaba desde la maleza.

—¿Quién va? —Interrumpió su canción y caminó con precaución hacia los arbustos. El regimiento estaba en constante estado de alerta debido al abuso diario que sufrían por parte de los soldados blancos, a los que cada día les disgustaba más de la idea de vivir y luchar junto a reclutas de color.

—Lamento no haber anunciado mi presencia. Oí la música y tenía que venir a escuchar —admitió Jacob con timidez, dando unos pasos hacia la fogata—. Yo toco con el Centésimo Sexagésimo Tercer Regimiento de Infantería de Nueva York y…

Un hombre corpulento se unió a quien lo miraban escépticos y luego se acercó hacia Jacob.

—No te conozco… Sólo estás acechando.

A juzgar por el barullo que provenía de la fogata, los otros parecían estar de acuerdo. Gracias a la luz del fuego, podían ver que el hombre no traía puesto el temido uniforme de los zuavos, una unidad de tropas de la Unión cuyas interacciones con los soldados negros, se decía, eran particularmente siniestras. Sin embargo, aun así, se sentía

como una transgresión. A pesar de que expresaban su molestia, fueron cuidadosos de no alzar demasiado la voz, pues el visitante inesperado no era uno de ellos, sino un blanco.

—Yo te conozco —interrumpió William—. Tú eres el hombre que estaba con el doctor hoy.

—Sí, así es. —Jacob asintió—. Me doy cuenta de que tu talento se desperdiciaría con el pífano.

9

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana

Mientras los hombres dormían en sus tiendas, Jacob salió de la cama y tomó la corneta con la que despertaría al campamento. Sólo durmió unas pocas horas; pasó la mayor parte de la noche escuchando y tocando música, intercambiando melodía tras melodía con William. Después de un rato, uno de los hombres sacó un violín. El instrumento, con poco barniz, rayado y evidentemente usado, terminó en las manos de Jacob. Hacía muchos años que no tocaba uno, ya que su hermano fue quien lo eligió para que fuera su instrumento, pero a través de los dedos ágiles de Jacob, las melodías de su infancia regresaron a él.

El barullo de la noche desapareció al poner el cuerpo del violín sobre su hombro y pasar el arco sobre las cuerdas. Tocó canciones que su madre les había enseñado a él y su hermano cuando eran niños. Canciones clásicas y melodías tradicionales bávaras, que tenían sus raíces en Bohemia. Jacob jamás habría tocado esas melodías para su propio batallón, quienes se habrían burlado, tildándolas de extranjeras y poco familiares.

Pero la novedad en la música emocionaba a William. Tomó su flauta y comenzó a tocar una armonía de acompañamiento. Pronto, los otros soldados negros no sólo estaban aplaudiendo y cantando, sino que el pequeño niño del tambor que Jacob había visto esa tarde se les había unido. Mantenía el ritmo a la perfección; su concentración era especial e intensa, parecía superar su edad.

Al sacar su corneta para sonar el toque de diana esa mañana, Jacob se sentía revitalizado. Recordó las palabras de Lily: «Cada

hombre, cada mujer y cada niño merecen ser libres», y desbocó su aliento en su instrumento como nunca lo había hecho.

Ese mismo día, Jacob se sentó a escribirle una carta a Lily: «Me temo que nos estamos acercando a Vicksburg», anotó. Su batallón había estado estacionado en el campamento Parapet por casi un mes y aún no habían participado en ningún derramamiento de sangre. En los seis meses, desde su llegada al ejército, habían ocurrido algunas peleas pequeñas, aunque nada comparado a las sanguinarias batallas de Bull Run y Shiloh. Pero a medida que se movían hacia Misisipi, la ansiedad devoraba a Jacob más y más. La atmósfera del regimiento era tangible, estaban un poco asustados, pero deseosos de pelear contra sus compatriotas traidores.

Desde que su regimiento había llegado a Luisiana, Jacob se dio cuenta de que, a pesar de que estaba a cientos de kilómetros de su amada, sólo se encontraba a un estado de distancia de la casa de su hermano.

La casa de Samuel en Satartia, Misisipi, se encontraba en la orilla de las aguas verde-botella del río Miss-Lou. La habían construido esclavos prestados de una de las plantaciones aledañas a cambio de una fracción del inventario de su emporio en ciernes. Con ello, Samuel Kling había construido una de las residencias más elegantes de la zona. La casa estaba rodeada de árboles frutales y en el aire se percibía un aroma a pasto recién cortado, así como a plantas de olivo que bullían de flores blancas y pequeñas. La vivienda estaba pensada para ser impresionante: tenía una fachada perfectamente simétrica, dos pilares gruesos al frente y cornisas a ambos lados; por dentro, las ventanas estaban cubiertas por cortinas color musgo que colgaban de barras de cobre y había sillones de dos plazas tapizados de terciopelo grueso y lujoso.

El hermano de Jacob se había vuelto rico en Misisipi. Aquellos que cosechaban las riquezas de la tierra fértil eran los clientes perfectos para el creciente negocio de Samuel. Su empresa pasó de ser una tienda humilde a un almacén con departamentos de ropa, ferretería, útiles y hasta una farmacia bien surtida. Mientras que su padre había batallado para mantener precios competitivos en Nueva York, Samuel había dado con una pequeña ciudad al Sur, un nicho

para él solo del cual beneficiarse. Su negocio tenía como prioridad las necesidades y los deseos de sus clientes. Tomó la profesión de su padre, vendedor de cuchillos y herramientas, para expandirla. Si alguien necesitaba una silla para montar, podía comprarla en el Emporio Kling. Si su esposa necesitaba tela para un vestido, Kling ofrecía docenas de variedades de las cuales elegir. A Samuel no sólo se le daba bien recordar los nombres de sus clientes con facilidad, sino también los de sus hijos y nietos.

Con el paso de los años, las visitas de Samuel a Nueva York se volvieron menos frecuentes. Sólo regresó a la ciudad para los funerales de su madre y padre, enterrados bajo un tilo en el cementerio Beth Olam. La última vez que Jacob había visto a su hermano fue durante la incómoda Pascua en la que había llevado a Lily a Misisipi para conocer a Samuel y su familia, un año antes de que la guerra estallara. En Satartia, Jacob apenas podía creer que el hombre sentado al otro lado de la mesa era el mismo niño con el que había compartido su dormitorio. Ahora presumía un reloj de oro que colgaba de su chaleco de seda: Samuel ya no era el joven esbelto y valeroso que había dejado Nueva York para seguir con el negocio familiar, sino todo un caballero, seguro de sí mismo y consciente de sus propios logros.

—Hermanito —dijo Samuel, ojeando el festín de Séder que su esposa había preparado. Un enorme cordero rostizado descansaba sobre una bandeja de plata. La mesa estaba adornada con soperas de porcelana, llenas de patatas horneadas y verduras tatemadas. Una de las hijas de Samuel estaba sentada en silencio, dándole mordidas a un pedazo de matzá, la otra se divertía sumergiendo perejil en un vaso de agua salada—. Esta noche se trata de las tradiciones que nuestros ancestros han pasado de generación en generación —siguió—. Vivimos en una época tensa, por eso, hay que recordar la importancia de los lazos familiares.

Jacob sonrió con tranquilidad y brindó de regreso.

—Gracias por recibirnos en tu hermosa casa. La vida ha sido buena contigo.

—Todo es gracias a Eliza —respondió mirando a su esposa—. Ella es quien ha traído la paz a este hogar, tanto para las niñas como para mí. Sólo espero que tu señor Lincoln no se entrometa con nuestra economía. Digo, ya siete estados han optado por la secesión y Jefferson Davis sigue firme al mando. El presidente no puede seguir ignorando los intereses de la Confederación. Jamás estarán de acuerdo con sus términos. —Samuel declaraba su posición política mientras bebía su clarete de un vaso de cristal tallado. Jacob odiaba la forma

en que su hermano se refería a la nación rebelde como *nuestra* .

Eliza era menos sutil con respecto a su falta de admiración por Lincoln.

—Samuel aprendió rápido la manera en que se hacen las cosas por aquí…; sabe que nuestro dinero viene del algodón, y éste no se recoge solo. Nuestros clientes deben tener esclavos para que podamos sobrevivir. ¿O qué es lo que Lincoln quiere? ¿Que todo el Sur muera de hambre?

Jacob todavía podía recordar la expresión de Lily al escuchar las palabras de su nueva familia. Su cara enrojeció. Sus ojos enfurecieron.

—¿Acaso no hay decencia en el Sur? No hay razón por la que un hombre no pueda ser empleado con un salario justo y que éste le permita tener independencia económica y una vida digna —sostuvo Lily. Miró el libro de oraciones junto al plato de Jacob—. Esta noche celebramos a la familia, pero también honramos al pueblo de Israel, que escapó de la esclavitud en Egipto; sin embargo, no reconoces la ironía en tus palabras, en tu apoyo a la esclavitud del Sur, querida hermana.

—Veo que te casaste con una abolicionista, Jacob. —El tono sacarino de Eliza apenas podía esconder su molestia. Lanzó una mirada reprobatoria en su dirección y exhaló con fuerza.

El silencio lastimoso que siguió le puso un fin abrupto a la cena y arruinó la esperada reunión de los hermanos casi tan pronto como había comenzado. Se podía sentir el aire de la habitación helándose a pesar del calor de la primavera.

Lo único que Lily había disfrutado de esa visita había sido la experiencia de caminar por el nuevo jardín de Eliza, cuyo sendero estaba tapizado de conchas blancas y rosadas.

La mezcla de las flores perfumadas y las conchas blanqueadas por el sol debajo de sus pies era el único recuerdo hermoso que tenía de visita a la morada de su cuñado. Ahora, en su diario, Jacob aún conservaba la última carta que había recibido de su hermano. Samuel la había escrito hacía dos años, justo un mes antes de que el servicio postal cesara la entrega de correspondencia entre el Norte y el Sur. Conservarla suponía un riesgo, ya que, si los hombres se enteraban de que tenía familia peleando del lado de la Confederación, podrían cuestionarle su lealtad. Pero Jacob necesitaba tener cerca las últimas palabras de Samuel. Por un lado, era amor fraternal; por el otro, era un recordatorio del conflicto entre sus posturas. La conservaba doblada en secreto entre las páginas de su diario:

> Habrá una guerra terrible. Y espero que entiendas que no me queda otra opción más que apoyar la causa de la Confederación. No peleo para proteger a la esclavitud. Peleo para proteger mi patrimonio, el cual he construido y ha prosperado gracias a mi trabajo de largos años. Si fallo, mi familia se quedará sin soporte económico. No creo que seamos los únicos dos hermanos del país que se enfrentan a esta terrible realidad, la cual podría vernos combatir uno contra el otro en el campo de batalla. No tengo espacio para pensar en ello, pues la idea me pesa en la consciencia. Espero que sepas que, a pesar de la diferencia entre las vidas que llevamos, sigues en mi corazón, querido hermano.

Su hermano no estaría ahora en la casa de Satartia. Sólo Eliza y sus dos hijas. Jacob sentía una preocupación real por ellas, ahora que cientos de hombres, él incluido, marchaban hacia la línea inferior de Baton Rouge, justo en dirección a la propiedad de la familia de Samuel.

10

Le dieron a William una pala casi media hora después de que el niño del tambor y él sonaron el toque de diana. El pequeño no había dicho mucho desde que comenzó a seguir a Willie.

—Creo que ese crío no está bien de la cabeza —le comentó uno de los soldados a otro recluta—. No ha dicho una sola palabra desde que lo vi, pero sí que sabe tocar el tambor.

—No puede ser tan tonto —dijo otro hombre—. Toca demasiado bien y siempre hace lo que le pedimos.

—Incluso si no habla mucho, está muy joven para estar cavando tumbas —se escuchó a otra voz—. Bien no está.

William estiró la mano e interceptó la herramienta que estaban a punto de entregarle al niño.

—Cavaré lo de dos hombres —se ofreció. Le susurró instrucciones al oído y luego le dio una palmada, dirigiéndolo hacia el refugio improvisado de ramas y hojas en el que el niño había estado durmiendo.

El capitán, vestido con el azul de la Unión y con una cara pálida como la luna, se encogió de hombros.

—Sólo cumpla con el trabajo. —Le señaló en la dirección hacia el campo detrás de la tienda médica. Ocho hombres habían muerto durante la noche. Ninguno por heridas de batalla, sino por enfermedad. La semana pasada seis hombres se habían contagiado de malaria. La semana antes de esa, diez de fiebre biliosa.

William tomó su pala y siguió a los demás a un trecho de pasto alto. Lo había arriesgado todo para escapar y luchar. Había dejado su cómoda habitación en el ático de Frye y abandonado la comodidad de dos comidas al día. Pero lo que lo angustiaba más, no era extrañar la

comida o dormir sobre la tierra, sino que había dejado a Stella por su cuenta.

—Caven profundo, muchachos —les recordó el capitán—. No queremos que ningún animal, de cuatro patas o de dos, llegue a los huesos.

Los hombres gruñeron y blandieron el suelo con sus palas. Era afortunados de que las semanas lluviosas hayan cesado por el momento. El lodo había sido una plaga para ambos ejércitos en la pelea por los pantanos de Luisiana, haciendo casi imposible cualquier avance hacia las tropas enemigas.

—Me escapé para matar racistas blanquitos, no enterrarlos —se quejó un soldado de hombros anchos.

—Yo me escapé para darle un buen uso a mi odio —intervino otro, gimiendo mientras levantaba la tierra—. Pero esto, nomás no era lo que imaginaba…

William tomó una pausa y miró el agujero que cavaba. Odio. De eso tenía bastante, estaba seguro, pero su odio tenía distintos grados.

¿Era igual el odio que le tenía a Clinton Righter por lo que le había hecho a su madre, que el que le tenía a Mason Frye, quién lo había alejado de ella y traído a Nueva Orleans, además de haberle comprado ropa nueva y una flauta reluciente? No lo era al principio. De hecho, no sabía qué sentía por Frye cuando recién llegó a vivir con él. Tenía demasiada tristeza, extrañaba a su madre horriblemente. Pero el veneno que se esparciría, la furia interna que amenazaba con consumirlo y que lo había hecho correr, llegó después del Mercado, una vez que Frye había fijado su mirada sobre Stella. Este sentimiento se apoderó de él con ferocidad la primera vez que su patrón lo llevó en su carruaje a la calle Burgundy, donde tocó la puerta azul con sus girasoles y le pidió a William que entrara con él.

—Te traje un regalo, Stella —entonó Frye mientras atravesaba el umbral. Se desabrochó los últimos dos botones de su chaleco y se puso cómodo en una de las sillas de segunda mano que había comprado meses atrás para amueblar el lugar.

William estaba de pie en la sala observando los pequeños cojines bordados. Sin duda, los floreos delicados eran obra de las manos de una mujer, quizá Stella.

—Mira lo que te traje —anunció Frye. Le era casi imposible contener el inmenso placer que le daba llevarle a Stella su propia serenata privada, la cual él había organizado.

William se paralizó al ver a Stella entrar a la casa por el pequeño jardín de la cocina. De inmediato se sintió hechizado de nuevo por sus

calurosos ojos color *bourbon* , su cuello largo que se asomaba de la parte alta de su vestido. Le habían indicado a Willie que se vistiera con su traje de gala: una camisa blanca holgada, un chaleco de seda y pantalones cortos de terciopelo hasta las rodillas. Sentía que la cara se le quemaba de la vergüenza. Era un músico de juguete, al que habían transportado para que Frye pudiera entretener a otro de sus juguetes.

—Recuerdo que dijiste que te gustó cómo tocaba… —Sus dedos gruesos desbarataban los hilos sueltos de sus pantalones—. Así que, ¡Willie, tócanos una canción!

William dudó. Por un momento breve, pero lleno de rabia, estudió el cuarto buscando una de las herramientas de la fogata, algún candelabro, algo más pesado que la flauta delgada que sostenía. William a menudo pensaba en esa tarde. El recuerdo lo invadía sin invitación desde los confines de su memoria. Ésa fue la primera vez que comprendió que había humillaciones tan profundas que podían inspirar a un hombre a matar.

11

Nueva Orleans, Luisiana
Abril de 1863

Ya había pasado un mes desde que William había escapado, pero no tenían confirmación de que hubiera llegado a salvo al campamento Parapet. Stella había anticipado el horrible vacío, el angustioso silencio. William, como la mayoría de los esclavos, no sabía leer ni escribir, e incluso si encontraba a algún oficial de la Unión que le ayudara a redactar algo, sería demasiado peligroso para ella recibir cualquier mensaje del frente.

Frye estaba de regreso en la ciudad, controlada ahora por tropas de la Unión, y Stella jamás lo había visto tan temperamental. Siempre había sido relativamente amable y educado, si bien no era fácil de manipular, al menos era sencillo apaciguarlo. Pero ya no. No sólo lo atormentaba el peso que suponía una Nueva Orleans bajo la ocupación y el desgaste que eso implicaba para su vida y familia, sino la traición atroz de Willie, cuyo acto lo había encolerizado sobremanera. ¿Cuántas veces había vociferado frente a Stella diciendo que estaba dispuesto a ofrecer una recompensa de varios cientos de dólares por la vida de su tan preciado esclavo? Cada vez que lo decía, Stella se estremecía, aunque también procuraba ver el lado amable: significaba que William no había sido capturado.

El amo jamás adivinó la atención que Stella le ponía a cada una de sus palabras. En el curso del año anterior, mientras yacían en la cama, Frye había revelado, sin el menor cuidado, la ubicación de los pocos bastiones rebeldes que quedaban en las afueras de la ciudad. Hablaba con una libertad sorprendente, calando su pipa mientras reflexionaba sobre la situación. Su postura era que las capacidades

mentales de Stella no le permitían entender ni mucho menos usar los secretos que revelaba frente a ella. Stella sabía que él jamás sospecharía que había estado tomando notas mentales para planear la ruta de escape de William. A sus ojos, su temperamento dócil era su más grande virtud; la creía tan obediente como una niña pequeña y tan leal como un perro.

Tan poco amenazado se sentía por ella que incluso le enseñó el abecedario y algunos principios básicos de la lectura cuando llegó a la cabaña. El hombre no pudo resistir su asombro cuando sacó un libro de su cartera y colocó la cubierta encuadernada en cuero, con sus páginas doradas entre sus dos delicadas manos.

Pero a pesar de la comodidad y calma que Frye sentía alrededor de ella, Stella no le profesaba ningún tipo de lealtad. ¿Cómo podría? Este no era un arreglo nacido del amor o de una decisión personal. Ella estaría siempre bajo su yugo. La expresión más intolerante de su poder sobre ella era que tenía prohibido amar a quien su corazón había elegido.

Stella no dudó un segundo cuando se dio cuenta de que la información que Frye había revelado tan a la ligera tenía el potencial de ayudar a William. Antes de enterarse del campamento Parapet, su amado William había estado considerando tomar una ruta más larga y peligrosa, con dirección a Port Hudson. Sin saberlo, Frye le había ahorrado docenas de kilómetros a William, asegurando su escape.

Ella nunca se había cuestionado el riesgo al que se había expuesto para ayudar a William a escapar. Sabía que las consecuencias valían la pena. Lo estaba haciendo por amor.

Así que fue una gran sorpresa cuando Ammanee regresó a casa la semana siguiente, con los ojos ardientes y un espíritu más feroz del que jamás había visto Stella en ella.

—La señora Hyacinth necesita tu ayuda, Stella —le rogó mientras entraba a la cabaña y cerraba la puerta.

Janie estaba sentada en uno de los bancos, deshilando un tejido de croché que pronto se convertiría en un par de guantes nuevos.

—Se trataba de su hijo, Jonah, el amo se lo va a llevar al frente. Se van de la plantación en una semana y ella está segura de que lo van a matar.

La cara de Stella se relajó. Eran noticias terribles, pero nada sorprendentes. Había escuchado rumores dolorosos sobre jóvenes negros del Sur cuyos dueños los obligaban a ir al frente para servirles ahí. A veces solo significaba hacer la lavandería y cocinar, pero otros habían sido forzados a tomar el lugar de su amo en la batalla.

—Ammanee, eso es terrible, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Quiere escapar…, unirse a la Unión, como Willie. Sé que no está tan lejos, pero todavía hay rebeldes y patrullas por la ciudad.

Stella la miró confundida, sin saber aún qué era lo que Ammanee le estaba pidiendo.

—Podrías prestar mucha atención la próxima vez que Frye venga a visitar, ve si dice algo sobre dónde se esconden sus hombres. Jonah va a tener todo en su contra cuando intente escapar. Darle un poco de información sobre la mejor forma de hacerlo es lo menos que puedes hacer por uno de los nuestros.

Stella se miró los pies. Notó un agujero en sus medias que necesitaba zurcir. Antes podría haberle pedido a Frye un par nuevo para la temporada, pero esos días habían quedado atrás. La ciudad entera tenía hambre y los estantes estaban vacíos en todos lados.

—¿Hyacinth sólo quiere saber si escucho algo útil? —Un enorme cansancio se apoderó de ella. Todo el día había sentido un vacío en el estómago. Sabía que su preocupación por William era la causa de su falta de apetito.

Ammanee hizo una pausa.

—Le dije que le harías un mapa.

—¿Un mapa? —Los ojos de Stella se abrieron.

—Sí. Que bordarías un pedazo de tela para que la señora Hyacinth no se equivoque con las instrucciones y Jonah no las olvide cuando tome camino.

Un silencio pesado cayó sobre la habitación. Janie dejó el tejido de croché y Stella palideció ante el temible plan.

—No me parece que sea la mejor idea.

—Tienes la oportunidad de ayudar, Stella. —Ammanee se angustió aún más.

—Yo no lo veo así —respondió. Tragó saliva, desconcertada.

—Incluso podrías husmearen su bolso cuando se duerma —insistió Ammanee—. Y ya que sabes leer…

Con esto último, Stella se levantó en un solo movimiento de la silla, dejando caer su tejido.

—¡Cállate! —le advirtió a Ammanee.

Incluso cuando estaban solas, las mujeres jamás hablaban sobre el hecho de que Frye le había enseñado a leer. Era un gran peligro para todas ellas. Incluso antes de la guerra, saber leer y escribir era un crimen. Ahora que Frye era capitán en el Ejército de la Confederación, significaba también un castigo inmediato para él como hombre sureño que había quebrantado sus reglas implícitas. Peor aún, las turbas de

rebeldes, que cada día eran más violentas y hostiles contra los soldados de la Unión a cargo de la ciudad, podrían matar a Stella por su transgresión.

Ammanee atravesó la habitación y tomó a Stella por la muñeca con fuerza.

—Dices que no puedes ayudar, pero con Willie allá afuera arriesgando su vida cada día… cada noche… ¿cómo puedes decidir no hacerlo?

Con eso, Ammanee soltó a su hermana, sabiendo a la perfección que había usado el arma más poderosa en su arsenal: el amor que Stella le tenía a William.

Las palabras de su hermana se sentían como un puñal en el vientre. Siempre había sentido un afecto profundo por la señora Hyacinth. Era sólo un par de años más grande que Janie, pero había vivido en la calle Rampart desde que Stella tenía memoria. Era alta y voluptuosa, con ojos verde azulados, cual río Nilo. Siempre existió una competencia tácita sobre cuál mujer era la más hermosa de las dos, Janie o Hyacinth.

Pero la edad había aliviado la rivalidad entre las dos mujeres. Prueba de ello era que Hyacinth había organizado a las mujeres de la cuadra para tejerle a Stella su edredón de bienvenida cuando se mudó a la cabaña. El gesto todavía le traía a Stella un sentido inigualable de calma, y en las varias noches en las que se había envuelto con la manta, lograba sentir el abrazo de sus vecinas, quienes también conocían las penas de su sufrimiento.

Esa noche, Ammanee entró en la habitación de Stella y se acostó en la cama con ella.

—Lamento haberme enojado contigo. Sé que no te sientes bien. Sé que extrañas a William y que tu estómago está hecho un nudo, pero tenemos que ayudar cuando y a quien podamos. Con todos esos hombres luchando por la libertad, nosotras tenemos que ser valientes también.

—Tú siempre has sido valiente. Tú eres la más fuerte de las dos. —Los ojos de Stella se llenaron de lágrimas.

Ammanee tomó la mano de su hermana y la apretó.

—Todas nacemos en la injusticia. A algunas nos toca peor, supongo.

Pero Stella sabía que Ammanee era quien le había dado el valor

para amar a William, incluso si tenía que ser un secreto. Ella había sido quien los ayudaba con sus reuniones secretas. Resguardaba la puerta cuando estaban dentro. Se aseguraba de que no se corrieran chismes sobre el joven que se escabullía por la puerta azul.

Ammanee tenía razón. ¿Cómo podría decidir no ayudar?

12

Stella estaba segura de que Frye pasaría por la cabaña cualquier día. Sabía que no podía alejarse de ella por demasiado tiempo. Le gustaba recordarle a ella y Ammanee que era uno de los pocos hombres en la ciudad que no había abandonado a su «chica elegante», a pesar de todo lo que tenía que poner de su bolsillo para mantener la cabaña. La situación de muchas de las mujeres sobre la calle Rampart había empeorado drásticamente cuando los amos partieron a la guerra, aunque muchos otros también habían perdido su sueldo gracias a la inflación demoledora que afligía al Sur.

Como oficial de intendencia para el Ejército de la Confederación, Frye tenía la responsabilidad de organizar suministros, viviendas y transporte a lo largo de la frontera entre Misisipi y Luisiana. El nuevo empleo requería que viajara mucho y, a pesar de que ya no podía darse el lujo de visitar su almacén en la calle Magazine, el cual había sido recientemente requisado por fuerzas de la Unión, todavía podía ir a la ciudad de vez en cuando a ver a Stella. Además, para quienes lo conocían, su relación le daba una coartada creíble que tapaba sus otros quehaceres en la ciudad.

En el patio pequeño detrás de la cabaña, crecía una pequeña higuera. En su tiempo libre, Ammanee usaba los frutos para preparar aguardiente de higo. Era potente, pero de buen sabor.

—Ofrécele un trago —susurró Ammanee mientras le ayudaba a Stella en la cocina durante la visita de Frye. Señaló un jarrón lleno de vino—. Puede ayudar a soltarle la lengua.

—Creo que prefiere algo más caro. No sé si vaya a querer nuestro aguardiente casero.

—Igual no perdemos nada ofreciéndoselo para calmarlo un poco.

Stella asintió y sirvió un poco del licor en una jarra con dos vasos a su lado.

—Quizás acepte un trago de tu quitapenas. —Frye se desparramó sobre una silla mientras Stella le ofrecía un vaso—. Si tan sólo supieras lo que tuve que atravesar para verte hoy —musitó antes de dar un gran trago. Su cara cambió de color de inmediato. Ammanee había elaborado el último lote más potente de lo habitual, pero Frye jamás habría admitido que era demasiado para él. Dio un trago más y se terminó el vaso.

Stella tenía un objetivo claro esa tarde. De alguna forma, debía orientar la conversación para preguntarle si se dirigía a la parroquia de St. John, donde estaba la plantación azucarera de la que escaparía Jonah. Si podía guiar su mente ahí, quizás podría descubrir sus próximos movimientos y entregas. O, al menos, obtener un poco de información sobre lo que ocurría en esa zona, algo que ayudara a Jonah.

Stella también se sirvió un vaso de aguardiente. Así, Frye pensaría que su curiosidad repentina sobre su trabajo sólo era síntoma de su borrachera.

Horas más tarde, una vez que Frye se sentó en la cama y comenzó a ponerse la ropa, Stella ya tenía el mapa en su cabeza. Siempre buscaba una distracción en los momentos en que yacía boca arriba, obligada a entregarse a él. Sentía que era una traición pensar en William en esos momentos penosos. Pero, en esta ocasión, el techo color blanco se había vuelto su lienzo, y puntada por puntada imaginaba el camino que bordaría para el único hijo de Hyacinth.

En cuanto Frye se marchó, se acercó a su hermana.

—Dile a Hyacinth que me dé una tela y todo el hilo que tenga. Nunca tenemos suficiente…

Ammanee regresó con un pedazo de algodón blanco y delgado que probablemente había sido ropa interior.

—Sólo tenía un poco de hilo verde —le indicó, ofreciéndole a Stella el carrete.

Se llevó los materiales a su cuarto, sosteniéndolos en su regazo mientras repasaba en su cabeza la información que Frye le había revelado en su borrachera.

Se sentía plenamente consciente de la responsabilidad que tenía. Ésto no era una jugarreta de niños, un mapa para jugar a las

escondidas. Tenía la vida de un hombre en sus manos. Necesitaría crear un código para el mapa y tendría que transmitir un mensaje inequívoco con el color del hilo que usara. Una puntada simple con hilo verde indicaría una ruta segura a través de los sesenta kilómetros entre St. John, pasando por la parroquia de St. Charles, hasta el campamento de contrabando. Las puntadas de linterna en hilo rojo serían las más importantes, pues advertirían la posibilidad de tropas rebeldes. Las puntadas de pluma en azul señalarían el río Misisipi, una referencia esencial para el viaje de Jonah.

Stella se esforzó en pensar cómo conseguir el hilo que hacía falta. Lo que Hyacinth había enviado no era suficiente para el mapa y su canasta de costura estaba ahora vacía. Inclinó la cabeza hacia atrás, después, miró alrededor de su habitación, contemplando todas las fuentes de hilo de color que pudiera encontrar. Sobre sus cajones estaba la bolsa bordada que había usado la fatídica noche en la que fue al Mercado. Tomó la bolsa. Era difícil no sentir admiración por el trabajo de costura de su creadora, quien había bordado el ramo de flores coloridas con maestría.

Mientras acariciaba el arcoíris de hileras delicadas, supo que había encontrado la fuente perfecta para sus materiales y sonrió. Sentía algo de satisfacción al saber que la prenda que había usado esa angustiosa noche tendría otro uso. Esos hilos ayudarían a un hombre en su viaje hacia la libertad.

Pasó la mayor parte de la noche confeccionando el mapa. Con sus dedos hacía bucles y ataba hilos, le daba al mapa la precisión que el hijo de Hyacinth necesitaría. Le dio el producto terminado a Ammanee a la mañana siguiente.

—No sé si esto ayudará a Jonah, pero hice lo mejor que pude. Decidí usar hilo verde para señalar la ruta que me parece más segura, según lo que me dijo Frye. El hilo rojo indica las zonas que evitar.

—Me recuerda a cuando eras pequeñita y te enseñé que los colores tenían significados. —Ammanee sonrió.

—Por eso usé el verde para señalar el mejor camino. Quería que el mapa estuviera lleno de esperanza —Stella bajó la mirada. Esas tardes se sentían tan lejanas ahora. Cuando el carruaje de Percy se estacionaba frente a la cabaña, y las manos adolescentes de Ammanee la llevaban al patio para evitar que escuchara los gruñidos de Percy al otro lado de la puerta de su madre.

—Déjame enseñarte algo —le había dicho Ammanee mientras tomaba la caja de costura de Janie. Sacó un trozo de hilo rojo con decoraciones exageradas que distraerían a Stella—. Podemos darle vida nueva a lo que es viejo —anunció con una sonrisa que llenaba su cara color de nuez.

A pesar de que las pequeñas manos de Stella se acostumbraron al ritmo de las puntadas con facilidad y aprendió rápido a reparar un agujero o coser un botón, lo que más le encantaba era cómo Ammanee le daba un significado a cada color en la caja de su madre.

—El rojo es el color del amor. —Le enseño a Stella mientras reparaba un rasgón en uno de los vestidos de su madre—. El verde significa esperanza.

Una tarde, cuando tenía doce años, Stella descubrió que Ammanee había tomado la funda de su almohada y la había bordado con enredaderas verdes en el borde y una corona dorada. Por años, había utlizado esa funda para dormir hasta que del uso casi se deshacía el hilo en sus manos. Pensaba que la esperanza bordada sobre el algodón se almacenaría dentro de ella.

Quizás el nuevo mapa y la funda vieja tenían una esencia similar. Stella no tenía idea si lo que había hecho ayudaría a Jonah. El viaje estaba lleno de riesgos y peligros constantes incluso para un hombre capaz de orientarse, pero lo cierto era que sentiría la presencia del amor en el bolsillo de su chaleco, a sabiendas de que su madre había tomado todas las precauciones posibles para mantenerlo a salvo. ¿No era ésa también la razón por la que había confeccionado el pañuelo para William, para que su amado sintiera su espíritu guiándolo mientras huía? Stella sabía que era lo único que podía hacer para ahuyentar la sensación de impotencia.

Ammanee tomó el mapa, lo dobló y guardó en su canasta.

—¿Segura que quieres que yo se lo de a Hyacinth y no tú?

—Mi estómago todavía no se siente bien —admitió Stella—. Voy a rayar un poco de jengibre y prepararme un té para calmar mis nervios.

—Bueno, más vale que me apure a llevarle esto. Todavía tiene que encontrar una forma de dárselo antes de que se vaya, pero ella ha estado tramando mientras tú cosías. Hicimos nuestra parte. Lo que queda está en manos de Dios.

La luz se filtró por las ventanas de la sala de la cabaña y Stella se

sintió feliz de poder descansar. Desde que William se fue, ya no sentía la fuerza o el interés para hacer cosas y el subterfugio de bordar el mapa la había dejado exhausta. Ammanee, por el contrario, parecía más viva que nunca. Su hermana siempre disfrutaba de salir a caminar, de regatear por las pocas provisiones para las que les alcanzaba en los puestos de abarrotes que se ponían cerca de la hermosa catedral de St. Louis, a pesar de lo mucho que se habían elevado los precios. Una bolsa de harina ahora costaba doscientos dólares, lo que limitaba sus compras a una bolsita de sémola de maíz o, en su defecto, una lata pequeña de leche Borden que algún oficial de la Unión seguro había intercambiado por algo más sustancial.

Desde que el Ejército de la Unión del general Banks había tomado la ciudad, toda la belleza y vitalidad parecía cubierta por las sombras y el malestar.

Los últimos meses, cada vez que Stella caminaba por Rampart hacia la avenida St. Claude, notaba grietas por las que comenzaba a brotar la negligencia y necesidad. En otros tiempos, cada casa estaba pintada de colores vibrantes y sus inquilinos cuidaban de sus macetas de flores con la mayor atención, pero ahora no había dinero para mantenimiento ni la paciencia para tan delicadas florituras. Las mujeres detrás de cada puerta dedicaban cada gramo de energía que tenían a sobrevivir.

13

Para Stella, pedirle a Ammanee que entregara el mapa a Hyacinth, significaba un regalo. Por años, había asumido que Ammanee disfrutaba tanto de salir a hacer diligencias porque era la más social de las dos. Pero, hace poco, Stella había descubierto la verdadera razón por la que su hermana salía cada que tenía la oportunidad. Ammanee no iba al mercado porque le encantara escoger los ingredientes para la cena, sino porque ahí podía reunirse con su amor. Un hombre llamado Benjamin, con quien había crecido en la plantación de Percy.

Unas semanas antes, cuando Janie y Ammanee pensaban que tomaba una siesta, Stella las escuchó hablar en la habitación principal. Ahí descubrió no sólo que su hermana estaba enamorada de Benjamin, sino que también quería casarse con él.

—Mamá, cumplo veintisiete el próximo mes y me estoy poniendo tan vieja —suplicó Ammanee.

Janie se llevó las manos al turbante.

—¿Tú te estás poniendo vieja? ¿Entonces, cómo me estoy poniendo yo? —Se rio—. Acabo de hacer otro cataplasma de polvo de nuez y té negro para cubrirme las canas… ¿Por qué tú te piensas que traigo puesto este pañuelo, cariño? Todas estamos envejeciendo.

Ammanee se obligó a sonreír.

—Sí, mamá, pero me gustaría algo más en esta vida. Las cosas están cambiando. Los hombres están peleando por lo que es correcto…

Janie guardó silencio.

—Sólo pienso que la próxima vez que Percy venga a visitarte, le podrías pedir que intervenga para que Benjamin y yo tengamos permiso de casarnos. Él podría decirle algo a Frye.

—¿Por qué quieres eso ahora? —La cara de Janie cambió—. No significa nada con esta ley… Y no podrán estar juntos —le recordó a su hija—, a menos que quieras regresar a vivir a la plantación y que Percy te compre de vuelta.

—Yo también tengo un corazón, mamá. Sabes que Benjamin y yo nos hemos amado desde que éramos pequeños… —Ammanee se desmoronaba—, pero hay mucho de él que no sabes. —Su voz subió de tono—. Como que él se echó a las correas cuando rompí la porcelana de la señora. Tomó el castigo por mí. Dijo que la estaba cargado y se había tropezado. Me ayudó muchas veces de esa forma.

El corazón de Stella se rompía al escuchar a su hermana compartir todo lo que Benjamin había hecho por ella cuando era pequeña.

—Se aseguró de que me tocara pan de ceniza en el desayuno cuando todos los demás se estaban metiendo en la fila. —Tomó aliento y miró a su madre a los ojos—. Él me protegió todos esos años que no estuviste, mamá. Era como un hermano mayor en ese entonces…, pero igual lo hizo.

—De cualquier forma, ¿en qué momentos lo ves ahora?

—Está trabajando de herrero en la granja, lo sacaron del campo porque es bueno arreglando cosas y el amo confía en él. Viene al pueblo todas las semanas para suministrar la plantación. Intentamos vernos cada vez que viene…, aún si sólo es por un ratito.

—No quiero escuchar eso. —Janie sacudió su cabeza. Su tono era reprobatorio—. Si el viejo Percy lo ve haciendo eso, hablando contigo cuando se supone que esté trabajando para él…, nos van a traer problemas a todos. Se desquitará conmigo y el Señor sabe que ya de por sí tengo miedo de que me eche de la casa. Quizá no nos ponga comida en la mesa, pero de él depende el techo sobre mi cabeza.

—Pero, mamá…

—Nada de peros… Sabes bien tú que pedirle algo así es tonto. Es mejor guardar los favores para cosas importantes. Casarse no significa nada para una esclava. La ley le da a Percy todo el poder. Puede vender a Benjamin cuando quiera… Mañana si se le antoja. Si te compra de Frye, luego te puede vender a su amigo en Tennessee o hasta Misisipi. —Se tocó la frente con la mano—. Lo que tú quieres, Ammanee, no significa nada. Te conviene saltar la escoba y dar gracias que conociste a alguien que te hizo sentir viva por un minuto o dos en esta vida… —Janie suspiró—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? No somos dueñas de nuestras vidas, ninguna de nosotras es libre. Sigues siendo una esclava, ¿tú crees que Stella o yo somos

realmente libres si nos tenemos que acostar con estos apestosos cada que se les da la gana?

Stella se dolía mientras escuchaba la conversación, pues sabía que cada palabra que su madre había dicho era verdad. Aun así, su corazón se rompía por su hermana. Saltar la escoba era la única ceremonia que los esclavos tenían para demostrar su compromiso, pero no significaba nada a los ojos de hombres como Percy o Frye.

—Supongo que sólo esperaba que fuera amable conmigo si tú se lo pedías, mamá.

—Déjame decirte algo sobre tu papá, niña. —Los ojos de Janie se tornaron suaves. Parecía que estaba a punto de llorar—. Él me pidió que saltáramos la escoba, pero cuando Percy se enteró, se puso colérico. Dos semanas después, como un reloj, vendió a tu papá a un patrón de Mobile, Alabama. Después de eso, nunca volví a escuchar de él. —Se le rompió la voz—. La única vez que lo he vuelto a ver es cada que reconozco su expresión en tu cara o cuando volteas a verme y me echas una de esas sonrisas. Cada vez que veo tus ojos color de nuez, me acuerdo de él. —Janie se cubrió la boca un momento para ahogar sus emociones—. ¿No lo ves? Pedimos demasiado y nos deshicieron. —Sus palabras se tornaron frías de nuevo—. Percy me tomó más duro después de eso, para enseñarme quién mandaba.

Detrás del umbral, Stella cerró sus ojos en una mueca de dolor. Pensó en sí misma, en Ammanee y su madre. Su inocencia —todo su ser— en las manos sin misericordia de un hombre blanco. ¿Era esa la venda sobre los ojos de los jóvenes y apasionados? Una creencia infantil, la de que todos se merecían la libertad más básica: la habilidad para crear una vida con la persona amada.

14

Mi querido Jacob:

Espero que mi último paquete te haya encontrado a salvo y que cada noche estés envuelto en una cobija de estrellas, que te proteja y abrace como yo deseo hacerlo. Me dio una gran paz hacer un cobertor que no sólo te diera calor, sino que también tuviera todo mi corazón bordado en cada costura. No se me da coser, pero las otras mujeres me ayudaron a crear algo que te hiciera sentir orgulloso.

Tener algo que hacer ha sido un bálsamo. Mis manos se sienten vacías si no estoy trabajando. Desearía sentir tus dedos entre los míos. Extraño nuestras caminatas por la Quinta Avenida y la forma dulce en que me cantabas valses al oído para que pudiéramos bailar en nuestra sala incluso si no había nadie que cantara.

Me digo a mí misma que no debo ser egoísta al desearte a mi lado. Me recuerdo que, a pesar de que te extraño, estás peleando por el derecho fundamental de cualquier hombre, sin importar su color o credo. A menudo pienso en nuestra visita a casa de Samuel, cuando insistí en que me dijeras lo que de verdad pensabas sobre esta horrible guerra. Jacob, hubiera sido fácil tomarme en tus brazos y decirme lo que quería escuchar, pero no lo hiciste. Guardaste silencio por dos días, pensando en soledad, hasta que resolviste cuál era tu verdadera postura.

Quiero que sepas que, en tu ausencia, intento hacer lo que me corresponde. La señora Rose ha estado tan ocupada con la columna que escribe para su boletín abolicionista, El liberador, *que me pidió que usara mis contactos para traer más mujeres a nuestros círculos de costura. Estaremos donando las recaudaciones a la Comisión Sanitaria para que tú y los hombres de la Unión tengan más hospitales. Rezo para que nunca necesites esas vendas o medicinas, pero con cada punzón de mi aguja, pienso en ti y en los hombres a tu lado peleando por la libertad.*

Con amor,

Jacob dobló el sobre que había llegado esa mañana y lo guardó junto al resto. Las cartas de su esposa eran frecuentes y siempre estaban llenas de noticias sobre su vida en Nueva York. Sus páginas contenían una energía única y contagiosa. Antes de Lily, jamás había conocido a alguien con tanta intención de abolir las injusticias del mundo, en particular la esclavitud. Después de la visita inquietante e incómoda a Samuel, Lily le había exigido tomar una postura. Para ella, la indiferencia era tan cruel como apoyar el sistema esclavista.

—¿Quién eres? —Insistió en que le diera una respuesta durante su viaje en tren de regreso al Norte—. ¿Eres el hombre que no dice nada o el hombre que respalda sus creencias con acciones?

Las ruedas de la locomotora los mecían de lado a lado. Los ojos de Lily lo miraban por debajo del ala de su sombrero, como si pudieran ver a través de él.

—Me cortejaste con tanta pasión, eras persistente, jamás te rendiste ni por un segundo. —Apretó sus manos, cubiertas por guantes, en su regazo—. Pero en casa de tu hermano…, dejaste que yo fuera quien protestara en la mesa. Ni siquiera me apoyaste.

—Lo siento —se disculpó—. Fueron dos años en los que no había visto a Samuel y no quería arruinar una visita tan corta.

—Dicen que hay una guerra gestándose entre el Norte y el Sur. —Lily suspiró, evidenciando su molestia—. En algún momento, vas a tener que demostrar de qué lado estás.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Jacob repasó las palabras firmes de su esposa en su cabeza. Tenía razón. Lo opuesto a la indiferencia era la convicción. Si no tenía convicción, entonces era un hombre débil y odiaba pensar que Lily lo considerara un cobarde. La había cortejado con tanta seguridad, a pesar de que el estatus social y económico de los Kahn estaban bastante por encima del suyo. Luchó por demostrarle a su suegro que era un buen vendedor, no sólo un músico aficionado, que tenía una ética profesional aguerrida y que deseaba el éxito. Tanto él como Lily habían hecho a un lado las tradiciones de sus padres, importadas del viejo mundo, que forjaban relaciones maritales a partir de lazos familiares y económicos, con rabinos y casamenteros de por medio. Por el contrario, ellos veían su unión como una extensión de la era moderna, del sueño americano, en el que el matrimonio era una decisión nacida del amor.

En la carroza de regreso a su departamento, le dio su respuesta.

—Escribí *Chica de fuego* porque cerré mis ojos y pensé en ti, pero también creo en la verdad que hay en la letra. Sin su libertad, un hombre no tiene nada… Ni siquiera te tendría a ti. —Tomó su mano —. Mis emociones sólo se expresan mejor a través de la música, cariño.

Ella saltó hacia él con un abrazo, tirando su chal brocado de sus hombros. Jacob aún recordaba su mirada cuando se separó de sus labios y comenzó a tararear la canción.

Lily estaba tan viva, tan llena de propósito y su amor por ella era más profundo por ello. Entre mil linternas de luz tenue, él había elegido a la vela más brillante como esposa.

Ahora, mientras caminaba en dirección a la tienda de William, pensó por un momento que su imaginación podría estar traicionándolo. A la distancia, la letra de la canción de Lily flotaba en el aire, pero el ritmo se había ajustado ligeramente, el tono se volvió más profundo y el tenor más conmovedor.

Por primera vez, en los seis meses que había estado enlistado, percibió una sensación de camaradería. A pesar de que no los conocía, experimentó un lazo inesperado con los nuevos reclutas, que se habían dado a la tarea de reinventar su canción. Esa era la emoción de componer, que las melodías de uno nacieran de nuevo en la voz y el espíritu de los demás. Los hombres en la infantería siempre habían mantenido su distancia con él. La mayoría eran amables y cordiales, pero, aun así, no se podía sacudir la sensación de ser un extraño. Muchos en su batallón jamás habían conocido a un judío. A pesar de que nunca había revelado su historia por completo, se sentía vulnerable, como un extranjero, un rasgo que lo había acompañado desde su primer aliento.

Era extraordinario y maravilloso escuchar la forma en que el nuevo grupo de soldados reinventaba sus versos.

—¿Soldado Kling? Siempre nos observa tan sigilosamente — masculló William, un poco asombrado—. Señor —añadió en silencio.

Jacob sonrió.

—Me llegó un mensaje. El coronel Abbot y algunos otros oficiales de alto rango visitarán el campamento esta noche. Le comenté que teníamos un prodigio musical entre las filas y lo convencí de que tenía que escucharte tocar con nosotros.

—¿Así que quieren una canción del maestro negro? —William se apoyó sobre su pala. Había escuchado la misma petición tantas veces en su vida que le sorprendió descubrir que, tras cavar zanjas toda la mañana, la invitación lo cansaba más que la labor física.

—No es una orden —aclaró Jacob—. Al menos no todavía. No pensé que te molestaría tocar un poco, por eso lo sugerí. Pero mencionaste al registrarte que eres músico, lo que conlleva cierta responsabilidad además de sonar el toque de diana y el llamado a la batalla.

—No dije que no lo haría. —William sabía que ser músico entre las filas era un privilegio. Quería luchar por su libertad, pero también quería regresar a Stella—. ¿Quieren música clásica? —Recordó las veces en que tenía que tocar Bach y Beethoven para los invitados de Frye sin aviso previo. Odiaba pensar que había viajado y arriesgado tanto, para a ser, de nuevo, una mascota que hace trucos para los oficiales.

Jacob hizo una pausa.

—Probablemente toquemos el repertorio de siempre, algunas baladas, quizá algunos valses. Tenemos cinco músicos en nuestro campamento —comenzó a pensar en voz alta—, yo en la corneta, un par de trompetistas, un flautista que no es tan bueno como tú y un bajista bastante bueno.

—Llevaré a alguien conmigo —agregó William, alzando la voz por encima de los gruñidos de los hombres que cavaban a su lado—. Un tamborilero de nombre Teddy —asintió sonriente al decir su nombre—. Él viene también.

15

Cuando Ammanee regresó, Stella buscó en su expresión alguna señal de felicidad por haber visto a Benjamin, pero no encontró ninguna.

—Me pidió darte las gracias, decirte lo agradecida que está —le reportó Ammanee—. Dijo que Jonah saldrá mañana por la noche. Sólo queda rezar por él.

—Claro que lo haremos —le aseguró Stella. Benjamin, William, Jonah…, la lista de nombres a incluir en las plegarias crecía cada día. Más y más jóvenes negros necesitaban toda la protección que pudieran obtener—. Sólo espero que el mapa ayude a Jonah. —Se levantó del sofá, donde había estado durmiendo la mayor parte del día.

Ammanee asintió, pero Stella se percató de que el desorden reinante en la casa distraía a su hermana. Le echó una mirada a la pequeña sala de la cabaña, hecha un desastre. Stella había dejado su taza de té vacía sobre la mesa y la olla con la sémola de maíz que Ammanee había preparado para el almuerzo seguía en la estufa, aunque ahora la mezcla se había endurecido, lo que dificultaría elaborar los pasteles de ceniza que se supone cenarían.

—A este lugar le hace falta una buena barrida —replicó Ammanee, caminando hacia la puerta trasera donde estaba la escoba —. No queremos ratas, aunque escuché que algunas personas tienen tanta hambre que están cocinándolas. Y no quiero pelear, pero esa olla de maíz se secó, está arruinada. ¿Qué vamos a cenar?

Stella se alisó la falda y se puso la mano sobre el estómago. No quería que Ammanee se enojara con ella, o peor, que pensara que le tocaba ser su sirvienta.

—Perdóname, hermana. No me he sentido muy bien. Creo que bordar ese mapa me revolvió bastante el estómago. Me hizo pensar

demasiado en lo que pudo haberle pasado a Willie… —Stella se masajeó el abdomen por encima de la pretina—. Siento mariposas de tanto preocuparme. Déjame ayudarte con la olla, debí haberla guardado hace horas.

—Sabes que no puedes tallar ollas o sartenes. Te va a arruinar esas manitas tan lindas que tienes, entonces Frye pensará que no estoy haciendo mi trabajo.

—Me doy cuenta de que te he complicado las cosas estas últimas semanas. —Stella bajó su mirada—. Me siento mal por ello.

Ammanee la miró tallando la olla. Por primera vez, notó algo extraño en la tez de su hermana. Su piel, que usualmente tenía un color suave, como a sándalo, ahora se veía amarillenta, casi verde.

—No sólo estás preocupada, Stella. Estás enferma, ¿verdad?

—No, sólo me siento un poco cansada. —Stella intentó enderezarse.

Ammanee se sacudió las manos mojadas, se las secó con un trapo y tocó la frente de Stella con su palma.

—No tienes fiebre…, pero igual para mí, no te ves muy bien.

—No es nada. Me sentí mejor cuando me tomé el té de jengibre.

—¿Cuánto te has estado tomando?

—Me he estado preparando un poco cada dos horas, más o menos. ¿Por?

Ammanee palideció.

—Hermana —bajó su voz—, ¿no crees estar con niño, o sí?

Un instinto casi primordial inundó a Ammanee, justo como el de su madre cuando se enteró de que estaba embarazada.

—Ven, siéntate, no quiero que te me vayas a desmayar.

Stella tomó el banco de la cocina y se acomodó.

—¿Tuviste tu periodo este mes? —preguntó Ammanee.

Stella negó con la cabeza.

—Con el agobio de la partida de Willie y los nervios de sacarle información a Frye, no había estado llevando la cuenta.

—¿Hace cuánto no te baja?

Los hombros de Stella se encogieron.

—Sólo un mes, creo…

—Pero estás cansada. Tienes náuseas.

Ambas mujeres sabían que esto sólo podía significar lo obvio.

—¿Sabes quién es el papá? ¿El bebé es de William o Frye?

Una punzada de asco atravesó a Stella. Ambas opciones cargaban su propio agobio. Por un lado, si era el bebé del hombre que amaba, Frye sabría que ella lo había engañado y, en el mejor de los casos, la vendería junto con Ammanee. Pero hasta ella sabía que, si el bebé era más oscuro que un café con leche, sería difícil escapar de las consecuencias. Por otro lado, si su hijo nacía cuarterón, temía perderlo eventualmente. La única forma que ese niño tendría para crecer y escalar en este mundo sería alejándose lo más posible de su madre mulata.

Se suponía que enterarse de la creciente vida dentro de su vientre debía ser una noticia festiva, pero con su mente alternando entre las posibilidades, se dio cuenta de que ambas opciones llevaban al lamento.

—No sabemos si es algo de lo que preocuparnos todavía —le aseguró Ammanee.

—Si hay una pequeña semilla dentro de mí, quiero que sea de Willie —afirmó Stella con voz quebradiza. Siempre había sido consciente del poco control que tenía en sus encuentros con Frye, pero había logrado controlar su angustia hasta este momento.

—Necesitamos un plan, no importa qué pase —le dijo Ammanee, con toda la calma que pudo reunir—. ¿No es eso lo que Janie siempre nos dijo? Sólo los tontos no se preparan para la tormenta.

Stella asintió.

—No voy a deshacerme de él, si eso es lo que me vas a decir. Si es de Willie, podría ser el único lazo que me ate a él. —Se puso ambas manos sobre el vientre—. Su amor creciendo dentro de mí.

—No iba a decir eso. —La verdad es que Ammanee no sabía qué era lo que iba a sugerir, pero una cosa era cierta: su propia vida una vez fue como la de ese bebé creciendo dentro del vientre de su hermana. Janie pudo haberse deshecho de ella con un té de cimicífuga negra. Su madre no habría sabido si el bebé era de Percy o de su amante esclavo. Pero, claro, había sido distinto entonces, ya que Janie aún estaba en las cabañas de los esclavos y, para la mayoría de los patrones, otro niño era una ganancia inesperada, sin importar el padre. Aunque Janie habría elegido soportar cualquier penuria que el futuro le trajera en lugar de terminar algo que podría unirla para siempre al hombre que amaba—. Tenemos que pensar en cómo esconderle esto al amo Frye por ahora. Sólo llevas un mes de retraso. Con lo delgada que eres, todavía te quedan unos meses antes de que se te note.

Stella levantó la mirada y estiró una mano para tomar la de su

hermana. La fuerza de sus manos decía más que cualquier palabra.

—Y ocho meses hasta que sepamos quién es el papá…

Ammanee se sentía agradecida por contar con algo de tiempo, ya que la toma de la ciudad volvía las visitas de Frye menos frecuentes.

Miró a Stella y la vio asustada y sin certezas. Quería tomarla en sus brazos y mecerla. Ammanee muchas veces había pensado en cómo habría sido su nacimiento. Cuando llegó a este mundo con un tono marrón más oscuro, en lugar del lechoso que el amo de su madre esperaba, desapareció cualquier duda sobre quién era el padre. ¿La habría tomado Janie en sus brazos, aliviada de saber que había concebido a una niña a partir del amor? ¿O había sido su nacimiento una angustia? No importaba quién fuera el padre: Percy sería el dueño de la única cosa que para Janie personificaba el amor.

16

William sacó su flauta de su estuche y la limpió con un paño. Era el único objeto que poseía, además de la ropa con la que había llegado al campamento, que aún lo conectaba con Frye.

Embocó la boquilla y sopló unas cuantas notas. La ligereza de la melodía alivió por un momento el cansancio que llevaba en los huesos.

Había pasado el día entero cavando zanjas. Sus manos, que usualmente estaban bien cuidadas, tenían ampollas y sangraban; le dolía presionar los agujeros de su instrumento, pero William ignoró el dolor y dejó que la música lo envolviera.

A pesar de la rabia que sentía cuando Frye lo obligaba a tocar, Willie entendía que su supervivencia había estado siempre ligada a su talento. Si elegía bien sus canciones para esta noche y las tocaba como él sabía que podía hacerlo, dejaría de ser un hombre negro sin nombre entre un mar de reclutas. Por el contrario, los oficiales lo recordarían. Si acertaba las notas, solicitarían a Willie el Silbador con frecuencia, quizá conseguiría un poco más de comida, o incluso algo de medicina si la llegara a necesitar. Tal vez sobreviviría para encontrar su camino de regreso con Stella.

William aprendió a sobrevivir por su madre, por sus gestos silenciosos, no sus palabras. Desde que William era un niño en la plantación, todo el mundo le decía que había heredado el talento musical de su madre, Tilly. El instrumento de ella era su voz. Cantaba en los campos de índigo cuando recolectaba las hojas turquesa. Cantaba cuando tejía las canastas que usaban para cosechar. Cuando el capataz pasaba con su bastón en alto, cantaba más bajo, para sí misma. Y cuando se unía a los otros esclavos en la misa del domingo,

cantaba tan alto como podía.

Tilly era pequeña, pero su voz era más poderosa que la de los esclavos más grandes. Salía de un lugar muy dentro de ella, un pozo sin fondo de tristeza y esperanza en partes iguales. Cantaba para evitar que su cuerpo y mente se rindieran; las canciones espirituales la levantaban cuando ella sólo quería dejarse caer. Cuando la canasta sobre su cabeza era demasiado pesada, o sus dedos sangraban de arrancar las hojas de sus tallos firmes y verdes.

También amaba el pandero, por el ritmo que producía, por el llamado ancestral que enardecía en sus huesos. Era el sonar de una campanilla que la transportaba a un lugar en el que era libre por un momento.

Muchos se enamoraban de ella por su natural musicalidad, pero el padre de William, Isaiah, fue el único que le interesó a Tilly lo suficiente como para hacerla perder el ritmo.

—Tienes una voz hermosa para el canto —le dijo una tarde mientras tomaba la canasta de sus manos. Isaiah trabajaba en los tanques de procesamiento, a la sombra de un techo de paja, donde las hojas se transformaban el preciado tinte.

Ella sonrió y sus extraordinarios ojos grises se enternecieron por un momento.

Isaiah vertió la cosecha que ella recolectó al barril donde se remojarían. Las hojas color verde botella flotaron en la superficie antes de hundirse. Horas más tarde sacaría las hojas y las pasaría a otro tanque, en el cual las ablandaría con una pala de madera hasta que el agua pasara de ser verde a azul.

—Te escuché cantar la semana pasada y no me puedo sacar tu voz de la cabeza —le susurró.

Ella no le respondió con palabras, pero mientras Isaiah se retiraba, comenzó a tararear.

La primavera en que William nació, una serie de inundaciones devastaron la isla de Sapelo, arruinando la temporada de floración del arroz y del índigo. El amo Righter se volvió impredecible y sus ataques de ira se volvieron más frecuentes. A medida que su enojo se acrecentaba con el capataz y las deudas, las golpizas en la plantación se intensificaron. A Isaiah le habían arrebatado cualquier oportunidad de pasar tiempo con su recién nacido; él era quien más recibía los castigos arbitrarios desatados por la ira. Temiendo por su propio

empleo en la plantación, el capataz intentó subyugar a Isaiah, un líder natural, para que los otros esclavos aprendieran de su ejemplo.

Mientras tanto, Tilly cantaba incluso más fuerte. Cantaba cuando la obligaban a rescatar lo que quedaba de la cosecha. Trabajaba desde la mañana hasta que sólo la iluminaba la luna llena, con William colgando de su espalda.

—Dicen que se van a huir lejos de acá. Que buscan la libertad —le confió Isaiah una noche mientras yacían sobre su tapete de paja—. Tenemos que escaparnos —le susurró. Incluso en la seguridad relativa de su propia cabaña escuálida, apenas vocalizó la arriesgada idea de huir al Norte. Además, como medida de seguridad adicional, susurró en el idioma gullah, creado por los esclavos, una mezcla de africano occidental, inglés y criollo. Sus labios estaban junto a su oído, de forma que, más que escuchar las palabras, Tilly las sintió.

Ella sabía que no había forma de escapar con un bebé y que de ninguna forma dejaría atrás a su hijo. Se llevó a William al pecho.

—Escuché que las deudas son tantas que quizá comiencen a vendernos. Sé que me venderán a mí. Entonces, te perderé a ti y a Willie para siempre.

La respuesta de Tilly fue un suspiro. Sabía que la situación de Isaiah era mucho peor. Su orgullo natural —el rasgo que ella más amaba de él— lo volvía el blanco de la ira desbocada del amo y capataz.

—Como lo entiendo, podemos morir aquí o podemos morir allá afuera, pero al menos moriremos libres —sugirió Isaiah ante su silencio. Sabía que tomaría mucho convencerla.

Ella no le respondió. Su respiración se detuvo y abrazó al infante aún más fuerte sobre su pecho. Isaiah escuchó sus inhalaciones y supo que jamás aceptaría irse.

—No llegaríamos lejos con él. —Su dedo jugó con la mano de William y la besó. No había nada normal sobre fungir como madre siendo una esclava. Había escuchado de mujeres que asfixiaban a sus bebés antes de huir, obligadas a extinguir sus vidas en lugar de dejarlas en las manos de un hombre blanco.

—Sé de una mujer en Savannah que nos puede ayudar a llegar al Norte.

Tilly negó con la cabeza en silencio. La choza atigrada tenía paredes de barro hechas de esquisto y conchas. La humedad y oscuridad los rodearon. Los minutos pasaron con una lentitud dolorosa. No podía ir con él.

—El domingo al anochecer —le susurró—, cuando estemos todos

en la casa de alabanza, cantaré más fuerte de lo que jamás he cantado…, así no te escucharán huir.

Isaiah le dio a William un beso de despedida esa mañana y sacó de su bolsillo una bolsa de algodón teñido de índigo. Dentro tenía un brazalete de conchas que había pertenecido a su madre. Lo había traído puesto desde África; era un recordatorio del lugar en el que habían sido libres.

Tilly cantó tan fuerte como sus pulmones se lo permitieron. Sacudió su pandero con todo el vigor que su cuerpo tenía. Cuando sus lágrimas comenzaron a correr, todos estaban seguros de que era porque el espíritu había entrado en ella y su cántico era el sonido de su liberación. Nadie más sabía que Isaiah estaba por huir. Nadie lo sospechaba, excepto quizá el viejo Abraham, cuya sabiduría sobrenatural lo volvía casi un santo. Caminaba con ayuda de un báculo que había tallado de uno de los robles dorados que crecían afuera de las chozas de los esclavos, esa madera estaba destinada a protegerlo; además, era sabido que tenía visiones en las que predecía el destino de las personas. Miró a Tilly cantar mientras sacudía las caderas, con el cuerpo entero lleno de canción. Para contribuir con su escudo de protección, Abraham golpeó fuertísimo con su báculo los tablones de pino del suelo y se unió a ella en sus entonaciones. Juntos cantaron en la casa de la alabanza: «Señor, hice lo que me pediste que hiciera».

Con el ladrido de los perros, el capataz se estremeció en su hamaca, maldiciendo a los negros y su ruidosa misa de domingo. Se hacía de la vista gorda durante sus misas, siempre y cuando todos se reunieran en la mañana de los domingos para escuchar el pasaje de la Biblia que el amo escogía, uno que exaltaba las virtudes de la obediencia y servidumbre. La voz de Tilly resonó en sus oídos y se prometió que le daría con su bastón la próxima vez que la viera, por estropear su descanso. Pensó en levantarse y castigarla de inmediato, pero el deseo de dormir lo mantuvo en su hamaca.

El caos estalló en la plantación más tarde, justo después del amanecer, cuando descubrieron que Isaiah había escapado. Estaban buscando a quién castigar.

—Esa maldita Tilly y su voz —le insistió el capataz al amo—. Así fue como se escapó.

Bastó con que el dueño asintiera para que el destino de Tilly

quedara sellado. La encadenaron de las muñecas y de los tobillos.

Con sus brazos detrás de ella, la ataron a un poste. Un hombre le abrió la boca mientras otro tomaba un fierro al rojo vivo de un fuego con carbón ardiente. William lloraba en los brazos de las abuelas. El cielo se oscureció. Los otros esclavos ahogaron su indignación. Más allá de sus gritos sofocados, todo permaneció en silencio mientras le quemaban la lengua a Tilly.

Despojada de su voz, Tilly se aferró a lo único que le quedaba: el pequeño William. Había perdido el habla y había perdido el canto, pero, por las noches, cuando William no conseguía dormir, Tilly se obligaba a tararear unas melodías que, por rotas que estuvieran, acompañaban a su hijo hacia el sueño.

Luego, cuando las pesadillas no se detenían y no podía dejar de pensar en lo que le harían a Isaiah si lo capturaban, hacía lo único que sabía que la sosegaría. Tilly encontró una cubeta de pintura blanca que comenzó a mezclar con sedimento de índigo y cal. Se juró que su hijo no crecería con espíritus malos merodeando a su alrededor. Así que mezcló tinte de índigo y pintó de azul opaco el techo de la habitación en donde dormía William. Pintó el espacio entre las vigas de turquesa. Al llegar a estas nuevas y extrañas costas, los primeros esclavos africanos creían que el tinte atrapaba a los espíritus que buscaban hacerles daño; los engañaban para que creyeran que el pigmento brillante era el cielo o el agua, manteniéndolos alejados. Sin su lengua para poder proteger a William, Tilly tenía que creer que el sufrimiento en la vida de su hijo se mermaría con la protección del color azul.

Conforme fue creciendo, Tilly se maravillaba al ver cómo el talento de su hijo salía a relucir en una flauta de madera que habían tallado sólo para él. Cada noche, mientras observaba a William dormir en la tarima junto a ella, sacaba de la bolsa color índigo una de las conchas de cauri que Isaiah le había dejado, rezando en silencio por que en su hijo hubiera no una, sino dos voces.

17

Cuando veía a Teddy, William no podía evitar ver al niño que él había sido. Le provocaba un deseo de protegerlo, así como los abuelos de la plantación, por ejemplo, el viejo Abraham, lo habían protegido a él.

—Oye, Teddy —llamó mientras se acercaba a la cama del tamborilero que era una simple cobija doblada sobre hojas húmedas —, tú y yo vamos a tocar esta noche y les vamos a demostrar a esos que somos más que unos simples cavazanjas. Ve y ponte tu tambor. —Extendió su mano y ayudó al niño a levantarse.

Mientras se levantaba, Teddy tomó su tambor, poniendo el barril junto a su cintura y ajustando las correas.

—¿Tienes tus baquetas?

Una sonrisa se dibujó en la cara del niño mientras sacaba dos palos de madera de su bolsillo.

—Sí, señor —le dijo, y estiró los hombros.

William pasó su mano libre por encima de la gorra del niño, jalándola un poco para asegurarse que estaba bien puesta. Teddy había echado raíz en el corazón de William y éste decidió que lo protegería. Sabía que, sin importar el motivo por el que no hablaba mucho, tenía que ver con un dolor terrible. William había crecido con una madre a la que le habían robado la voz, pero entre ellos había un lenguaje que iba más allá de las palabras, y, como él con su instrumento, ella se había comunicado a través del ritmo. Cuando quería que William se acercara a ella, golpeaba su rodilla. Si estaba feliz, usaba ambas manos para tamborilear en la superficie más cercana. William haría todo lo posible por darle a Teddy la oportunidad de canalizar sus sentimientos a través de su tambor.

—Ven. —William le señaló al pequeño músico que lo acompañara

más allá de la colina, hacia el campamento de los oficiales—. Les vamos a enseñar cómo se toca una canción.

William y Teddy caminaron, esforzándose por esquivar el lodo que rodeaba su campamento, en dirección contraria a la tierra pantanosa que circundaba el lago. Mientras avanzaban hacia la fortificación principal, en el campamento de los blancos, el suelo se iba volviendo más firme, incluso el pasto crecía en algunos lugares. El sol se había puesto para cuando llegaron a los cuarteles de los oficiales. El campamento había quedado arruinado para muchos soldados tras los días de lluvia continua, pero los oficiales se habían instalado en el pedazo de tierra más elevado y seco.

William encontró a Jacob armando un pequeño escenario junto a otros cinco músicos blancos.

—¿Para quién tocamos esta noche? —preguntó Willie mirando alrededor. No podía identificar a ningún miembro de la audiencia alrededor.

Jacob señaló una tienda de lienzo.

—Ahí dentro hay un montón de oficiales. Han estado ahí todo el día, pero me imagino que saldrán pronto. El cocinero está preparándoles la cena. —Le hizo un gesto hacia unas ollas colgando sobre una fogata.

El olor a tocino impregnaba el aire y empeoraba el hambre de William. Apenas había comido en todo el día, sólo un pedazo de pan duro y un café rebajado con agua.

—¿Te importa si practico un poco con mi amigo de ahí? —preguntó, buscando alguna forma de distraer su apetito.

—Claro que no —respondió Jacob—. ¿Cuántos años tienes? —Se arrodilló junto al niño—. No pareces tener más de diez. Nueve, quizás.

El niño bajó la vista y la clavó en su tarola.

Pero antes de que William pudiera intervenir su silencio, Teddy levantó sus baquetas y comenzó a tocar, ambos músicos lo interpretaron como su propio lenguaje rítmico.

Los uniformados salieron de la tienda con hambre en sus miradas y los estómagos vacíos. Tras llenar sus platos de sémola de maíz y un guiso de carne rudimentario, juntaron sus sillas junto al escenario que Jacob había armado. Pasaron botellas de whiskey y comenzaron a relajarse

bajo las estrellas.

—Bueno, ¡toquen algo! —le gritó un hombre a Jacob.

El músico neoyorquino les indicó a los miembros de la banda que tomaran sus instrumentos para comenzar.

Sin demora, el sonido brillante de la corneta y las trompetas iluminó la noche. Un trombonista habilidoso y un clarinetista que habían descubierto en la compañía B añadieron otra capa de armonía a la interpretación.

En su último paquete, Lily había enviado tres canciones nuevas que recién se habían impreso en el almacén de su padre: *The young volunteer* , *Aura Lea* , y la sentimental *Weeping, sad and lonely* .

La letra de ésta última había resonado con Jacob cuando la leyó por primera vez.

> Mi más querido amor, ¿recuerdas la última vez que nos vimos
> cómo me dijiste que me amabas, de rodillas a mis pies?
> ¡Oh!, tan orgulloso frente a mí estabas en tu traje azul
> cuando juraste ante mí y ante el país entero
> ¡que era un amor verdadero!

Sintió que Lily le había enviado un mensaje con su elección de canciones; pensar en eso le daba fuerzas mientras cantaba frente a los oficiales. Tras haber escuchado las mismas canciones una y otra vez, las nuevas melodías eran refrescantes para sus oídos. Incluso Willie, quien estaba sentado bajo un árbol esperando a tocar con Teddy, estaba impresionado.

Tras tocar por más de una hora, Jacob, cansado y lleno de sudor, anunció que tenían un invitado especial para concluir el repertorio.

—Creo que quedarán maravillados. Tenemos un verdadero maestro entre las filas —anunció por encima del barullo—. Cuando lo escuché tocar por primera vez, sentí que estaba de regreso en las salas de conciertos de Nueva York. Caballeros… —Hizo un gesto en dirección a William y Teddy. El par de músicos negros se acercaron y comenzaron a prepararse para tocar.

Willie movió su mano y Teddy comenzó a tocar un ritmo suave y cadente. Al principio, sonaba parecido a una lluvia ligera cayendo, pero pronto fue creciendo en volumen y velocidad. Willie se llevó su flauta a los labios y comenzó a tocar una hermosa melodía, tan aguda y brillante como la luz del sol.

Jacob se dio cuenta de inmediato que la composición no era ni

clásica ni moderna, sino algo salido por completo de la imaginación de Willie. La música llenaba el espacio con tanta gracia que las notas improvisadas parecían pertenecer al quinto elemento, por encima de los simples fuego, agua, tierra o aire.

Los oficiales guardaron silencio y quedaron hipnotizados. El ritmo constante de Teddy continuó mientras la flauta de Willie subía y bajaba con arabescos vertiginosos.

—¡Otra! ¡Otra! —clamaron los hombres una vez que la flauta de Willie se separó de sus labios y los brazos de Teddy regresaron a sus costados.

Los dos músicos del campamento negro hicieron lo que les pedían; terminaron tocando varias canciones más.

Luego, cuando los oficiales dieron la noche por terminada, Jacob habló con William, afirmando lo que había sabido todo este tiempo.

—Van a pedir que regreses más seguido —le dijo—. Hiciste lo que todos soñamos. No veían ni a Teddy ni a ti en el escenario. Sólo escuchaban la música.

Jacob sólo había experimentado un momento así en su vida y era una memoria que guardaba con llave en su corazón. Ocurrió una ocasión en la que tocó para una persona. La mujer de la que se trataba no era su amada Lily, sino su madre, en su lecho de muerte.

Sus últimas semanas habían sido dolorosas y difíciles. La tos que la había acompañado por meses empeoró sin previo aviso y le dificultaba la respiración. Jacob le escribió a Samuel, pidiéndole regresar a casa para que la viera antes de que fuera demasiado tarde, ya que el doctor le había dicho que era sólo cuestión de tiempo para que se reuniera con su esposo.

Kati jamás se sintió cómoda en Nueva York, no de la forma en que las otras inmigrantes lo hicieron una vez que los negocios de sus esposos comenzaron a dar frutos. Siempre había preferido la seguridad de su casa, por lo que casi nunca salía. Mientras sus hijos crecían, Kati extrañaba los días en que tocaba música para ellos en la sala, en especial para Samuel, quien era tan bueno con el violín como Jacob con la corneta. Era una mujer callada que se sentía más acompañada por los sonidos de las cuerdas que de los metales. El violín, para ella, era una forma de desatar su nostalgia y la añoranza de la tierra que había dejado atrás, sentimientos que no podía expresar con sus limitadas palabras. Nada la hacía tan feliz como tomar su instrumento

y tocar un dueto con su hijo mayor.

Ahora, en el delirio inducido por la morfina que le habían administrado, le pidió a su hijo que tocara el violín para ella una última vez.

—Samuel, querido, tócame una pieza clásica bávara — le imploró con una voz tan débil que las palabras casi quedaban atrapadas en sus jadeos—. Samuel…

—Madre, soy yo, Jacob —intentó explicarle. Se acercó, se sentó en un costado de la cama y tomó su mano pálida.

—Samuel, una canción más — suplicó mientras sus ojos miraban a través del semblante de Jacob y sólo veían a su otro hijo, quien en realidad estaba a cientos de kilómetros, experimentando su nueva vida en Misisipi.

Jacob se llevó la palma de su madre a su mejilla, pensando que quizá reconocería su tacto.

—Mi violín está justo ahí, mi amor. — Señaló la esquina de la habitación—. Por favor, tómalo y toca algo…

¿Cómo podía Jacob decirle que no? Se levantó, caminó hacia el violín de su madre y sacó el instrumento color burdeos de su estuche. Era una de las pocas pertenencias que su madre había traído consigo de Alemania; Jacob admiró la pátina y forma elegante.

Sin hacer mucho ruido, lo afinó hasta que sonara perfecto. Colocó el instrumento debajo de su barbilla y comenzó a tocar, a pesar de no haber levantado un violín en más de una década.

La expresión de su madre cambió con la música. Sus ojos se cerraron, sus labios dibujaron una ligera sonrisa y —quizá lo más importante— su respiración se relajó mientras las notas llenaban la habitación.

Tocó la música de su infancia con Samuel. Valses bávaros y la música romaní lenta y sombría sobre la que era fácil improvisar.

Pero había puesto algo más en su forma de tocar, porque era todo lo que podía darle en ese momento. En cada nota, se encontraba la única cosa que un hijo puede darle a su madre de forma verdadera: el corazón.

Al bajar el arco, se acercó a Kati una última vez y puso su mano sobre las de ella.

No repitió el nombre de Samuel ni dijo el suyo. Sus ojos estaban cerrados, sus labios sonreían con paz. Sus últimas palabras fueron un murmullo: «*Ich liebe dich, mein Sohn* ».

—Te amo, hijo mío.

18

Habían pasado varias semanas desde que Stella consideró la posibilidad de estar embarazada. Pero tras no haber tenido su período por segundo mes consecutivo, tanto ella como Ammanee sabían que era un hecho.

Los ojos de Stella seguían hinchados de su siesta de mediodía cuando la señora Hyacinth tocó a la puerta y pidió hablar con ella en privado. El clima estaba caluroso y húmedo de una forma inusual para ser comienzos de primavera, a pesar de su intención de ayudar a Ammanee con el quehacer en la casa, se había quedado dormida de nuevo.

—¿Qué se te ofrece, Hyacinth? —preguntó Stella al levantarse, intentando arreglarse un poco.

—Nada a mí —respondió Hyacinth mientras entraba a la cabaña—. El hermano de Emilienne… —Cruzó el umbral con la cabeza en alto, el sonido de su falda imitaba las plumas de un ave al tomar vuelo—. Nos preguntábamos si harías otro bordado como el que hiciste para mi hijo.

Stella se quedó callada mientras admiraba a Hyacinth. La mujer, cuya edad rondaba los cincuenta, era alta, parecía una emperatriz. Tenía la tez canela, ojos color verdeceledón y un cuello largo que le daban un aire que evocaba otro tiempo y otro sitio mejor que la calle Rampart a media guerra. Stella ahora entendía por qué las otras mujeres le habían otorgado el apodo de Reina y por qué su propia madre jamás había usado ese mote. Por más hermosa que era Janie, no cargaba con el mismo porte regio que Hyacinth.

—El hermano de Emilienne va a fugarse también.

Stella se apretó los dedos de las manos, entrelazando sus dedos

frente a ella. Frye la había visitado hacía sólo dos días y había estado tan parlanchín como siempre; le contó acerca de todas las ubicaciones a las que mandaría los próximos cargamentos. Pero ella no lo había estado escuchando con tanta intención como la vez pasada. Más bien, estaba preocupada de que notara que sus pechos comenzaban a hincharse, o que sus pezones se habían oscurecido. Stella había rezado para que no advirtiera los signos de un embarazo que cualquier otra mujer habría sabido identificar.

—No estoy tan segura de la información como la vez pasada. No recuerdo todo lo que dijo Frye la última vez que estuvo aquí —le advirtió—. No quisiera ser responsable si algo le llegara a pasar.

La mirada de Hyacinth era intensa, pero mantenía su voz mesurada y llena de calma.

—Nadie pensaría eso, mi niña. Sólo preguntamos porque cualquier cosa que sepas puede favorecer al hermano de Emilienne. Yo tengo que creer que el que le diste a mi Jonah lo ayudó en su recorrido.

Stella bajó la mirada. Al final, todo era una cuestión de fe. Como con Willie, jamás recibirían ninguna carta o mensaje que les indicara que sus seres amados habían llegado a un lugar seguro.

—Siempre hemos hecho las cosas a nuestra manera… Tú sabes eso, Stella. —Hyacinth se le acercó y tomó sus manos. La calidez de sus manos irradió a Stella—. ¿Por qué crees que pintamos nuestras puertas de azul? ¿Por qué crees que colgamos botellas de los árboles? ¿O ponemos una escoba en la puerta trasera? Tenemos que acorralar a los fantasmas y proteger a quienes amamos. —Hyacinth tomó aliento —. Las hermanas de Rampart creemos que tu hilo y tu aguja pueden proteger a nuestros hijos…

A los oídos de Stella, las palabras sonaban como una declaración. La consumía el miedo de sólo pensar que sus puntadas podrían conducir a alguien de su comunidad por el camino incorrecto. Pero la petición inicial de Ammanee seguía siendo su verdad. Stella podía ayudar.

—Voy a necesitar algo más de hilo —dijo después de un momento—. Usé una bolsa vieja la vez pasada, pero ya casi no queda nada.

Hyacinth consideró la solicitud.

—No sé si te sirva, pero tengo un chal que podrías usar. Está bastante suelto… con muchos colores diferentes. Quizá podría ser útil.

Stella tenía uno también, pero sólo era color avena. Le había pertenecido a Janie, y ahora ella lo usaba alrededor de sus hombros

en los días que hacía más frío.

—Me servirá de maravilla —contestó Stella, imaginando cómo descosería las hebras y ensartaría su aguja.

—Tenemos que usar todo lo que tenemos —le recordó Hyacinth —. Ayudar a nuestros chicos a alcanzar su libertad. Quizá entonces, si es la voluntad de Dios, puedan regresar por nosotras para que consigamos la nuestra.

Punto por punto, Stella sacó las hebras que quedaban en su bolso. Quería asegurarse de haber sacado todo lo que pudiera antes de comenzar a deshebrar el chal de la señora Hyacinth.

En sus manos, el largo chal se sentía como si no pesara nada; el tejido de algodón era ligero al igual que una telaraña. Comenzó a aflojar la cuadrícula de hilos que formaban el patrón y fue quitando un hilo a la vez. Primero el verde, luego el azul y finalmente el rojo. El chal estaba hecho de cientos de fibras, así que Stella no necesitó usar todos los colores. Una vez que terminó, el amarillo, negro y lavanda seguían en su lugar, abundantes. Se alegró de tener algo a lo que regresar en caso de que se necesitara otro mapa.

No había usado su propio algodón para el lienzo, sino un viejo saco de harina hecho de yute. Su tela áspera contrastaba con la delicadeza del chal, pero era fácil de usar y no le costaba nada. Seguramente, Emilienne le habría ofrecido algún material sobre el cual bordar, un trozo de uno de sus abrigos o de alguna otra prenda, aunque Stella sabía que el yute marrón sería tan útil como cualquier otra tela.

Al terminar su trabajo, dobló el mapa como una servilleta y lo colocó en el bolsillo de su falda.

—Está listo —le informó a Ammanee cuando la encontró al día siguiente, barriendo la cocina. No dijo nada del mapa en voz alta, pero su hermana entendió a lo que se refería—. Voy a la cabaña de Emilienne a dárselo, no quiero hacerla esperar.

Ammanee dejó su escoba a un lado. Su cabello estaba envuelto en un pañuelo; sus ojos amplios y marrones miraron a su hermana, evaluando su salud. No quería que Stella saliera si se estaba sintiendo débil de nuevo.

—Estás desvelada. Igual y es mejor que lo lleve yo.

Stella negó con la cabeza.

—Me sentará bien la caminata. —Se puso una mano sobre su

espalda baja.

—Puedo ir contigo…

—No te preocupes, hermana —insistió Stella—. Además, hace días que no veo a mamá. Pasaré a verla después de la entrega.

Stella recibió la calidez del sol de la mañana sobre su rostro como una esponja sedienta. Las lluvias de las últimas semanas habían hecho que los árboles frutales florecieran y los pájaros cantaran. A pesar de las alacenas vacías y la tensión de la ciudad bajo la ocupación, la naturaleza seguía adelante.

La cabaña de Emilienne estaba cerca de la de Janie, al final de la calle Rampart, a unos pasos de la iglesia de St. Anthony de Padua. Junto a su reja de hierro forjado, un enorme árbol de magnolia presumía sus enormes flores, que parecían globos. Stella evocó cómo solía recolectar en su canasta los pétalos que caían cuando era niña; sonrío al recordar la forma en que su madre los usaba para elaborar mermeladas o infusiones.

Su hermana siempre había amado esa iglesia, sus tres arcos simétricos y el gigantesco campanario con el reloj en medio. Ammanee se ofrecía a barrer el coro de la iglesia y a traer flores para el altar. A Stella le sorprendía que su hermana estuviera tan dedicada al lugar, ya que su antiguo sacerdote, un francés llamado Turgis, quien en sus primeros días predicaba sobre los males de mantener a hombres y mujeres en la esclavitud, les había dado la espalda con la guerra. Durante los últimos años, se la había pasado sirviendo de ministro en el Ejército de la Confederación. Pero, a pesar de todo eso y de su desagrado por los rebeldes, Ammanee seguía yendo cada semana a terminar sus quehaceres.

Stella apenas pudo esconder su desprecio cuando Frye mencionó que algunos oficiales, incluyéndose, se reunirían en la iglesia tras su visita a la cabaña.

— Van a comenzar a usar el lugar para sus juntas Rebeldes, ¿puedes creerlo? —le dijo a su hermana, consternada por la profanación hacia un lugar sagrado.

Pero Ammanee no respondió. Sólo levantó una ceja y una sonrisa extraña, casi pícara, se dibujó en sus labios.

Las paredes exteriores de la casa de Emilienne eran de un profundo rojo cornalina. Stella tocó la puerta negra y notó que mucha de la pintura se había desvanecido durante la guerra.

—¿Quién es? —preguntó una voz en silencio por la ventana medio abierta.

—Soy Stella, Emilienne. —Se tocó el bolsillo, dándole algo de su calidez al mapa. —Te traje algo…

La puerta se abrió y alguien le indicó que pasara. Era Emilienne, baja y voluminosa, con un pecho enorme, completamente opuesta a su amiga Hyacinth. Sus pequeñas manos tomaron las de Stella.

—Gracias por hacer esto, querida.

Stella sacó la yuta doblada de su bolsillo.

—Como le dije a la señora Hyacinth, no estoy segura de que esto ayude a su hermano, pero he bordado todo lo que sé.

Emilienne tocó el material. Su palma lo cubrió como si fuera un artefacto sagrado.

—Hay que darles algo de información, algo de protección. Es todo lo que podemos hacer, ¿no es así?

Stella asintió. Sentía mariposas en el estómago, las náuseas eran peores durante la mañana. Pero al trabajar en este mapa, había logrado olvidarse por uno momento de sus problemas y preocupaciones constantes. Puntada tras puntada, sentía que estaba canalizando el amor maternal que crecía dentro de ella. Había tanto que no podía controlar, pero trazar un camino que atravesara la oscuridad, ¿cómo no iba a ser bueno eso?

19

Al principio, Lily había rechazado la propuesta de Ernestine, quien le había sugerido que convenciera a su círculo social de tejer cobijas para los hospitales de la Unión o para subastas en eventos de caridad.

—Sé que es un trabajo importante, pero creo que mis habilidades estarían mejor empleadas ayudándote con el boletín *El liberador* —le dijo Lily—. Soy mucho mejor escritora de lo que soy costurera, Ernestine.

—Sé que preferirías blandir la pluma a usar la aguja, pero hay más de una forma de pelear en una guerra, Lily —le contestó Ernestine—. Piensa en cómo ayudarás a los soldados que luchan por liberar al país de la esclavitud. Es una labor completamente abolicionista, querida.

Lily no estaba convencida del todo, pero se obligó a buscar un significado mayor en el reto.

—Quizás puedo bordar una cita o dos de Frederick Douglass —pensó en voz alta—: «¿Qué significa para el esclavo el 4 de julio?».

—Ese es el espíritu. —La cara de Ernestine resplandecía—. Tu trabajo inspirará a nuestros hombres y les dará aún más valor. Hasta entonces, consigue a tantas mujeres como puedas y pónganse a trabajar. ¡Le prometí a la Comisión Sanitaria veinte cobijas para Navidad!

—¿Tejerás con nosotras? —le preguntó Lily.

Ernestine levantó sus manos hinchadas.

—Mi artritis no me lo permite, así que pasaré la batuta a las más jóvenes.

Dieciséis mujeres tejían sentadas formando un círculo en el recibidor del apartamento de Lily. Sobre sus regazos había cobijas de distintos colores. Junto a ellas había canastas llenas de hilo. La mayoría de sus esposos estaban en la guerra y cada una de ellas quería contribuir con algo a la causa.

—Gracias por organizar esto —dijo Adeline Levi mientras cosía. Era la costurera más rápida y talentosa de su grupo, tras sólo unos días ya estaba trabajando en su segunda colcha.

El primer intento de Lily no había quedado tan limpio como a ella le hubiera gustado. Había creado un patrón simple de cuadrados carmines y blancos, pero pronto descubrió que le faltaba tela roja para terminarlo. Los recortes de la tela que había usado se amontonaban a sus pies cual hojas en otoño.

—Tienes que hacer un boceto de tu diseño antes de comenzar a coser la colcha —le recordó una de las mujeres—. ¿Acaso tu madre no te enseñó a coser de pequeña?

La garganta de Lily se anudó.

—No, por desgracia no —respondió con ternura mientras deshilaba su trabajo para comenzar de nuevo, lista para añadir un tercer color que compensara el carmín que faltaba. Miró a las mujeres reunidas y vio a Jenny Roth poner una mano sobre su vientre, sonriendo con cariño maternal, como si su bebé estuviera aprendiendo a coser ahí mismo con ellas.

Un dolor terrible e indescriptible se apoderó de ella por sorpresa, una de las varias cicatrices lastimosas que la habían acompañado durante toda su vida como hija sin madre. Si su mamá siguiera viva, ¿sería tan talentosa como el resto de las mujeres a su alrededor, quienes parecían poder coser con los ojos cerrados? Cada línea de puntos le tomaba tres veces lo que a las demás, tampoco tenía la misma confianza que ellas. Ésta era la razón por la que no había querido organizar el círculo de costura en primer lugar. ¿Por qué no la había dejado Ernestine ayudarla con el boletín o a escribir los discursos? Era torpe con una aguja, pero la pluma siempre se había sentido como una espada en sus manos.

Henrietta Byrd, una mujer de habla suave y tranquila, notó la frustración de Lily y, en silencio, se dispuso a ayudarla.

—Cámbiame el lugar —le dijo a la joven sentada junto a Lily.

Henrietta se sentó y tomó su colcha.

—Piensa que es una cuadrícula —le instruyó con amabilidad—, todo lo que tienes que hacer es conectar un cuadro con el que sigue. Usa una puntada corrida, es la más fácil. Solo deja que tu aguja entre

y salga, luego arriba y abajo.

Lily observó los movimientos lentos y metódicos de Henrietta mientras se sobaba el pulgar.

—¿Tienes un dedal? —le preguntó a Lily. Se llevó una mano al bolsillo de su delantal—. Ten, me sobra uno. Vas a encontrar tu ritmo, te lo prometo. —Lily tomó el dedal y Henrietta le devolvió su colcha.

Henrietta tenía razón. Mientras más practicaba, las costuras de Lily se volvían más consistentes y su confianza crecía. En el reverso de su primera colcha, bordó con cuidado las palabras de Frederick Douglass, sin saber si la persona que la recibiera notaría el mensaje conmovedor cosido en el borde. Pero lo hizo de todas formas, para recordarse a sí misma el trabajo que debía hacerse. En silencio, sintió orgullo de su trabajo mientras tocaba el relieve de las letras con sus dedos.

Luego tomó la colcha que le hizo a Jacob, que siempre sería distinta a las que haría con el grupo de costura. Lily había seleccionado la tela con gran cuidado, cada retazo tenía una conexión específica con la historia que compartían. Del guardarropa en la casa de su padre, había tomado el mantel de lino que usaron en su primera cena de *sabbat* . Inmediatamente, se imaginó cómo lo cortaría en cuadrados para crear el fondo color noche de la colcha. De su propio armario, tomó la preciada sábana blanca de su noche de bodas, sabiendo que podría usarla para la miríada de estrellas del diseño.

Hizo un boceto primero, como las mujeres del círculo de costura le habían enseñado. Estudiando su bosquejo, decidió que quería añadirle una capa adicional de amor, así que planeó coser un amuleto en forma de corazón hecho con el dobladillo de su camisón, el cual pondría justo debajo del recuadro central de la colcha.

No esperaba que Jacob reconociera la fuente de los materiales que usaría, en especial porque ella casi nunca le mostraba su lado sentimental. Prefería esconderlo tras una fachada de fuerza y practicidad. Sabía que él sólo vería constelaciones sobre los cuadrados entrelazados que formaban el cielo nocturno. Pero desde que había comenzado la guerra, era consciente de la importancia de poner todo su espíritu en cada labor. Así que, mientras confeccionaba la única protección que podía darle, puso su alma en cada puntada.

20

Al día siguiente, mientras los oficiales se relajaban dentro de sus tiendas, William se preguntaba qué canciones tocaría para ellos por la noche. Recordó la época en la que seguía bajo el yugo de Frye. En ese entonces, tenía los domingos libres y los usaba para encontrarse con Stella en secreto, en la plaza Congo, justo pasando Rampart, al norte del barrio francés.

Era el lugar perfecto para encontrarse, ya que la plaza estaba llena de gente, música y danza. Por casi medio siglo, la plaza Congo había sido el único lugar en el que los esclavos de Nueva Orleans podían congregarse los domingos, su único día de descanso establecido por la ley. Desde el momento en que William llegó a la ciudad, fue como si la plaza lo llamara. Saboreaba el bazar lleno de vida, el aroma a especias y el barullo.

Pero, por encima de todo, William apreciaba los sonidos de los instrumentos que llenaban el aire de la plaza. Había hombres golpeteando tambores de todas las formas y tamaños, sonajas de guaje que se agitaban en el aire y banyos que añadían sus acordes y punteos. Lo que más le llamaba la atención eran las melodías que salían de los instrumentos de viento, que lo hacían recordar la flauta que Abraham le había tallado a mano en la isla Sapelo. Aquellas tardes en las que esperaba a Stella eran su sustento. No sólo porque veía finalmente a su chica, sino también por los ritmos que flotaban en la plaza. La música de sus ancestros africanos lo llenaban de vida y acercaba al recuerdo de su madre.

Todavía le era fácil imaginar a Stella llegar, prendada del brazo de su hermana, cada una con una canasta en la muñeca, sonriendo como el sol. William le seguía la corriente a Ammanee, quien

atravesaba la multitud para conducirlos a algún lugar en el que su hermana pudiera permanecer por una hora o dos sin que nadie se diera cuenta. Su refugio temporal casi siempre era una almacén abandonado o una bodega, lugares en su mayoría húmedos e inhóspitos. Sin embargo, ni a él ni a Stella les importaban las condiciones de sus guaridas. Todo lo que deseaban era la calidez de la presencia del otro.

William cerró los ojos e intentó buscar inspiración de aquellos recuerdos y sonidos.

—Déjame ver tu tambor —le dijo a Teddy. El chico se quitó las correas del cuello y le ofreció su instrumento a William.

Cuando le ofreció también las baquetas, William negó con la cabeza.

—No —le dijo—, no voy a necesitarlas.

El chico miró mientras William comenzó a golpear la piel del tambor con sus manos. No era un redoble tradicional, sino un sonido que imitaba lo que había escuchado en la plaza Congo. Mientras William tocaba, la mirada del niño se iluminaba.

—Ahora veamos si puedes hacerlo…

Le devolvió el tambor a Teddy, quien comenzó a imitar el ritmo que había escuchado hacía unos momentos.

—Sí, justo así —dijo William sonriendo. Tomó su flauta y comenzó a tocar una melodía que alternaba entre tonos agudos y graves.

Jacob los miró y sintió que su cuerpo se llenaba de vida. Cualquier hombre se habría sentido conmovido al escuchar a William tocar, pero el acompañamiento de ese ritmo tan particular le daba más emoción de lo normal.

—No te preocupes —le aseguró William—, no comenzaremos con eso. Vamos a tocar un poco de Mozart antes. Luego, quizá algo tradicional. Una vez que estén un poco bebidos, tocaré un poco de la música de la plaza Congo.

Jacob inspeccionó las dos tiendas de lona. Casi deseaba no tener que tocar para los oficiales esta noche, así podría relajarse y escuchar a William. Los ritmos eran nuevos para sus oídos. Quería tomar su corneta y añadir otra capa a la música.

—¿Quién va a querer escucharme tocar *Yankee doodle* después de escucharte a ti? —bromeó Jacob.

William se encogió de hombros.

—Tengo la sensación de que cualquier música hace lo mismo para la mayoría de las personas. Los transporta a otro lugar.

Jacob sabía que era verdad. Más allá de sus deberes como músico militar, era durante los momentos de descanso que su talento más les servían a sus compañeros, en los cuales su corneta transportaba las mentes cansadas de los hombres de vuelta a la calidez de sus hogares, a los brazos de sus amadas y aminoraba el sufrimiento en su corazón.

Teddy se sentó de cuclillas junto a su tarola, golpeteando con suavidad el nuevo ritmo que acababa de aprender.

—¿El chico no habla mucho, eh? —señaló Jacob—. Apenas lo he escuchado decir más de unas palabras.

William miró a Teddy con compasión.

—Está hablando, soldado Kling. Está hablando con su tambor.

Mi amada Lily:

Te escribo al amanecer, tras una larga noche en la que prestamos entretenimiento a un grupo de oficiales. ¡Me ha sido imposible dormir tras la emoción de la velada! Junto a algunos otros músicos de mi regimiento tocamos las canciones que incluiste en tu último paquete. A todo mundo le encantó escuchar algo nuevo. Me atrevo a decir que el cancionero de la Unión ya nos tenía cansados de tanto tocarlo sin parar.

Pero el evento más emocionante de la noche fue, sin lugar a duda, la música del flautista negro. Este hombre, William, es un prodigio musical de una talla que jamás antes había visto. Puede tocar a todos los compositores clásicos, desde Mozart a Beethoven, y de memoria. Pero ayer, tras tocar varias melodías conocidas, nos deleitó con canciones que venían de sus raíces africanas.

No puedo explicar la forma en que su música cambió la atmósfera en el campamento de los oficiales. Primero, los superiores hicieron muecas de reprobación. Me decepcionó escuchar a uno de ellos quejarse de la «música de changos». Pero a medida que William continuaba y su acompañante, un pequeño niño tamborilero, complementaba el espectáculo con un ritmo hipnotizante, la opinión de los hombres cambió por completo. Sus botas comenzaron a golpear contra el suelo, sus tazas se levantaron y sus rostros se iluminaron con un gusto que no había visto desde que recibimos la noticia sobre el batallón Rosencran que derrotó a los rebeldes en el río Stones.

Espero que sepas cuánto te extraño. Eres mi antorcha cada vez que me siento solo o desesperanzado. Cuando estoy en mi tienda, te imagino con una nueva colcha sobre tu regazo, aguja e hilo en tus manos. Sé que estás trabajando sin descanso para que hombres como yo podamos dormir arropados y para que hombres como William conserven su libertad.

Duermo bajo tu manta de estrellas, mi vida.

Sólo tuyo,

21

Ammanee abrió la puerta trasera de la iglesia y entró al templo. El aroma familiar a incienso, escayola y humedad le dio la bienvenida mientras se dirigía al armario de limpieza en el que estaban su cubeta y esponja.

La iglesia era casi un segundo hogar para ella. Conocía cada habitación y cada sala como la palma de su mano. Cuando eran niñas, Janie solía sugerirles a ella y a su hermana que cruzaran la calle y entraran a la iglesia de St. Anthony a pasar el rato. Regularmente, sucedía las tardes en las que el viejo Percy visitaba a su madre y la presencia de las chicas no era deseada en la pequeña cabaña criolla. A veces, sólo salían de la casa, y Ammanee le ayudaba a Stella a perfeccionar su técnica de bordado. Otras veces tomaba a su hermana de la mano y la llevaba en dirección a la iglesia. Incluso antes de que el padre Turgis llegara, había habido otros sacerdotes y diáconos que estaban dispuestos a darle migajas de amabilidad a la pequeña esclava.

—El sacerdote Dupont me dio galletas por cambiar el agua en las urnas — le dijo una vez con orgullo Ammanee a la pequeña Stella—. No le gusta el olor a humedad cuando el padre está dando su sermón.

Le encantaba contarle a su hermana que la trataban bien en la iglesia y le compartía a Stella algunas de las historias que Dupont le contaba, por ejemplo, que la iglesia en un principio había sido una capilla mortuoria para quienes fallecieron durante la epidemia de fiebre amarilla que había arrasado la ciudad décadas atrás.

A medida que Ammanee creció, comenzó a ofrecerse para ayudar con los quehaceres en la parroquia. Tallaba el suelo y limpiaba los bancos. Pulía los pasamanos y barría las escaleras. Pero Ammanee

jamás dejó que Stella la ayudara, pues sabía que tenía que proteger las manos de su hermana. Sus palmas tenían que permanecer suaves y sin callos para cuando llegara su momento de ir al Mercado. De cualquier forma, el lugar se volvió un santuario para ambas, especialmente en las tardes en las que el calor de Luisiana era insoportable, ya que la capilla era fresca y silenciosa.

Mientras entraba a la iglesia, Ammanee recordó con nostalgia aquellas tardes en las que Turgis le demostró gentileza por primera vez. En alguna ocasión, le había hablado sobre el amor de Dios para todos sus hijos, sin importar que fueran blancos o negros. Él venía de un lugar diferente, no de África, como los ancestros de Ammanee, sino de un país llamado Francia. Sin embargo, la guerra había cambiado sus prioridades, sus sermones ya no se inclinaban a favor de la libertad del hombre negro, sino que ministraba para los soldados. Él decía qué estos lo necesitaban como capellán en el campo de batalla. Ammanee intuyó, por la forma en que el padre bajó la mirada, que esos soldados no incluían hombres como Willie o Jonah, que se habían fugado para unirse al ejército.

Cada dos semanas, la iglesia era el punto de reunión para las juntas secretas de aquellos hombres que todavía le eran leales a la Confederación. A pesar de que muchos de ellos habían hecho el juramento que el general «la Bestia» Butler exigía, sabían que, si la Unión se consolidaba, les arrebataría su forma de vida. Como se encontraba lejos de los cuarteles de la Unión, la iglesia de St. Anthony era el lugar idóneo para que hombres como Mason Frye se reunieran a discutir sus estrategias sin alertar a nadie. Muchos de ellos tenían a sus amantes en Rampart, así que la ubicación era doblemente ideal. Ninguno de estos hombres había avanzado tanto en la vida perdiendo el tiempo.

Ammanee se arrodilló y comenzó a tallar el piso. Le daba calma limpiar aquello que se había ensuciado. Cepilló las huellas sucias que dejaron las botas elegantes de los hombres blancos y recogió la ceniza que cayó de sus pipas. Sin embargo, era más difícil deshacerse de la sensación de que habían profanado un lugar sagrado. Pensó en todos los hombres, mujeres y niños negros que habían pedido su libertad a Dios por años. La blasfemia más reciente de los rebeldes se añadía a una lista de transgresiones que la inspiraban a esforzarse más, que agitaban su respiración. Quería borrar a cada uno de ellos.

22

Nueva York, Nueva York,
Abril de 1863

Lily despertó y se destapó mientras los primeros rayos del sol entraban a la habitación. Toda la noche había soñado con Jacob. Habían pasado ya siete meses desde su partida y los recuerdos de sus primeros días de matrimonio se volvían más distantes con cada día que pasaba.

Extrañaba tantas cosas de Jacob. Su ritual de cada mañana, preparar café y leer el periódico juntos mientras desayunaban pan tostado con mantequilla; cuando regresaba del trabajo con ramos de flores amarillas durante las horas del atardecer; la sonrisa en sus labios mientras ella le compartía sus discursos para las juntas abolicionistas.

Ahora, su lecho marital era un espacio solitario y demasiado grande para ella. Echaba de menos levantarse junto al calor del cuerpo de su esposo. Odiaba pensar en los peligros que corría, o imaginarse que un día le llegara la noticia de que estaba herido, o peor aún, muerto. Lily se obligaba a creer que Jacob regresaría a casa sano y salvo una vez que el país no estuviera dividido por la terrible guerra.

Su propia vida llena de comodidades casi era una vergüenza para ella. Era una vida demasiado opulenta para una mujer de tan solo veintitrés años. Su apartamento sobre la calle Doce y la Quinta Avenida en Manhattan había sido un regalo de bodas de su padre. Era un espacio hermoso con techos de yeso, puertas francesas y paredes color crema. Unos días después de la boda, su padre caminó por el lugar, con el pecho inflado y una sonrisa de satisfacción en su rostro. Estaba orgulloso de su propio bienestar económico, gracias al cual la vida matrimonial de su hija comenzaría en un lugar elegante y

sofisticado.

Lily sabía que su padre quería que ella tuviera más de lo que él había tenido. No quería que viviera en la hilera de casas sobrepobladas en las que había residido con su madre cuando desembarcaron en Nueva York. La intención de su gesto era de generosidad, pero también era un recordatorio para su yerno de que Lily no era la hija de un simple vendedor ambulante, sino un hombre que había creado una formidable empresa a través del trabajo duro.

Era bien sabido que Arthur Kahn se había arriesgado como pocos hombres tenían el valor de hacerlo. Había rentado un almacén grande en Brooklyn, negociado varios préstamos bancarios para invertir en la imprenta, contratado a una docena de artistas para diseñar las portadas y a maquetistas igual de talentosos. Aunque le había dicho a Lily que apreciaba cómo Jacob había tomado las riendas del negocio de su difunto padre y había evitado que el negocio se hundiera, en el fondo sabía que las dos empresas no tenían punto de comparación.

Aun así, a pesar de su escepticismo inicial sobre el joven que había pedido la mano de su hija, había llegado a aceptar a Jacob. Se daba cuenta de la forma en la que apoyaba la causa abolicionista de su hija; además, no le tenía miedo a su naturaleza tempestuosa, que ya había ahuyentado a más de un pretendiente. Pero lo más importante era que Jacob mostraba sensibilidad e inteligencia, por lo que sabría llenar el doloroso vacío que había dejado la muerte de Elsa, la madre de Lily.

« Se valiente», era lo que Arthur Kahn siempre le susurraba a su hija. Era su lema, lo que le decía siempre que ella despertaba asustada. Lily repetía las palabras una y otra vez, en especial ahora que Jacob se encontraba lejos y el miedo a perderlo la atravesaba como un punzón cada mañana, con la misma intensidad todos los días. Sabía que por fuera aparentaba ser alguien valerosa y segura de sí misma, excepto en el círculo de costura, en donde lucía sus deficiencias. Pero, por dentro, aquella niña asustada —quien tan poco sabía sobre su madre — seguía ahí. Todo lo que Lily sabía de Elsa era que había muerto durante el parto y que ambas tenían el mismo pelo rojizo.

Mientras su padre trabajaba durante horas, construyendo su imperio, Lily pasaba su niñez en las repisas de roble tallado de la biblioteca de su casa. Ahí, entre las hileras de tomos encuadernados en piel y mapas viejos, se adentró en otro mundo, dentro del cual

intentó despojarse de la timidez que la plagaba. Buscó historias sobre mujeres que pudiera admirar y absorbió las biografías de Juana de Arco e Isabel de Castilla. Mujeres que llevaban sus convicciones en lo más profundo de su vientre y que no temían levantar la espada para defender sus ideas.

Años más tarde, mientras abrazaba el boletín de Ernestine Rose y entraba al teatro para escucharla hablar, Lily descubrió en ella a una mujer que rebosaba de valentía y seguridad. Desde el podio al centro del escenario, una mujer robusta, maternal, que llevaba un vestido negro y collar blanco miró al público con ferocidad y anunció con la certeza de los hechos, deleitando a Lily: «Buenas tardes, damas y caballeros. Permítanme comenzar compartiéndoles mis raíces. Soy judía y nací en Piotrków, Polonia. He sido una rebelde desde los cinco años».

El público enloqueció. Algunos hombres en la audiencia abuchearon. Uno de ellos se levantó y le exigió que se retirara del escenario y se fuera a casa. Pero Ernestine se mantuvo imperturbable. El volumen de su voz aumentó para hacerse escuchar por encima del público inquieto: «No seré silenciada —insistió—. He venido a hablar sobre la malfetría de retener a hombres, mujeres y niños como si fueran propiedad, y me mantendré firme».

El corazón de Lily latió con intensidad al ver la forma en la que Ernestine vencía a sus oponentes con razón e ingenio. Siempre había odiado las injusticias de todo tipo, pero la esclavitud le parecía una aberración. No entendía cómo alguien podía justificar mantener a otras personas bajo su yugo para enriquecerse. Escuchar a Ernestine hablar con tanta elocuencia y pasión la había motivado a ayudar de cualquier forma posible. Unos días más tarde, Lily visitó la oficina de *El liberador* y ofreció la imprenta de la familia Kahn sin cargo alguno. Su padre no estaba enterado de la oferta, aunque eso no la detuvo. Lily estaba convencida, tras escuchar a la señora Rose imponerse sobre adversarios mucho más contestatarios, de que Arthur Kahn terminaría apoyando la causa.

Cuando Ernestine le sugirió que iniciara un círculo de costura, Lily pensó que buscaría a otra voluntaria para ayudarla con el boletín o para coordinar la logística de la imprenta. Fue un alivio para Lily descubrir que la señora Rose no creía que una mujer tuviera que cambiar una responsabilidad por otra.

—Una mujer inteligente no le impide a una compañera de armas alcanzar sus metas —le recordó a Lily—. La apoya, la alienta a conseguir más.

23

—Me han informado que nuestros hospitales militares necesitan vendas limpias con urgencia —les dijo Lily a las mujeres durante la reunión semanal del círculo.

Adeline dobló sus manos sobre su creación más reciente y exquisita.

—Es verdad. Lo he escuchado de varios miembros de la Comisión Sanitaria. La preocupación es grave, pues muchos de nuestros hombres están muriendo de infecciones, ya que las enfermeras se ven obligadas a reutilizar las vendas. Cualquier ayuda que podamos enviarles sin duda será apreciada.

—Muy bien —dijo Lily con resolución—. Sugiero que por el momento dejemos de lado las agujas y nos concentremos en asuntos más urgentes. —Éste era el tipo de llamado a las armas que la llenaba de energía—. Acopiemos todo el algodón que podamos encontrar: sábanas, camisas, camisones viejos. Podemos darles un uso mucho mejor que sólo tenerlos arrumbados en nuestros armarios.

—Tengo el juego completo de ropa de cama de mi suegra en su casa en Harrisburg. Desde que falleció, sólo han estado ocupando espacio en un baúl —ofreció Henrietta—. Podemos cortarlos para ayudar a nuestros hombres.

—Yo puedo ofrecer la casa de mi padre para almacenarlo todo, pero debemos asegurarnos de que se laven primero —les recordó Lily —. No queremos enviarles algo sucio que pueda hacerles daño.

—Lily tiene razón —intervino Adeline—. Que sus mucamas lo laven todo.

—No perdamos más tiempo —añadió Lily. Miró satisfecha a las mujeres desde su silla mientras ellas continuaban hablando sobre el

proyecto nuevo. Era la primera vez desde que inicio el círculo de costura que sintió que podía ayudar de verdad.

Durante los días que siguieron, no dejaron de llegar carrozas a la residencia de Arthur Kahn llevando cajas de algodón.

El padre de Lily había intentado mantenerse optimista ante el proyecto más reciente de su hija, a pesar de que ocupaba toda la planta baja.

—No hay donde sentarme siquiera —se quejó mientras buscaba su humidor para extraer un puro—. Me alegra que los vecinos no puedan ver al interior de la casa. Pensarían que las mucamas están en huelga.

—Ay, papá. —Lily sonrió, intentando organizar toda la ropa por pilas.

Había pasado la mayor parte del día doblando, apilando y acomodando ropa interior en el sofá. La mesa de centro se desbordaba con varias torres de sábanas.

—Cada una de estas donaciones ayudará a nuestros soldados una vez que se conviertan en vendas. ¿Quién habría pensado que cosas tan simples como cortinas y enaguas ayudarían a hombres de la Unión como Jacob?

Su padre pinchó la piel de papel de su puro, aunque sabía que no podía encenderlo ahí, a riesgo de contaminar los preciados montones de algodón que su hija había acumulado.

—Hija, tu determinación es admirable —la felicitó—. Que Annie traiga algunas de mis camisetas. No sería apropiado que yo no contribuyera con nada a la causa.

En unas horas, llegarían el resto de las mujeres para ayudar a Lily a organizar las camisetas, sábanas y enaguas que llenaban la sala de la casa. Una montaña de tela blanca que se debía transformar en jirones para después enrollarlos y enviarlos como vendas.

La primera en llegar fue Henrietta.

—¿Cómo deberíamos comenzar, Lily?

Lily se acercó a una pila alta de enaguas sobre una de las sillas. Tocó la primera capa con delicadeza. El algodón transparente sería el más fácil de rasgar.

—Se supone que debemos rasgarlos en cintas largas y, luego,

enrollarlas —dijo, tomando una de las enaguas de la pila—. Así…

Se llevó el material delgado y suave a la barbilla, sonrió mientras lo rasgaba con energía por la mitad.

24

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana
Abril de 1863

—¡Levántate, Teddy, levántate ahora! —William sacudió al niño que dormía sobre su cama de hojas. Estaba envuelto en una delgada sábana de algodón manchado de tierra—. ¡Ya di el toque de diana!

Los ojos del niño se abrieron de súbito. No era común que durmiera tan profundamente, pero había estado soñando con sus padres; el sueño era tan vívido que parecía que casi podía tocarlos.

—¡Teddy! —La voz de William era urgente—. Nos marchamos, Teddy. Empaca tus cosas y alista tu tambor. Nos vamos a Port Hudson en una hora.

Pero el niño seguía sin espabilar.

—Venga —dijo William, dándole un golpe suave con su bota—. ¿No te dejaban dormir así en la plantación, o sí?

El niño lo miró desde el suelo. Sólo le había dicho unas cuantas palabras a Willie desde que habían entablado amistad, pero esta vez su voz fue clara y resonante.

—Yo nunca fui un esclavo, señor.

Teddy, el joven músico que tocaba su tarola con tanta energía y determinación, tan callado como un ratón de iglesia durante sus dos primeras semanas en el campamento Parapet. A nadie parecía importarle que Teddy hubiera llegado sin abrir la boca. William se había enterado de que el general Phelps no rechazaba a ningún esclavo que hubiera llegado al campamento. A Teddy le habían dado un tambor al no saber qué hacer con un recluta fugitivo más, al parecer, y encima, un niño.

—Lo siento. No sabía que eras libre —dijo William.

Teddy se levantó y se talló las lagañas de sus ojos.

—Supongo que hay muchas cosas que nos guardamos adentro —dijo mientras tomaba su mochila y alistaba su tambor.

—Vamos a estar marchando todo el día. —William le dio a Teddy una cantimplora llena de agua fresca—. Te estoy escuchando si hay algo que quieras contarme.

Por entre caminos enlodados y tierra pantanosa, Teddy derramó su historia, como una represa que se abre tras meses de silencio. Había nacido como Theodor Bennet, hijo de James y Phebe Bennet, y hasta hacía sólo unos meses había tenido una cama acogedora y padres que lo amaban.

Vivían en una casa alargada y estrecha, con las habitaciones alineadas una detrás de la otra, era color azul pálido con un borde rosado. Estaba sobre la calle Dauphine en Nueva Orleans, una acera iluminada por lámparas de gas y jardineras repletas de flores que adornaban las casas. Las familias que vivían ahí —todas personas negras y libres— se enorgullecían profundamente de sus casas. Los domingos rezaban juntos en la iglesia de St. Augustine sobre la avenida St. Claude y, al terminar el servicio, los hombres marchaban a la tienda de los Bennet sobre la calle Hospital, en donde el olor a hojas de tabaco y papel para liar saturaba el aire ahumado. Incluso ahora, mientras marchaba junto a Willie, el olor a las hojas húmedas que caían de los robles le recordaba a Teddy al aroma amaderado de la tienda de su padre.

Su papá no era un hombre grande, sino esbelto y elegante, con ojos azules haitianos, como solía decir su madre. Dormía con pijamas de lino y se frotaba las manos con manteca de karité perfumada todos los días, pues pasaba el día entero liando las hojas secas. James Bennet tocaba a su esposa sólo con manos que olían a salvia, no a tabaco.

Habían llegado de noche. Bajo la cubierta de la oscuridad, cinco hombres blancos con ojos enrojecidos, cargando rollos de soga gruesa. Teddy escuchó el sonido de sus botas en el porche antes de que derrumbaran la puerta principal.

Su papá corrió a la entrada para suplicar a los intrusos que no le

hicieran nada a su familia.

Los hombres lo golpearon y escupieron. Uno de ellos pateó un taburete de mimbre y otro arrojó una mesa al suelo. Antes de que su padre llegara a la cocina para tomar un cuchillo, lo echaron al suelo, le pusieron una rodilla sobre el cuello y gritaban mientras ataban sus muñecas detrás de él.

—¿Te crees mejor que nosotros, negro? —el hombre blanco mascullό. Por su acento quedó claro que era un residente del Canal, un barrio lleno de inmigrantes irlandeses que bebían demasiado. Habían sido relegados a los empleos más peligrosos y peor pagados. Sacó otra medida de soga y ató los tobillos de James para que dejara de moverse.

La madre de Teddy se escondió en lo profundo de la recámara. En su mirada, había un miedo que el chico jamás había visto antes. Con una mano le cerró los labios a su hijo para que no dijera nada y le indicó en murmullos que se metiera debajo de la cama, luego lo envolvió con la sábana blanca que cubría el colchón.

Su esposo debió haber olvidado que tenía una navaja de afeitar en el borde del lavabo del baño. Antes de mirar a los ojos de los invasores, Phebe cogió el filo de metal y lo levantó enfrente de ella con una mano que temblaba.

—Salgan de mi casa —les ordenó. Proyectó su voz de lo profundo de su alma, por encima de su miedo. Desde su escondite, Teddy sólo podía ver los pies descalzos de su madre bajo su camisón mientras caminaba en dirección opuesta a la cama, alejando por instinto a los hombres de su único hijo.

Uno de los hombres soltó una carcajada macabra.

Otro miró a su amigo y le ordenó:

—Controla a esta negra altanera.

El tercer hombre no gastó palabras. Saltó sobre ella y, tras forcejear, le arrebató la navaja.

Fue la primera vez que Teddy lamentó tener un oído tan desarrollado. A pesar de que no podía ver mucho desde su escondite, podía escucharlo todo. Y lo que escuchó fue horripilante.

Su padre todavía bregaba en el suelo y los golpes que daba al azotarse resonaban en el piso de madera. Una mordaza ahogaba sus bramidos. Antes de cerrar sus ojos con fuerza, Teddy vio a Phebe: la mano sucia de uno de los asaltantes presionaba su cara contra el suelo. En un instante, miró a su hijo por última vez, implorándole con sus ojos que se refugiara en lo más profundo de las sombras. Luego volteó la cabeza y comenzó a rezar en voz alta: «Santa María, madre

de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte».

Por un momento, el grotesco celo de su agresor se detuvo. La invocación de la fe católica que compartían lo había tomado por sorpresa. Pero tras un segundo retomó su violencia y le hizo señas a su cómplice para que se le uniera.

Tras lo que pareció una eternidad, Teddy escuchó un sonido nuevo y horrible. Era Phebe, jadeando y gorgoteando, intentando respirar mientras el más grande de los hombres rodeaba su cuello esbelto y le quitaba la vida a su madre.

Los hombres salieron de la recámara y regresaron a donde habían amarrado a James. Yacía inmóvil, con el cuerpo exhausto y el corazón destrozado. No había logrado proteger a su esposa, pero aún podía pelear por salvar a su hijo.

—Blanquetes cobardes —logró mascullar James—. Vienen de noche a violar a una mujer. Todavía apestan al Canal —se burló.

Los hombres lo rodearon y comenzaron a patearlo.

—Apuesto a que no se atreven a tocarme a la luz del día. Tienen que hacerlo en secreto, en la oscuridad —continuó.

El líder del grupo lo miró a los ojos furioso, mostrando sus dientes podridos y dejando escapar su aliento pútrido.

—No te confundas. Nos emociona mostrarle a todos los negritos de la cuadra lo que te vamos a hacer.

Habiendo dicho eso, tomó uno de los nudos con que había atado a James y lo arrastró a la puerta. Mientras tiraba de él, la pijama de lino se desgarraba en las astillas del suelo de madera. James se preguntaba por qué habrían elegido a su familia. ¿Era acaso la envidia de algún competidor blanco? ¿O era el enojo de un trabajador blanco al que le había negado crédito en su tienda? O quizá era la razón más insidiosa de todas: la crueldad aleatoria de los hombres.

El grupo de criminales arrastró a James a la calle, gritando y retando a los vecinos a que llamaran a las autoridades, pero nadie se atrevió. Una ventana se oscureció y en otra las cortinas se cerraron. Las familias de Dauphine deseaban en silencio poder ayudar a los Bennett, aunque el miedo los paralizaba. Así que cerraron con llave sus puertas y se encerraron en sus recámaras, rezando para que nada les pasara a sus propias familias.

Teddy salió mucho después, una vez que los gritos de terror de su padre cesaron y el bullicio de la risa de los hombres blancos había desaparecido. Con mucho cuidado, emergió de su escondite debajo de la cama y se aventuró a la puerta principal. Sus manos temblaban

mientras la movía para abrirla. No tuvo que girar la perilla, ya que los agresores no se habían molestado en cerrarla. Teddy salió a la calle y, tras unos momentos, se permitió mirar el suelo debajo de una de las farolas de gas. Poco a poco fue subiendo la mirada hasta que vio los pies de su padre meciéndose. Las manos de James siempre habían sido suaves, pero nunca le había dado el mismo cuidado a sus pies callados, que se llevaban la peor parte del esfuerzo que implicaba estar parado todo el día tras el mostrador.

Teddy no se movió mientras el aire soplaba en la calle, lo que generaba que la cuerda rechinara. Escuchó ese sonido por unos momentos, sin levantar jamás la mirada por encima de los pies de su padre. Siguió escuchando hasta que se dio cuenta de que sólo quedaba una cosa por hacer ahora que se había quedado sin nadie en el mundo. Tenía que huir.

Parte II

25

Mayo llegó a Nueva Orleans y trajo consigo humedad en el aire y lluvias. Las flores maduraban sobre las ramas de los árboles frutales; mientras que los pechos de Stella seguían creciendo, así como se ensanchaban su estómago y caderas. Hace dos días había tenido que quitarle la cintura a una de sus faldas y ajustar los botones de una de sus blusas.

—Tendrás que decirle a Frye pronto —le dijo Ammanee, recalcando lo obvio mientras desgranaba chícharos para la cena.

Stella suspiró. Había logrado esconderle su embarazo a Frye las últimas veces que había pasado por la ciudad, distrayéndolo con licor y llevándolo a la cama sin que ella tuviera que desvestirse. Pero a medida que el tercer mes se avecinaba, Stella sabía que, a lo mucho, era cuestión de semanas para que la transformación hiciera imposible ocultarlo.

—¿Por qué no tuviste más cuidado, niña? ¿No te lavaste con jugo de limón cada vez, como te dije? —le reprochó Janie cuando Stella al fin le dio la noticia.

—Claro que sí, mamá. Me limpié cada vez, como me enseñaste. Sólo que no funcionó… eso es todo.

Janie sacudió su cabeza.

—No te voy a humillar por esto. Dios sabe que el jugo de limón no me funcionó a mí. —Miró a la distancia—. Nada que podamos hacer ahora, salvo esperar, pero, si ese bebé sale oscuro, ya sabes lo que tienes que hacer…

—¡Mamá! —irrumpió la voz estremecedora de Ammanee—. ¡No vuelvas a decir eso!

Janie asintió y tragó saliva.

—Sólo estoy siendo práctica —respondió—. Ustedes, niñas, creen que el dolor de ser madre termina en el parto —negó con la cabeza—, pero se equivocan. Recién empieza en el momento en que cortan el cordón. —Miró fijamente a Stella—. No me voy a quedar callada cuando tenemos que hablar sobre cosas difíciles —prosiguió—. ¿Cuándo vendrá aquí Frye?

Stella se encogió de hombros. Frye nunca le avisaba cuando iría, y dudaba que incluso él lo supiera. Le resonaba una de las enseñanzas de Janie, que era enfocarse en las cosas que podía controlar. Bajó la mirada a su regazo. Mientras su madre la sermoneaba, ella deshebraba el chal de Hyacinth, enrollando cada color en madejas separadas. Para su sorpresa, se había comenzado a correr la voz sobre sus mapas de la suerte. Semana tras semana llegaba alguien más a pedirle un mapa. Un golpe en su puerta. Un susurro. Una conversación secreta entre ella y alguien cuyo amado planeaba huir. «Podrá no servir más que una pata de conejo o un amuleto», les recordaba siempre a las mujeres (pues eran siempre mujeres quienes hacían la petición para un hombre). Pero las súplicas seguían llegando.

—Mamá, ¿tenemos que hablar del amo Frye ahora mismo?

—¿El amo? —se rio Janie—. ¿Ahora estás actuando toda respetuosa?

Stella bajó la cabeza. No quería pensar en él. Sólo quería ocupar sus dedos con algo que pudiera ayudar. Otras mujeres embarazadas quizá habrían pasado el tiempo tejiendo una manta para su bebé, pero ella estaba deshaciendo una para los hijos, hermanos, esposos y amantes de otras mujeres. Con cada puntada, Stella se sentía más cerca de William.

—¡Suelta esa aguja ya, niña! —Janie levantó la voz—. ¡Deja de arriesgarte por otras personas! Tienes que pensar en ti ahora y en lo que vas a hacer.

Golpeó el brazo de su silla de madera, Stella se encogió.

—Es hora de que le digas a Frye que vas a tener a su bebé —insistió Janie—. Es mejor que le digas de una vez, así no pensará que le escondes algo.

Stella apretó el borde del chal para controlar sus nervios.

—No estoy lista para decirle, mamá.

—No puedes retrasar esto mucho más —recalcó Janie—. Y si no te vas a deshacer del bebé, sólo hay una cosa que puedes hacer —inhaló profundo—, tienes que hacerle creer, convencerlo más allá de cualquier duda, que ese bebé es suyo. Pero si se lo dices ya que tengas la panza del tamaño de un melón, sólo va a pensar que hay algo que le

quieres esconder.

—Estoy de acuerdo —murmuró Ammanee—. Dile toda dulce que apenas vas en tu segundo mes. No tiene que saber que son tres. Todavía te ves pequeña.

El cuerpo de Stella se estremeció. No había imaginado ni por un segundo que la vida creciendo dentro de ella podía ser de Frye. Se obligaba a creer que el bebé era de William y expulsaba la otra posibilidad de su cabeza.

—Y cuando el bebé salga más negro que yo, ¿qué va a decir entonces, mamá?

Janie miró a su hija.

—¿Qué fue lo que escuchó tu hermana en la iglesia? Los yanquis están avanzando hacia Port Hudson.

Janie chasqueó con la lengua. Ammanee había sido muy específica con respecto a lo que había escuchado en St. Anthony. Aunque no comprendía todos los términos militares que los hombres usaban, sí había entendido que las derrotas de la Confederación iban en aumento y que cada hombre sureño tendría que tomar las armas o arriesgarse a que la Unión consiguiera el control del río. Janie adoptó de nuevo su semblante de dureza.

—Sólo podemos esperar que algo malo le pase al hombre —masculló por entre sus dientes—. Que, de aquí a seis meses, Frye deje de venir para siempre.

Stella yacía en su cama esa noche, sin poder conciliar el sueño. Port Hudson estaba a tan solo a ciento sesenta kilómetros de Nueva Orleans. Era un bastión del ejército rebelde, ubicado sobre los acantilados que resguardaban una curva del Misisipi. No le había dicho nada a su madre o hermana, pero Frye había mencionado sin preocupación alguna la importancia de la base durante su última visita, lo que confirmaba que Ammanee había escuchado bien.

—Quisiera poder quedarme más tiempo —musitó en voz alta mientras yacía en la cama, cansado y saciado. Su cuerpo pálido, frío y húmedo, en comparación al suyo, se estiraba sobre las sábanas blancas—. Pero tenemos que proteger el río de esos malditos yanquis.

Bajo la tutela de Ammanee, Stella había practicado la mirada inofensiva de ojos suaves y vacíos que adoptaba cuando Frye hablaba sobre asuntos militares. Domesticada, tierna e ignorante, así es como a él le gustaba. Mientras más vacua pareciera, más información

revelaría, confirmando su creencia de que nada podía echar raíz en la mente indocta de Stella.

Incluso había sacado un mapa de su macuto y lo había desenrollado sobre su vientre desnudo, indicando hacia dónde movería los próximos suministros. Su dedo trazó las curvas sinuosas del Miss-Lou, más allá de los pantanos y *bayous* donde William se había alistado en la Unión; señaló el punto en que la batalla por el puerto ocurriría. El corazón de Stella latía de miedo.

Un pequeño quejido se le escapó a Stella.

—¿Qué ocurre? —indagó Frye.

Stella negó con la cabeza y se obligó a sonreír.

—No te preocupes por mí, no pienses en los peligros que correré —le dijo, acariciando su brazo sin pensarlo—. Yo estaré bien.

26

Port Hudson, Luisiana
Mayo de 1863

La caminata a Port Hudson había dejado a los hombres exhaustos antes de que siquiera llegaran a los acantilados traicioneros del Misisipi. William, junto con el resto de la Tercera Guardia Nativa de Luisiana, habían marchado por cinco días seguidos a través de pantanos llenos de mosquitos, bosques tupidos y curvas peligrosas, cargando con ellos la mayoría de los suministros de la Unión.

—Somos como mulas para ellos —se quejó uno de los compañeros negros de William. La soga gruesa con la que había tirado de uno de los carros de artillería por el terreno húmedo y caluroso le había dejado las manos llenas de surcos profundos y sangrantes.

Las manos de William también estaban abiertas y deshechas.

—¡No quiero volver a tener que sacar una carreta del lodo!, —exclamó, gritando las palabras como un alarido, como un llamado para canalizar su miseria colectiva en canción.

Otro hombre se le unió:

—Que me den un rifle, que me dejen pelear…

— Después, una voz nueva y profunda añadió un bajo al lamento improvisado.

William miró las caras furiosas de los hombres en su regimiento. Teddy, quien cargaba un saco lleno de platos y tazas de hojalata, sacó sus baquetas y comenzó a tocar su tambor.

«La guerra, la vamos a ganar, a casa, a mi amada, voy a regresar… Compraré un pedazo de tierra… ¡Tendré mi libertad!»

La música se levantó por encima de los quejidos y jadeos de los hombres que arrastraban las provisiones de las tropas blancas por el

terreno. El espíritu de William remontó. Podía sentir cómo cambiaba la atmósfera de la tropa.

Pero cuando uno de ellos cantó: «Me enamoré de una chica con corazón de fuego, a quién adoro», un escalofrío recorrió la espalda de William. La letra de Jacob flotaba en el aire como la cola de un papalote, llena de color y pasión. A pesar de que los hombres en la tropa le añadían sus propios floreos a la canción —distintas armonías de acuerdo con los varios registros de sus voces— las palabras siempre le pertenecerían a Jacob.

Un barítono se unió: «Una mujer que arde como una vela, desea que todo quien respire y ama sea libre…». William miró a Teddy golpear su tambor. Su timidez aún no le permitía cantar junto a ellos, pero el chico sonreía por primera vez en mucho tiempo.

William no había visto a Jacob hace varios días y se preguntaba dónde estaría entre los cientos de hombres de la Unión marchando hacia Port Hudson. ¿Estaba delante de su regimiento o detrás de ellos? No tenía idea. Sólo deseaba que Jacob estuviera ahí para agradecerle por darle a su tropa una nueva canción de guerra.

Más trabajo arduo les esperaba cuando, días más tarde, William y la Tercera Guardia Nativa de Luisiana por fin llegaron a Port Hudson. Unas horas después de levantar el campamento, el oficial de línea les informó que los habían asignado a labor de fatiga, es decir, cualquier labor que no involucrara armas. Debían construir puentes para ayudar al general Banks a controlar el puerto rebelde.

—¡Tomen sus palas! —ordeno el teniente. Pero los hombres querían pelear, no cavar lodo ni cortar árboles.

—Los rebeldes acamparon por acá, los superamos por miles de hombres —comentó alguien dentro de la multitud.

William sacó el pífano de su estuche y lo limpió. Si alguna vez dejaban que la Guardia Nativa de Luisiana peleara, Teddy y él serían quienes liderarían a los hombres a la batalla.

Durante los días que siguieron, William aprovechaba con emoción cualquier oportunidad que tuviera para integrar la música a su rutina diaria. Levantaba a Teddy con el amanecer y lo sacaba de su cama de pasto y hojas para sonar el toque de diana con él. Al mediodía, se reunían de nuevo para tocar durante los entrenamientos.

Cuando no estaba cumpliendo sus deberes musicales, William ayudaba a recolectar madera para los puentes; mientras que Teddy se

encargaba de limpiar el campamento y las tiendas de los oficiales blancos, vaciando y llenando cubetas de agua, tirando la basura y llevándoles comida.

—Nunca he escuchado una sola queja del pequeño. —William escuchó a uno de los tenientes comentar, sin que supiera que lo más probable es que jamás escuchara a Teddy decir una sola palabra.

—Ojalá todos los negros fueran como él —agregó su colega—. No les emociona mucho cavar zanjas, pero ¿podrán pelear en verdad?

Su compañero se rio.

—Supongo que lo descubriremos si Banks se decide a echarlos al fuego.

—El general quiere darles a los hombres un respiro esta noche —le informaron a William tres días después—. Trae tu flauta y al niño del tambor también si quieres.

Se levantó emocionado. Al fin tenía la oportunidad de darle un poco de vida a sus pulmones cansados. No sucedía a menudo que William recordara su tutela bajo el maestro Peabody en Sapelo, pero el hombre, con absoluta seriedad, lo había iluminado una vez al decirle: «La flauta sólo es un pedazo de metal sin vida hasta que soplas a través de ella…». Ansiaba tocar, extrañaba la energía de hacerlo frente a otras personas. Era el momento en que se sentía más vivo.

—En su mayoría, serán sólo bandas de los regimientos blancos —agregó el teniente—. Pero tú y algunos trompetistas de la Guardia Nativa están invitados. Hágannos sentir orgullosos.

—¡Sí, señor! —Saludó al teniente. Tendría que encontrar a Teddy, deseaba poder encontrar a Jacob también. Hacía más de dos semanas que no lo veía. Cada vez que su regimiento cantaba *Chica de fuego* , se preguntaba si sus caminos volverían a cruzarse.

De su bolsillo, William sacó el pañuelo que Stella le había bordado y estudió los puntos. Su amada no era impetuosa de la forma en que Jacob cantaba sobre su esposa en Nueva York. Stella era suave y reservada. Tanto así que cuando compartía sus pensamientos más íntimos, se sentía como el regalo más preciado del mundo. Le dolía no tener forma de comunicarse con ella y se preguntaba si estaba a salvo. Se llevó el pañuelo a la nariz, pero el perfume de Stella se había desvanecido hacía mucho tiempo. Aun así, su espíritu lo envolvía mientras buscaba a otra alma reservada: Teddy y su tambor.

Dentro de un largo tramo de pasto verde y amarillo, los músicos de más de una docena de regimientos de la Unión se preparaban para tocar. William ayudaba a Teddy a ajustar las correas de su tarola cuando vislumbró una silueta familiar: la cabeza con rizos gruesos y oscuros, la postura que se inclinaba ligeramente hacia el frente, la inconfundible corneta siendo sacada de su estuche.

Era Jacob. William intentó saludarlo con ambos brazos, pero la distancia entre ellos era demasiado amplia para que Jacob lo notara y una multitud de hombres comenzaba a reunirse al centro para el concierto.

—¡Oye, mira! —le indicó William a Teddy, señalando al soldado que había acudido cada noche a escucharlos tocar en el campamento Parapet, que ahora se alistaba para tocar al otro lado del campo.

—Voy a decirle que estamos aquí también —dijo William con una sonrisa. Se llevó su instrumento a los labios y comenzó a seguir el largo hilo de una melodía que salía de su imaginación.

La melodía, tan ligera como las alas de un ave, subió y atravesó el aire; era un llamado para un cómplice distante. Revoloteaba en trinos por encima del mar de hombres cansados y sucios, que se habían reunido en el campo a disfrutar de un interludio musical que los sacara de la guerra por unos momentos. Algunos de ellos voltearon de inmediato para escuchar mejor la música prodigiosa de William, pero él no tocaba para sus oídos. Infundió en su instrumento la totalidad de su espíritu, con la esperanza de que el sonido llegara hasta su amigo.

Jacob alzó la cabeza y supo casi al instante que esa melodía airosa no podía venir de otro músico que no fuera William. Dejó su corneta y comenzó a seguir las notas.

William bajó su flauta y levantó su mano para saludar por entre el mar de uniformes militares que los separaban.

27

Desde que el sol se metió, Stella aguardó con nervios la llegada de Frye.

—Llegará hoy junto con el resto de los hombres —insistió Ammanee—. Lo sé… puedo sentirlo en mis huesos. —Tomó su escoba y barrió la sala una última vez—. Escuché que casi veinte hombres vendrían. El padre estaba aterrado.

El corazón de Stella se aceleró.

—Esperaba tener unas semanas más… —Se puso una mano sobre el vientre.

—Mejor decirle ahora y dejar de preocuparse —dijo Ammanee, sacudiendo la cabeza y evaluando qué tan arreglada estaba la habitación—. Y recuerda que mamá espera que te trate bien… quizá incluso que te de ofrezca algo de dinero cuando sepa que tendrás a su hijo. Percy no le ha dado nada a mamá por unos meses y no la está pasando bien.

El estómago de Stella gruñó. A Ammanee y a ella tampoco les quedaba demasiado. No habían cenado más que hojas de diente de león y un pedazo de papa hervida. Ya no la afligían los mareos del principio de su embarazo, pero ahora se la pasaba con antojos de comida. Pan de elote con mantequilla. Los dulces de melaza que William le traía, incluso los camotes dulces de su mamá. Pero la alacena estaba vacía, aun si hubieran tenido algo, ya no había con quién hacer trueque sobre la calle Rampart. Con cada semana que pasaba, parecía que todas tenían menos que ofrecer.

—¿Supón que me echa?

—Con más razón tienes que hacerle creer que ese bebé es suyo, Stella. —La voz de Ammanee se volvió más recia—. No puedes tener

miedo. No tienes permitido tener miedo —enfatizó—. Piensa en William, en todo lo que está haciendo para sobrevivir. Tienes que proteger a las personas que amas. ¿Por qué crees que todas las mujeres quieren tus mapas? Nadie quiere cargar con penas si pueden evitarlo.

Stella estaba de pie en el centro de la sala, las manos juntas frente a su vientre, con su cabello recogido detrás de sus oídos. Temblaba a pesar del calor que hacía en esa noche de verano. Escuchó las botas pesadas de Frye subir por el porche y se preparó para recibirlo. Sabía que él jamás tocaba la puerta. Sólo giraba la perilla y entraba. Era su derecho.

Frye entró a la cabaña y de inmediato se estremeció al fijar la mirada sobre Stella. Antes de que ella pudiera decir algo, los ojos de él se clavaron en sus caderas. El crecimiento, llegado este punto, era evidente.

—¿Qué tienes ahí, Stella? —Entrecerró los ojos, su voz sonaba molesta.

De inmediato, Stella intuyó que la reunión con los rebeldes lo había dejado impaciente y de mal humor. Ya no era el hombre tranquilo que la había instalado en la cabaña. La guerra le había dejado cicatrices.

Al principio no le dijo nada. Pasó sus manos por encima de su abdomen y sintió, en algún punto, un latido diminuto agitarse.

—Estoy embarazada, amo Frye. —Respiró profundo—. Voy a tener un bebé… —enunció con torpeza— vamos a tener un bebé.

Las palabras eran como veneno para ella. ¿Cuántas veces se había imaginado diciéndole lo mismo a William? En sus sueños, se imaginaba la felicidad en su cara al recibir las noticias.

Pero Frye sólo le dirigió una mirada vacía. No había felicidad o alegría en su expresión. Nada de maravilla en sus ojos grises.

Stella lo miró mientras su cara se contraía. Un suspiro fatigado salió de sus labios.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así? —Negó con la cabeza—. Vaya maldita molestia.

Frye sacó su reloj del bolsillo y Stella se dio cuenta de que estaba calculando sus opciones. ¿Iba a gastar su aliento discutiendo por algo que no le interesaba, o le daría prioridad a su placer, por el que había corrido el riesgo de visitarla en primer lugar?

—Pues todavía se ve que puedes —le dijo sin pasión mientras miraba la habitación—. Y sea cual sea la situación en la que te metiste, no podré darte más dinero. —Miró la cabaña limpia y ordenada, y evaluó su generosidad—. Recuerda tu lugar, Stella. Puede haber una guerra ahí afuera, pero yo he cumplido con mi parte del trato, tú tienes que cumplir con la tuya —le dijo, subrayando cómo ella nunca había sido más que una transacción para él.

Comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Stella —le dijo con frialdad—, esto siempre será *todo* lo que te toca.

Una hora después, la cabaña todavía olía a Frye. Stella percibía su aroma en las sábanas, en el aire que permeaba cada habitación. Le quitó las colchas a la cama, se llevó la tela al jardín y llenó una tina de agua.

No estaba segura si lo odiaba por no darle importancia al embarazo, o si se odiaba a ella misma por mentir, pero, de cualquier forma, se sentía llena de aversión.

Comenzó a batir la ropa, revolviéndola con una pala de madera. Limpiar las sábanas le daba calma.

—Déjame hacerlo, hermana —le dijo Ammanee, tocando gentilmente su muñeca. A Stella siempre le sorprendía la forma en que su hermana desaparecía durante las visitas de Frye y la forma en que intuía el momento exacto para regresar—. Sé que te duele ahora, pero ya sacaste lo más difícil.

La cara de Stella se derrumbó.

—Lo extraño —susurró, invocando la memoria de William—. No sé qué es lo que haría si no creyera que hay algo de él creciendo dentro de mí. Creo que me moriría.

—No te morirás de ninguna forma —corrigió Ammanee a su hermana mientras tomaba la pala—. Mira lo fuerte que te has vuelto. Estás haciendo cosas por él y por otras personas —le dijo, aludiendo a los mapas clandestinos de Stella.

Stella asintió.

—Pero Frye me dijo algo antes de irse. No sé si lo escuché bien… Dijo que tenía suerte de estar aquí porque están planeando algo contra los yanquis en la ciudad… por la forma en la que hablaba, sonaba a que buscan venganza.

Ammanee dejó de remover las sábanas.

—Creo que están planeando algún tipo de sabotaje cerca de los cuarteles de Banks. Escuché lo mismo en la iglesia durante la junta de los rebeldes.

A Stella se le puso fría la piel.

—Tenemos que decirle a alguien —le dijo con urgencia en la voz —. No es algo que yo pueda decir con mis bordados… debemos decirle a alguien de la Unión.

—Lo sé —respondió Ammanee.

Ambas guardaron silencio, cada una consciente del riesgo que estaban contemplando.

El chisme no era algo de lo que gustaran Ammanee o Stella, pero su madre no le veía nada de malo. Al contrario, mientras más jugoso, más le gustaba a Janie.

—Tengo la sensación de que Claudette se ha estado acostando con chicos yanquis en su casa —le compartió Janie a sus hijas—. Ya vi un par de abrigos azules entrar y salir de su casa tarde por la noche.

—No creo que eso sea cierto, mamá —protestó Stella.

Las mujeres de Rampart no compartían postura con aquellas que apoyaban a la Confederación, que habían ignorado por completo a los hombres de la Unión durante los primeros meses de la ocupación, pero eran lo suficientemente astutas como para no mostrar ningún tipo de apego a los norteños.

—Está hambrienta, todas tenemos hambre. —Janie se encogió de hombros—. No la estoy juzgando. Tenemos que sobrevivir. Además, ella está procurando tener carne en sus huesos. Las demás estamos comiendo como conejos.

—Podrá tener una despensa más llena que la nuestra, pero ¿no le da miedo que su amo se entere? —La voz de Stella se volvió un susurro—. Si descubre que se estuvo acostando con yanquis, podría matarla. —Ella temía el mismo castigo si Frye se enteraba de que se había estado acostando con William.

—Si, podría matarla —asintió Janie mientras pasaba un dedo por el borde de su taza de té—. Espero que no llegue a eso, pero si algún día tenemos que intercambiar algo por mantequilla o harina, podríamos pedirle a Claudette.

En cuanto Janie se fue, Stella habló con su hermana.

—Ammanee, ¿recuerdas lo que hablamos? —Stella miró por encima de su hombro por instinto. La revelación de un posible ataque

a los cuarteles de la Unión le había robado su tranquilidad—. ¿Y si le decimos a Claudette? —sugirió—. Si lo que mamá dice es verdad, quizá ella le pueda decir a uno de los norteños. Tal vez pueda advertirles.

Ammanee hizo una mueca.

—No sé si podamos confiar en ella… Siempre ha sido un lobo solitario.

—Déjame ir a visitarla. Veré cuál es su postura. Quizá le lleve algo lindo. —Stella aún tenía la mitad del chal. Sus manos se habían vuelto expertas en deshilar y tenía suficiente para un regalo pequeño —. Le bordaré una pequeña bolsa de lavanda. No necesitaré mucha tela. Y tengo flores secas del año pasado en un frasco. Le gustará a la señora Claudette, la hará sentir bien algo así del estilo francés.

—Ten cuidado, Stella —le advirtió Ammanee—. La señora Claudette sólo cuida de ella misma. No te vaya a soltar una mordida si llegas pidiendo favores. —Dudó por un momento—. Quizá es mejor que yo vaya, Stella.

—Tú eres la que siempre me está diciendo que sea valiente. Diciendo que tengo la oportunidad de cambiar las cosas. No, déjame hacer esto —insistió Stella—. Además, no quiero que los yanquis piensen que estamos involucradas en cualquier traición hacia ellos. ¿Recuerdas cuando colgaron a Mumford por quitar una bandera? Es mejor decirles.

Ammanee asintió lentamente.

—Tienes razón. Quién sabe si ya sospechen algo por las juntas en la iglesia.

Stella tomó la mano de su hermana y la apretó. Las colchas sucias estaban al fondo de la tina, podía ver el reflejo de ambas sobre la superficie del agua. Ya no se veían tan distintas, algo había cambiado. La mirada de una ya no era más fuerte que la de la otra. Comenzaban a ser una misma.

28

La cabaña de la señora Claudette era la única sobre la calle Rampart que estaba recién pintada. Incluso las flores en su ventana se veían más vivas, recién regadas, con pétalos blancos y rosas que parecían casi estar felices de florear. Stella subió las escaleras del porche y tocó la puerta color verde esmeralda.

—¿Quién es? —se escuchó un llamado desde adentro—. ¿Qué no saben que una chica como yo necesita su siesta reparadora? —No se molestó en usar los tonos dulces que usualmente empleaba cuando se trataba de caballeros en su puerta.

—Lo siento —se disculpó Stella—. ¿Tiene un momento para hablar? Soy la hija de Janie, Stella.

Tras unos segundos la puerta se abrió y la señora Claudette apareció con un turbante de algodón en la cabeza y una bata de seda firmemente atada por la cintura. Stella jamás había visto a alguien que vistiera tanto púrpura.

—Bueno, vaya, sí que floreciste sin que nadie se diera cuenta —exclamó, mirando la barriga de Stella—. Pareciera que apenas ayer tú y tu hermana jugaban bajo las magnolias de St. Anthony.

Stella se sonrojó.

—Así es… ya estoy bastante crecida. —Tomó la pequeña bolsita de lavanda que llevaba en su bolsillo y se la ofreció a Claudette—. Le traje algo bonito.

Claudette lo tomó con una sonrisa en la cara.

—Hace mucho nadie me daba algo que oliera tan hermoso como esto. —Se llevó la bolsa a la nariz y respiró—. Gracias —le dijo, mientras invitaba a Stella a pasar.

Sobre la mesa había una hogaza de pan caliente. A Stella se le

retorció el estómago tan sólo de verla.

—Me imagino que tienes hambre, como el resto —dijo Claudette —. Casi no me gusta compartir con aquellas harpías que tanto les encanta chismear sobre mí. —La mujer dudó al decir esto y miró a Stella—. Pero tú traes niño, tú no deberías pasar hambre. —Se levantó, caminó a la mesa, cortó una rebanada y le dijo a Stella que se sentara.

Stella tomó el pan y arrancó un pedazo pequeño, dejando que la calidez de la comida llenara su boca. Era lo mejor que había probado en los últimos meses.

—Entonces, ¿a qué vienes por aquí, señora Stella?

—Es un tema un tanto delicado —comenzó, sin saber qué tanto decirle a Claudette.

—Me enteré de que has estado bordando mapas de buena suerte para algunas de las mujeres de la calle… Pero yo no necesito nada de eso. No tengo hijos ni amante, sólo mi amo, pero no ha dejado verse por estos rumbos en dos años. No creo que vaya a regresar.

Stella bajó la mirada. Janie tenía razón. Claudette, como todas las demás, sólo estaba intentando sobrevivir.

—Tengo algo de información… y no sé qué hacer con ella. Pero mi hermana siempre me dice que debemos ser fuertes y ayudar a la Unión cuando podamos. Si no, siempre seremos la propiedad de alguien más.

La expresión de Claudette se llenó de suavidad.

—Así es, hija. Dime lo que tienes y te diré a secas si puedo ayudar o no.

Stella hizo una pausa para buscar las palabras indicadas. No tenía detalles concretos, sólo los comentarios de Frye y lo que Ammanee había escuchado en la iglesia. No tenía hora, fecha, o si quiera más detalles sobre lo que planeaban los rebeldes.

—Creo que mi amo está planeando algún sabotaje junto a los otros rebeldes. Pienso que están planeando un ataque cerca de la calle Magnolia.

Claudette levantó sus cejas.

—Vaya pedazo de aperitivo que andas cargando, hija.

—Lo sé —aceptó Stella—. Y no sólo es lo que yo sé. Mi hermana escuchó algo al respecto también. La cosa es que estamos bastante asustadas y pensábamos que quizás usted podría… advertirles a los hombres de la Unión.

Claudette entrecerró los ojos y miró con dureza a Stella.

—Entonces ahora tú vas a juzgarme. —Se cruzó de brazos y se

recargó en el respaldo de su silla.

—No, no la juzgo —respondió Stella con voz baja—. Para nada. Sólo quiero evitar que algo malo ocurra, sólo hago lo mismo que mi amado al irse a pelear, quiero ayudar.

—Déjame pensarlo —dijo Claudette—. He sobrevivido porque no me meto en asuntos ajenos. Me mantengo al margen de la política, sin importar quien gane esta maldita guerra, yo planeo sobrevivir.

—Creo que apreciarían la información —insistió Stella.

—Ahora, mírate. —Una sonrisa inesperada se dibujó en el rostro de la señora Claudette—. Parece que fue apenas hace unas semanas que Emilienne vino a pedirme una donación para la colcha con la que te recibieron. Y ahora vienes tú pensando que vas a ayudar a ganar la guerra. Jamás creí que te volverías tan audaz.

—No lo era antes, pero como dice mi hermana, tener miedo es una decisión. Y también lo es ser valiente.

30 de mayo, 1863
Port Hudson, Luisiana

Mi querida Lily:
Lamento que hayan pasado tantas días desde mi última carta. Me ha sido imposible encontrar la calma necesaria para escribirte. Incluso ahora, con mi pluma en mano, intentando encontrar las palabras indicadas, mi amor, debo aferrarme a la cobija que me mandaste para encontrar refugio en las estrellas que bordaste y salir así de esta oscuridad. Se ha derramado tanta sangre en los últimos días, y me ha dejado en una terrible conmoción.

Me temo que no conocíamos los horrores de la guerra hasta ahora. El campamento Parapet era un refugio idílico comparado con el infierno que fue Port Hudson. Hace sólo tres días, los campos estaban cubiertos de más sangre, extremidades y cadáveres de los que uno podría imaginar en su peor pesadilla. Los campos junto a mi campamento, hacia el río, siguen repletos de muertos.

No esperábamos que los rebeldes —a quienes superábamos por miles— hubieran puesto tanta resistencia. Y el general Banks, por primera vez, accedió a darle armas a todos los valerosos soldados negros de la Guardia Nativa de Luisiana, para ver qué tan comprometidos estaban en la pelea por su libertad.

Creo que ninguno de nosotros esperaba la valentía con la que atacaron, mi amor. Mientras mi regimiento aguardaba a las orillas del río, enviaron a la Guardia Nativa primero, a cargo de uno de sus generales. Me cuentan que el valeroso teniente, André Cailloux, lideró el ataque, llamando a sus hombres en inglés y francés: «¡Avancemos!». El teniente siguió con el ataque incluso después de que recibiera el impacto de una bala de cañón. No dejó de alentar a sus camaradas a la pelea hasta que el último golpe lo derribó.

No puedo evitar llorar mientras escribo esto, pues los campos siguen repletos de cadáveres. Cientos de hombres negros sobre la orilla norte del Misisipi, los hombres de Cailloux e incontables otros. Pero ningún bando ha llamado a una tregua y quién sabe cuánto tiempo más los cuerpos de tan intrépidos soldados yacerán sobre la tierra antes de que podamos darles el entierro que tanto se merecen. Me temo que fue un sacrificio inútil; quienes dieron las órdenes no se tomaron el tiempo para entender la posición superior del enemigo. No tuvieron cuidado con las vidas de los hombres a los que no consideraban sus iguales.

Mi corazón está roto y estoy preocupado por mi amigo, William, el músico; también, por el pequeño niño del tambor que siempre está a su lado, pues ellos son parte de la Tercera Guardia. Por favor, reza por ellos, pues yo sé que tus plegarias me han mantenido a salvo.

Con amor,

29

Campamento Parapet
Jefferson, Luisiana

El calor de junio era sofocante y el aire apestaba a muerte.

William se talló los ojos enrojecidos. Habían pasado más de dos semanas desde que la batalla comenzó y cientos de soldados negros habían muerto en la cañada bajo el acantilado. Sus cuerpos se hinchaban y pudrían bajo el calor. Los cadáveres atormentaban a los sobrevivientes de sus regimientos.

—He visto a perros callejeros recibir mejor trato —se quejó un joven, apenas de veinte años, mientras se sentaba junto a William—. Peleamos bien y ahora ni siquiera nos dejan enterrar a los nuestros.

William suspiró. Su cuerpo estaba agotado tras el brutal ataque que había acabado con la vida de más de quinientos hombres negros. El general blanco les había dicho que debían sentirse orgullosos, pues estaban a punto de batirse en armas. «El país entero estará viendo qué tan aguerridos son para pelear», los animó. Pero nadie les había dicho que era una misión suicida. Un ataque sobre una cañada expuesta con rebeldes disparándoles desde ambos lados. Por supuesto, no arriesgarían a los soldados blancos a esta suerte. Habían mandado a los hombres cuya sangre no les importaba derramar. Los comandantes apenas se habían molestado en evaluar las defensas del ejército confederado una vez que decidieron enviar a los soldados negros.

William todavía tenía pesadillas al recordar cómo tuvo que sacar a Teddy de la línea de fuego tras haber sonado el toque de batalla. Por suerte había logrado empujar al niño a una zanja mientras las balas de los mosquetes rebeldes llovían y la rondas de artillería pesada hacían estallar la tierra.

Permanecieron pecho a tierra por casi dos días, sin un bocado de comida. Sólo pudieron arrastrarse fuera de la zanja una vez que el ejército confederado declaró su victoria.

Teddy había perdido su tarola en la conmoción. Las correas se rompieron cuando William lo empujó al inicio de la batalla. Por un segundo, parecía que Teddy correría de regreso por su tambor hasta que Willie lo miró y negó con la cabeza, indicándole que no lo hiciera.

Sin decir una palabra, Teddy le dio la mano a William y se giró para no ver el campo de batalla.

William se sintió agradecido cuando Jacob encontró su campamento unos días después.

—Estaba tan preocupado —le dijo su amigo, quién llevaba con él un pañuelo lleno de comida. No era mucho. Unos pedazos de pan duro y una lata de frijoles del ejército.

A pesar de que a los soldados de la Unión les iba mejor que a los rebeldes, quienes sufrían de hambre por el sitio, los soldados negros eran los últimos en recibir suministros. William le daba casi todo lo que le tocaba a Teddy, quien jamás pedía nada a pesar de que por su complexión era evidente que estaba desnutrido.

—Sólo estoy feliz de que ambos hayan sobrevivido. No lo podía creer cuando me enteré.

William apenas podía hablar. El campamento estaba lleno de los hombres que quedaban de la Guardia Nativa de Luisiana. La pérdida de tantas vidas ya era un tormento, pero el hecho de que los muertos siguieran en la cañada, expuestos a los buitres y los elementos, era imposible de soportar.

—Por primera vez, no estoy seguro de poder salir de aquí —le confesó William. Estaba exhausto. Todavía podía oler la muerte en su nariz y escuchar a los hombres gritar en sus oídos—. Me alisté porque no me importaba mi propia vida. Hay una chica en Nueva Orleans; no es libre de amar a quien elija y yo no lo soy de protegerla. —Sacudió su cabeza—. Estamos peleando por una causa verdadera… ¿pero enviarnos a una emboscada y dejarnos ahí para pudrirnos? ¿Cuál es la diferencia entonces? ¿Somos esclavos de cualquier forma? ¿Somos sólo cuerpos que sirven de escudos para que tú y tus hombres se cubran?

Jacob se acuclilló junto a él.

—No sé si signifique algo para ti, pero no podía descansar hasta saber que tú y Teddy estaban bien.

—Puede que ese niño sea más valiente que yo. —William miró a Teddy—. Siguió tocando incluso con las balas volando sobre él. Ahora está destrozado porque perdió su tambor.

Jacob abrió los ojos como platos.

—Sus padres deben saber que hicieron un excelente trabajo criándolo. Donde sea que estén, deben estar orgullosos.

William negó con la cabeza ante la inocencia de Jacob. La historia que Teddy le había contado lo había sacudido, dejado descorazonado.

—Jacob, es como si no hubieras escuchado lo que dije antes —contestó William, tomando un palo y dibujando en el lodo—. Es como si a nadie le importara si tenemos esposa o padres que nos aman. —Cerró los ojos intentando no pensar en todos los cadáveres apilados en el suelo—. Sólo somos cuerpos negros para estos malditos generales. Carajo, ni siquiera piensan que tengamos alma.

Jacob se retrajo.

—Eso no es cierto. Yo lo creo.

En voz baja, Jacob comenzó a cantar una serie de palabras en un idioma que William no entendía.

> *Yitgadal v'yitkadash sh'mei raba b'alma di-v'ra*
> *chirutei, v'yamlich malchutei b'chayeichon*
> *uvyomeichon uvchayei d'chol beit yisrael, ba'agala*
> *uvizman kariv, v'im'ru:* amén.

Ante el telón de desesperanza y destrucción, la voz de Jacob resonó con tristeza y gravedad. Sus ojos estaban cerrados. Sus manos estaban juntas. Su cuerpo se mecía hacia delante y hacia atrás.

Al principio, William estaba paralizado. Se aferraba a su creciente enojo como alivio ante la pena. Pero el ritmo y la intención de la entonación de Jacob afectó algo dentro de él. Lo exótico de sus palabras le recordaba las palabras místicas de las islas Gullah.

Jacob cantó unos versos más, antes de murmurar un último «amén».

—¿Qué fue eso? —preguntó William. El dolor en su corazón, por alguna razón extraña, se había aliviado un poco. La melodía le había llegado hasta los huesos.

Jacob lo miró con lágrimas en los ojos.

—William, yo no soy un hombre religioso. No había dicho esas palabras desde que mi madre murió. Pero esa es la plegaria judía para los muertos. Todos merecen ser recordados —le dijo con solemnidad—. Ninguna muerte es en vano.

Cuarenta y siete días después, el general Banks al fin permitió a la Guardia Nativa de Luisiana recuperar los cuerpos de sus muertos. Para entonces, los cadáveres se habían descompuesto por completo. Pilas y pilas de hombres negros desintegrados bajo sus uniformes azules de la Unión manchados de sangre. Por años, William había creído que el

color evocaba protección, pero ya no. La creencia se había roto.

William se cubría la cara con su manga para protegerse del olor, aunque el panorama era demasiado horrendo para ponerlo en palabras. Lograron identificar al teniente Cailloux, alguna vez tan elegante, sólo por el anillo de sello en su dedo gris y putrefacto.

Odiaba que Teddy tuviera que repartir agua entre los hombres mientras cargaban los cuerpos de los muertos en camillas, pero el niño lo hizo sin un solo asomo de miedo.

Cuando regresaron al campamento esa noche, ninguno de los dos contaba con lo que ahí los esperaba. Junto a la cama improvisada de Teddy, Jacob había dejado un tambor usado, pero en perfecto estado.

Julio 18, 1863

Ciudad de Nueva York

Mi querido Jacob:

No estoy segura de que te hayan llegado ya las noticias de lo que ocurrió aquí en Nueva York para cuando recibas esta carta. Incluso ahora, mientras te escribo, me pesa el corazón. En tu última carta me compartiste cómo te afectó el horror de la batalla que atravesaron tu amigo William y su regimiento. Ahora me siento como tú, testigo de un espantoso torrente de crueldad en contra de hombres, mujeres y niños inocentes.

Manhattan ha estado en llamas por cinco días. Turbas furiosas han causado disturbios y desatado el caos en la ciudad. Todo comenzó por las nuevas leyes de servicio militar; los hombres están furiosos, pues cualquiera de ellos podría ser seleccionado para responder al llamado noble de nuestro presidente, quien ha pedido que trescientos mil hombres más se unan a la guerra. Los nombres serán extraídos al azar de un barril. Jamás habría imaginado cuánto odio existía bajo la arquitectura de nuestra gran ciudad. Es la crueldad de hombres encolerizados por la posibilidad de que los obliguen a pelear en lo que ellos llaman «una guerra de negros».

Los autodenominados manifestantes comenzaron la destrucción el lunes, justo antes de que el alguacil sacara el primer lote de nombres. Tomaron por la fuerza las oficinas de reclutamiento en la esquina de la calle Cuarenta y seis y la Tercera Avenida. Arrojaron rocas y ladrillos a las ventanas y a cualquier policía que intentara detenerlos. Rompieron el barril con los nombres y luego le prendieron fuego al edificio.

Pero eso no fue lo peor, mi querido esposo. Procedieron a desatar su ira contra las familias negras y sus negocios. Jacob, arrastraron a la gente fuera de sus casas para darles palizas. Lincharon a once hombres.

Después, como si la pesadilla no tuviera fin, los manifestantes siguieron con su campaña de miedo. Atacaron el Orfanato Negro sobre la Quinta Avenida donde había docenas de huérfanos. Las mujeres de la Comisión Sanitaria me informaron que los niños ahí son los hijos e hijas de soldados negros que están peleando, o que murieron peleando, por la Unión.

Los pobres huérfanos estaban sentados en sus pupitres cuando cientos de hombres, mujeres e incluso adolescentes, entraron al edificio con ladrillos, palos y bates. La señora Rose escuchó de uno de los testigos del ataque que los hombres gritaban: «¡Quemen el nido de negros!».

Lamento contarte todos estos horrores en una carta. Quizá hubiera sido mejor dejarlo en las páginas de mi diario. Pero la única calma que puedo encontrar tras enterarme de tal maldad y prejuicio es saber que me casé con un hombre que pelea en nombre de la justicia y equidad. Espero que sepas que no estás solo. Los manifestantes podrán haber manchado la sede de nuestro periódico con las palabras: «¡Muerte a los Lincolnitas!», pero las mujeres aquí no tememos unirnos a la lucha de cualquier forma que podamos.

Por favor, escríbeme y hazme saber que estás a salvo. El correo se vuelve más lento cada día y me preocupo por ti.

Regresa a casa, a mí, mi soldado querido. Te extraño. Mañana me uniré a algunas de las mujeres de la Comisión Sanitaria. Con la llegada del verano, decidimos posponer nuestras actividades de costura (¡hace demasiado calor para mandarles cobijas!). En vez de eso, nos dedicaremos a preparar y enrollar vendas. Espero que nunca utilices estos trozos de gaza para cubrir tus extremidades, y que sólo mi cobija te abrigue cuando haga frío otra vez.

Te adoro, y rezo por que los tiempos cambien.

Tu esposa amada y devota,

30

Stella regresó a visitar a la señora Claudette sólo para enterarse de que su postura sobre mezclar política y negocios no había cambiado.

—Escucha, no es que no quiera ayudar, sólo no quiero ser una espía. Es demasiado arriesgado para una mujer en una posición como la mía.

—Lo entiendo, señora Claudette —simpatizó Stella—. Yo me despierto cada mañana con miedo de que algo nos vaya a pasar a mi bebé y a mí. Las cosas no marchan bien en la ciudad, pero tampoco fuera de Nueva Orleans —suspiró—. Pero mientras más hagamos por apoyar la causa de la guerra, más pronto seremos libres de verdad.

—¿Libres? —Claudette miró a Stella casi con ternura—. Eres tan joven, hay tanta esperanza creciendo dentro de ti. —Negó con la cabeza—. Pero mujeres como tu mamá y como yo, sabemos cómo es la vida en realidad. Sabemos lo que es haber pasado por una subasta.

Stella se sobresaltó.

—Ahora, no empieces a llorar. Sé que tú tuviste que atravesar el Mercado, que básicamente te vendieron también, pero es diferente a ver cómo le dan de latigazos a tu padre hasta que su espalda es pura carne viva, o ver las muñecas de tu madre destrozadas por las esposas. —Claudette se levantó y se limpió las manos con un trapo—. He tenido que cuidar de mí misma por mucho tiempo y he aprendido que lo único que vale la pena es salvarse. Además, en realidad no tienes información sobre lo que están planeando. Nada a lo que un hombre de la Unión vaya a prestarle atención.

La cara de Stella se llenó de frustración.

—Si puedo conseguir más información, ¿lo consideraría al menos? ¿No hay un solo soldado en quien pueda confiar?

—Confiar es una palabra pesada estos días, hija. Lo único en lo que puedo confiar es en el dinero que puedo ganar.

—No va a ayudarnos —le informó Stella a Ammanee mientras pelaban papas en el jardín—. Y quizá Frye sólo está loco diciendo que va a hacer algo. Quién sabe si de verdad tienen algún plan.

Ammanee chasqueó con la lengua.

—El diácono Dupont ha estado actuando muy extraño estos últimos días. Lo vi peleándose con un viejo, diciéndole que ya no podrían usar la iglesia. Después de la discusión, estaba tan pálido como un muerto.

Stella sacudió su cabeza con vigor, como si quisiera cancelar las palabras de Ammanee.

—Tengo que enfocarme en cosas de verdad, como dice mamá. —Stella no le dijo a Ammanee que, en realidad, había sido Claudette quien le había dado ese consejo.

Bajó la mirada a su vientre. Era casi el sexto mes y ya había crecido más de lo que esperaba. Era un alivio que Frye no la hubiera visitado, pues todavía no sabía cómo esconder lo mucho que su vientre se había expandido.

Sus dedos no habían estado tan ocupados los últimos días como hubiera querido. La mayoría de los hombres que huyeron con sus mapas lo habían hecho hace meses y los que se quedaron, como Benjamin, trabajaban para hombres demasiado viejos para pelear. Otros, laboraban en los campos a cargo de las mujeres de sus amos, quienes estaban peleando.

—No he tenido motivo para coser un mapa en un rato… Se me ocurre que quizá pueda usar lo que queda del chal y tejerle algo al bebé. Algo que le haga saber a este niño el amor en mi corazón hacia él y su papá. Necesito poner todo este amor en algún sitio y no puedo hacerlo en una carta. Y él no me puede escribir tampoco —dijo, mordiéndose la uña del pulgar.

—Siempre estás buscando dónde poner ese corazón tuyo. —Le sonrió Ammanee a su hermana—. Yo puedo terminar las papas, tú ve, descansa y luego usa ese chal para tejerle algo especial a tu bebé.

Dentro de Stella había muchas historias que anhelaban un lugar para ser contadas. El recuerdo de la primera vez que fue al Mercado y su

mirada se entrelazó con la de William. La sensación en su pecho cuando él se llevaba la flauta a los labios y le daba vida a su alma. El momento en el que él se atrevió a contarle un poco sobre su niñez en Sapelo, donde el color azul manchaba los dedos de su madre y ahuyentaba a los malos espíritus de la isla.

Stella tomó lo que quedaba del chal de la señora Hyacinth y un poco de hilo azul que había guardado. La idea para el bordado se le ocurrió de forma natural, sería una tela con la que pudiera envolver a su bebé. Con cuidado, sus dedos comenzaron a crear lo que serían unas guirnaldas de flores azules y conchas de cauri para el borde.

Cada puntada la calmaba y, en el transcurso de los días que siguieron, Stella regresó a la tela y plasmó su anhelo sobre el algodón blanco, aguja en mano. «El verde es el color de la esperanza», recordaba la voz de su hermana hablándole de nuevo sobre el lenguaje del color. Anhelaba un futuro en el que su hijo pudiera jugar en los pastizales, entre las flores silvestres, corriendo con una sonrisa tan brillante como el sol. Tomó un trozo de hilo color esmeralda. Su brazo se movía como una bailarina, pasando la aguja por la muselina y haciéndola salir del otro lado. Más hacia el centro, Stella bordó hojas de pasto que parecían plumas. Al día siguiente, agregó una mariposa amarilla cobijada por la pradera verde.

Jamás podría controlar la guerra que asolaba el mundo exterior, pero, cuando bordaba, caía en un mundo de paz, donde podía confeccionar un paisaje lleno de esperanza con el cual envolver a su hijo.

Cercana a terminar, la manta con la que envolvería a su bebé parecía una obra de arte y, por mucho, era el objeto más valioso que había creado jamás. Stella quería sellarla con un símbolo que representara el espíritu con el que la había bordado.

Tomó el color que representaba el amor, un nido de rojo en su mano.

El toque final fueron las letras *S* y *W* escondidas en los remolinos de puntadas dentro del corazón.

31

—Partimos por la mañana —anunció el oficial de campo de Jacob. La Unión al fin había triunfado tras el cerco, casi dos meses antes, sobre Port Hudson y la reciente batalla de Vicksburg. A pesar de las numerosas bajas que sufrieron las tropas y el devastador número de soldados negros muertos pertenecientes a la Guardia Nativa de Luisiana, el general Banks logró su objetivo: el Misisipi estaba bajo su control. De esta forma, aislaba a la Confederación del mundo exterior —. Nos tomará un par de días llegar a Port Gibson, donde nos necesitan de refuerzo —añadió—. Así que descansen lo más que puedan.

Jacob tembló al recibir las noticias. Habían pasado poco más de tres años desde que visitó a Samuel en Satartia, pero la casa de su hermano estaba cerca de Port Gibson; además, sabía que el Ejército de la Unión devastaría todo a su paso. Le aterraba pensar en lo que podría ocurrir.

Su última correspondencia había sido cordial, pero las filosofías que los dividían seguían ahí. Al detenerse la comunicación entre el Norte y Sur, Jacob no había tenido forma de enterarse de si su hermano se había alistado en el Ejército de la Confederación, o si había pagado a un sustituto para que tomara su lugar y él pudiera salvar su negocio a través de la guerra y la inflación.

Sin embargo, una cosa era cierta: Jacob esperaba jamás tener que enfrentarse cara a cara con Samuel en el campo de batalla.

El miedo lo atacó a la mañana siguiente mientras su regimiento tomaba sus mochilas y se preparaba para avanzar. Como músico, no tendría un rifle, sólo haría sonar el toque de guerra y ayudaría con las camillas para recoger a los muertos y heridos tras la pelea. Pero

pensar que Samuel podía estar al otro lado de la línea de fuego lo paralizaba.

Cuando los hombres alzaron su campamento esa noche, Jacob escuchó una flauta a la distancia. Sabía que se trataba de William. Miró a las estrellas y respiró profundo el aire de la noche. Tras un momento, comenzó a caminar hacia él.

William estaba de pie afuera de su tienda con la flauta sobre sus labios. Teddy se encontraba sentado con las piernas cruzadas y un palito en su mano, dibujando sobre la tierra.

Ambos eran de los pocos sobrevivientes de la Guardia Nativa de Luisiana. El general Banks no había dudado en sacrificar a los soldados negros para asegurar su victoria, así que varios cientos de ellos habían muerto. Muchos de los hombres restantes habían perdido toda esperanza tras atestiguar el trato indiferente que habían recibido sus camaradas caídos.

Jacob esperó a que William terminara su melodía antes de acercarse.

—Estaba leyendo una carta que recibí, la cual me rompió el corazón —señaló el bolsillo de su chaleco—, y entonces te escuché tocar.

—Al menos te llegan cartas —dijo William, dejando su instrumento—. Yo y Teddy no recibimos papeles de nuestros seres queridos. —Negó con la cabeza—. Incluso si nos llegara algo, no podríamos leerlo. Mi primera ama en la isla Sapelo se arriesgó para enseñarme a leer música, pero no había necesidad de compartir el alfabeto conmigo.

Jacob sintió un vacío en su estómago. Nunca había considerado que la mayoría de los hombres en el regimiento de William jamás habían recibido una carta, mucho menos escrito una. Todas las que Lily le había enviado eran un tesoro para él. No podía imaginarse cómo William había mantenido la frente en alto sin palabras de apoyo de la mujer que amaba.

—Mi Stella, ella conoce las letras, pero no me puede escribir porque es demasiado peligroso. Y yo no puedo siquiera hacer un enunciado que le diga lo mucho que la amo. —Su voz comenzó a falsear—. Jacob, tú tienes suerte. Si algo te llega a pasar, tu Lily tendrá un poco de tu voz en papel. —William respiró profundo—. Si yo muero, no quedará nada de mí. Sólo una flauta que pudo haber

sido de cualquiera.

Jacob no sabía qué decir. Había seguido la melodía de William buscando algo que lo hiciera sentirse mejor, desvanecer los pensamientos acerca de su hermano, pero ahora su corazón se rompía por un motivo distinto. No podía creer que William jamás había tenido la oportunidad de escribir cómo se sentía.

—Podría traer algo de papel y una pluma. Podrías dictarme una carta, para Stella…

—¿Qué bien traería si no puedo mandarla? —preguntó William.

—¿Tocas la flauta para el público o la tocas para ti mismo?

—Para mí mismo…

—Entonces considéralo así. Una carta, para la persona que amas, es tu corazón y tu alma plasmados en el papel —explicó Jacob—. Y si algo llegara a ocurrirte, yo me aseguraré de que Stella reciba la carta. Así tenga que mover cielo y tierra para dársela, por ti lo haría.

—¿Por qué lo harías por mí? Es una horrible carga para pedir.

—¿Por qué? —repitió Jacob—. Porque tú y yo no sólo somos compañeros de música. Tú y yo somos amigos.

No mucho después, Jacob regresó con pluma y papel.

—Cierra los ojos y dime qué es lo que quieres decirle a Stella.

William se sentó y Teddy se acurrucó junto a él, reposando su pequeña cabeza sobre su hombro. Las palabras del hombre flotaron en el aire como un cuento.

Stella:

¿Dónde estás en esta noche oscura? ¿Estás en el jardín mirando las estrellas, la luna? Estamos lejos ahora, pero ambos estamos bajo el mismo techo.

Mi corazón se acelera cuando pienso en ti. Quiero caer en tus ojos y refugiarme ahí. Quiero creer que, al dejarte por tu cuenta, hice lo correcto y que nada malo te pasará.

Quiero que sepas que estoy vivo. Que no estoy herido. Que, incluso, tuve la oportunidad de tocar la flauta y un pífano frente a mi tropa. Todos los días le doy buen uso a mi talento y espero que pronto ganemos esta guerra para poder regresar a ti y volverte mi esposa.

Te alegrará saber que guardo tu pañuelo siempre junto a mi pecho. La mayoría de los soldados blancos guardan cartas de sus amantes junto a su corazón, pero yo tengo algo que tú bordaste para mí y que está lleno de amor. Me protege, Stella. Lo sé.

Espérame, Stella. Voy a regresar a casa, a ti. Te lo prometo.

Había otra cosa que quería decirle en su carta, su deseo de enviarle a Stella el salario mensual que recibía del ejército. Mes con mes, guardaba cada centavo de los siete dólares. William nunca se quejó, como otros hombres de su tropa, sobre que los blancos ganaban trece dólares, mientras que los hombres negros de la Unión recibían menos; además, se les descontaba dinero para pagar su comida y ropa. En total, tenía más de cincuenta dólares ahorrados que conservaba en el bolsillo de su chaleco. Cada noche soñaba con Stella y se imaginaba cómo se gastaría ese dinero con ella. Pero, por ahora, las palabras que le había compartido a Jacob eran suficientes.

32

Nueva Orleans, Luisiana

Agosto de 1863

La explosión ocurrió cerca de los cuarteles de la Unión en Nueva Orleans, lo que sólo acrecentó la tensión en el lugar. Las tropas norteñas recorrieron la ciudad, intentando dar con las personas que habían plantado la bomba casera en las escaleras del edificio de la Unión. Comenzaron a circular rumores de que las esposas de los hombres confederados habían jugado un papel clave en el atentado. Incluso tras firmar el obligado juramento de lealtad a la Unión, la vida cómoda a la que estas mujeres estaban acostumbradas había desaparecido, en su lugar se habían instalado el hambre y la pobreza. Pero Stella y Ammanee sospechaban que las mujeres no habían tenido nada que ver, sino que habían sido Frye y sus compatriotas.

—Dos muertos —le repitió Stella a su hermana mientras le quitaba los tallos a un puñado de higos.

—Pudo haber sido mucho peor, me imagino —dijo Ammanee—. De todas formas, la señorita Claudette pudo haber dicho algo. Podría haberles advertido que algo se estaba tramando. —Dejó escapar un resoplido.

—Cada día me siento más nerviosa —admitió Stella mientras le ofrecía un higo a su hermana—. Y con más miedo —añadió un momento después—. Para cuando termine agosto, estaré en mi sexto mes. Esperaba que la guerra terminara antes de que naciera el bebé. No puedo creer que no se le vea fin a esto.

—Nada de valor se ganó sin pelear por ello. —Ammanee se llevó el fruto a la boca y le dio un mordisco—. Nadie dijo que sería fácil.

Stella sintió al bebé patear.

—Creo que está de acuerdo contigo. —Se llevó una mano al vientre y sonrió.

—¿Te gastaste todo el chal de Hyacinth en la cobija para el bebé?

Stella asintió.

—Casi todo. No me queda mucho por hacer ahora, sólo rezar para que William esté bien y Frye me deje en paz. —Jugueteó inquieta con sus dedos, deseando que pudiera ocuparlos con algo.

—No reces demasiado por eso… —le advirtió su hermana—. No queda mucho dinero en el frasco, Stella, y el sacerdote sólo me da unas cuantas monedas cada semana por los quehaceres. Todavía necesitamos que Frye ponga comida sobre nuestra mesa.

Stella estudió la habitación, buscando objetos que pudieran vender en caso de que llegaran a necesitar dinero. Janie ya había vendido sus muebles de roble por una fracción de su valor. Percy había dejado de visitarla y sus ahorros se habían evaporado. Incluso había vendido el espejo con decorado de hojas que tanto le gustaba.

—Tenemos el sofá, la mesa, las sillas… —contó en voz alta—. Podemos sobrevivir si los vendemos.

—Solías saber si una casa en la calle Rampart andaba mal si la pintura del exterior estaba descascarada. Ahora lo sabes si la gente adentro se sienta en el suelo. —Ammanee se levantó de su asiento y se limpió las manos en su delantal—. No vamos a vender nada por ahora, hermana. Voy a ver a Benjamin por la tarde, prometió traerme un poco de sémola. Parece que la esposa de Percy no está vigilando la plantación con cuidado, ahora que el amo se fue. Dicen que se la pasa todo el día encerrada, llorando.

La boca se le hizo agua a Stella. Había pasado mucho tiempo desde que había disfrutado del pan de ceniza de su hermana.

—Dale las gracias de mi parte a Benjamin. —Miró a su hermana, que tenía una mirada con un brillo particular de esperanza; reconoció la expresión que ella misma había tenido cuando se reunía con William en la plaza Congo.

Ammanee regresó brillando de felicidad. Sacó una pequeña bolsa de sémola de su canasta y la colocó sobre la mesa.

—Pensé que hoy llegaría y te pediría un mapa, pero Benjamin dice que no tiene planeado huir.

«Al menos ella sabe dónde estaba su amado», pensó Stella mientras miraba por la ventana. Había salido a caminar mientras

Ammanee no estaba y se encontró con la señora Hyacinth.

—Me parte el alma no saber dónde está Jonah —le confesó la mujer—. No sé si llegó y está bien. No sé si le ha ocurrido algo en alguna batalla. En especial ahora que están dándole rifles al Cuerpo de África. —Sacudió con la cabeza—. Supongo que sólo podemos rezar para que Dios los cuide.

—Sí —aceptó Stella. Se sentía igual. Su preocupación por la seguridad de William la acompañaba a cada momento.

Pero Stella quería compartir un poco de la alegría de su hermana.

—Debes estar feliz de haber pasado un rato con Benjamin.

Ammanee no respondió. Se lavó las manos, vertió la sémola de maíz sobre la barra de la cocina y añadió agua para hacer la masa.

El silencio llenó cada rincón y grieta de la cabaña. Era un recordatorio para Stella de que, a pesar de la cercanía que sentía con su hermana, había partes de Ammanee que siempre estarían ocultas para ella. Habían pasado los meses y Ammanee jamás le había hablado de la conversación que tuvo con Janie sobre casarse. Nunca le compartió a Stella de su propio deseo de tener un hijo, incluso mientras veía como el vientre de su hermana crecía.

—Tú siempre logras animarme, hermana —insistió Stella con suavidad—. Me pones a hacer cosas en vez de sólo pensar en mí misma. —Se levantó, caminó a la barra, tomó un poco de la mezcla y comenzó a hacer una bolita de masa—. Pero yo también estoy aquí si necesitas hablar de tus sueños y de tu dolor.

Ammanee tomó dos de las bolitas y las echó sobre el carbón.

—Mi deber siempre ha sido cuidarte, protegerte. Es lo que me dijo mamá cuando llegué aquí con ustedes y eras una bebé apenas.

—Pero ya soy grande, hermana.

Ammanee se puso rígida.

—Sigue siendo mi deber y Frye sigue siendo mi amo. —Se agachó a voltear los panes, evitando la mirada de Stella—. No lo olvides, tú y yo somos diferentes.

Esa noche, Stella la pasó en su cuarto. Nunca había considerado la recámara blanca y pequeña un refugio. Era sólo el lugar en el que dormía y donde se acostaba con Frye. Prefería pasar el tiempo en la sala de la cabaña o en el pequeño jardín que tenía.

Pero se sentía angustiada tras la conversación con Ammanee. Si bien reconocía que el sistema las había separado en distintos tipos de

esclavitud, quería creer que, como hermanas, lograrían superar esos límites. Odiaba que el techo sobre sus cabezas dependiera de que ella se sometiera a los deseos de Frye, pero, también, sabía que su madre había hecho el mismo sacrificio por ellas con Percy. Entendía que no era justo que Frye obligara a Ammanee a dormir en el suelo de la cocina, o que no importara cuánto amor tuviera su hermana por ella, seguía siendo una esclava en su casa.

Sintió al bebé patear de nuevo. El movimiento parecía imitar su propia inquietud, su propio deseo de ser libre.

Se puso las manos en el abdomen y comenzó a tararear una melodía que William solía murmurarle al oído. En ese entonces, su música era un alivio inmediato; sintió cómo la canción tenía el mismo efecto sobre su hijo.

Al pie de la cama, estaba la cobija que las mujeres de la calle Rampart bordaron. Pedazos de tela que cada una de esas mujeres había usado. Stella vislumbró cómo la cobija fue creciendo, pasando de casa en casa, de vecina en vecina.

A pesar del calor, se tapó hasta la barbilla, protegiéndose junto con su bebé, usando la cobija como un escudo.

33

Port Gibson, Misisipi
Septiembre de 1863

Las noches al inicio del otoño todavía eran calurosas e incómodas. Jacob había extendido la colcha que Lily le había mandado sobre el suelo de su tienda para no dormir sobre la tierra infestada de hormigas que habían dejado sus diminutas marcas sobre las extremidades de varios de los hombres.

La cobija se había gastado mucho con el paso de los meses. Las estrellas blancas eran ahora de color marrón por la tierra. Los cuadrados azul marino se estaban descosiendo en algunos lugares. Pero la cobija lo hacía sentir que estaba cerca de ella.

Sacó la última carta que había recibido de Lily. Había tomado más de un mes en llegarle, así que leyó sus palabras con hambre.

Agosto 3, 1863

Mi querido Jacob:
Rezo todas las noches por tu bien. Apenas puedo creer que el próximo mes marcará un año de tu partida para alistarte al ejército. Todavía recuerdo la semana antes de tu salida, tan cerca de Rosh Hashanah. ¿Recuerdas que intenté prepararte un pastel de manzana y miel antes de que partieras, pero se me quemó la parte de arriba? A medida que el Año Nuevo judío se acerca otra vez, debo trabajar en mi repostería, para así poder prepararte todo cuando regreses. Te hornearé tantos pasteles, cariño. De canela, limón y uno de chocolate oscuro con cubierta de vainilla. ¡Cómo vamos a celebrar cuando vuelvas a mí!

Tengo algunas noticias que compartirte y son un poco molestas. Mi papá vino de visita anoche y me está presionando para que me vaya a vivir con él mientras tú no estás. No cree que sea seguro que yo me quede sola en nuestro departamento. Creo que la violencia de los disturbios lo afectó de manera profunda y se enojó conmigo por salir a las calles a intentar ayudar a las víctimas de la turba.

Me pidió mudarme con él la próxima semana. Me aseguró que seguiría haciendo los pagos de nuestra casa mientras viva con él. Aunque no sea lo que quiero, accedí. Me pesa mucho dejar el santuario que es nuestro hogar, donde podría seguir durmiendo en nuestra cama marital. Mi único alivio es que pronto estaré cerca de mi vieja arpa y podré tocarla.

Te mando mi abrazo más cálido y mi amor,

Jacob dobló el papel y lo guardó con el resto de las cartas de Lily. Le preocupaba lo volátil que Nueva York se había vuelto en los últimos meses y que su esposa pudiera estar en peligro. Aunque sabía que su suegro cuidaría de ella, sentía que la protección de Lily era su responsabilidad. No poder cumplirla lo entristecía en extremo.

Sonrió al recordar el pastel chamuscado que Lily le había preparado. El Año Nuevo judío había pasado, pero no hubo nadie en su regimiento con quién compartirlo. En un humilde acto de celebración, logró conseguir una manzana. Se la comió con felicidad, saboreando la dulzura del fruto.

Yom Kippur, el día judío de la expiación, estaba a menos de una semana. A pesar de que no mantenía el *kosher* ni iba al templo todas las semanas, Jacob planeaba respetar el ayuno de su día. Tanto los Kahns como los Klings siempre habían pensado que estas festividades se ofrecían como respeto hacia sus antepasados.

Estaba agradecido, pues el miércoles no conllevó mucho trabajo manual, y él no había comido desde el atardecer del día anterior. Se tomó su ritmo mientras ayudaba a descargar los suministros médicos que habían recibido en el último vagón de entregas, pero el calor y el hambre lo hacían sentirse débil.

—¿Estás bien? —le preguntó William. Le habían ordenado limpiar el escombro alrededor del hospital de campo. Una carretilla llena de vendas sucias que había que quemar.

Jacob se limpió el sudor de la frente.

—No he comido desde ayer por la noche. Hoy es el día en que los judíos ayunamos por nuestros pecados.

William se rio.

—No me pareces alguien muy pecador, mi amigo. Jamás te he visto meterte en problemas.

—Sí, bueno, me tengo guardados mis malos hábitos —bromeó Jacob—. Pero, hablando en serio, este es el día más solemne del año para nosotros, en el que nos arrepentimos de nuestros errores y pedimos a Dios que escriba nuestro nombre en el Libro de la vida. —Puso una caja de botellas de yodo en el suelo y recupero su aliento—. Supongo que me parece más importante que nunca que Dios me tenga en ese libro, con tanta muerte a nuestro alrededor. —Señaló la tienda, llena de soldados muertos o gravemente heridos.

William asintió con solemnidad.

—Ajá, sin duda parece que a Dios se le perdieron algunas páginas de su libro este año. Ayer enterramos al menos a setenta y cinco hombres en mi regimiento.

Los últimos días habían sido difíciles también para Jacob. Su tropa estaba encargada de limpiar la matanza que el cerco de Vicksburg había dejado. De acuerdo con el protocolo militar, los músicos debían servir también en los hospitales de campo. No podía sacudirse los horrores de los que era testigo. Un hedor a hombres muertos y moribundos, muchos de ellos sin alguno de sus brazos o piernas, con sus muñones cubiertos por vendas llenas de sangre. No podía olvidar los gritos salvajes y desesperados de los agonizantes, que pedían más morfina.

Había enfermeras junto a las camas de los heridos. Sus delantales estaban manchados de bermellón, tomaban de las manos a los soldados que tenían, a lo mucho, algunas horas por vivir.

Esa tarde, Jacob buscó a William para aliviar sus pensamientos.

—No me lo puedo sacar de la cabeza —le confesó—. Ver a esos doctores cortarles los brazos a chicos a los que ni siquiera les había salido la barba. Todavía puedo escuchar sus lamentos. —Se supone que, tras un día de ayuno, estaría hambriento, pero ahora no podía darle más de un par de cucharadas a la papilla que le habían servido —. ¿Qué queda de un hombre después de que lo despedazan así? —preguntó Jacob con su cabeza entre las manos. La fogata frente a ellos bailaba y saltaba con chispas. No podía imaginar regresar a Lily sin partes de su cuerpo.

—Es duro —coincidió William. Tras respirar profundo, continuó —. Aunque supongo que estoy más acostumbrado a eso. Pasé casi toda mi vida sintiendo que mi cuerpo no me pertenecía, no todo mi cuerpo. Y allá en Sapelo, le hicieron algo a mi madre que ningún hijo debería ver. —Miró a Teddy—. ¿Te has preguntado por qué cuido tanto de este niño? Casi no habla. Sólo toca el tambor y hace lo que le piden.

Jacob guardó silencio.

—Me recuerda a mí después de que a mi madre le quemaron la lengua. —Se limpió la frente con un trapo—. Supongo que después de eso, no me asusta mucho que un doctor me corte. A los hombres como yo nos cortan todo el tiempo, nos cuelgan de un árbol y nos meten partes de nuestro propio cuerpo a la boca. Así que, un cirujano cortándome una pierna… —William se encogió de hombros y se volteó.

Le dieron náuseas a Jacob. Su estómago se revolvió a pesar de estar vacío. Era la primera vez que William había sido tan abierto con

respecto a su pasado.

Otro de los hombres de la tropa de William salió de su tienda y de inmediato se percató de Jacob, sentado junto a la hoguera.

—¿Por qué tú siempre está acá en nuestro campamento? Tu cara la he visto más veces de la que me importa desde que llegamos de Port Hudson. ¿No sabe que se supone tenemos que estar lejos de ustedes? —El hombre negó con la cabeza, como si no lo pudiera creer—. ¿Otros amigos aparte de Willie aquí, no tiene?

—Déjalo en paz —dijo William—. Este hombre me consiguió un pífano cuando me alisté. Lo conozco desde que me entregaron mis hilos azules en el campamento Parapet.

—Aun así —insistió el hombre—. Es muy jodido y extraño que no quiera pasar tiempo con los suyo. Sólo nos va a llevar a problemas.

Jacob miró a Teddy, quien estaba puliendo la flauta de William. No sentía nada por los hombres de su tropa. A excepción de Riordan, quien tenía una predisposición por insultarlo, los hombres de su regimiento eran buenos y decentes, pero siempre se había sentido como una oveja negra. Casi nunca bebía y no disfrutaba de las travesuras con las que los otros se divertían una vez que el aguardiente les hacía efecto.

—De hecho, soldado, cuando estoy aquí con William y con Teddy, siento que estoy con los míos.

Esa noche, Jacob regresó a su percudida cobija de estrellas. Se extendió sobre la tela, imaginando que estaba junto a Lily. Su cuerpo cedió y la memoria de la primera vez que se acostó con Lily regresó a él.

—¿Cuál es tu parte favorita de mí? —le preguntó ella mientras acariciaba el contorno de su pecho descubierto. Su figura parecía mármol esculpido bajo la luz de la luna, acurrucada contra él, sin sábanas que los cubrieran.

La besó de nuevo y con pasión. Sabía la respuesta de inmediato, pues era la verdad.

—Tu cara y figura son hermosas, mi cielo. ¿Pero qué es lo que amo más de ti? La respuesta es tu alma.

34

Port Gibson, Misisipi
Septiembre de 1863

Frye irrumpió en la cabaña tarde por la noche, humeando de ira. Su actitud empeoraba con cada visita; si bien alguna vez había sido un hombre relativamente tranquilo, la presión de su trabajo y la marea cambiante de la guerra lo habían cambiado por completo. Esta vez, su humor empeoró de inmediato en cuanto notó lo mucho que Stella había crecido.

—Me da asco ver cómo cargas esa cría ahí dentro, Stella —le gruñó—. ¿Cómo se supone que me relaje en esta casa con esa panza que tienes? Te quedas sin aliento sólo de moverte por ahí. —Se sentó al pie de la cama y comenzó a quitarse la ropa—. Carajo, nadie hace lo que quiero estos días.

A pesar de su frustración, Frye no reveló lo que había ocurrido hacía unas horas.

Pero ella no necesitaba que le contara. A la mañana siguiente, Ammanee le compartió lo que había escuchado en la iglesia con una sonrisa radiante.

—Creo que Frye no regresará en un buen rato —dijo Stella mientras su hermana entraba a la cocina. La luz de la mañana se colaba por las ventanas, resaltando el abdomen de Stella bajo su enagua—. Parece que no le gusta estar con una embarazada… dice que no es natural. Creo que le doy asco ahora. —Una sonrisa de satisfacción apareció en su cara.

—Está más guapa que nunca, hermana. Pero si lo mantiene alejado, me alegro.

A pesar de sentirse agobiada, pues la despensa se estaba

acabando, Ammanee compartía el alivio de su hermana.

—Es lo más lindo que me ha dicho —se rio Stella.

—No voy a extrañar el sonido de sus botas retumbando al salir —coincidió Ammanee—. Pero lo hubieras visto ayer. No paraba de hablar de cómo la ciudad apestaba a yanquis, de cómo estaban arruinando la vida aquí. Dijo que no iba a morir siendo cobarde y que si los otros no eran lo suficientemente hombres para hacerle frente a Banks y sus tropas, él lo haría por su propia cuenta. —Ammanee chasqueó—. Ya se le zafó un tornillo, Stella. Pero se pone peor. Incluso sus compañeros rebeldes piensan que está ido. Dice que va a enviar un paquete a los cuarteles con vendas de un paciente de fiebre amarilla, que quiere enfermarlos a todos. Y siguió diciendo pura locura, hasta habló de una bomba.

—Todo esto me pone nerviosa, hermana. Hablas como si estuviera loco.

—Ya está loco, Stella. Sólo queda esperar que no arrastre su locura a nuestra cabaña. La única buena noticia es que el sacerdote les dijo que no quería que se reunieran más en la iglesia. También está asustado por la forma en la que hablan. ¡Y, chica, entonces sí que se enojó Frye! Le dijo al padre que su superior, el padre Turgis, era capellán para los rebeldes y que él tenía que ayudar también —continuó Ammanee—. Pero Dupont le dijo en seco que el padre Turgis sólo ayuda a los enfermos y heridos, pero no apoya su deseo de matar. Que él y la iglesia no tendrán parte en ello.

—Bueno, eso es un alivio. —Stella se frotó la espalda baja y se sentó—. Al menos Dupont usa la razón.

—Sí, pero si se entera que he estado espiando, va a enloquecer. —Sacó dos monedas de su bolsillo y las puso en la lata—. Dupont me pagó esta mañana por tallar muy bien el suelo. Y me dio gusto. Quería limpiar el hedor de Frye.

Ese domingo Stella acompañó a su hermana y madre a misa. Se sentía agradecida, pues el padre al fin había decidido ponerles límites a los hombres confederados. Sin más juntas rebeldes en el vecindario y ahora que su cuerpo no era del agrado de Frye, Stella no esperaba volver a verlo por lo que restaba de su embarazo. Lo cual significaba que podía enfocarse en rezar para que la guerra terminara y William regresara a ella, sano y salvo.

La congregación era diversa, la conformaba una mezcla de

blancos, personas negras libres y algunos esclavos. Pero Stella y el resto de las mujeres de Rampart casi siempre se sentaban en las bancas del fondo para no llamar la atención.

—De mí no van a estar hablando esas presumidas de la primera fila —les decía Janie, con un meneo de su dedo, los días que iban a la iglesia—. Siéntense acá atrás conmigo y las otras. El sermón no va a cambiar por estar más cerca. Tenemos todas el mismo Dios.

Esa mañana, mientras se escuchaba el órgano, Emilienne llegó a la banca unos minutos más tarde y le pidió a Stella que le hiciera espacio a su lado.

—Pareces estar madurando justo como corresponde —le susurró a Stella y le dio una palmada en el muslo.

Desde el púlpito, Dupont comenzó a predicar sobre la voluntad de Dios, enfatizando con su dedo índice cada palabra de las Escrituras.

Cuando terminó el servicio y todas habían tomado la eucaristía, la señora Emilienne le pidió a Stella un momento para hablar.

—No sé si sepas esto, pero mi madre fue quien asistió a Janie cuando tú naciste.

Janie siguió caminando tomada del brazo de Ammanee.

—Puede que sea tan vieja como tu mamá, pero nací en una cabaña criolla justo como tú. Y aprendí algo sobre ser partera gracias a mi propia madre cuando estaba viva. He ayudado a traer al mundo a muchos de los bebés de nuestra calle, con mis propias manos. —Tocó la mejilla de Stella—. Así que no seas tímida cuando empiecen los dolores, ¿está bien? —Sonrió con calidez y su mirada castaña cautivó a Stella—. Tú dile a tu hermana que vaya por mí y yo llegaré, no importa la hora. Es lo menos que puedo hacer para agradecerte después de que ayudaste a mi hermano con ese mapa.

—Eso es muy amable de su parte —respondió Stella, acariciando su vientre—. No es fácil pedir ayuda cuando todas la estamos pasando tan mal.

—Así es, mi niña. Pero nos podemos ayudar. Es lo que podemos hacer por quienes amamos. —Su voz estaba llena de empatía—. Yo nunca tuve hijos, pero le ayudé a mi mamá cuando tuvo a mi hermano, Jeremiah. El amo se lo quitó cuando era un niño y lo puso a trabajar. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero mis manos fueron las primeras que lo tocaron. Se sentía como si fuera mi bebé hasta que nos lo arrebataron.

Ahora le quedaba claro a Stella por qué Emilienne había buscado con tanta desesperación un mapa para ayudar a su hermano a huir. Siempre había pensado que Ammanee y ella eran únicas, unidas por la

sangre, aunque con vidas absolutamente distintas. Pero Emilienne le recordó que no eran tan especiales después de todo. Como todas a su alrededor sabían, había muchas formas diferentes de no ser libre.

35

Nueva Orleans, Luisiana
Octubre de 1863

Los dolores comenzaron por la mañana. Stella despertó afligida por calambres terribles en su abdomen.

Ammanee y ella habían hecho las cuentas cuando admitió que su periodo estaba retrasado. A partir de sus cálculos, el bebé no llegaría sino hasta mediados de noviembre. Eso era dentro de un mes.

El dolor la dobló, obligándola a recostarse sobre su lado con las piernas pegadas al pecho, entonces llamó a su hermana.

—¿Qué pasa? —preguntó Ammanee mientras corría a la habitación. Vio a Stella sobre el suelo, meciéndose de un lado a otro, quejándose.

—Algo no está bien. No quise decir nada anoche. Pensé que me había caído mal el camote que usamos para la papilla. —Sintió otra contracción en su vientre—. Pero desde en la mañana siento como si alguien me apretara las tripas.

Ammanee se acercó y tocó la frente de Stella. Se habían reportado algunos casos de fiebre amarilla en la ciudad, lo que infundió aún más el miedo entre los habitantes de Nueva Orleans.

—No estás caliente, gracias al Señor. —Miró los ojos de su hermana buscando indicios de ictericia, pero no encontró nada—. Supongo que podría ser la comida que te cayó mal —dijo en silencio. Puso su mano en el vientre de Stella y sintió cómo se contraía—. Pero creo más bien que ese bebé va a nacer antes de tiempo.

Stella dejó escapar un quejido de nuevo.

—¿Ammanee?

—Aquí estoy, nena —le aseguró.

—¡Se me está escurriendo algo! —gritó Stella. Se llevo las manos a la parte de atrás de su camisón, que estaba empapado.

Los ojos de Ammanee brillaron en la habitación oscura.

—Se te rompió la fuente, hermana. —Tomó la mano de Stella—. Pero todo va a estar bien.

—No se suponía que naciera aún —dijo Stella, esforzándose por enunciar las palabras—. No podemos dejar que nada le pase a mi niño, Ammanee. —Stella sabía, por instinto, que traería un hijo al mundo. Comenzó a llorar—. Nada.

—Shhh —la apoyó Ammanee—. Tú sólo prepárate para conocer a ese hermoso niño tuyo.

Los ojos de Stella se llenaron de lágrimas.

—Pensé que tendría más tiempo… no tengo nada listo. No tengo ni siquiera una canasta para que se acueste.

—No te preocupes por eso ahora. —Ammanee le dio unas palmadas al colchón—. Hay que levantarte para que me pueda llevar esa sábana mojada y tú te puedas poner algo seco.

—Tienes que ir por Emilienne —le suplicó Stella—. Me dijo que me ayudaría cuando el bebé llegara.

—Sí, hermana. Voy corriendo por ella y le diré a mamá también.

—Ammanee, antes de irte, por favor, ¿te puedo pedir otra cosa? —le preguntó y, con mucho esfuerzo, se puso de pie.

—Claro que sí, hermana, lo que sea.

—¿Puedes quitar la colcha de la cama? —Los ojos de Stella miraban la cobija doblada al pie de la cama—. Significa mucho para mí. No quiero estropearla.

En la pequeña cabaña criolla con girasoles en la puerta, cuatro mujeres trabajaron juntas a su manera para traer a nueva vida sana y salva a este mundo.

Janie hirvió una olla grande de agua y buscó tela limpia.

Ammanee preparó una compresa fría para la cabeza de su hermana y le dio algo para mitigar el dolor.

—Toma esto —le dijo, poniendo la concha de cauri que William le había dado en la palma de su mano—. Apriétala cada que sientas dolor. Así Willie estará aquí también, a su manera.

Stella tomó la concha y la apretó.

Emilienne se lavó las manos en una cuenca llena de agua caliente y echó un vistazo por debajo de la sábana que Ammanee había

colocado sobre el vientre y las piernas de su hermana.

—Parece que ya vas a la mitad, querida. Sólo concéntrate en respirar y deja que tu cuerpo haga todo el trabajo.

—Así es, eres fuerte —la confortó Ammanee. Tomó la compresa de la cabeza de Stella y fue a la cocina a exprimirla.

—No falta mucho para que sepamos quién es el papá —dijo Janie mientras la olla hervía.

—No me importa qué tono de piel tenga el bebé —respondió Ammanee con dureza—. Primero lo primero, que salga llorando y no con la cara azul.

Los mirada de Janie se enardeció.

—No me hagas sentir como un lobo, hija. No importa lo que Stella quiera. Hasta que la guerra termine, ese bebé le pertenece a Frye, así sea negro azabache o color café con leche.

—Ahorita te dije que no podemos pensar en eso, mamá —Ammanee exprimió la tela con fuerza y las gotas de agua cayeron sobre el lavabo como lágrimas—. Sólo reza para que el bebé y Stella estén bien.

Janie suspiró.

—Voy a rezar por lo que sea mejor para mi hija —exclamó. Pero incluso ella no sabía qué era eso.

Emilienne atendió el parto de Stella por varias horas más hasta que el día dio paso al atardecer.

—Ya casi sale, chica —le instruyó—. Guarda tus fuerzas. No pujes hasta que te diga.

El dolor era inmenso. Entre sus piernas, Stella sentía el ardor hirviente de lo que Emilienne llamaba «el anillo de fuego». Se aferró a la concha de cauri con todas las fuerzas que tenía.

—Veo la cabeza —anunció Emilienne, mirando a Stella—. Lo estás haciendo muy bien, nena.

—Trae a mamá adentro —Stella le pidió a Ammanee con ojos brillantes—. Quiero que esté aquí también.

Ammanee se detuvo. Parte de ella quería, por muy egoísta que fuera, ser la única pariente en la habitación. Había deseado que este momento lo compartieran entre ambas, como prueba de que ella había sido más madre de su hermana de lo que Janie jamás había sido.

—¿Eso es lo que quieres?

Stella gruñó y se quejó.

—Sí, ve por ella, hermana. Por favor, quiero que estemos todas juntas cuando salga.

La habitación estaba iluminada por la luz de las estrellas cuando Emilienne finalmente extrajo al bebé de Stella. Ni Ammanee ni Janie podían creer lo que veían. El niño brillaba de vida.

—Tenías razón —dijo Ammanee.

El bebé era un niño y su piel era de un color cálido como las nueces. Pero lo que más calma le dio a Stella fue que podía notar con total claridad que los ojos del niño eran los de William.

No se dio cuenta de la mirada ominosa que intercambiaron Janie y Ammanee al notar el color de piel del recién nacido.

La habitación se vio envuelta en un silencio tan antiguo como el tiempo mismo mientras Stella se llevaba a su bebé al pecho. No importa cuantas veces había imaginado este momento, nada se comparaba con la maravilla de sentir esa mano diminuta envolviendo su dedo. Besó su cabeza, sus rizos aún seguían húmedos de la tela con la que lo habían limpiado.

Las otras mujeres la dejaron para descansar y tener un momento a solas con su creación perfecta.

—Tienes que pensar en un nombre —le dijo Ammanee con una sonrisa a la vez que tomaba las toallas que Emilienne había usado durante el parto para llevarlas a remojar.

Pero Stella había cargado un nombre con ella desde que se dio cuenta de que estaba embarazada.

—Wade —susurró mientras acariciaba su nariz y barbilla perfectas. Quería que la primera letra del nombre de su hijo reflejara el nombre de su padre, pero el nombre le gustaba, sobre todo, porque evocaba la sensación de caminar en el agua. Incluso si a William se le dificultaba encontrar el camino a casa, ella sabía que lo recorrería y que llegaría a ellos—. Eres mío —proclamó con una mirada de alegría pura. Su corazón aún latía a prisa por el parto, pero el aroma del bebé y la calidez de su piel la aliviaron. Stella levantó el brazo diminuto de Wade y le dio un beso, repitió la acción con cada dedo del bebé.

Una hora después, Ammanee entró y tomó a Wade.

—Tenemos que ponerle un pañal nuevo al trasero de ese bebé —anunció—. No he estado tan ocupada con un recién nacido desde que Percy te trajo para que te cuidara.

Cuando regresó de nuevo, llevaba al bebé en una canasta color verde. Lo rodeaba la tela bordada que Stella había preparado. Sus símbolos de colores, en relieve, eran como talismanes de protección.

—La señora Claudette se enteró de la noticia y nos trajo esta hermosura. —La levantó para que Stella pudiera ver a su bebé descansando dentro del cesto de segunda mano—. Y tu nene ya está envuelto en la frazada que le hiciste, con todo ese hilo azul. —Sonrió—. El bebé ya está protegido.

36

Nueva Orleans, Luisiana

Noviembre de 1863

Stella mantenía a Wade cerca de ella en todo momento. Se memorizó cada curva de su cara, atesoró cada gemido y cuchicheo. Jamás había tenido la oportunidad de quedarse dormida junto a William, pero ahora el bebé la hacía sentirse cerca del corazón de su amado. La hacía sentir más fuerte y llena de esperanza de lo que jamás se había creído.

A pesar de que la guerra seguía, las mujeres de Rampart se regocijaron por la nueva vida que había llegado a su calle.

Ammanee tomó el consejo de la señora Hyacinth y comenzó a preparar infusiones de hinojo y alholva para estimular la lactancia de su hermana. Preparaba infusiones fuertes que le daba a Stella que estaba en cama.

La señora Claudette les llevó una despensa: una lata pequeña de harina y hasta un poco de mantequilla y huevos. Se sentía más valioso que el oro. Por primera vez en meses, la casa olía a pan recién horneado y amor.

Hasta Janie se había adaptado a su nuevo papel como abuela, ayudando a cambiar pañales y bañar a Wade.

—Nunca tuve un hijo —comentó Janie mientras ponía el codo en la cuenca de agua para comprobar la temperatura. Mojó unas telas con el agua tibia y comenzó a pasarlas por el cuerpo de Wade.

El bebé se retorcía, maravillado por la sensación del agua sobre él.

—Se está poniendo grande —se emocionó Janie—. Ustedes dos eran unas cositas diminutas, pero él está comiendo bastante bien. Se

está volviendo más nuestro hombrecito con cada día.

Stella estaba de pie junto a ella y jugaba a jalarle los dedos de los pies a Wade.

—La vida es tan fácil al principio —dijo en voz baja. Sus ojos comenzaron a lagrimear y finalmente no pudo controlar su sentimiento—. Mamá, ¿cómo lo voy a mantener a salvo del dolor?

Janie puso sus manos sobre las de Stella, pero no ofreció una respuesta. No había descifrado aún ese misterio de la vida.

El ruido de golpes enfurecidos en la puerta de la cabaña despertó a Stella. Ammanee había instalado una chapa adicional tras escuchar que habían asaltado algunas de las casas en la zona. Quería estar segura de que, con el nuevo miembro de la familia, estuvieran a salvo.

Stella saltó de la cama. Su primer instinto fue revisar que Wade estuviera a salvo en su canasta. Era casi un milagro que el estruendo de los golpes no lo hubieran despertado.

Tras unos segundos, escuchó a Ammanee y a Frye discutiendo. Había desesperación en sus voces.

—Apúrate y ayúdame, ¿no escuchaste? —rugió el amo. Stella en puntillas de su habitación y vio a Frye en la sala, sosteniéndose el brazo. La manga de su chamarra estaba llena de sangre.

—No somos doctores, amo —intentó decirle Ammanee—. Necesita que alguien vea eso, uno que sepa lo que hace —exclamó, temblando—. No podemos sacarle una bala…

—¡Bala! No hay ninguna maldita bala, perra estúpida. Me volaron con una bomba casera —murmuró con los dientes apretados—. La maldita cosa explotó antes de tiempo.

Se derrumbó sobre una de las sillas y se quitó el abrigo, revelando su brazo, hecho pedazos.

—Dame un poco del aguardiente de higo que tienen por aquí —le ordenó a Ammanee.

—Sí, señor.

Stella nunca había escuchado la voz de Ammanee con tanto miedo. Vio a su hermana salir disparada hacia la cocina para buscar la bebida fermentada. Cuando regresó, Frye le arrebató el vaso y se lo empinó.

—¿Dónde está Stella? —Recorrió la habitación de un lado a otro con su mirada; la palidez de su cara y la saliva que le salía de la boca le daban la complexión de un perro rabioso—. ¡Ambas me tienen que

componer! ¡Me tienen que arreglar! —les comandó—. No puedo llegar así con mi esposa. Ya hay hombres de la Unión ahí afuera, buscando al saboteador.

—Por supuesto, señor.

—¿Dónde está esa maldita chica? —exigió—. Y yo aquí desangrándome en el suelo, ¡me ahogo de dolor! —Tomó a Ammanee de la falda con su mano buena y la acercó a él—. Ve por ella, ¡ahora!

Pero antes de que Ammanee pudiera escapar de sus garras, Stella salió de su puerta.

—Aquí estoy —anunció.

Se aseguró de que el tono de su voz estuviera tan lleno de preocupación como le era posible.

—¿Qué te pasó? ¡Estás herido!

La furia del ataque a Ammanee parecía haber requerido lo último de sus fuerzas. Estaba perdiendo sangre a un ritmo grave y la tela alrededor de su brazo estaba saturada de rojo.

Miró a Stella. Tenía el rostro pálido como la porcelana.

Entonces se derrumbó sobre el suelo.

Al pensar en los horrores que la guerra podría traer, Stella no había imaginado jamás que Frye fuera a llegar herido y sangrando a la cabaña.

—¿Qué hacemos ahora? —le imploró a Ammanee.

Su hermana estaba a un lado del hombre, dándole bofetadas para que despertara. Los ojos de Frye se abrían, se mecían un poco y volvían a cerrarse.

—No está muerto —observó—. Intentemos llevarlo a la cama.

Las dos mujeres lo tomaron de los brazos y las piernas.

—¿Wade está bien? —preguntó Ammanee antes de tomar los pies de Frye.

—Está en los cajones —respondió Stella—. No sabía dónde más ponerlo, pero lo moveré en cuanto terminemos.

Ammanee asintió.

—Creo que éste va a seguir ido un rato más. Todo viejo, mugriento y cansado del dolor. Y la copita que le di seguro también ayudó.

—Con que los yanquis no vengan aquí. Ni me quiero imaginar lo que pasaría si nos atrapan ayudando a un criminal.

—Pero tampoco se nos puede morir aquí —añadió Stella.

Ammanee la miró sin responder.

Lograron llevarlo a la cama. Ammanee hirvió la tela con la que preparaban los pañales de Wade y, una vez que la herida estaba limpia, envolvieron el brazo de Frye con las vendas caseras. Mientras tanto, Frye deliraba, maldiciéndolas y retorciéndose del dolor.

La mayor parte de su antebrazo estaba gravemente quemado y sobre su mano se alzaba una capa de piel blanca llena de fluido.

Para que durmiera más tiempo, Ammanee preparó una infusión de matalobos o acónito, una flor de color azul profundo que crecía en su jardín. Janie le pedía que se la preparara cuando le dolían los huesos, ya que ayudaba a adormecer el dolor y provocaba somnolencia.

—¿Qué va a hacer cuando se despierte y se dé cuenta de que ya no estoy embarazada, hermana? —Stella estaba más asustada que cuando Frye se había derrumbado hace unas horas—. Con sólo verlo va a saber que Wade no es suyo.

Ammanee la tomó de la muñeca.

—No estamos ahorita pensando en eso, Stella. Sólo pondremos alejado de la vista de Frye a Wade. Lo mantendremos a salvo, te lo prometo.

37

Por los siguientes dos días, mientras Frye despertaba y volvía a perder la consciencia, las hermanas se turnaron para limpiarlo y vendarle el brazo.

Stella dormía junto a Ammanee en la cocina, sobre un colchón hecho de paja. A su lado, Wade descansaba en su canasta. Stella intentaba anticipar su hambre, llevándolo a su pecho antes de que llorara y le revelara su presencia a Frye, aunque en ocasiones, poco podía hacer para mantenerlo callado.

En la tercera noche, el sonido de vidrio rompiéndose despertó a las dos mujeres. Frye estaba despierto y se tambaleaba en la oscuridad, buscando el aguardiente de Ammanee, hasta que llegó a la habitación donde las mujeres descansaban.

Stella se levantó de golpe, justo cuando su bebé comenzó a berrear y Ammanee se apuró a encender una vela. Frente a ellas, al brillo de la flama, estaba Frye. Su mirada vidriosa era la de un coyote y su labio temblaba de rabia.

—Y yo que me estaba preocupando, pensaba que me había vuelto loco, que escuchaba un bebé llorar —maldijo Frye mientras miraba la canasta—. Pensé que era un sueño, una alucinación debida a la fiebre. Porque la panza de mi Stella seguía igual de redonda bajo su falda, así que no era posible que el bebé estuviera aquí. —Se tambaleó para acercarse a ellas, sosteniendo su brazo vendado—. Pero a juzgar por este negrito, creo que mi negrata me ha estado mintiendo por mucho tiempo.

—Mason —Stella levantó la voz. Era la primera vez que se refería a Frye por su nombre. Se llevó a Wade a los brazos e intentó esconderlo de la vista de su amo—. Está oscuro y usted está herido. Se

está imaginando cosas, señor.

—Lo que no me estoy imaginando es que este niño está más negro que un pedazo de carbón —refunfuñó—. No hay ni una gota de mi sangre en ese perro tuyo —le escupió.

Ammanee se levantó y se atrevió a intentar arrastrar a Frye lejos de Stella y su bebé.

Frye se liberó de Ammanee y continuó.

—No me importa que seas una putita, Stella. Voy a ganar mucho dinero con ese changuito tuyo cuando lo venda. Quizá incluso para irme de aquí. Ese bebé no es tuyo, es mi propiedad. Y yo puedo hacer lo que quiera con él, incluso si no es mi hijo.

Un sonido terrible salió de Stella, un lamento que no podía controlar.

—Amo, creo que el dolor lo está haciendo decir cosas. —Ammanee intentó razonar con él—. Está todo oscuro ahorita, pero cuando salga el sol en unas horas, verá que ese dulce niño es de usted.

Frye se volteó a mirarla por un momento. Su ataque lo había dejado sin fuerzas.

Ammanee tomó la oportunidad y cogió a Frye del brazo para llevarlo a su habitación.

—¿Qué es lo que buscaba, de todas formas? Quería un poco de mi aguardiente para el dolor, ¿no? ¿No era así? —lo intentó calmar.

Gruño mientras se recargaba sobre ella.

—No soy estúpido —susurró.

—Claro que no, amo —lo calmó—. Sólo está muy cansado y el dolor le está afectando la cabeza, pero yo le voy a dar algo para ayudarlo.

Ammanee dejó a Frye en la habitación, cerró la puerta y regresó a la sala con su hermana. Stella tenía una mirada de ferocidad maternal, por lo que Ammanee no necesitó preguntar para saber lo que su hermana estaba tramando.

Las mujeres pusieron manos a la obra. Ammanee sirvió un vaso de aguardiente y Stella preparó una infusión de matalobos con dos cucharadas de flores azules en lugar de la pizca usual.

En silencio, mezclaron los dos líquidos en un vaso grande.

Stella miró a Wade, dormido en su canasta y sus párpados de medialuna la llenaron de fuerzas para hacer lo que sabía que debía. Levantó el vaso, ojeó las proporciones y añadió una cucharada

generosa de miel para asegurar su dulzor. Puso el menjurje sobre una charola y se lo llevó a Frye.

Pero Ammanee la tomó de la muñeca y la detuvo.

—Baja eso ahora, chica —le susurró—. Tú no se lo vas a dar. —Su mirada era resoluta y definitiva—. Yo lo haré.

Stella negó con la cabeza.

—No. Es mi hijo, tengo que hacer esto yo, por mi cuenta.

Ammanee puso su mano sobre el hombro de su hermana para detenerla, luego tomó el vaso.

—Si esto algún día regresa a jodernos, ese niño va a necesitar a su madre. —Respiró profundo—. Mi trabajo en esta vida ha sido protegerte. Y eso es exactamente lo que va a pasar. Yo le voy a llevar su bebida —insistió—. No sólo es por ti, hermana. Es por mi sobrino también.

—Le traje algo para que le ayude a recuperar el sueño —dijo Ammanee mientras entraba a la habitación.

Frye le arrebató el vaso y se lo bebió de un trago.

—Sabe diferente —observó Frye mientras chasqueaba sus labios y se volvía a recostar sobre la almohada.

—Stella quería darle un poco más de dulzura, amo, así que le agregamos un poco de miel —le respondió tan alegre como pudo. Lo miró de cerca—. Ahora usted tiene que descansar. No se está sintiendo bien, conjurando todo tipo de cosas raras esta noche.

Apenas pudo responder. Sus ojos comenzaron a cerrarse.

—Eso es, amo. Descanse —le instruyó Ammanee.

Stella miró desde la puerta mientras su hermana alisaba la cobija que cubría a Frye. Ammanee recogió el vaso, en el que quedaban algunas gotas del potente líquido y Stella tomó del respaldo de la silla el chaleco de brocado de Frye. No lo volvería a necesitar.

Se acomodó en una de las sillas de la sala y comenzó a deshilar las fibras del pesado bordado. Sus dedos hábiles volaban sobre la tela mientras aguardaba el último aliento de Frye . No había razón alguna para gastar hilo tan fino.

38

20 de noviembre, 1863

Brooklyn, Nueva York

Mi querido Jacob:

Mi padre dejó el periódico de hoy en la mesa del comedor para que lo leyera. No hay duda de que la primera plana, un reportaje sobre la visita del presidente a Gettysburg, lo conmovió. Si hay un hombre que pueda invocar a los fantasmas de nuestros muertos para asegurarse de que no olvidemos su sacrificio, es el señor Lincoln. Tiene toda la razón al decir que cada muerte debe significar algo. Y creo que nadie olvidará los comentarios que hizo en el nuevo Cementerio Nacional para Soldados. Como un recordatorio permanente para mí misma, he copiado sus palabras poderosas en una página de mi diario: «…estos muertos no dieron su vida en vano. Que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la faz de la Tierra». Tus últimas cartas han mencionado la perdida de tantas vidas, querido esposo, pero ahora tus relaciones tienen una nueva profundidad. Volveré mi labor honrar esas vidas lo mejor que pueda, aunque mis acciones no estén al nivel de lo que tú y tus compañeros de la Unión hacen cada día para ganar la guerra.

Me reuniré con las mujeres de la Comisión Sanitaria mañana. Ya que el invierno se acerca, hemos retomado nuestro círculo de costura. Con la ayuda de Henrietta, por fin me siento confiada con respecto a mis costuras y ahora sé que mi contribución vale la pena. Encontré un baúl en el ático, lleno de los viejos manteles de mi madre. Me recordé no ser sentimental y darles un buen uso a los nuevos materiales. La señora Rose vino a cenar la semana pasada y juntas logramos convencer a papá de imprimir más copias del último número de El abolicionista. *Así es, querido esposo, estoy intentando seguir las palabras del presidente Lincoln y contribuir al bien común de cualquier forma en la que pueda.*

Rezo por que estés bien, que tengas comida y abrigo. Por favor, escribe de vuelta y dime si hay algo que pueda mandarte para ayudar con los meses fríos por delante. Le he puesto mi amor a cada palabra de esta carta, tanto que la punta de mi pluma casi se ha gastado por completo.

Me despido con todo mi afecto.

Siempre tuya,

Lily

39

Frye yacía rígido en la cama. Tenía la cara blanca como el sebo, sus párpados estaban sellados como cera derretida.

Stella tenía a Wade en el pecho. El bebé bebía la leche de su madre, feliz de que la paz dentro de la casa se hubiera restaurado. No había más gritos, no había más ollas cayendo al suelo. La infusión de matalobos había puesto a dormir a Frye para siempre.

Ammanee entró a la habitación y acarició la cabeza de su sobrino.

—Jamás le contaremos de esto a nadie. Ni siquiera a mamá —declaró.

Los ojos de Stella se abrieron por completo.

—¿Está mal, hermana, que no sienta nada?

—No está mal, hermana. ¿Crees que a ese hombre alguna vez le importó cómo tú te sentías? —Su voz se endureció—. Jamás debió haber dicho todo eso sobre vender a Wade.

Stella asintió. Había un cierto código que todas las madres tenían para proteger a los suyos. Era tan evidente como la diferencia entre blanco y negro.

Fue idea de Ammanee contarle al padre Dupont sobre la muerte repentina de Mason Frye.

—Él lo conocía —le recordó a Stella. El sacerdote había sido testigo del efecto que la guerra había tenido sobre Frye.

—Sabrá que decimos la verdad sobre sus heridas —dijo Ammanee—. Lo escuchó decirles a los otros que planeaba alguna locura —razonó.

—Espero que sí —dijo Stella, abrazando con más fuerza a su bebé.

—No voy a mentir —siguió Ammanee—. Sólo le diré claramente que vino acá después de haberse herido y que hicimos todo lo que pudimos por asistirlo.

—¿Crees que nos ayude? —Stella no estaba tan segura. Jamás había confiado tanto en el padre como Ammanee.

—Claro que nos ayudará. Es un hombre de Dios. Además, no le dirá a la señora Frye que murió sobre la calle Burgundy. Tiene un buen sentido como para no contarle esa parte, estoy segura.

Era cierto. Cuando Ammanee trajo al padre Dupont a la cabaña al día siguiente, el hombre no sugirió en ningún momento que no creyera lo que las mujeres le habían dicho sobre la muerte de Frye. Era una situación desafortunada, pero nada más.

—Le dije que nada bueno saldría de la maldad —dijo el sacerdote, casi para sí mismo—. Que Dios se apiade de él. —Se persignó con rapidez antes de hacer el signo de la cruz sobre el cuerpo hinchado.

—Amén —entonó Ammanee.

—Mandaré a llamar al sepulturero para que pueda llevarse el cuerpo sin hacer escándalo. Un incidente así debe ser tratado con la máxima delicadeza —les recordó a las mujeres—. Estoy seguro de que ustedes lo entienden. —Sus ojos miraron a Wade.

Stella ajustó la tela con la que envolvía a Wade y acarició su piel con su nariz, evitando la mirada del padre.

—No quiero alterar a la familia ni quiero que los hombres de la Unión anden husmeando por aquí —aclaró—. Sólo quiero hacer lo correcto.

Ammanee conocía bien al padre y sabía que él creía que todo cristiano se merecía un entierro digno. Se guardó su opinión sobre lo que ella creía que Frye se merecía.

Después de que el sepulturero se llevó el cuerpo de Frye de la cabaña, Ammanee habló con Stella.

—Hora de darle a la cabaña una limpia de yerbas —anunció.

Sabía que muy pronto toda la calle estaría inventando cosas. Bastaba con que una mujer viera cómo salía un cadáver de la cabaña para que los rumores comenzaran a circular. Ammanee quería evitar que cualquier espíritu maligno se colara por la puerta.

—Toca ahuyentar la energía del hombre. —Miró alrededor de la sala—. Habrá que tallar el piso con aceite de cedro, también. Decirle a su espíritu que no es bienvenido acá.

—Déjame poner a Wade en su canasta y te ayudo con eso —contestó—. No quiero que ninguna parte de él regrese, hermana. Jamás.

Parte III

40

Cuarenta y siete cajas de vendas enrolladas y cinco cajas de colchas ocupaban el pasillo de la casa Kahn sobre la calle Pierrepont en Brooklyn. En el atrio, bajo la luz del candelabro, Lily gestionaba todo con la eficacia de un reloj, ordenando al portero a subir las cajas a la carroza de carga.

—Hay que llevarlas a la armería lo más pronto posible —instruyó.

El joven comenzó poniendo las cajas más ligeras sobre su carretilla.

—Sí que ha estado ocupada, señorita —declaró, impresionado.

—Las mujeres y yo ciertamente hemos estado haciendo nuestra parte. —Se cruzó de brazos y sonrió, evaluando el trabajo colectivo que habían hecho.

Varias otras cajas llenaban la sala. Dentro de ellas había cobijas más elegantes, las cuales, las mujeres sabían, podían venderse para recaudar fondos. Adeline Levi había utilizado dos pares de cortinas de damasco para una cobija con cuadrados grises y verdes. Era tan exquisita y la seda tan fina que Lily pensaba en comprarla ella misma para recibir a Jacob en su lecho marital cuando por fin regresara a casa.

—¿Ya terminaron? —Arthur Kahn entró al vestíbulo portando un traje oscuro, con un periódico bajo el brazo—. No encuentro mi sombrero…

Lily sonrió.

—Está justo ahí, papá —dijo, señalando el sombrero de copa sobre la mesa. Las dos criadas con las que contaban se habían tomado unos días de descanso, pues tenían fiebre, pero hija y padre se las

estaban arreglando para mantener todo en orden—. ¿Te tomaste tu tónico? —le recordó Lily. Una de las mujeres del círculo les había recomendado una mezcla homeopática de bayas de sauco y flor de tilo para subir las defensas y evitar enfermarse. Con la edad avanzada de su padre, Lily se aseguraba de tomar todas las precauciones posibles.

—Sí —gruñó él mientras sorteaba las torres de cajas en el pasillo. Sacó unas monedas de su bolsillo para pagarle al chico que llevaba las cajas al carro de carga—. Más te vale que las cajas lleguen en buen estado —le dijo, meneando su dedo—. Mi hija se ha esforzado mucho para ayudar a nuestros soldados. No quiero que pierdan un solo paquete.

Tomó el abrigo del perchero junto a la puerta, se puso su sombrero y metió sus manos dentro de sus guantes.

—Pídele al cocinero que nos prepare filete para la cena —solicitó antes de partir—. Nos caerá bien algo de hierro.

Una vez que las cajas se dirigían a la Armería del Décimo Tercer Regimiento en la calle Henry, desde donde los administradores enviarían los suministros a los hospitales de campo de la Unión y a las infanterías que lo necesitarán, Lily al fin se permitió un respiro.

Todavía había mucho por hacer y detestaba sentirse inútil. Había renovado sus fuerzas gracias a su reciente correspondencia con Frances Gage, una abolicionista apasionada y sufragista que gestionaba un refugio para esclavos liberados en Parris Island, en Carolina del Sur. Dentro de los círculos sociales de Lily, la conversación no sólo giraba en torno a la abolición de la esclavitud, sino que también comenzaban a hablar sobre los derechos de las mujeres.

—La presencia de Frances es formidable —convino la señora Rose al tomar el té con Lily esa tarde—. Me alegra que se hayan vuelto amigas durante su visita a la Feria Anual de la Comisión Sanitaria. —Revolvió una cucharada de azúcar en su té—. Tuve la fortuna de escucharla dar una conferencia en Akron hace unos años, abogaba por que las mujeres tuvieran los mismos derechos de propiedad que sus maridos. No lo logró, por supuesto, pero es admirable cómo ha mantenido vivo el fuego. —Con un sorbo de su té le sonrió a Lily a través de la nube de vapor.

La luz de la tarde revelaba la edad de la señora Rose. A sus cincuenta y tres años, su cabello oscuro se había cubierto de hilos

plateados y bajo su mirada se habían dibujado unas ojeras pronunciadas. Al mirarla, Lily se preguntaba a menudo cómo se vería su propia madre, que tendría casi la misma edad que Ernestine.

—Vaya que ésta es una habitación encantadora —aprobó Ernestine mientras observaba el salón de estar de los Kahn. Las baratijas favoritas de la madre de Lily descansaban en las repisas de caoba, figurinas de porcelana y ornamentos con filigranas de plata—. Quizá no lo sepas —le confió la mujer—, pero en los años antes de que comenzara a dar conferencias, yo tenía una tienda bastante elegante en Brooklyn. Vendía perfumes que yo misma hacía, fragancias con mezclas de todo tipo de flores, de rosas a azahares. Apuesto a que no sabías que esos revestimientos de papel perfumado en tus cajones son invención mía. Los patenté en Berlín antes de emigrar con mi marido.

Lily apenas podía ocultar su sorpresa. Para ella, Ernestine encarnaba la practicidad, era alguien sin tendencia alguna por las frivolidades. Tenía un aire casi masculino. Jamás se maquillaba. Sus vestidos nunca llevaban encaje o adornos y se la pasaba recordándole a las mujeres del círculo que, si querían ser tomadas enserio, entonces debían esforzarse por que sus palabras fueran el foco de atención, no su semblante ni su atuendo.

—Sé que debe parecerte sorprendente —se rio y se acomodó en la silla—. Pero me otorgó la independencia económica que necesitaba para dedicarme a lo que me apasiona.

—No tenía idea que sus papeles forraban los cajones en los que guardo mis prendas —dijo Lily con una risa.

—Ni una palabra a las demás. —Sonrió Ernestine con un aire de conspiradora—. Ahora, dime, ¿de qué has hablado con Frances últimamente? Tengo una gran curiosidad por el trabajo que está haciendo en Carolina del Sur y la impresionante enfermera a la que acaba de conocer, una tal Clara Barton.

—¡Fue una carta sumamente inspiradora! —se agitó Lily—. Me escribió relatando las labores heroicas de la señorita Barton, cómo atendía a los enfermos a las afueras de Charleston y lo mucho que apreciaron las vendas que enviamos a su hospital el mes pasado. —Lily miró el vestíbulo, ahora vacío, que horas antes se encontraba atiborrado de cajas—. Me alegra saber que van en camino a quienes las necesitan.

—Qué maravilloso. Al fin una buena noticia. Los encabezados de hoy fueron un poco inquietantes. —Ernestine suspiró—. Para ser sincera, jamás pensé que esta guerra fuera a durar tanto.

—La ausencia de Jacob se vuelve más difícil de sobrellevar con cada mes que pasa. Me resulta difícil hacerme a la idea de que ha pasado casi un año desde que se fue —admitió Lily—. Agradezco las cartas que nos enviamos, pero los días sin él me pesan más y más cada vez.

Lo que no le compartió a Ernestine fue su más profundo anhelo: su creciente deseo por tener hijos. Rose jamás los tuvo y Lily no quería incomodarla; no quería que se interpretaran sus sentimientos como una creciente pérdida de interés en la labor que las unía. Pero su anhelo por ser madre crecía cada día. Se veía con un pequeño en los brazos, rebosante de vida. Un chico con rizos oscuros como los de Jacob o una niña pelirroja como ella. Se imaginaba el sonido de sus piecitos corriendo de arriba abajo por las escaleras de su casa, el sonido de su risa llenando los pasillos.

Era peculiar cómo su cuerpo la atraía hacia la maternidad mientras, al mismo tiempo, era plenamente consciente de la realidad dolorosa que la guerra imponía, una realidad en la que incontables hombres como Jacob morían. Pertenecía a ese grupo de mujeres que no sabían si sus esposos algún día regresarían a casa. Incluso si los hombres sobrevivían, en muchos casos sus heridas no les permitirían tener hijos. Una de las mujeres del círculo, por ejemplo, se regocijó al enterarse de que su esposo volvería a casa. Pero cuando llego, le faltaban ambos brazos.

—Te estás ocupando de una labor muy importante —le recordó Ernestine—. Te has vuelto una verdadera líder para esas mujeres este año, convenciéndolas de darle buen uso a sus habilidades. Y organizando su trabajo para que llegue a las manos indicadas.

—Gracias, señora Rose —dijo Lily—. He aprendido mucho de ellas, pero todavía hay mucho trabajo por hacer.

—Así es, mucho, de hecho —coincidió Ernestine.

Esa tarde Lily regresó a la habitación de su infancia. En la repisa, entre sus dos libros favoritos, encontró los diarios de su juventud. Con su dedo recorrió el lomo de los cuadernos. Recordó el año, y luego el mes, en el que había sido testigo de un acto terrible, tras el cual surgió su anhelo por unirse al movimiento abolicionista, justo antes de asistir por primera vez a la conferencia de la señora Rose.

3 de octubre, 1857

El día de hoy atestigüé una terrible injusticia que me hizo jurar tomar acción en contra de las atrocidades de la esclavitud. ¿Có mo puede ser que una chica, habiendo escapado milagrosamente de su cautiverio en el Sur fuera capturada en mi amada Brooklyn por dos hombres con redes y grilletes? Me resulta difícil comprender que, entre las multitudes de Nueva York, yo era la única que intentó ayudar.

Esta chica negra, que no parecía tener más de dieciocho años, estaba haciendo el mandado, igual que yo, cuando la secuestraron de la manera más brutal. La esposaron de las muñecas y le ataron una venda a la boca para callarla. Cuando logré abrirme paso por entre la multitud, un policía me informo que los hombres estaban en su derecho, que eran representantes de un esclavista de Charleston, que era « dueño» de la mujer. « Es por la Ley de los Esclavos Fugitivos», me informó. Ella sigue siendo de su propiedad, incluso si está aquí en el Norte.

Seguí protestando, pero el oficial me tomó con fuerza del brazo y me dijo que me arrestaría si interfería con la ley. «¡Habla con el congreso, mujer!», fue lo que me dijo.

¡Y eso haré! No seguiré ignorando los carteles que los abolicionistas han colocado por toda la ciudad, que anuncian sus próximas juntas y debates. Iré a sus eventos y ayudaré de cualquier forma que pueda. La institución barbárica de la esclavitud no tiene lugar aquí en Nueva York, ni en ninguna otra parte del país.

Te juro esto hoy y por siempre, querido diario.

Habían pasado más de seis años desde que Lily había escrito esas palabras en las páginas de su diario. Acarició su caligrafía, recordando a la joven que las había escrito. Su convicción no había disminuido desde entonces. Si acaso, bajo la tutela de la señora Rose, estaba más convencida que nunca. Las páginas que detallaban los meses siguientes también describían cómo se había enamorado de Jacob. No estaba segura de tener la fuerza para leerlas sin derramar lágrimas. Quería ser su «chica de fuego» , como él la llamaba. Una mujer llena de energía y amor.

41

El general comandante Phipps le había ordenado a William que marchara junto a su tropa con camino a Lafayette.

Phipps había quedado maravillado por las habilidades musicales de William y cada que se permitía un momento de ocio, le pedía que interpretara su música para él. Ahora, mientras empacaban para dirigirse a la frontera oeste, Phipps le había permitido traer a Teddy consigo.

—Hablé con tu lugarteniente y dijo que está de acuerdo —le explicó Phipps—. El hombre no tiene gran afinidad por la música y no es como que esté perdiendo dos fusileros —se rio.

William forzó una sonrisa, intentando no pensar en todos los fusileros que habían perdido en Port Hudson. Estaba agradecido, pues la música le había permitido estar junto a Jacob y Teddy por más tiempo. Lo inquietaba pensar que sus caminos podrían divergir, en especial después de presenciar lo poco que los soldados negros les importaban a los oficiales de la guerra.

—Sólo recuérdale al niño que se haga útil. Necesitaré que me traiga mis comidas y las cubetas de agua para mis abluciones. Habrá más cosas para las que lo necesite cuando no esté tocando la tarola en la mañana o en el entrenamiento.

—Sí, señor —le aseguró William al comandante—. No lo decepcionará. Ninguno de nosotros lo hará, señor. —Pero para entonces, el general comandante Phipps ya estaba alejándose.

A Teddy le habían asignado más responsabilidades las últimas semanas, lo cual afianzaba el vínculo entre él y William. Parecían padre e hijo; cada que llegaba un nuevo recluta negro, les preguntaban si eran familiares.

—No es mi papá —respondía Teddy en voz baja—, pero es bueno conmigo.

Estos momentos le daban fuerza al corazón de William. No recordaba a su padre y a su madre le habían robado la habilidad de contarle historias acerca de él. Fue el viejo Abraham quien un día le dijo: «Escucho un poco de tu padre en nuestra música, muchacho».

William jamás sabría si había heredado el talento de su papá. Pero algunas noches, cuando no podía dormir, se imaginaba de niño junto a sus padres en la casa de alabanza en Sapelo. Veía a su padre palmeando al ritmo de las melodías que cantaban todos juntos y la cara de su madre brillando mientras se movía de un lado a otro, tomando su mano con fuerza.

William elegía creer que el origen de su talento musical —aquello que lo había salvado todo este tiempo— era el amor.

Enrollaron sus cobijas y empacaron sus mochilas. William limpió la flauta y el pífano y los guardó en su morral. Teddy se colocó las correas de su tarola alrededor de su cuello. Había crecido unos centímetros los últimos meses y ya no arrastraba los pantalones por el lodo ni le quedaba tan grande su chaqueta. Estaba creciendo y se sentía más seguro de sí mismo. William lo notaba en la forma en que tocaba el tambor, con ritmos más fuertes y atrevidos. Las noches que dormían con los suyos, Teddy incluso comenzó a cantar con ellos. La última noche en Port Hudson, uno de los hombres de la Guardia Nativa comenzó a cantar:

> ¡Maravillosa gracia, cuán dulce el sonido
> que salvó a un miserable como yo!
> Estaba perdido, pero encontré el camino.
> Estaba ciego, pero ahora puedo ver.
>
> Fue la gracia que le enseñó el miedo a temer
> y fue la gracia la que alivió mis miedos.
> ¡Qué bondadosa fue conmigo la gracia
> desde el primer momento en que creí!

Las voces de los hombres se elevaron en armonía y la letra —que todos habían cantado en la iglesia o en el campo en algún momento de sus vidas— inundó el aire fresco de la noche. Para sorpresa de William, Teddy cantó a gritos la letra. Siempre que William escuchaba

la canción, pensaba en su mamá. Incluso si Tilly no podía cantarla, siempre había sido una de sus favoritas. Sacudía su pandero con vigor cada vez que resonaba en las paredes de la casa de alabanza y se unía a la música de la única forma en que le era posible.

—Esa me hace pensar en mi mamá —William puso su brazo alrededor de Teddy cuando la canción terminó. Se llevó la otra mano al bolsillo y apretó su bolsa color índigo.

Teddy asintió con solemnidad, con ojos que comenzaban a llenarse de lágrimas.

—A mi mamá también le encantaba.

La mochila de Jacob pesaba más desde su estadía en Port Gibson. Dentro de ella había ahora dos suéteres para el invierno que Lily había mandado, así como la carpeta en la que guardaba sus partituras, que ya tenía varios centímetros de grosor.

Antes de partir, Jacob buscó a los músicos de otros regimientos con los que había estado tocando los últimos meses. Les repartió las partituras que Lily había enviado, sabía que ella hubiera estado de acuerdo.

Los hombres apreciaron el gesto y le dieron las gracias mientras deslizaba las páginas en sus pertenencias. A pesar de que las partituras no eran caras, encontrar un lugar donde comprarlas era virtualmente imposible dadas las circunstancias.

Uno de los trombonistas miró la partitura de *Cuando Johnny regrese a casa* y sonrió.

—He estado queriendo aprenderme ésta desde hace tiempo.

En el campamento, se sabía que Jacob tenía partituras más alegres. Otras canciones populares como *Querida madre, vine a casa a morir* y *Dile a mi madre que morí feliz* , ambas sobre la muerte, no eran del tipo que Lily le mandaba. Ella prefería canciones llenas de esperanza y aliento. De esta forma Jacob les había transmitido a los otros músicos un poco de su espíritu.

Cuando las tropas finalmente se colgaron sus mochilas y comenzaron a marchar, la escuchó de nuevo: *Chica de fuego* , fue una de las primeras canciones que tanto los soldados negros como los blancos cantaron juntos mientras se abrían paso por el terreno.

Por cuatro días caminaron hacia el oeste. Atravesaron los bosques

tupidos de Luisiana, llenos de pinos y cipreses, y los pantanos en los que el heno cubría los robles ancestrales.

—Extraño esas flores azules que perfumaban el aire de la noche —le dijo Jacob a uno de sus compañeros de infantería—. Las recuerdo de la última vez que levantamos campamento. El olor, no tenemos nada parecido en el Norte. —Inhaló profundo, buscando el aroma, pero, con el invierno en camino, las flores ya se habían secado en el lecho del bosque.

—Escuché a Phipps hablar. Dicen que la Unión acaba de tomar Knoxville —le dijo el joven soldado a Jacob mientras extendía su cobija, preparándose para la noche—. Si tomamos Tennessee, estamos mucho más cerca de ganar esta guerra —exclamó con la voz llena de esperanza.

Jacob colocó su cobija militar, delgada y áspera, sobre el suelo y luego puso la de Lily encima. Se aseguró de que el lado con las estrellas fuera el lado que daba hacia arriba.

—Esperemos que así sea —convino al recostar su cabeza contra su mochila y cerrar los ojos. Esperaba que Lily hubiera comprado la cobija con los cuadrados grises y verdes, la que había mencionado en una de sus últimas cartas. Pensó en cómo descansarían bajo la misma tela mientras el sueño se apoderaba de él.

El clima se había vuelto más frío de lo esperado cuando llegaron a Lafayette cuatro días después. No era nada comparado a las heladas de Nueva York o Boston, pero muchos de los hombres negros nunca habían visto escarcha en su vida.

—Jamás había visto una hoja así. —Teddy levantó una hierba del suelo, con una esfera de humedad que parecía una perla encapsulando su punta.

William la observó y su aliento derritió el velo de hielo mientras hablaba.

—Más vale poner nuestras tiendas para no perder calor —aconsejó, mirando a los otros hombres que batallaban para clavar las estacas en la tierra congelada. Ahora que eran parte de la escolta del general Phipps, William y Teddy tenían una tienda, pequeña y percudida, pero igual era un lujo inusual—. Y repórtate con Phipps —le recordó al niño—. No olvides que tienes que traerle todo lo que necesite.

Horas más tarde, una vez que los hombres habían levantado el

campamento y encendido una fogata para calentar sus latas de comida, William observó las caras cansadas de los hombres a su alrededor. Conocía algunos rostros, otros eran nuevos. No había visto a Jacob desde que llegaron, pero sacó su flauta y le dijo a Teddy que tomara su tambor.

Animó a los hombres a cantar el *Himno de batalla de la República* . Sabía que Jacob vendría en cuanto escuchara la música.

42

Stella decidió salir un rato de la casa con Wade a dar una caminata por Rampart. El aire estaba fresco a pesar del sol que brillaba. Colocó a Wade en su canasta, lo tapó bien y se dirigió a casa de la señora Claudette para mostrarle que su regalo le había servido de maravilla.

—¡Pasa! —La señora Claudette estaba feliz de verlos cuando abrió la puerta, aunque también se notaba cansada de trabajar la noche anterior. Casi de inmediato, le contó a Stella que a uno de sus clientes le había encantado el pañuelo que Stella le había hecho como agradecimiento por la canasta. Stella había bordado los hilos del chaleco de Frye sobre un cuadrado de tela blanca y los había usado para formar tres estrellas delgadas—. Le pareció admirable tu trabajo, Stella, y, con la Navidad tan cerca, está pensando en enviarle uno parecido a su novia como un regalo. —Extendió los brazos para abrazar a Wade—. Creo que podría conseguir que te pague medio dólar —calculó Claudette.

Stella le pasó al bebé y sonrió.

—Oh, son buenas noticias en verdad. Dios sabe que nos caería bien el dinero —admitió.

La señora Claudette levantó a Wade y le dio un beso en la cabeza.

—Quizá se corra la voz entre los hombres de la Unión y te lleguen más pedidos. Tus pañuelos son fáciles de enviar por paquetería porque son ligeros y ni hablar de lo encantadores que son.

—Sería un placer —respondió Stella. La llenaba de satisfacción pensar que los hilos de Frye serían enviados al Norte para que alguna mujer yanqui se sonara la nariz con ellos.

—Y si le interesa a Ammanee, escuché que están buscando una cocinera para el cuartel de la Unión. Comenzaron a circular rumores

de que las mujeres blancas que habían contratado le estaban poniendo cosas asquerosas a la comida. —Hizo una mueca y su cara se retrajo —. Ni siquiera te voy a decir qué, era asqueroso.

—Le diré a Ammanee. Creo que sería perfecta.

Stella apreciaba que la señora Claudette intentara apoyar su economía de cualquier forma que pudiera. A pesar de su actitud retadora al principio de su relación, ahora le provocaba a Stella una calma inmensa.

—¿Janie te está ayudando con todo?

Stella se sentó y alisó su falda.

—Conoces a mi mamá. Hay cosas que no van a cambiar, pero adora al bebé. Incluso le ha estado cambiando los pañales y ayudándome a lavarlos. Hace lo más que puede, pero el frío no le está sentando bien. Le duele su artritis.

—A nadie le hace bien —convino la señora Claudette—. Deberían prepararle un poco de té de matalobos si las articulaciones le están dando dolores.

Stella se tensó. No podía decirle a la señora Claudette que habían usado toda la reserva que tenían de las poderosas flores azules.

—Sí —respondió en voz baja—. He escuchado que obra magia.

Durante las semanas que siguieron, Stella trabajó con diligencia en los nuevos pañuelos. Extrajo con delicadeza los hilos dorados y verdes del chaleco de Frye y con sus tijeras cortó lo que quedaba del último trozo de la tela que había usado para los mapas. Dependiendo de lo que le pidieran los soldados, bordaba estrellas doradas o zarcillos de marfil. Por un poco más de dinero, deshilaba lo poco que quedaba del chal de Hyacinth y añadía una flor. Roja para un amor apasionado, morada para sanar las preocupaciones de la distancia; para las madres y hermanas, la opción favorita era el junquillo amarillo, un símbolo de amor familiar.

—Me recuerda los viejos tiempos —comentó Ammanee, mientras Stella tejía y el bebé dormía la siesta.

—Tú me enseñaste cómo sostener mi primera aguja. —Le sonrió Stella.

—Siempre tuviste talento para ello y ahora eres mejor que yo. —Ammanee se notaba cansada. Había pasado el día entero cocinando para los hombres de la Unión, pero al menos había traído a casa una canasta de sobras para compartir con su hermana—. Les encantó el

hoppin' John —le dijo mientras recalentaba la comida en la estufa—. No sé qué les estaban cocinando esas mujeres blancas. Nunca había visto hombres tan felices de comer arroz con alubias.

Los ojos de Stella se abrieron con el primer bocado.

—¿Esto tiene codillo? —El sabor a cerdo cubrió su paladar como una explosión.

—Un poco, picadito, sí. —Ammanee sonrió—. Un viejo clásico, alubias, pimiento morrón…

Stella podría haber llorado de lo delicioso que estaba. Se comió la mitad de su plato y lo hizo a un lado.

—Le voy a guardar un poco a mamá.

Ammanee negó con la cabeza.

—Cómo crees, termínatelo. Le preparé a ella un plato antes de venir. Nadie revisa cuánto traigo a casa. Tenemos suficiente para todas.

43

La paquetería llegó al campamento por montones. Adams Express estaba entregando paquetes que venían de lugares tan lejanos como Albany y Búfalo. La compañía de paquetería, con sede en Boston, había expandido su servicio de envíos. Al ser una compañía privada, sirviendo a ambos bandos en la guerra, les era posible realizar entregas tanto en los territorios de la Unión como en los Confederados. Su negocio estaba floreciendo.

Varios hombres que no habían recibido una sola carta en todo un año fueron recompensados con paquetes de sus seres queridos. Dentro de algunas cajas había suéteres para el invierno o pares de pantalones nuevos; mientras que en otras había pan horneado en casa, galletas, salsas y mermeladas. Algunos suertudos incluso presumían de haber recibido fruta seca y dulces. Otros, quienes no tenían familia ni amores, recibían paquetes de jóvenes solteras, con notas escondidas dentro de guantes tejidos a mano, buscando entablar correspondencia con algún hombre valeroso.

A pesar de la dureza de la guerra, la atmósfera del campamento comenzaba a llenarse de un aire navideño. Además de los paquetes y la comida, Jacob notó que incluso los soldados más rudos comenzaban a ser más amables unos con otros. Sus peticiones musicales cambiaron también, ya no querían baladas de guerra. En su lugar, querían canciones que representaran su espíritu festivo.

Jacob siempre había disfrutado de las festividades con una perspectiva externa. De niño le encantaba caminar por las calles atiborradas de la ciudad, entre faros decorados con coronas y ventanas que brillaban con la luz de los cirios en su interior. El ambiente era contagioso, incluso si en su familia no intercambiaban regalos ni

simularan la visita de San Nicolás.

Aun así, estos recuerdos reafirmaban lo que ya sabía. A pesar de haber pasado su vida entera en Estados Unidos, jamás sería parte de muchas de las tradiciones fundamentales del país.

—¿Ningún regalo para ti? ¿Ni siquiera de esa chica de fuego? —Uno de los soldados lo molestó.

Jacob se encogió de hombros.

—Hoy no. —Era verdad, no había recibido nada desde su llegada a Baton Rouge. Pero desde su conversación con William, era más consciente de la suerte que tenía de siquiera haber recibido paquetes en primer lugar. Antes de hablar con él, Jacob no se imaginaba que la mayoría de los reclutas negros jamás habían recibido una carta ni mucho menos un paquete.

Guardó su corneta de regreso en su estuche. Había pasado gran parte de la mañana limpiándola y lubricando las válvulas, ya que no había podido hacerlo durante su viaje.

—Mi novia me envió algunos dulces. —El soldado abrió la mano y le mostró dos dulces de azúcar de maple, envueltos en cera de abeja —. Tú siempre nos compartes lo que te llega. Toma uno —le dijo el hombre con una sonrisa.

Jacob lo tomó y le dio las gracias.

El soldado se echó el otro a su boca.

—Feliz Navidad, Kling. Por otro año de vida.

Jacob se guardó el dulce en su bolsillo, pues no quería derretirlo en su mano. Se moría por probarlo, pero sabía que había alguien que lo disfrutaría aún más.

Caminó al borde del campamento y encontró a Teddy de rodillas, tallando las camisas de los oficiales con una barra de jabón y una tabla de lavar. A su lado había una cubeta de hojalata llena de agua jabonosa.

—Te traje algo —le anunció Jacob. Se llevó la mano a su bolsillo y extrajo el dulce—. No es mucho, pero pensé que te gustaría un poco de dicha navideña.

—Gracias, señor —respondió Teddy. Tomó el dulce, lo desenvolvió con cuidado y se lo llevó a la boca—. No había comido dulce en un rato, señor. —Una sonrisa se iluminó en su cara.

—Me alegra que te guste —le respondió Jacob, sonriendo también, aunque le habría gustado tener más para darle—. ¿Has visto a William? El general quiere un concierto para la víspera de Navidad y tengo que organizar un repertorio para elevar el espíritu de las tropas hasta Año Nuevo.

—Está por ahí —señaló Teddy. William estaba parado afuera de su tienda, flauta en mano, observando el bosque.

Jacob reconoció la mirada lejana en el rostro de su amigo. No estaba pensando en la Navidad o siquiera en música. Estaba pensando en Stella.

—Es extraño. Es mi primera Navidad sin ser un esclavo —le confió William.

Pensó en su infancia en la isla Sapelo, cuando Eleanor Righter repartía a cada esclavo una naranja o toronja, como si las frutas fueran tan exóticas o valiosas como el oro. Incluso entonces, mientras a los otros esclavos les daban el día libre, William era el entretenimiento para los invitados de la patrona.

—Mientras los otros cantaban y bailaban en las chozas, yo tenía que tocar los clásicos, todas esas piezas barrocas que tanto le encantaban. La peor parte es que tenía que usar el traje de terciopelo y la camisa alechugada del tonto de su hijo. —William resopló—. Cuando al fin volvía a casa, mi mamá me guardaba zarigüeya rostizada y camote. Las dejaba en una pequeña lata en mi cuarto, pero aun así siempre sentí que me estaba perdiendo de algo especial.

—Lo lamento —simpatizó Jacob—. Ahora me siento mal que Phipps te haga tocar mañana. Para mí no importa, ni siquiera es mi celebración.

—No importa. —William se encogió de hombros—. El general no quiere Vivaldi o Bach, sólo canciones alegres de Navidad. Al menos nos deja decidir la música que tocaremos.

—Es cierto —aceptó Jacob.

—Pero igual me gustaría regalarle algo especial a Teddy, algo que lo haga sentir como que es una celebración. Es sólo un niño, debería tener algo que lo emocione. —William se frotó la cabeza—. Había un hombre en Sapelo, le decíamos el viejo Abraham. Era el único de los esclavos que tenía permitido cortar un árbol para la Navidad. El ama Eleanor estaba en deuda con él porque salvó a su hijo de ahogarse. Además, a la señora le encantaba la idea del árbol desde que Jenny Lind, la cantante de ópera puso uno en el cuarto de su hotel, causó un gran revuelo en Charleston. La señora pensaba que le estaba dando algo muy especial a Abraham al permitirle tener uno en su choza. —Cerró los ojos, recordando al hombre que le había regalado su primer instrumento—. Solía decorar su árbol con todo tipo de cosas lindas.

Nada que fuera demasiado caro, como el de la señora. Pero el de Abraham era especial. Usaba piñas de pino y collares que hacía con bayas secas. —Tomó aliento—. Me gustaría darle a Teddy un árbol así.

—No veo por qué no podamos hacerlo —dijo Jacob—. Estamos en medio del bosque. Seguro que podríamos encontrar un árbol y traerlo al campamento.

William arqueó una ceja.

—¿De verdad? —respondió, encariñándose con la idea—. Podríamos llevarlo con nosotros para que escoja el árbol que quiera. Podemos cazar un conejo también, que se vuelva un festín.

Jacob asintió.

—Suena bastante mejor que el lechón que mis hombres comerán esta noche. He comido tanto cerdo este último año que mis antepasados se están revolcando en sus tumbas.

—Te tengo otra sorpresa —William despertó a Teddy de su sueño al amanecer.

El chico dormía sobre una cama de hojas de roble, dentro de su pequeña tienda de lona, con su tambor a un lado.

William habría querido que Teddy, Jacob y él hubieran salido el día anterior, pero sus responsabilidades como músicos la noche de la víspera de Navidad se los había imposibilitado. Pasaron el día entreteniendo a los regimientos blancos.

Pero ahora, con la niebla del amanecer extendiéndose por el campamento y los hombres roncando tras su noche de celebración, los tres podían salir sin que nadie los extrañara.

—¿Necesito mi tambor? —preguntó Teddy, tallándose los ojos. William nunca salía sin la flauta que Frye le había regalado. Era demasiado valiosa para dejarla en su tienda, pero el tambor sería demasiada carga en caso de que Teddy tuviera que ayudar a cargar el árbol de vuelta al campamento.

—No, sólo trae tu abrigo. Necesitarás algo que te mantenga caliente.

Teddy se puso su abrigo azul de la Unión y metió las manos en un par de calcetines que uno de los soldados blancos había desechado, pues le habían llegado unos nuevos por paquetería. Teddy los usaba como guantes improvisados.

Los dos se reunieron con Jacob en los límites del campamento.

Llevaba ropa de civil, el suéter de lana que Lily le había enviado a Port Gibson, y se le notaba contento de que William lo hubiera incluido en el plan de darle a Teddy una Navidad alegre. Circulaban rumores dentro de los hombres de la infantería acerca de una campaña nueva que comenzaría tras el Año Nuevo, quizá hacia Texas; Jacob estaba aterrado de pensar lo que la suerte les deparaba.

William observó la naturaleza.

—No hay que ir muy lejos. No queremos problemas. —Nadie había avistado rebeldes en el área, pero sabía que tenían que mantenerse alerta—. ¿Tenemos todo lo que necesitamos?

—Sí —respondió Jacob, palmeando su morral. Había guardado ahí algunos alimentos y una pequeña sierra que otro de los hombres le había prestado—. Traje esa partitura que me pediste —Jacob se la pasó a William junto con un lápiz—. En caso de que quieras hacerle alguna anotación al acompañamiento.

—Gracias —respondió William con una sonrisa mientras la guardaba en su abrigo.

—¿A dónde vamos? —los interrumpió Teddy.

—Es una aventura navideña —respondió William, poniendo su brazo alrededor del niño.

Caminaron al este, hacia el sol naciente; tres figuras de distintas alturas atravesando el bosque distante.

El campamento había sido levantado intencionalmente sobre un pedazo de tierra a unos kilómetros del bosque, para que los soldados de distintas tropas construyeran sus refugios.

William se sentía más ligero de lo usual al caminar sobre el suelo lleno de hojas. No se había sentido así de feliz en mucho tiempo, probablemente desde la última vez que vio a Stella en la plaza Congo. Las festividades de la noche anterior no eran la causa de su buen humor. Sí, había cumplido con las órdenes de Phipps y les había dado todo un concierto a las tropas, en el que había tocado himnos conocidos como *Deck the halls* y *O Come , all ye faithful* . Pero el concierto lo había dejado sintiéndose como un intérprete, no un soldado. Quizá si algunos de sus camaradas de la Guardia Nativa hubieran estado presentes, se hubiera sentido acompañado. Pero una vez más, estaba tocando para los blancos y casi todos se interesaban más en la comida y la bebida que en la música.

Ese día, sin embargo, se sentía en la cima de todo. Lo llenaba la

fragancia de los abetos, casi podía sentir las agujas resinosas del pino en sus palmas. Estaba agradecido por los recuerdos que tenía de Abraham, pues ahora podía hacer algo que Teddy siempre recordaría.

William comenzó la aventura cantando, su voz entonando las canciones cálidas y espirituales de su juventud. Sintiéndose seguro de sí mismo, Teddy empezó a entonar esas profundas y emotivas letras junto a él:

> Oh, a veces me siento como un hijo sin madre,
> a veces me siento como un hijo sin madre,
> tan pero tan lejos de casa…

El registro y tono de la voz de Teddy era mucho más grave de lo que Jacob esperaba y las palabras penetraron dentro de su corazón. Escucharlo cantar por su cuenta se sentía como si el niño le compartiera la música de un instrumento nuevo que había escondido hasta ahora.

Cuando William se le unió en la armonía, sus voces se mezclaron como si su vínculo viniera de tiempos remotos y estuviera conectado por su historia.

—No conocía esa canción —admitió Jacob cuando terminaron. Las palabras lo agitaron, no podía evitar pensar en su propia madre, quien había muerto hacía casi diez años.

—Lo que cantamos no está en los papeles, como las canciones del Norte que tu chica te envía. —William levantó su barbilla en dirección a Teddy—: ¿Verdad? Estas canciones se aprenden de otra forma, en la casa de alabanza, en los campos de algodón o hasta en la cocina.

Teddy asintió.

—¿Tal vez tienes una que nos quieras compartir? —le preguntó William a Jacob mientras avanzaban por el camino.

Jacob se esforzó en pensar en una canción. Casi todas las que conocía habían sido transcritas a partituras en algún momento. Recordaba algunas baladas alemanas que su madre les había cantado a él y su hermano cuando eran niños, pero eran extrañas y no le parecieron apropiadas para el bosque de Luisiana.

—Tengo que pensar en una...

—Bueno, tengo una gullah en lo que piensas —William lanzó un grito y comenzó a cantar.

Al mediodía, llegaron a un claro en medio del bosque, justo cuando el sol de la mañana desaparecía detrás de las nubes.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Teddy.

—Vamos a iniciar nuestra propia tradición navideña —le explicó William. Con su mirada, exploró el bosque. Necesitaban un árbol pequeño, algo que fuera fácil de cortar—. Primero, necesitamos fuego. Vamos a preparar algo sabroso.

—¿Quieren que les traiga un conejo? —preguntó Teddy—. ¿Tienen soga?

—No tiene que ser un conejo. Las ardillas están igual de buenas. —William abrió su mochila y le pasó a Teddy un rollo de soga—. Pero ten cuidado, ¿sí?

Teddy asintió y caminó hacia el bosque. Su sonrisa le comunicaba a William que sus esfuerzos valdrían la pena.

—Seguro podríamos haber hecho esto junto al campamento, pero me quería sentir libre hoy —anunció William, de cara a Jacob. Respiró el aire fresco. El aroma a pino y abeto le daba energía—. Dijeron que no habría batallas hasta Año Nuevo, ¿cierto?

—Creo que todos están descansando por las festividades —convino Jacob. En realidad, ambos sabían que nadie había visto rebeldes en la zona. La mayoría de las batallas en Baton Rouge habían tomado lugar entre la primavera y el verano, y Phipps sólo los había estacionado ahí para descansar antes de la próxima campaña.

William señaló un árbol que apenas le llegaba al pecho. Sus ramas delgadas estaban cubiertas de agujas verdes.

—Llevemos ese. Lo pondremos dentro de la tienda de Teddy. Tendrá grandes recuerdos de este día. —Una sonrisa se esparció por su cara mientras recolectaba la leña para la fogata.

El primer disparo los puso pecho a tierra. El suelo estaba húmedo bajo sus palmas.

Los ojos de William miraron de lado a lado. Sin que tuvieran que intercambiar una sola palabra, sabían que se trataba de Teddy.

Inmediatamente pensaron en ir por él. Corrieron hacia el lugar de donde venía el estallido. William hizo a un lado los retoños de los árboles sobre la ladera para llegar en cuanto antes.

Jacob tomó su pistola, sin saber a qué le apuntaría. Entonces cayó su mirada. Vio a William abrazando a Teddy. Salía sangre del cuello del niño y su cabeza colgaba.

Una oleada de adrenalina se apoderó de Jacob. Avanzó y descubrió una silueta que parecía la de un niño, sosteniendo un conejo en una mano. Con la otra, sostenía el arma que lo había alertado a él y a William. Jacob corrió detrás de la figura, disparó a la sombra que había atacado a Teddy, pero no se dio cuenta del tronco que yacía en su camino. El árbol atravesó su pantorrilla y cayó al suelo.

Aun así, el cornetista no sintió dolor al principio. Sólo escuchaba los dolorosos lamentos de William.

—¡Se ha ido! ¡Se nos murió! —Los gritos de William no paraban. Sostenía el cuerpo de Teddy contra su pecho como a un bebé. El cuerpo del niño se encontraba flácido como un muñeco.

La camisa de William estaba empapada en su sangre.

Jacob intentó levantarse del suelo, pero el dolor en su tobillo lo venció.

—¿A ti, te dispararon también? —William sonaba delirante.

—Creo que sólo me lo torcí —Jacob gruñó mientras se arrastraba hacia William.

Mientras tanto, William lloraba.

—¡Es todo mi culpa! ¡Mi culpa! ¡Solo quería hacer feliz al niño y conseguí que lo mataran! —Sobaba su mano sobre la chaqueta azul de Teddy, como si intentara, en vano, revivirlo—. Yo le dije que trajera este abrigo.

No escucharon ningún otro disparo. Lo más probable era que hubiera sido algún cazador de paso que eligió dispararle al niño y no un francotirador rebelde.

—No es tu culpa —insistió Jacob—. Pero tenemos que regresar al campamento. —Todo había ocurrido tan rápido. Se sentía mareado y unas náuseas terribles lo invadieron al intentar caminar hacia William. No comprendía lo que había ocurrido—. Quizás todavía puedan ayudarlo.

William negó con la cabeza.

—No hay vida ya dentro de él. Le dieron justo en la garganta —lloró.

—No… —Jacob se derrumbó—. No puede ser cierto…

Con dos dedos, William cerró con gentileza los párpados del rostro del muchacho, lo que borró la expresión congelada de miedo.

—Nadie puede hacer nada ya.

De la herida de Jacob comenzaba a salir sangre. Era evidente que

no sólo se había torcido el tobillo, pues su herida dejaba al descubierto su hueso.

—Si lo llevamos al campamento, podemos enterrarlo —dijo entre dientes apretados.

—¿Enterrarlo? —William levantó la voz, recordando lo que había visto en Port Hudson—. ¡Lo van a echar a una zanja!

William recobró la compostura. Se movía con rapidez dada la naturaleza de la situación. Estaban solos, en un bosque desconocido y el asesino de Teddy podía estarles apuntando con su rifle en ese mismo momento. Con cuidado, colocó a Teddy en el suelo y se movió hacia Jacob para evaluar su herida. Su tobillo sangraba y, alrededor de la herida, su carne comenzaba a hincharse y descolorarse.

William cerró los ojos y respiró. Se quitó su abrigo y lo amarró alrededor del tobillo de Jacob para detener su sangrado.

—Desearía que tuviéramos whiskey… Me vendría bien justo ahora —susurró Jacob.

—Silencio. —William miró la pierna de Jacob mientras en qué enfocar sus esfuerzos—. Te voy a conseguir ayuda —decidió—. En seguida.

—No —respondió Jacob con una fuerza inesperada—. Encárgate de Teddy primero —le suplicó—. Mi tobillo está mal, pero no va a matarme.

—No te puedo perder a ti también —le dijo William.

Jacob luchó contra el dolor.

—Vamos a enterrar a Teddy con honor, como se merece. Como un soldado.

William abrió sus manos, sin nada más que ofrecer.

—No podrás cavar una tumba lo suficientemente profunda sin una pala, William —le dijo Jacob—, así que busca una zanja profunda, lo cubriremos con hojas, tierra, y palos.

—Hay que hacerlo bien —convino William—. No lo podemos dejar aquí a la intemperie. —Se llevó las manos a los bolsillos interiores de su abrigo, más allá de la flauta que estaba presionada junto a su corazón, extrajo el pañuelo que Stella le había dado y lo usó para secarse los ojos.

William siguió las sugerencias de Jacob. Encontró un lugar en el que

la tierra se había erosionado de forma natural y colocó con cuidado a Teddy dentro de la cuenca, asegurándose de que mirara hacia el este, como dictaba la tradición gullah. William colocó el pedazo de tela bordada con azul que lo había protegido todo este tiempo dentro del abrigo de Teddy. Iba a ser horrible no tenerlo con él, pero saber que algo que venía de las manos de Stella se quedaría junto al niño valía la pena. Acarició la mano fría de Teddy y juntó sus brazos para darla una última posición de descanso. Sin hacer un solo sonido, William lo cubrió con toda la tierra y arbustos que pudo encontrar y colocó las baquetas de Teddy encima, marcando la tumba con sus pertenencias, otra tradición de Sapelo.

Mientras William formaba un montículo sobre la tumba, Jacob intentó arrastrarse hacia él.

—Acércame —le dijo Jacob desde su dolor.

William caminó hacia él y puso su brazo sobre su hombro para cargarlo hacia la tumba improvisada.

—¿Qué eran esas palabras que dijiste en Port Hudson? —le preguntó a Jacob—. ¿*Yiska gal…?*

William a menudo recordaba el ritmo y la potencia de la plegaria judía para los muertos desde que había escuchado a Jacob recitarla para los cientos de cuerpos masacrados en Port Hudson.

—¿El Kaddish?

—Sí —respondió William, limpiándose las lágrimas—. Ya le recé al Señor. Recemos esa también.

Jacob se sostuvo del hombro de William, luchando contra su dolor, invocando la fuerza para decir la plegaria junto a su amigo.

> *Yitgadal v'yitkadash sh'mei raba b'alma di-v'ra*
> *chirutei, v'yamlich malchutei b'chayeichon*
> *uvyomeichon uvchayei d'chol beit yisrael, ba'agala*
> *uvizman kariv, v'im'ru:* amén.

—Tenemos que encontrar dos piedras y ponerlas sobre la tumba —explicó Jacob—. Es otra de nuestras tradiciones. Lo hacemos para demostrar a los vivos que siempre recordaremos a los muertos.

William se relajó por un momento.

—Déjame ponerte en el suelo —le dijo a Jacob mientras lo recostaba, después se marchó a buscar las dos piedras.

Cuando regresó, puso las piedras sobre el montículo y se arrodilló. Con dos manos sobre la tierra, William dijo otra plegaria, una que Jacob no alcanzó a escuchar.

44

Nueva Orleans, Luisiana
Diciembre de 1863

La Navidad se sentía distinta ese año para Stella. Estaba sentada en la sala con Wade sobre su pecho, su pequeño dedo envolvía el de ella. La paz de su hijo era contagiosa; mientras lo amamantaba, sentía cómo todo su cuerpo se relajaba. Stella miró a su bebé y juró mantenerlo seguro a pesar del futuro incierto.

Janie se asomó por encima de ella y acarició la cabeza de su nieto.

—Se está poniendo grande —musitó—. Hay que tenerte alimentada para que fluya la leche.

—No te preocupes. Ammanee nos está cuidando muy bien —le aseguró Stella a su madre.

—¿A qué hora regresa? —preguntó Janie.

—Hoy termina a las tres, ya que termine la cena de Navidad de los soldados. Creo que les va a preparar pavo rostizado.

—Espero que la dejen llevarse más que sólo las sobras hoy —sonrió Janie.

El estómago de Stella rugió. No había comido pavo desde antes que la guerra comenzara. Pensar en el festín le hacía agua la boca.

—Tu hermana lo está haciendo bien —chasqueó Janie—. Es como yo. Hará lo que sea por sobrevivir.

El corazón de Stella se detuvo. Sabía que las palabras de su madre implicaban que ella era débil o, en cualquier caso, más débil que Ammanee.

—Supongo que tuvo que ser. La vida no fue tan fácil para ella como para ti —añadió Janie.

—Mamá —le dijo Stella—. No diría que mi vida ha sido fácil.

—Distintos grados de dificultad, distintos tonos de marrón —respondió Janie en voz baja.

Stella pensó en la noche en que su madre y su hermana la prepararon para ir al Mercado. No conocía el amor, no sabía acerca de elegir con quién acostarse. La habían enviado a un matadero vistiendo fruslerías que su madre y Ammanee habían cosido.

—¿No soy una sobreviviente, acaso? —Stella reclamó. Sentía que toda su vida adulta no había hecho otra cosa más que sobrevivir.

Ammanee trajo a casa una cubeta llena de pan de elote, relleno y sobras. En una cesta, traía pavo y pastel envueltos. Trajo más de lo que las dos mujeres hubieran esperado.

—Es un festín. —Janie se frotó las manos mientras le ayudaba a Ammanee a desempacar.

—Espero que no moleste, pero fue a la casa de las señoras Emilienne y Hyacinth para decirles que vinieran. Hay más que suficiente para compartir.

—Por supuesto —dijo Stella, alzándose de su silla. Se bajó la blusa y cargó a Wade junto a su hombro. —Han sido tan amables y generosas con nosotras cada vez que necesitamos algo… La canasta, la comida… ¿Cómo podríamos decirles que no?

Janie tomó un pedazo de pan de elote de la canasta. Las mujeres no necesitaban escuchar la respuesta de su madre. Su postura quedaba clara con cada bocado que daba.

Ammanee y Stella colocaron toda la comida en los platos que tenían. Cinco piernas de pavo. Un tazón pequeño de relleno y arándanos encurtidos. Tres pedazos de pan de elote. La señora Hyacinth y Emilienne se sirvieron porciones pequeñas, navegando con elegancia la cantidad limitada de comida que tenían.

—Hay que procurar que Stella coma más —instruyó la señora Emilienne—. De postre, sólo pásenme a Wade.

—Sin duda es dulce —convino la señora Hyacinth. Sus ojos verdes brillaban maravillados al ver a Wade envuelto en su manta—. Estar frente a algo tan perfecto nos da esperanza. No podría haber mejor regalo de Navidad.

—Que la guerra se acabara —les recordó Janie—, sería un gran regalo también.

—Cómo no —dijo una de ellas.

—Y un jamón —añadió Janie con seguridad.

Ammanee se levantó y comenzó a recoger sus platos. Ella no se había servido nada; Stella esperaba que fuera porque ya había comido en los cuarteles, pero algo en la cara de su hermana no le sentaba bien.

—Pasa algo. Me doy cuenta. —Stella se acercó a su hermana mientras lavaba los platos. Le había rogado que la dejara hacerlo, pero Ammanee se había rehusado—. ¿Qué es lo que pasa? Puedes decirme lo que sea, hermana.

Ammanee respiró profundo y se limpió las manos con un trapo.

—No quería decir nada aún, pero supongo que no te puedo esconder nada. —Sonrió mientras metía su mano a uno de sus bolsillos. De él extrajo un anillo plateado y pequeño hecho a partir de una cuchara de té. Ammanee se lo puso en la mano izquierda, y sus ojos se enternecieron—. Benjamin me lo dio hoy. Me dijo que es un anillo de promesa.

Stella tomó el dedo de su hermana y lo acercó para ver el anillo.

—Dios, Ammanee. ¿Lo hizo para ti?

—Sí, de una de las cucharas de la casa grande. Dijo que la señora ha estado tan devastada por Percy que ni se da cuenta.

Stella lo inspeccionó más de cerca. Donde los dos extremos de la cuchara se unían, un pimpollo de plata florecía.

—Es hermoso.

Ammanee se sonrojó. Se llevó los dedos al pecho, acercando el anillo a su corazón.

—Me encontró en el cuartel. Estaba vestido todo elegante, con sus mejores ropas. Me apartó y me dijo que no quería seguir esperando. Que no le importaba si la ley lo reconocía o no. Que lo único que quería era que saltáramos la escoba. Que fuera suya.

Habían pasado meses desde que Stella había escuchado la conversación entre Ammanee y Janie. Odiaba admitir lo mucho que le pesaba que su hermana no confiara en ella lo suficiente como para compartirle sus anhelos más profundos por Benjamin. Sintió un inmenso alivio ahora que su hermana al fin le confiaba su vida.

Colocó su mano sobre la cintura de Ammanee.

—Tú, de todas las personas, mereces tener amor, hermana.

—Me dijo que la señora prometió volverlo jefe. Le dice que es el único a quien le confía la tierra para que la siembre. Es tan bueno

arreglando cosas, creando herramientas, ella lo está tratando mejor cada día.

Stella guardó silencio, sin saber cómo reaccionar. Por supuesto que quería lo mejor para su hermana, pero ¿acaso Benjamin se imaginaba que Ammanee regresaría a la plantación? Con Frye muerto, Stella pensaba que su hermana estaba más cerca de la libertad que nunca. Después de todo, dudaba que la esposa de Frye supiera sobre su doble vida y las transacciones que la acompañaban.

—Estar con Benjamin, ayudarlo a arar la tierra, tener a su bebé, suena bastante bien. —Se imaginó Ammanee en voz alta—. Aun así, es difícil creer que los blancos van a hacer lo correcto. Sé que mamá diría que soy una tonta por soñar así, pero igual espero que el Señor tenga un camino para mí.

Stella no detectó ningún tipo de lamento en el tono de Ammanee. Sonaba convencida, era casi el mismo tono con el que Janie les hablaba. «No se trata de lo que quieras, sino de cómo evitar la zanja», era lo que siempre les repetía.

—Una parte de ella tiene razón, Stella. No me puedo imaginar regresando a una plantación. Ese tipo de vida es dura como para perdurar, incluso al lado de Benjamin, pero se supone que será diferente ahora que están ganando los federales.

Stella notaba el conflicto dentro de Ammanee. A pesar de la vida color de rosas que Benjamin le prometía, si su ama cumplía su palabra, el mundo en el que se casarían estaba lejos de ser un cuento de hadas. Si se iba, su hermana dejaría la cabaña para vivir una vida llena de mucha más inseguridad y dificultades.

Pero Stella siempre había creído que valía la pena perseguir cualquier rayo de luz.

—Quiero que seas amada, quiero que tengas a tu propio bebé y que nunca temas que alguien te lo vaya a quitar —Stella dijo, casi como si las palabras fueran una plegaria. Pero sabía que, a lo mucho, eran sólo un deseo. Y habiendo crecido como hija de Janie, sabía demasiado bien que los deseos casi nunca se volvían una realidad.

45

William levantó a Jacob y trató de quitarle el máximo peso posible de su tobillo. La manga con la que había atado su tobillo estaba empapada.

—Te voy a llevar de regreso —le dijo—. Estás perdiendo sangre y ese hueso tiene que arreglarse. —No le mencionó que, una vez en Sapelo, había visto a un esclavo perder la pierna porque el supervisor no quiso darle atención inmediata y la herida terminó infectándose. Puso el brazo de Jacob sobre su hombro—. Vamos a hacer esto lento —le aseguró.

Pero Jacob apenas podía dar un paso con su pierna buena. El dolor era demasiado intenso.

—No creo que pueda lograrlo —gruñó—. Willie, sólo déjame aquí. —Tenía la cara blanca como un hueso—. Sólo prométeme que enviarás la carta que dejé guardada en mi tienda en el campamento. No se la pude enviar a Lily antes de Navidad.

—No te voy a dejar y esa carta la vas a enviar tú mismo. —La voz de William era firme.

—Vamos a intentar llegar lo más lejos que podamos. —Tomó la cantimplora de la mochila de Jacob y lo hizo beber más agua. Era temprano, así que todavía tenían mucha luz—. No te voy a perder a ti también.

William intentó llevar a Jacob en dirección al campamento, pero la dificultad del terreno lo obligó a alterar su ruta. Tras casi media hora de esfuerzo por seguir adelante, se dio cuenta de que necesitaban un nuevo plan.

—Creo que tengo que cargarte —William ya estaba corto de aliento.

Jacob no respondió.

—¿Jacob? —William dejó ir el brazo de su amigo y lo recostó sobre el suelo. Estaba pálido y tenía los ojos en blanco.

William repitió su nombre en vano. Jacob apenas estaba consciente y de sus labios sólo salía un quejido casi imperceptible.

—No te me vas a morir —dijo William, casi como si fuera una orden. Buscó la cantimplora de nuevo y chorreó un poco de agua sobre los labios resecos de Jacob, luego tomó un trago—. Sí, te voy a cargar. —Miró a su amigo y la determinación se apoderó de él. Juntó la comida y el agua que tenían en una sola mochila y levantó a Jacob con sus brazos.

William jamás había sido un hombre de gran fortitud física, así que cargar a Jacob requirió de toda su fuerza. El bosque, que hacía unas horas se sentía como una extensión de su libertad, ahora parecía un laberinto. Luchó por orientarse y se dio cuenta de que no sabía cómo regresar al campamento.

Casi una hora después, tras un par de descansos para tomar agua y para darle agua a Jacob, notó un hilo de humo que salía de un claro en el bosque.

Recostó a Jacob y se acercó. No recordaba haber pasado por una casa ese día. Pero ahí, en medio del claro, había una choza, que parecía caerse a pedazos, con un pequeño cobertizo.

William miró a Jacob acostado en la tierra. No sabía qué tanto más podría cargarlo y sabía que necesitaba atención de inmediato. Tenían que lavar la herida e inmovilizar el tobillo de lo contrario perdería la pierna, o hasta podría morir.

Tomó una decisión. Ninguno de los dos traía puesto su uniforme de la Unión. La pinta de William era terrible. Le faltaba una manga, la que había usado para vendar a Jacob y sus pantalones y chamarra estaban llenos de sangre. Pero sabía que la única opción que tenía era tocar la puerta y esperar que del otro lado hubiera alguien que pudiera ayudarlos.

William levantó a Jacob de nuevo y comenzó a caminar hacia la casa, luchando contra la sensación de un peligro desconocido. Se dio cuenta

de que la persona en la cabaña podría incluso ser el monstruo que había matado a Teddy. Pero se obligó a no pensar en eso. Quizá porque era Navidad, quizás sólo por eso, alguien los ayudaría por lástima.

Llegó a la puerta tosca, colocó a Jacob contra la pared de la choza y tocó la puerta con su mano libre. Nadie respondió. Lo intentó de nuevo con más fuerza.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz detrás de la madera.

—Necesitamos ayuda —dijo William—. Por favor, señora.

Tras varios segundos, la puerta se abrió un poco y una mujer de edad avanzada asomó su cara.

Abrió la puerta un poco más y vio a Jacob recostado contra la pared. Su mirada cautelosa entonces se transformó.

—¿Trajiste a mi Johnny de vuelta? —su voz se llenó de vida—. ¡Recé por que llegara para Navidad! ¡Gracias, Dios Santo! —Se tomó las manos y las elevó hacia el cielo.

—Señora —William de inmediato notó la confusión de la mujer, que vivía sola en el bosque, en tales condiciones, en medio de una guerra, pero no quería corregirla. Sabía que podía ser la gracia que necesitaban.

—¿Podría pasar para limpiarlo y hacerlo entrar en calor? Tiene el tobillo destrozado. Necesita inmovilizarse —pidió William de forma servil y su mirada estaba constantemente en el suelo, para evitar ver a la mujer blanca a los ojos.

—Pero ¿qué dices, negro? —El tono de la mujer se volvió afilado como un cuchillo—. ¿Estás loco? De ninguna forma vas a entrar a mi casa. Mete a Johnny, ponlo junto a la chimenea y yo me encargaré de él. Soy su mamá. No necesito que ningún esclavo me diga cómo cuidar de mi hijo.

William se tragó sus palabras y caminó, lento, hacia el interior. La casa olía a grasa de tocino. Era un olor salado y fuerte, lo impregnaba todo como una cobija aceitosa. Miró a su alrededor y vio todo lo que la mujer tenía para vivir en el bosque por su cuenta. Una sartén de hierro fundido sobre la hoguera. Una alfombra de piel de oso sobre el suelo. Una escopeta en una esquina.

Caminó hacia la hoguera y recostó a Jacob sobre la alfombra de piel.

La mujer caminó hacia William. Él se volteó y ahogó un grito al ver el pelo largo y gris de la mujer, su piel áspera y pálida, unos ojos tan claros que parecía que podía ver a través de ellos. La mujer extendió su brazo huesudo. En su mano tenía una cubeta de aluminio.

—Tráeme agua para hervir, chico. La bomba está atrás de la casa.

La mujer hizo una mueca y tomó la pistola que Jacob llevaba a la cintura. William hizo lo que le pidió. Las armas eran un recordatorio de que, en cualquier momento, la situación podía volverse mortal.

—Sí, señora. —William agachó su cabeza y tomó la cubeta. Antes de irse, volteó la mirada por encima de su hombro en dirección a la hoguera. La mujer estaba de rodillas junto a Jacob, murmurando cosas que sólo una madre le diría a un hijo mientras le quitaba las vendas del tobillo con delicadeza.

Regresó con el agua y juntó leña para el fuego.

—No te quedes ahí parado. —La mujer lo miró con ojos felinos y entrecerrados—. Toma esa hacha y corta dos pedazos de madera bien derechita para poder sujetarle la pierna.

«Mujer loca», quiso responder William, pero se tragó sus palabras de nuevo. Todo lo que le importaba era enmendar el tobillo de Jacob.

Tomó el hacha y se dirigió al tocón sobre el que la mujer cortaba su madera. Junto a él, encontró un leño que podía cortar al tamaño adecuado.

William levantó el hacha y la hendió con fuerza en el leño, abriéndolo a la mitad. Levantó el hacha de nuevo y volvió a golpear, con más ferocidad esta vez. Todo lo que sentía —su frustración, su miedo, su ira— lo canalizó en cada golpe del hacha. Pensó en el viejo Abraham, que había tallado su pífano de un pedazo de madera de tulípero: ¿habrá puesto toda su esperanza y anhelo en ese pequeño pedazo de rama?

William gruñía con cada hachazo. Sabía que la madera enderezaría la pierna de Jacob. Cuando terminó, tomó la sierra de su mochila y cortó los extremos de cada pedazo. Por un momento, el olor a ciprés recién cortado hizo que William se olvidará del dolor de haber enterrado a Teddy debajo de una cobija de hojas hacía sólo unas horas.

Le llevó la madera a la mujer y se la entregó como si fuese una ofrenda.

—Ya te puedes largar. —Tomó los tablones sin agradecerle—. No necesitamos nada más.

William se quedó de pie, paralizado.

—Me gustaría quedarme si me lo permite —tartamudeó—. Puedo ayudar con otras cosas mientras el muchacho se recupera. —William se obligaba a ser cordial, a pesar de que la mujer no parecía tener intención alguna de devolver ni un poco de amabilidad.

—Mi Johnny va a estar bien —refunfuñó—. No es el primer hueso que acomodo. Largo, negro —le dijo y se volteó.

A William se le revolvió el estómago. No podía dejar a Jacob aquí, en el bosque, con esa mujer.

—Pero puedo ayudar hasta que recobre la consciencia. Puedo partir más madera para usted. Traerle leños nuevos. —Estaba desesperado por demostrarle que podía ser útil.

Ella se rio de su oferta.

—Dormirás en el cobertizo entonces. No vayas pensando que puedes entrar aquí.

Miró el cobertizo destartalado. Le faltaba la mitad del techo. El suelo estaba regado con herramientas de granja, la mayoría oxidadas y sin filo.

—Sí señora. Sólo quiero asegurarme de que Johnny se recupere. —William enfatizó el nombre de su hijo para asegurarse de que Jacob recibiera toda la ayuda que necesitara. Evitaba pensar en lo que ocurriría si la mujer se enteraba de que eran soldados de la Unión.

—No te preocupes por mi hijo —le respondió bruscamente—. Sólo tiene que curarse de su pierna y comer mi comida.

—Seguro que sí —convino William.

—¡Ahora ve y corta esa madera que me prometiste! —le ordenó bruscamente. Justo antes de cerrarle la puerta en la cara, la mujer masculló una última cosa—. Feliz Navidad, chico, rezaré por tu alma de negro.

Juntó todas las ramas que pudo encontrar y las apiló. Mientras tanto, de la chimenea salían largos hilos de humo azul. Al atardecer, la mujer salió de la choza vistiendo una bata de franela que enmarcaba su flaqueza y con un tazón en una mano.

—Te traje la cena —gruñó. Se agachó y puso el tazón junto a la puerta, como si fuera para un perro.

La puerta se cerró. A través de la cortina delgada en la ventana, William podía ver su silueta iluminada por la luz de la chimenea. Le aterraba no saber que ocurría dentro de la casa.

William pasó dos noches durmiendo bajo una cobija para caballos infestada de pulgas y usando su mochila como almohada. Sin ropa abrigadora para calentarse, se la pasaba temblando por el aire frío de diciembre. Sus manos estaban resecas y tenía hambre. La flauta que había guardado en su mochila le parecía más inútil que nunca.

Habían pasado casi diez meses desde que había huido para unirse a las fuerzas de la Unión. En todo ese tiempo, había visto incontables hombres morir y a muchos otros ser mutilados. Había transportado carretillas llenas de partes humanas y ayudado a cargar hombres agonizantes en camillas. Pero nunca había sentido la futilidad de la guerra como en ese momento. Se vio obligado a abandonar el cuerpo perfecto de un niño en medio de la naturaleza de Luisiana, lo dejó a que se pudriera bajo un velo delgado de ramitas y hojas. Y ahora, su único otro amigo estaba dentro de la casa de una mujer rebelde y malhumorada, retorciéndose de dolor, quizá muriendo.

Se tapó con la cobija y miró las estrellas por los agujeros en el techo roto. Jamás había escuchado la historia de cómo la mujer que amaba había sido nombrada Stella. La única vez que había escuchado ese nombre fue cuando su ama le contó que estaba aprendiendo una serie de piezas para piano llamadas *Los valses de Stella* . Ella reflexionó en voz alta: «Hay belleza en las constelaciones». En ese momento, su dueña le explicó indirectamente el significado de la palabra italiana *stella* , pero le tomaría muchos años entender el verdadero sentido del nombre

La buscó en la oscuridad. Su única estrella.

46

Por tres días vivió y trabajó como mula, recolectando y cortando leña, durmiendo en el cobertizo helado. Comía sólo lo que la mujer le daba cuando recordaba darle algo. William se decía a sí mismo que estaba cuidando a Jacob, pero la verdad era que la mujer no dejaba que se le acercara.

Mientras trabajaba, intentaba asomarse por la ventana, buscando cuando menos la sombra de su amigo convaleciente. No tenía idea si su pierna estaba inmovilizada, si había logrado ponerse de pie. Para lograr salir de ahí, Jacob necesitaría muletas. William levantó el hacha y descargó su enojo sobre la madera. No sabía cómo crear algo tan esencial para su escape. Una cosa era cortar y lijar tablones, otra muy distinta ensamblar muletas.

Estaba perdido, sin un camino claro por seguir. Su flauta seguía en su mochila. No la había tocado desde el concierto para los oficiales en la víspera de Navidad. La sacó y sopló unas notas. La sensación del instrumento sobre sus manos resecas le dio la valentía que necesitaba.

Miro de nuevo por la ventana a través de la delgada cortina de encaje. Nadie se movía del otro lado.

William se puso de pie y se acercó a la casa. Comenzó a tocar las notas de *Jacob's ladder* en su flauta, y con cada estribillo, el volumen de la música aumentaba. William sabía que Jacob reconocería la canción, pues la había cantado antes frente a él. Era una forma de decirle a su amigo que no lo había abandonado.

—¿Por qué estás haciendo tanto ruido? —La mujer salió apresurada de la casa—. ¡Mi hijo tiene fiebre!

—¿Fiebre? —El pánico se apoderó de William. Su flauta cayó a un lado de sus pies.

—¡Sí! Voy a necesitar que vayas al pueblo y me traigas polvo. Ven acá, no quiero estar gritando aquí en el porche. Y te atrapé intentando robarte la flauta de mi hijo. —Lo miró fijamente—. Dame acá.

—No es la flauta de Johnny, señora.

—Esa flauta no puede pertenecer a ningún negrillo. Mírala, brilla como una moneda nueva, me puedo dar cuenta. —Se acercó a él—. Dame acá o voy a entrar y sacar mi escopeta. —Sus ojos entrecerrados advertían que no dudaba en cumplir su amenaza.

William se paralizó y consideró sus opciones.

—¿Se la dará cuando se despierte, no es así, señora? —le preguntó.

Separarse de su flauta era como entregarle uno de sus brazos. Pero William sabía que, si Jacob despertaba, se daría cuenta de que la flauta era un mensaje. William jamás la habría dejado ahí, a menos que pensara regresar por ambos.

—Claro que se la daré. —La mujer se rio antes de arrebatarle el instrumento a William.

No se movió. No le quedaba nada más que el hambre y el frío.

—Ahora ve al pueblo y tráeme polvo de fiebre.

William levantó la cabeza y la miró. No le quedaba nada que perder y por un momento se sintió poderoso.

—¿Pueblo? —le preguntó. Ni siquiera sabía dónde estaba—. ¿Qué pueblo, señora?

—Vaya que eres un animal tonto —sacudió su cabeza—. Nueva Iberia, son ocho kilómetros hacia el norte —señaló un sendero en el bosque—, es por ese camino.

William sostuvo su mirada, perplejo y la mujer se rio.

—No sabes nada. Sigue el camino, al final, hay un granero rojo con ovejas. Dale a la derecha y sigue por cinco kilómetros. La tienda está a la vuelta de la esquina. El dueño es el señor Cross. Él me conoce, mi crédito es bueno con él.

William miró el sendero.

—¿Puedo ver a Johnny antes de irme?

—Ningún negro entrará a mi casa, ya te lo dije. —Agitó la flauta frente a él—. ¡Vas! ¡Apúrate! Si algo le pasa a mi hijo, será tu culpa.

Le señaló a William la dirección del camino una vez más y cerró la puerta de trancazo.

El sendero que salía de la cabaña era largo y sinuoso. A pesar de las indicaciones que la mujer le había dado, William no sabía a dónde iba o cuánto le tomaría llegar al pueblo. Era un hombre negro, solo, atravesando territorio hostil. Su ropa estaba llena de sangre, su cabello estaba hecho un desastre, no se había bañado en días. Se veía peor que cuando había llegado al campamento Parapet a alistarse.

Sin embargo, tenía tres pistas sobre dónde estaba y cómo regresar a Jacob. El granero rojo, la tienda y el nombre del dueño, Cross. Cuando llego al granero rojo, sacó de su mochila una partitura que William le había regalado de Navidad antes de salir del campamento.

Mientras trazaba símbolos e imágenes sobre el reverso del papel, William se sintió lleno de vida. Había comenzado a hacer su propio mapa.

47

26 de diciembre, 1863
Brooklyn, Nueva York

Mi querido Jacob:

Brooklyn está cubierto de nieve esta noche y yo estoy pensando en ti, mi amado esposo. ¿Celebraron la Navidad en el campamento? Leí en el periódico que el hijo menor de Lincoln, Tad, envió regalos a varios regimientos de la Unión. Al parecer, le conmovió la causa después de visitar varios hospitales del ejército con su padre y quería demostrar su agradecimiento. Su gesto me enterneció. Mi admiración por el presidente y su familia no deja crecer.

Ayer por la noche, mientras mi padre y yo estábamos sentados en la comodidad de nuestra sala, pude ver a nuestros vecinos del edificio de enfrente. Por la ventana de su sala, vi a sus hijos desenvolviendo sus regalos como en un trance junto a la luz cálida de la chimenea, no pude evitar pensar en el niño del tambor, Teddy, de quien tanto me has contado en tus cartas. Sé que es un regalo humilde, pero, en este paquete, además de un par para ti, incluí un segundo par de guantes que compré en la más reciente recaudación de fondos de la Comisión Sanitaria. A pesar de que mis habilidades han crecido mucho en los últimos meses, sigo sin ser la mejor costurera, por lo que estos —hechos a mano por Henrietta— me parecieron muy llamativos, en especial por su color azul oscuro.

Las otras mujeres dentro del comité han estado intercambiando noticias sobre sus esposos. El esposo de Jenny Roth consiguió un permiso para visitar y conocer a su hijo por primera vez. El bebé nació nueve meses después de su partida y su padre pudo ser testigo de sus primeros pasos. ¡Cómo lloraba Jenny cuando nos contó que regresaría a Virginia en tres días! Se me rompió el corazón, Jacob, aunque también envidié el breve interludio que compartieron.

Me aferro a la esperanza de que Lincoln traerá la paz al país, que tras todos los retos que esta nación ha enfrentado, los muertos nos recordarán todo lo que hemos perdido y lo que todavía tendremos que hacer una vez que acabe esta locura. No sólo se trata de erradicar la esclavitud y crueldad en el país, sino de trazar nuevos caminos que conduzcan a la equidad.

La señora Rose sigue hablando del sufragio en sus conferencias y muchas de las mujeres en mi círculo están tan comprometidas con ese asunto como con el abolicionismo. Soñamos con un futuro brillante en el que la raza y el género no sean utilizados en contra de ningún individuo, sino que las oportunidades florezcan para quienes busquen alcanzarlas.

Me disculpo si estoy compartiendo demasiado en esta carta, pero no tengo nadie con quien compartir mis pensamientos cuando estoy en casa. Me siento más sola aquí, ahora que papá pasa la mayor parte de su tiempo encerrado en su oficina o el almacén. Es un buen hombre y amable, lo sé.

Nos deja usar su imprenta para imprimir nuestro periódico; además, sus donaciones a los hospitales y los fondos para los veteranos son generosas. Pero sé que no le gusta escucharme parlotear. A pesar de que la Navidad no es festejo nuestro, al menos me sentí agradecida por la tarde que pasamos juntos frente a la chimenea, leyendo mientras yo trabajaba en una cobija nueva.

Por favor, cuídate, mi esposo querido. Me estoy encargando de mantener nuestro fuego marital vivo en mi mente y corazón. Sigo siendo tu chica de fuego.

Tu esposa,

Lily

P.D. ¡Espero que el segundo par de guantes le queden a Teddy! Ya que es sólo un niño, escogí un par pequeño para él.

48

William atravesó el bosque hacia Iberia. En el reverso de la partitura, ya había anotado varios puntos de referencia que lo ayudarían a regresar a Jacob. Primero esbozó la casa y el cobertizo de la mujer. Luego delineó el sendero que llevaba a la entrada desde el camino principal, flanqueado por dos álamos. Cuando eventualmente llegó al granero rojo, en el que la mujer le había indicado girar a la derecha, lo trazó en el papel e indicó la dirección con una flecha. No había ovejas, pero se imaginó que eso se debía a la guerra.

Mientras continuaba su viaje hacia el norte, divisó una plantación de caña de gran tamaño. La fachada de la mansión era lujosa, con sus pilares altos y blancos, estaba pintada de un amarillo pálido que contrastaba con el color de las puertas de hierro. William la marcó en su mapa como una casa grande con una caña de azúcar. Dibujó un limón dentro de la casa para indicar el color. Tras caminar varios kilómetros más, por fin vio la tienda en la distancia. Dibujó una cruz para marcar la tienda, haciendo referencia al nombre del dueño.

Se mantuvo en el límite del bosque unos momentos más antes de avanzar hacia la luz del sol. Había aprendido a jamás entrar a un espacio abierto sin antes evaluar lo que había a su alrededor. A pesar de que los pueblos del norte de Luisiana estaban bajo el supuesto control del general Banks, William no se sentía seguro. Los pueblos como Iberia estaban repletos de hombres y mujeres que aún le eran leales a la Confederación. Además, con la ropa manchada de sangre, sabía que no sería bien recibido.

Junto a la pequeña tienda, William observó a un grupo de hombres salir de una taberna. Era evidente que estaban borrachos. Se habían quitado los tirantes de los hombros y sus caras estaban rojas

por el alcohol. Sabía que tendría problemas si lo veían. Sería objeto de humillación y violencia.

Pero tenía que conseguir el polvo de fiebre para salvar a Jacob. Calculó de prisa en su cabeza: si podía mantenerse fuera de su vista hasta que llegara a la plaza central, podría entrar a la tienda sin llamar su atención.

William miró su ropa percudida. Se lamentaba no haber encontrado un riachuelo en el que limpiarse, pero no se había atrevido a salir del sendero por miedo a perderse. Se fajó la camisa, se alisó el pelo y miró hacia la tienda. «El hombre se llama Cross… Tal vez es una señal», pensó para sí mismo. «Que Jesús me ayude». Reunió valor, se aventuró hacia delante y rezó por no tener que hacer un sacrificio como el de su Señor.

El golpe de una bota, el sonido de una risa burlona. El impacto de un puño contra su ojo izquierdo. La sensación de una mano llevándose los billetes que tenía guardados en su abrigo de la Unión. William no recordaba la cronología de los eventos, sólo las consecuencias del ataque. Eventualmente, los borrachos lo arrastraron por el suelo y lo echaron a un carro de madera. Tras unos minutos, se alejaron del camino principal y se adentraron en un bosque distinto. Debió haberse golpeado la cabeza cuando lo arrojaron del carro en movimiento, pues se desmayó. «El negro pensaba que podía caminar a la luz del día como si nada, seguro se robó ese dinero», fueron las últimas palabras que alcanzó a escuchar.

Despertó con el trino de los pájaros, un sonido incongruente con su dolor. Con la mano que no se había lastimado en la pelea, se tocó el ojo izquierdo que se había hinchado hasta cerrarse; se acarició su labio, que estaba abierto y sangrando. Su otra mano le palpitaba y no podía mover dos de sus dedos.

Lo habían abandonado a morir en el bosque. Lo único que lo salvó fue la borrachera misma de los hombres. Uno de ellos preguntó al grupo que quién tenía la soga para colgarlo y se dieron cuenta de que nadie la había traído.

William intentó levantarse, pero la cabeza le zumbaba, sus heridas estaban abiertas y su cuerpo le dolía demasiado.

Se acostó sobre la tierra húmeda e intentó enfocar su ojo abierto en el cielo que se asomaba por encima de las copas de los árboles. Se preguntó si ese era el lugar en el que moriría, si ahí exhalaría su

último aliento, en medio de un bosque sin nombre, si se volvería alimento para las bestias, quizá los mismos buitres que habían devorado a sus camaradas en Port Hudson. Tras haber peleado por la libertad, por poder tener una vida con Stella, ¿sería este el humillante final?

Casi no le quedaban fuerzas. Su fe se le escapaba por cada poro. Cerró su ojo y sintió como se hundía en la tierra. Pero la visión que lo recibió al cerrar su párpado no era Stella, era alguien más.

Alternando entre el sueño y la vigilia, William sintió que caminaba hacia aguas azules. Vio una silueta musculosa revolviendo tallos de índigo en una tina junto a una canasta llena de hojas azules. Los ojos del hombre se alzaron y se miraron el uno al otro. Era una mirada de reconocimiento que se tendía como un puente entre los dos. El hombre colocó su mano, cálida y manchada de azul, sobre la mejilla de William.

Cuando al fin recobró el conocimiento, era como si lo hubiera visitado una aparición encargada de guiarlo hacia la vida. Siempre había sentido el espíritu protector de su madre, pero era la primera vez que sentía la presencia de su padre. Se obligó a abrir su ojo bueno y se apoyó sobre la mano que no le dolía para levantarse. Buscó dentro del bolsillo de su abrigo, de milagro, la partitura seguía ahí. William respiró profundo. Puso un pie frente al otro, con la esperanza de avanzar en la dirección correcta. No dejaría atrás a Jacob ni a sí mismo.

Los días que siguieron, William luchó por encontrar el camino. No sabía si estaba más cerca del campamento militar o de la casa de la mujer. El sol era su brújula y mantenía la mirada sobre el camino, intentando identificar algo, cualquier cosa que reconociera. Bebió agua de un riachuelo y tuvo la suerte de atrapar un pez, que se obligó a comer crudo. Sus heridas no mejoraban, por el contrario, el trayecto las estaba empeorando. Su mano dañada se hinchó más y el dolor empeoró.

Sin embargo, cada vez que estaba a punto de rendirse, la visión de su padre regresaba a él y renovaba su fuerza. Pensar en la fuerza de Tilly y en la fe total que Stella tenía en él se volvió su bálsamo. Cada que sentía que la desesperación lo vencería, William se sentía levantado por alguien que lo amaba.

Si le hubieran preguntado, no hubiera sabido decir cuántos días

pasó en el bosque. El tiempo desapareció. No existía la estructura de los días de la semana, sólo su habilidad para sobrevivir desde el amanecer hasta que caía la noche.

Eventualmente, llegó a la entrada del viejo campamento de la Unión, de dónde Teddy, Jacob y él habían salido en Navidad. El campo ahora estaba vacío. William de alguna forma esperaba ver la tienda de Jacob. La cobija de estrellas doblada en su mochila, su corneta esperando a un lado, pero no quedaba nada. Los hombres debieron haber empacado todo y dejaron atrás sólo un campo baldío lleno de pasto y lodo. La única prueba de que Phipps y sus hombres habían estado ahí eran las marcas negras de las hogueras y algunos restos de parafernalia militar que el viento húmedo del invierno arrastraba.

Estaba exhausto y su corazón perdió la esperanza mientras caminaba por la llanura vacía. Su hambre acrecentó su depresión. Busco a su alrededor, en las hogueras, esperando encontrar algo de comida que los soldados hubieran dejado. Encontró dos latas de alubias que alguien había dejado cerca de un montón de basura. Agradecido por tener algo que comer, William se sentó en el pasto y sacó el mapa que había dibujado.

Le parecía inútil dada su ubicación actual, ya que comenzaba en el porche de la casa de la mujer y terminaba en Iberia. Podía intentar seguir el camino que había tomado con Jacob y Teddy en el día fatal Navidad, pero le parecía ingenuo pensar que encontraría la cabaña cuando, en primer lugar, la había encontrado al azar mientras cargaba a Jacob. Para llegar a la casa de la mujer, tendría que encontrar la forma de regresar a Iberia primero, a la tienda del señor Cross, entonces podría usar el mapa para llegar a Jacob.

William guardó el papel en su bolsillo y tomó una roca pesada. Con las últimas fuerzas que le quedaban, golpeó las latas de alubias hasta abrirlas. Al menos, por ahora, tenía algo que cenar. Saboreó la comida y contempló lo que haría al día siguiente hasta que se quedó dormido.

49

3 de enero, 1864

Brooklyn, Nueva York

Mi querido esposo:

El correo ha sido tan lento estos últimos días que no sé si sigues con tu regimiento en la misma dirección en Luisiana, a la que enviaré esta carta. No he escuchado de ti, así que sólo espero que hayas recibido mi último paquete y que también te llegue esta carta, mi amor.

El Año Nuevo vino y se fue sin mucha gala. Todos aquí, en especial yo, estamos descorazonados, pues la guerra sigue. Se siente incorrecto celebrar el Año Nuevo sin nada que nos asegure que la paz esté cerca. He intentado mantener mi sentido de propósito en estos tiempos escabrosos, pero me preocupa no estar haciendo lo suficiente, Jacob. Aun así, hago lo que puedo.

Te alegrará saber que hace poco atendí una recaudación de fondos que organizó el Club de la Liga de la Unión. Tienen una iniciativa maravillosa para reclutar dos mil nuevos soldados negros, vestirlos con el uniforme de la Unión y darles armas. A pesar de que el horror de los disturbios de julio queda como una mancha sobre Nueva York, me siento agradecida de que al menos hay hombres y mujeres nobles que apoyan la causa y toma de armas de estos negros valientes. Por tus cartas y relación de la batalla que libraron el teniente Cailloux y sus hombres en Port Hudson, sé lo mucho que te importa su valor y su compromiso. Así que te puedes imaginar mi enojo al enterarme de que estos soldados no recibirán la misma paga que un soldado blanco.

Durante nuestra última reunión, la señora Rose leyó en voz alta una carta de un soldado negro en el Quincuagésimo Cuarto Regimiento de Massachusetts, dirigida al presidente Lincoln, que se publicó en un periódico local. Este hombre, el señor James Henry Gooding, protestaba ante nuestro gran líder el hecho de que hombres como él reciban tres dólares al mes menos que sus contrapartes blancas. «Cargamos con los deberes de un soldado, entonces, ¿por qué no recibimos la paga de un soldado?», peticionó. ¡Y está en lo correcto, mi querido esposo! Pensar que las filas de la Unión sufran tal discriminación me parece espantoso.

La señora Rose está trabajando con dos de nuestras colegas, preparando un manifiesto en apoyo a la paga justa para cada soldado, sin importar su color de piel. Esperamos que llegue a los oídos del Congreso y que esta injusticia pueda ser rectificada. Mientras tanto, los hombres del Quincuagésimo Cuarto Regimiento han renunciado a su paga hasta que sea igual a la de sus compañeros blancos. No los culpo, pero pelear sin compensación sólo añade otro peso a su lucha.

Qué poca cosa debieron parecer los guantes que envié como regalo, un gesto tan pequeño en un mar de penurias. Es un reto constante intentar expresar la gratitud que siento hacia ti y el resto de tus compañeros por el sacrificio diario que hacen. Sabes que no voy a la sinagoga a rezar, sino que prefiero meditar y buscar a Dios en la privacidad de mi hogar. Pero espero que sepas que tengo fe en que regresaras a mis brazos y que tus amigos pronto sentirán el amor de sus amadas.

Tras sellar esta carta, tocaré el arpa. Espero que las notas lleguen a ti.

Tu leal esposa,
Lily

50

William despertó y pensó en la mejor forma de regresar a Iberia. Dudaba encontrar el pueblo si se adentraba al bosque tupido, pero recordó que había otro pueblo más pequeño a varios kilómetros al este del campamento. Se puso en marcha hacia el camino más cercano, con la idea de que quizás encontraría una carretera al pueblo para así poder regresar a Jacob.

En la luz naciente de la mañana mientras los cuervos volaban por encima de él, escuchó el sonido de un carruaje acercarse. Sobre el asiento del conductor iban sentados dos hombres con uniformes de la Unión. William se alivió, estaba seguro de que había encontrado parte de una tropa de la Unión que lo ayudaría a recuperar a Jacob.

William comenzó a hacerles señas con su mano buena, intentando que se detuvieran.

El conductor tiró de las riendas del caballo y el carruaje se aparcó frente a él.

—Oficial, señor, tienen que ayudarme. Soy hombre de la Unión, me alisté en el campamento Parapet en marzo. Viajamos con el general Phipps en la Ciento Sesenta y Tercer Infantería de Nueva York. —Le faltaba el aliento y su abrumadora privación física, así como la desesperación casi lo habían consumido—. Uno de nuestros hombres está herido. Tuve que dejarlo en una casa rebelde cerca de Iberia. Necesita ayuda, ayuda de verdad. —Para este punto, William estaba hablando tan rápido que le era imposible a los dos hombres sobre el carruaje entender lo que estaba diciendo.

—¿Qué locuras está diciendo este negro? —La voz del hombre de la Unión tenía un tono escéptico e impaciente—. No te ves como un soldado. —Se acercó, inspeccionando la ropa harapienta, su falta de

uniforme o de rifle. No había señal de que William fuera quien decía ser—. E incluso si lo fueras, no estás con tus hombres. No estás cumpliendo con tu deber mientras peleamos por liberarte, lo cual significa que no eres más que un maldito desertor.

—No, señor —insistió William—. Para nada. Estoy haciendo todo lo que puedo por ayudar a un compañero. —Se llevó la mano al bolsillo de su abrigo—. ¡Mire, señor! Hice un mapa. —Lo agitó frente al oficial—. Estos de aquí son símbolos para encontrarlo. No está lejos de Iberia. Si me lleva ahí y alguien me acompaña a la tienda del señor Cross… —colocó su dedo sobre la hoja mugrienta—, si tan solo seguimos este camino, lo encontraremos.

—Está loco de remate —le dijo el otro hombre al conductor—. No hay forma de que sea uno de los nuestros.

—Por favor —suplicó William—. Tienen que ayudarme. Tienen que…

—Súbete en la parte de atrás. Ahí, con los sacos de grano —le indicó el conductor—. Tenemos ordenes de entregar estos suministros cerca de Algiers. Cuando lleguemos ahí, puedes contarle tu locura a quien quiera escucharte si es que no te cuelgan por desertar.

51

Lily se despertó sobresaltada, su corazón estaba acelerado. Acababa de tener la pesadilla más horrible. Jacob estaba herido y varado en un lugar peligroso. Su cara estaba pálida y sus ojos buscaban ayuda. Podía verlo con tanta claridad que sentía que podía tocarlo.

—¿Está bien, señora? —La criada abrió la puerta—. La escuché gritar.

—Estoy bien, gracias —fingió, acomodándose sobre sus almohadas—. Sólo tuve una pesadilla.

La joven cerró la puerta y Lily intentó respirar. Por varios días había tenido la sensación persistente y molesta de que Jacob podría estar herido. Su padre debió haber notado su falta de apetito, la preocupación constante de su rostro.

—¿Qué ocurre, hija? —indagó mientras Lily deshacía los huevos sobre su plato—. Has estado actuando extraña estos últimos días y ahora ni siquiera puedes comer un bocado.

—No es nada… —Lily intentó ser valiente—. Sólo no he tenido noticias de Jacob y estoy preocupada.

Arthur le dio un trago largo a su café.

—Sabes lo mal que funciona el correo, en especial con la guerra.

—Estoy bastante consciente de la guerra, por eso me preocupa mi esposo, quien está peleando en ella.

—Jacob es un hombre fuerte. Además, dudo que un músico corra el mismo peligro que un soldado promedio, cariño.

La cara de Lily se tiñó de rojo.

—Es gracias a los músicos que tú tienes tu fortuna, papá. Estos hombres, como Jacob, quienes compran tus partituras con su propio dinero para tener algo con que inspirar y consolar a otros mientras

luchan, ¿acaso no los estimas? Y cuando los tamborileros, algunos incluso de once o doce años, son los primeros en marchar a la batalla, ¿no están en el mismo peligro que el resto de los soldados?

Arthur bajó su taza.

—Claro que los tengo en mi más alta estima, hija. Sólo estoy intentando consolarte, ahuyentar tus miedos.

Lily miró su plato.

—Lo siento. Sé que no soy una psíquica, que no puedo saber de cierto que está herido, pero mi corazón lo siente.

—Quizás recibirás una carta hoy y te sentirás mejor. —Arthur se limpió con su servilleta y se estiró para tomar la mano de su hija—. Esperemos que para la hora de la cena tengas noticias de Jacob. Tu sufrimiento me causa dolor y detesto que no comas nada.

Se levantó, le dio un beso en la cabeza y salió rumbo al almacén. Había dejado su periódico junto a su plato. Por la forma en que estaba doblado, Lily no podía ver los encabezados. Lo dejó ahí. Esta mañana no tenía la fuerza para leerlos.

Para las seis de la tarde no había llegado ninguna carta. Lily le pidió a la criada si podía poner su cena en una charola y llevársela a su habitación. No había hecho nada en todo el día. Intentó pensar en material para hacerle promoción al debate que la señora Rose tendría pronto, pero las palabras sólo se le enredaban en la página. Buscó alivio en su arpa, pero incluso su instrumento hizo poco por consolarla.

Desde el momento en que comprendió que no tenía madre, Lily intentaba entender qué era lo que le ocurría al alma tras la muerte, pero su padre tenía pocos libros sobre el judaísmo en su biblioteca; él no pensaba que, como mujer, Lily necesitara una educación judía, más allá de saber cómo recitar el *sabbat* en caso de que su futuro esposo lo celebrara. Cuando le preguntó si su madre estaba en el cielo, su padre sólo respondió: «*olam ha-ba* ». Tu madre ahora existe en el mundo por venir.

Lily se limpió las lágrimas. No quería imaginarse una vida sin Jacob. Quería que regresara a sus brazos. Su futuro juntos era el único lugar que Lily consideraba el mundo por venir.

52

El carruaje avanzó por el camino de terracería. William se mecía de un lado a otro. Su cuerpo cansado golpeaba contra los bultos de granos.

Odiaba que los hombres no le creyeran, que no hubieran tomado su palabra, además, estaba intentando regresar por uno de los *suyos* . Lo peor es que se habían burlado de él, reído de su mapa, de sus súplicas y hasta habían implicado que era un desertor. Le daba rabia que hubieran cuestionado su lealtad. Si no pensara que los hombres le dispararían si saltaba del carruaje, habría intentado correr y encontrar otra forma de llegar a Jacob.

El sonido de las ruedas sobre el terreno irregular le hacía pensar en todos los kilómetros que había caminado con su regimiento, deseando poder viajar en una de las caravanas. Si bien sus músculos estaban agradecidos de no tener que andar por el camino, una sensación de peligro comenzó a apoderarse de él. Se asomó por la apertura en el carro, intentando descifrar hacia dónde se dirigían. Por la posición del sol, se dio cuenta que estaban avanzando hacia el este, alejándose de Jacob a cada hora.

Se acomodó en una esquina, intentando mantener el horizonte en su rango de visión. William podía ver el terreno lodoso que se extendía a la distancia, y tras varias horas, el paisaje se volvió más húmedo, más fértil. A medida que se acercaban al Misisipi, podía divisar campos de soja y uno que otro arrozal. Sabía en qué dirección se movían.

A pesar de que no era el camino a Iberia, sintió un nuevo golpe de esperanza.

Los hombres se movían en dirección a Nueva Orleans.

—Los chicos recogieron a este hombre cerca de la parroquia de St. Martin. —El oficial tomó a William por la tela de su abrigo y lo arrastró hacia el supervisor.

William intentó aliñarse y quitarse las manos del hombre de encima.

—Soy un hombre de la Unión, señor. Registrado en el Cuerpo de África en el campamento Parapet. Recientemente, bajo el comando del general Phipps, con quien serví como músico militar.

El supervisor parecía escéptico.

—Todos nuestros hombres están uniformados, incluso los negros, así que no me parece que estés diciendo la verdad.

—Señor, fue en Navidad que me separé de mi tropa —intentó explicar William—. No llevaba mi uniforme y salí con otros de los hombres. A uno de ellos le dispararon y el otro se hirió de gravedad. El soldado Jacob Kling, del Centésimo Sexagésimo Tercer Regimiento de Nueva York. Músico, también. Sigue ahí, su pierna está en mal estado. —William sacó la partitura y señaló la choza de la mujer en el reverso—. Hice este mapa para regresar por él.

El oficial tomó el pedazo de papel y soltó una carcajada.

—¿Le llamas a esto un mapa? —Mientras se reía, pequeñas gotas de su saliva volaban en el aire y le devolvió el papel a William, como si fuera a ensuciarle las manos—. Ese mapa no serviría ni para encontrar la luna en una noche despejada.

—Señor, tiene que ayudarme a regresar a Iberia, a la tienda del señor Cross, sé que desde ahí puedo guiar el camino.

—Sáquenlo de aquí. Ni siquiera vale la pena llevarlo a la corte marcial. Dice que estuvo en Port Hudson. Seguro la batalla lo dejó orate. —El hombre sacudió su cabeza—. Le llama a eso un mapa… —El oficial se volteó de nuevo, echando a William de su tienda y de su mente.

William sentía como los otros soldados también perdían interés en él. Algunos estaban descargando los sacos de grano del carro, mientras que otros cargaban suministros que se transportarían a otro lugar. No veían como prioridad lidiar con un hombre negro y lastimado, con una misión quijotesca de rescatar a un soldado de la Unión con un nombre extraño.

Pero un joven que cargaba una cubeta de agua se apiadó de él.

—El campamento de contrabando está a ocho kilómetros al oeste, en Algiers —le informó a William.

William estaba demasiado cansado como para repetirse ante otro soldado.

—¿Al oeste? —pregunto. El hombre le señaló la dirección.

—Así es, tienen un campamento bastante grande ahí. Varios esclavos fugitivos se están alistando ahí o en Parapet.

William no respondió. Ya había hecho ese viaje. Estuvo durante diez meses cavando zanjas y esquivando balas, además de ver los cuerpos de sus compatriotas pudrirse por el calor. ¿La recompensa por su trabajo? Enterrar a un niño inocente y que le cuestionaran su lealtad mientras intentaba ayudar a su amigo.

Ningún otro hombre blanco parecía darle importancia. La única vez en que ellos lo miraban era cuando tenía una flauta en la mano. Y ahora no tenía ni siquiera eso.

Alzó la mirada en dirección a Algiers. Había atravesado el área antes, de camino a fiestas lujosas como acompañante de Frye. Estaba justo en las afueras de Nueva Orleans. Desde ahí, sabía que podía encontrar el camino hacia el lugar al que más quería regresar desde que huyó para alistarse.

La noche cayó y él comenzó a caminar. Nadie intentó detenerlo.

William caminaba hacia Stella.

53

Casi todas las cortinas que quedaban en Rampart estaban cerradas. La hilera de casas, una vez tan colorida, se veía opaca, como si les hubieran arrebatado la vida. Había hojas secas en la acera y por la calle transitaban ratas. William, apenado por su ropa harapienta, su mano dañada y las heridas en su cara, camino tan rápido como pudo hacia la cabaña de Stella.

Su casa, como las otras, necesitaba mantenimiento. Una rama pesada había caído sobre el techo. Los tallos que en verano habían alardeado girasoles amarillos ahora parecían pedazos de cuerda, pero lo único en lo que William podía pensar era en que su amada estaba ahí dentro.

No esperaba a nadie. Stella recién había levantado a Wade para amamantarlo cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó desde el otro lado de la madera.

William apenas podía responder. La garganta se le hizo un nudo. Había viajado tanto, su espíritu estaba agotado y el dolor que recorría su cuerpo era inmenso. Había usado todas las fuerzas que le quedaban para regresar a su amada y lo había logrado.

—¿Stella?

Su voz era dorada como la miel. La habría reconocido en cualquier lugar.

La puerta se abrió. Deshecho, golpeado y brillando, se acercó a ella.

—Stella —repitió su nombre de nuevo para convencerse de que

no era un sueño. Pero apenas tuvo un segundo para admirarla. Al verla, se dio cuenta de que no estaba sola.

La visión de Stella con el bebé lo confundió por un momento. ¿Acaso ese bastardo de Frye había plantado su semilla en el vientre de Stella? Tragó saliva, como si toda el agua de su cuerpo se hubiera evaporado, pero se obligó a mirar de nuevo, más de cerca.

La piel color nuez moscada del bebé y la expresión en sus ojos… era suyo. Su corazón, entonces, se abrió por completo.

—¡William! —Su nombre salió de su boca como un llanto.

Lo jaló hacia adentro y cerró la puerta. Cargaba al bebé con un brazo y con el otro lo tomaba a él, besándolo tanto y con tanta pasión que él sabía que no era un sueño. Había llegado a casa.

El interior de la cabaña olía a melaza y clavo. Ammanee había traído dos piezas de pan de jengibre la noche anterior y el aroma seguía entre las paredes, hacía que la vivienda se sintiera más viva de lo que el exterior sugería.

—Estás lastimado —dijo Stella, su voz a punto de romperse.

—Pero aquí estoy. —Se llevó la mano de Stella a su cara y dejó que sus lágrimas cayeran sobre sus dedos.

Tras unos minutos, Stella llevó a William a la cocina para quitarle la ropa. Calentó una olla de agua —no demasiado caliente para no quemarlo con la tela que sumergió en ella— y lavó su cuerpo con cuidado.

—*Ma' dere* —repetía una y otra vez la expresión gullah para «mi querido», «mi amor», que William le había enseñado. Escucharla decirlo era como un bálsamo para sus oídos. Stella besó su nuca, sus hombros y su espalda. Le dio la vuelta, levantó la mano que no estaba herida y besó su muñeca.

En la esquina, envuelto en la tela bordada, Wade cuchicheaba. Cada sonido de vida que el bebé hacía le regresaba el ánimo al alma de William.

—Estás muy herido. —Stella tembló mientras pasaba la tela húmeda sobre su ojo hinchado. Su mano herida le dolía demasiado para tocarla. Hacía muecas de dolor cada vez que ella la rozaba.

—Voy a estar mejor ahora que estoy aquí —William le aseguró. Quería saborear cada momento juntos. No quería alarmarla con su dolor, pero todavía había una palabra que tenía que decir, un nombre, de hecho, para asegurarse de que no corría peligro en su habitación—.

Pero Stella —preguntó en voz baja, mientras ella lo envolvía en una toalla—, ¿dónde está Frye?

Hay secretos que jamás pueden ser revelados, pues nadie más debería cargar con el peso que suponen, así que Stella se guardó la verdad sobre Frye en el pecho.

Sabía que William jamás habría revelado lo que su hermana y ella hicieron, pero también sabía que no tenía caso contarle.

—Llegó aquí herido —le explicó a William—. Quería que lo curara.

Se agachó para tomar a Wade y hundió la nariz en su cálida cabeza. Luego levantó de nuevo la mirada hacia William.

—Se murió aquí. No volverá —le aseguró.

Su amo, su dueño. El hombre que lo había esclavizado y encerrado a su amada en una jaula para su propio placer. William no podía creer que Frye estuviera muerto.

—¿Eso quiere decir que —no sabía cómo enunciar las palabras, le habían parecido tan lejanas, pero eran en lo único en lo que podía pensar— podemos estar juntos ahora?

Stella se acercó y colocó su mano sobre su cara.

—William. Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Casi llora al enunciar las palabras—. Eres libre, puedes amarme. —Miró alrededor de la casa. Ammanee estaría fuera toda la noche y la mayor parte del día siguiente, ayudando en el campamento de contrabando. Sólo estarían ellos dos y su nueva familia—. Y yo a ti.

El sol brillaba en el cielo cuando William se levantó de la cama y sacó el mapa de su abrigo sucio.

—Stella, tengo algo que mostrarte —le dijo mientras caminaba de regreso a la cama—. Dejé atrás a un hombre, un buen hombre, malherido. —Suspiró y miró la partitura doblada y sucia—. Hice esto para ayudarme a encontrarlo otra vez. —Acarició la línea de grafito con su dedo, el símbolo del granero, la plantación color canario y por último la cruz oscura que indicaba la tienda—. Sé que no parece mucho, pero si regreso, puedo encontrarlo. —Sus manos se tensaron, recordando el laborioso camino que había recorrido para ayudar a su amigo.

Stella se sentó, envolviendo su cuerpo desnudo con las sábanas.

—Shhh —le indicó—. Es inútil que te apresures, tienes que sanar. —Acarició su brazo con dulzura—. Descansa, amor. Ese mapa no se irá a ningún lado. Podemos hablar de eso mañana.

Stella lo dejó dormir y despertó casi al atardecer. Se filtraba una luz brumosa por la ventana y William miró a su alrededor, buscándola.

Stella había sacado la bolsa color índigo de sus pantalones y la había colocado sobre la mesa de noche. La concha de cauri yacía encima. Se la había dado como promesa de que regresaría por ella. William tomó la pequeña concha y se la llevó a los labios, maravillado de que hubiera pasado por las manos de Isaiah, Tilly y Stella. Escuchó a Wade llorando en la habitación contigua y lo abrumó la sensación de amor, de paternidad. El talismán lo había llevado a este momento.

—Debes estar buscando éstos. —Stella entró a la habitación con sus pantalones—. No podía dejarlos remojar porque no tendrías nada que ponerte —sonrió—, pero les quité todas las manchas que pude.

William los tomó, se los puso con una mano y se inclinó hacia ella para besarla.

La hinchazón de su ojo había cedido y, de nuevo, disfrutaba de su habilidad para admirar toda la belleza de Stella. Sus ojos color maple, las trenzas suaves y oscuras de su cabello, que se esponjaban en la parte superior donde sus rizos eran más sueltos. La maternidad había ensanchado las curvas de sus caderas y sus pechos se veían más llenos. Admirarla era un elixir curativo para sus huesos.

—Ammanee llegará a casa pronto —le dijo—. Tu camisa está rota y vamos a tener que tirar ese abrigo.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó al darse cuenta de que ni siquiera había pensado en ella desde su regreso.

—Sigue igual —respondió Stella—, pero diferente —añadió tras considerarlo un momento—. Ya conoces a Ammanee. No importa que pase o qué atraviese, es una mujer fuerte.

Ammanee llegó a la cabaña justo cuando el sol se metía.

—Traje sopa y pan —anunció mientras entraba por la puerta—. Pasé a ver a mamá también, le dejé algunas sobras.

Sus ojos alegres y el brillo de su piel le hicieron saber a Stella que su hermana había visitado a Benjamin ese día.

—Parece que te fue bien hoy. —Stella se acercó y tomó a su

hermana del brazo. Sabía que Ammanee era reservada, así que no se arriesgó a preguntarle cosas sobre Benjamin que ella no quisiera compartir—. Te tengo una sorpresa —admitió Stella. Apenas podía contener su emoción, era como si se desbordara.

Ammanee miró la canasta de Wade.

—¿Mi niño favorito hizo algo nuevo?

Stella se llevó las manos al pecho.

—No, pero mi otro niño sí.

William salió de la cocina, revelándose.

—¿Me engañan mis ojos? —Ammanee estaba boquiabierta y se cubría la cara con las manos—. ¿Willie?

—Así es —Sus dientes blancos se revelaron en su sonrisa.

Ammanee se acercó a él y lo envolvió en un abrazo.

—Ves, Stella. El Señor es bueno. Te envió a tu Willie. Lo trajo a casa. —Ammanee bailó y aplaudió de la emoción—. ¡Y tú no sólo regresas a tu amada! ¡Tienes un hijo!

54

Las semanas pasaron y no había noticias de Jacob.

—Definitivamente algo le ocurrió, papá, estoy segura. —Lily se desmoronó y lloró frente a su padre—. El correo siempre ha sido impredecible, pero nunca había pasado tanto tiempo sin una carta suya. Siento una ansiedad terrible, como una sombra que no me abandona.

Arthur tomó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció.

—Limpia tus lágrimas, hija —le dijo con delicadeza—. ¿Cuál es esa canción que Jacob te escribió? ¿*Chica de fuego* ?

Ella asintió.

—Tu esposo sabe que eres fuerte. —La guio hacia el sofá para sentarse con ella. No estaba acostumbrado a mostrar sus emociones, pero notaba que su hija comenzaba a romperse y no podía soportarlo —. Sabes, eres muy parecida a tu madre —le dijo—. Tenía el pelo rojo, justo como el tuyo, así como tu temperamento. —Era la primera vez que lo decía en voz alta—. Ella tenía ese espíritu húngaro; si hacía algo, lo hacía con pasión. Fue quien insistió en construir el conservatorio de vidrio para poder leer sus libros con el sonido de la lluvia y observar a las aves.

Respiró profundo. Recordarla también traía de regreso el dolor. No era sólo que hubiera perdido a su esposa, sino que ella jamás había tenido la oportunidad de conocer y amar a su hija.

—Tu madre se mantuvo viva lo suficiente por pura voluntad, sólo para cargarte, por efímero que fuera. —Su voz comenzaba a romperse —. Ese era el tipo de fuerza que tenía, Lily.

Lily absorbió cada palabra.

—Gracias por contármelo, papá. Siento que no la conozco en lo

absoluto.

—Soy un viejo egoísta. —Suspiró—. Nunca me ha sido fácil enfrentarme a mi dolor. La perdí sin previo aviso, en un momento tan importante para nuestras vidas. Estoy acostumbrado al negocio de la música, no a los sentimientos —admitió Arthur y apretó la mano de Lily—. Pero de lo que estoy seguro es de que tu madre, si estuviera aquí, te diría que tuvieras fe. Que recobres tu compostura y seas fuerte. Debemos creer que Jacob regresará a casa.

Los muertos. Los periódicos estimaban que, en los últimos dos años, decenas de miles de jóvenes habían sido masacrados. De Bull Run y Shiloh a las más recientes y horrorosas cifras de Chickamauga y Gettysburg. Los periódicos no habían descrito las atrocidades de Port Hudson, pero Lily sabía por las cartas de Jacob el horror que ahí se vivió.

Si Jacob estaba muerto, ¿cómo lo sabría? La idea la inquietaba. No había mensajeros que llegaran a la puerta a dar el pésame. No había una oficina de gobierno o un sistema administrativo que compilara los datos de los soldados, que supiera si Jacob estaba herido o si lo habían enterrado con premura en un campo, en algún lugar del Sur.

Lily era dolorosamente consciente de que había mujeres en su círculo de costura que habían recibido cartas de otros soldados que habían anotado las últimas palabras de sus esposos caídos, o de enfermeras piadosas que habían escrito sus últimos deseos. Pero el destino más común para quien aguardaba noticias sobre un ser querido era sólo sufrir y esperar.

—No sé qué hacer —le dijo a Ernestine Rose

—Sólo puedo pensar en lo que haría en tu situación —Ernestine hizo una pausa, juntó sus manos sobre su regazo y midió sus palabras —. Por siglos, a las mujeres se nos ha dicho que hay que ser pasivas, que hay que esperar a que los hombres sean activos y traigan las respuestas, pero hemos comenzado a cambiar eso. Estamos abogando por tener propiedad dentro de nuestro matrimonio. Luchando por el voto. En cada problema que enfrentamos, somos las mujeres quienes tenemos que levantarnos de nuestras sillas de terciopelo y exigir respuestas —hizo otra pausa—, creo que tienes que ir a buscarlo, Lily.

—Pero ¿cómo? ¿Por dónde empezaría a buscar?

Ernestine consideró a la joven frente a ella. Llevaba años de conocerla y habían trabajado lado a lado por la causa abolicionista y también recaudando fondos para la Comisión Sanitaria.

—En algún momento, una mujer tiene que mirar hacia adentro y usar todo lo que tiene a su disposición. Si sólo te diera instrucciones, querida Lily, ¿cómo aprenderías?

—La última carta que recibí llegó antes de Navidad. Ya es febrero. No me puedo quedar aquí sentada como una niña pequeña sin hacer nada, papá.

—Estás molesta, hija, pero también lo están todas las madres, hijas y esposas de soldados en el frente.

Lily se levantó del sofá.

—Voy a agendar un viaje a Satartia, Misisipi, a visitar a mi cuñada. Tras la caída de Vicksburg, Jacob me escribió y me dijo que la zona estaba bajo el control de la Unión. Será un lugar seguro al cual llegar.

—¿Seguro? —Las mejillas de Arthur se hincharon y su tez se tiñó de un rojo oscuro. No lo podía creer—. Es una locura. No puedes viajar ahí.

—¿Y por qué no? Podría nombrar al menos cinco mujeres que han hecho el viaje. Ella Stein viajó a Virginia a cuidar a su esposo tras enterarse de que estaba herido. ¿Y qué me dices de mujeres como Clara Barton y Frances Gage? —La frustración de Lily se derramó. Se esforzó por respirar; el hueso de ballena dentro de su corpiño no le permitía jalar el aire que necesitaba—. Papá —intentó bajar la voz—, ¿crees que ellas lograron algo sentadas en sus salas?

—No sé nada sobre estas mujeres —refunfuño—. Sólo sé que eres mi hija y que no quiero que te aventures a cruzar el país en una situación como la que estamos viviendo. Y sola, sin nadie que te acompañe. —Negó con la cabeza, indicando que no discutiría más el asunto—. Además, yo tengo una empresa que dirigir, no me puedo ausentar así nada más.

—No te estoy preguntando, padre. —Lily estaba decidida—. Te amo, mucho, pero no estoy haciendo esto como tu hija. Lo estoy haciendo como la esposa de Jacob y es mi derecho hacer lo que sea mejor para él. La decisión es sólo mía.

La criada ayudó con los preparativos para la partida de Lily. Juntas, instalaron un baúl al centro de su habitación y colocaron sus prendas más esenciales dentro.

—Me llevaré sólo tres vestidos, aparte del que usaré la mañana de mi partida —instruyó Lily—. Uno para la cena, ya que mi querida cuñada esperará cierto nivel de decoro, además de cuatro camisas y prendas interiores, así como un cambio de enaguas.

Tenía la lista en su cabeza. Guantes de piel y un chal de lana. Las necesidades mínimas que le permitieran viajar ligero, sin perder interés en su apariencia, mientras se adentraba a territorio desconocido.

—Por favor, recapacita —su padre le rogó antes de partir. Afuera, un carro esperaba para llevarla a la estación.

Lily lo besó en ambas mejillas, atesorando el aroma familiar de su colonia de sándalo.

—¿Cómo podría? —sonrió—. No sería tu hija si me quedara cruzada de brazos.

55

Unos días antes de su partida, Lily envió un pequeño paquete de café y dos latas de pan dulce a través de Adams Express, dirigidas a su cuñada en Satartia. Pasó varias horas escribiendo la carta que iría dentro del paquete. Sabía que debía enmendar su relación con esa rama del árbol familiar si quería a contar con su ayuda para buscar a Jacob.

Querida Eliza:

Me cuesta trabajo creer que esta primavera se cumplen cuatro años desde que los visitamos en su hermosa casa de Misisipi. Como bien sabes, la oficina postal ha imposibilitado enviar cartas a cualquier estado confederado. Así que ahora estoy intentando contactarte por el único medio del que tengo conocimiento, Adams Express. Rezo para que este paquete te llegue.

A pesar de que el tema de la esclavitud nos divide, te ruego que abras el corazón y que leas esta carta sin prejuicio. Temo que algo terrible haya ocurrido dentro de nuestra familia que requerirá que pongamos nuestras diferencias a un lado.

Espero que Samuel este sano y salvo, tal vez incluso en Satartia, contigo. Pero tengo razón para creer que Jacob está muerto o gravemente herido, ya que no he tenido noticia de él en casi siete semanas. Planeo tomar un tren de Nueva York a Chicago y, luego, si no es posible encontrar un tren al Sur, viajaré por buque de vapor hacia Nueva Orleans antes de partir al este hacia ti. Mi intención es recorrer todos los hospitales de campo, de Port Gibson a Baton Rouge, y buscar cualquier indicio de Jacob o al menos de su regimiento. Esos son los últimos dos lugares en los que sé que su tropa estuvo estacionada.

Como te puedes imaginar, no será fácil para una mujer buscar a su esposo —quien no es un oficial de alto mando, sino sólo un músico militar— en medio de tanta devastación. Muchos otros, como mi padre, consideran que mi impulso por aventurarme por mi cuenta es peligroso y desmedido, pero no puedo quedarme sentada sin hacer nada. Por eso, te pido tu ayuda, para usar tu casa como una base mientras recorro los hospitales, o sigo la pista del paradero de mi Jacob.

Comenzaré el viaje sin recibir respuesta tuya, ya que no puedo esperar y, lamentablemente, ni siquiera sé si este paquete te llegará.

Sé que debe ser muy difícil para ti que Satartia y el resto del condado de Yazoo se encuentren bajo control de la Unión, pero sólo puedo esperar que no me niegues asilo y que, por el contrario, me

ofrezcas tu residencia como un refugio temporal. Dudo poder encontrar otro sitio en el que quedarme, siendo una norteña buscando a su marido de la Unión. Estoy segura de que yo haría lo mismo por ti, como tu cuñada, si tú estuvieras ante las mismas y desesperadas circunstancias que ahora debo afrontar.

Con el más profundo afecto familiar,

Tras firmar su nombre, Lily releyó las últimas líneas, preguntándose si quizá era demasiado empalagoso para ser creíble, en especial dada la relación fría entre ella y Eliza. Pero tras un momento de reflexión, selló el sobre. No había cantidad de cumplidos, engaños o mentiras que no diría por encontrar a Jacob.

Los dos días que pasó en el tren fueron la parte ligera de su viaje. Cuando llegó a Chicago, el jefe de la estación le confirmó que la única forma de llegar a Misisipi era tomando un barco de vapor a Nueva Orleans y luego por carroza hacia su destino final.

—Sherman sí que ha hecho un buen trabajo. Todos los rieles de ferrocarril de aquí al sur han sido destruidos —le dijo sin rodeos—. Hay algunos botes que salen de Bridgeport. Desde aquí, es un viaje relativamente corto en carroza. Hay que atravesar el Canal de Illinois y Míchigan que conecta con el río Miss-Lou. Eso si alguien está dispuesto a llevar una mujer hasta Nueva Orleans.

Le dibujó un pequeño mapa en un pedazo de papel para indicarle la dirección de su viaje. Lily miró las marcas hábiles de su lápiz, intentando pensar en una ruta alternativa.

El jefe de la estación mordió su pipa.

—No puedo decirle que estoy a favor, señora. El clima en febrero trae consigo todo tipo de problemas incluso en los tiempos de paz y ahora estamos en guerra. Es un viaje peligroso para una mujer —dijo mientras exhalaba una nube de humo por la ventana del quiosco—. Lamento decirlo, pero usted debería darse la vuelta y regresar a Nueva York.

Pero Lily no haría tal cosa. Tomó el papel en el cual el hombre había escrito la dirección del puerto y consiguió una carroza que la llevara a la zona de embarcación del canal.

—Está arriesgando su vida, señora —le dijo el capitán de uno de los barcos de vapor cuando llegó—. Estamos dispuestos a llevar pasajeros, pero debo decirle que apenas la semana pasada, uno de nuestros buques fue atacado por una flota rebelde. Dispararon con cañones y el motor quedó destrozado justo a las afueras de Memphis. No hace falta decir que el viaje no salió bien para los pasajeros.

—Me han dicho que ésta es la única forma de llegar a donde necesito ir —dijo Lily, determinada—. Necesito llegar a Satartia,

Misisipi. Me dijeron que era posible si tomamos la desviación por el río Yazoo.

El hombre se rio por la forma en la que Lily estaba tomando el control del bote.

—No podemos hacer eso, señora. Se supone que naveguemos directamente hacia Nueva Orleans.

Lily buscó en su bolsa y sacó un fajo de dinero.

—¿Es esto suficiente para desviar la ruta?

El billete nuevo de la Unión brilló en manos del marinero.

—Mire. Puedo llevarla a Grand Gulf, cerca de Port Gibson. De ahí es menos de un día en carroza a Satartia.

Lily asintió y aceptó el plan.

—Debe ser un chico bastante especial —murmuró mientras le hacía señas al ayudante de sobrecargo para ayudarla con su baúl.

—Lo es —respondió ella y subió a bordo.

Una vez en el barco, Lily evitaba las miradas de la tripulación. Adornada con un *bonnet* , una capa y un chal de lana, no sólo era la única dama a bordo, sino la única mujer. El capitán le ordenó a uno de los tripulantes que la llevara a una de las habitaciones individuales en la cubierta inferior. Se sintió agradecida por estar a solas mientras el bote avanzaba hacia la noche fría y ventosa.

Esa noche, uno de los hombres dejó una charola de comida a un lado de su puerta, la cual consistía en un guiso más bien insípido y un pedazo de pan duro. Lily se obligó a comer unos bocados. No había tenido una verdadera comida en varios días. Su único sustento habían sido las viandas de la canasta que la criada le preparó para el primer tramo de su viaje. Cómo deseaba haber tomado una de las latas de pan dulce que le había enviado a Eliza. Tan sólo pensarlo le volvía agua la boca.

Sacó su diario e intentó recapitular su viaje hasta el momento, esperaba algún día podérselo compartir a Jacob, le contaría sobre los riesgos y las dificultades. Pero pronto su mano soltó la pluma y sus ojos se sintieron pesados. Estaba fatigada. Se colocó el chal alrededor de los hombros, se recostó sobre su costado y se quedó dormida.

Días más tarde, cuando por fin llegó a Grand Gulf, batalló por verse presentable. Su pequeña habitación no tenía espejo y sólo había un lavamanos diminuto en el tocador, no obstante, Lily hizo lo mejor que pudo por ordenar su cabello y alisar su ropa. Una vez que

atracaron y pudo de nuevo caminar en tierra firme, sus piernas temblaron y su estómago se le revolvió por haber pasado tantos días a bordo.

—¿Necesita un caballo y carroza, señora? —le preguntó un hombre mayor y emocionado. A pesar de que el viaje en bote había sido pesado, seguía luciendo como una fruta en su punto entre la multitud de residentes empobrecidos que se habían reunido para recibir suministros del barco o para escuchar noticias del Norte.

—Sí —respondió Lily. Aun cuando había varias personas a su alrededor, el sitio no parecía el indicado para comenzar su búsqueda.

—¿A dónde se dirige?

—Satartia, Misisipi —respondió sin más. Uno de los miembros de la tripulación, al cual le había dado buenas propinas durante su viaje, se acercó con su baúl.

—¿Al este? —Negó con la cabeza y levantó sus cejas—. Se encamina a territorio peligroso, señora. Sherman ha estado haciendo de las suyas por ahí. No es seguro para nadie, mucho menos para una dama.

—Es lo que me han dicho, pero eso no me detiene. —Tocó su bolsa con una mano—. Si me encuentra un conductor —se acercó a él —, prometo hacer que valga la pena.

Por más tentadora que fuera la idea de descansar y comer en Grand Gulf, Lily no se quedó en la ciudad. No quería gastar un sólo momento. Tenía una misión.

Pese a que su conductor quería viajar por los caminos más seguros que conocía, Lily le rogó que pasara por las zonas donde habían ocurrido las batallas, pues planeaba detenerse en cualquier campamento que encontrara. En estos sitios desolados, recorrió las camas de los incontables hombres heridos de ambos bandos, pidiéndole a las enfermeras alguna pista sobre su esposo, un músico en el Centésimo Sexagésimo Tercero Regimiento de Nueva York, pero en ninguna de estas paradas consiguió información sobre Jacob y sólo sirvieron para mostrarle los horrores de la guerra.

Animales de granja pudriéndose en campos que habían sido quemados. Casas con las ventanas rotas, iglesias deshechas por el fuego. Por largos periodos, Lily apenas podía mirar desde su carroza. Al atardecer, finalmente llegaron a Satartia. Estaba agradecida, ya que encontrar un sitio donde pasar la noche en cualquier otro lugar

hubiera sido una encomienda más. Había pocas casas de huéspedes dispuestas a ofrecer alojamiento a alguien del Norte, incluso con su dinero de la Unión.

La mansión de Samuel y Eliza, que ella recordaba hermosa y florida en su visita unos años antes, la recibía ahora evidenciando sus propias cicatrices de guerra. La fachada, que antes había sido de lo más elegante con columnas griegas que enmarcaban la puerta, ahora era una sombra de lo que había sido. Los árboles frutales que lindaban la propiedad habían sido talados. El jardín extenso y verde que la había cautivado años antes estaba seco. Por la reja que antes daba al camino cubierto de conchas, Lily miró un paisaje desolado y sin vida.

Le pagó al conductor, que llevó su baúl al pórtico antes de apurarse de regreso a la carroza.

Eliza abrió la puerta antes de que Lily tocara.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz flotó en el aire frío del invierno, tenía un tono que no era de indignación, pero que tampoco era hospitalario.

Iba vestida con una falda lúgubre, con corpiño y polisón, su pelo oscuro sólo acentuaba la estructura demacrada y afilada de su rostro.

—¿Lily? —preguntó, entrecerrando sus ojos verdes—. ¿Eres tú?

—Sí, así es —Lily volvió a atar los listones de su *bonnet* y alisó su capa, dio un paso al frente para saludar a su cuñada.

—No puedo creer que estás aquí en mi puerta —dijo Eliza, sin poder contener su confusión y una ligera molestia.

Lily se dio cuenta de que la carta no había llegado.

—Como me temía —se disculpó—. No recibiste mi paquete. Envié una carta en la que explicaba todo.

—No, para nada —Eliza la interrumpió. Miró el baúl que acompañaba a su cuñada y alzó la mirada a tiempo para ver al conductor marcharse.

Antes de que Lily pudiera explicar su presencia, otra voz emergió.

—¿Eliza? ¿Quién es?

Eliza hizo una seña y Lily la siguió hacia la casa poco iluminada. Olía a humedad y moho. Lily se dio cuenta que el interior de la casa tampoco se había salvado.

—¿Eliza? —repitió la voz, y de nuevo, no obtuvo respuesta.

En medio del vestíbulo, la mente de Lily se ajustó a lo que veía. Frente a ella estaba Samuel en una silla de ruedas. Debajo de la cobija de lana que tenía sobre sus muslos, Lily pudo ver que sólo tenía una pierna.

56

—Samuel —Lily dijo su nombre en voz baja. No sabía qué más decir. Todas las palabras que había ensayado se desmoronaron.

—Qué sorpresa verte. —Él se encargó de llenar el silencio—. No te esperábamos. O a nadie más, de hecho. —Sus ojos recorrieron el vestíbulo lleno de sombras, buscando a alguien más.

Las paredes forradas de madera, que en algún momento resplandecían, ahora estaban opacas y llenas de rayones. Por ningún lado podía ver las obras de arte enmarcadas que recordaba de la última vez que había estado ahí.

—Como te darás cuenta, no nos encontramos en las mejores condiciones para recibir huéspedes. —Samuel forzó una risa—. Vaya revoltijo que ha causado tu Unión. —Bajó la mirada a su único pie sobre el soporte de la silla de rueda—. Sin mencionar lo que me hicieron a mí.

Eliza caminó detrás de su esposo y colocó una mano firme sobre la silla.

—Debes estar cansada por el viaje, Lily —intervino, cambiando de tema.

—No me puedo quejar. Agradezco haber llegado sana y salva, tras algunas demoras inesperadas.

Eliza llevó a Samuel a la sala y lo posicionó junto a la ventana. Las cortinas verdes de seda que tan impactantes le habían parecido a Lily ahora estaban manchadas de agua y alquitrán.

—A Samuel le gusta estar en la esquina de este cuarto, donde entra la luz —explicó Eliza—. ¿Podrías quedarte con él mientras preparo algo de té?

—Por supuesto —respondió y se sentó en una de las sillas junto a

él. A la luz del atardecer, Lily contempló el perfil de su cuñado. Su cara estaba cubierta de líneas, su barba, espolvoreada de canas—. Lo siento mucho, Samuel. Esta guerra ha traído tanta pérdida. —Se acercó para tomar su mano.

Samuel giró su cuerpo para verla de frente.

—Me imagino que ésta no es una visita de cortesía. ¿Tienes noticias sobre mi hermano?

Lily se detuvo y consideró sus palabras.

—Ninguna noticia, Samuel. Por eso es que he venido de tan lejos. —Respiró hondo—. No he sabido de Jacob en más de dos meses. Quizá no sería cuestión de alarma para la mayoría de las mujeres en mi posición, pero es muy extraño viniendo de él. Por casi dos años, me ha escrito sin parar.

—Me alivia que no hayas venido para informarnos de su muerte. —La voz de Samuel se quebró—. Me arrepiento de haber peleado la última vez que nos vimos, Lily. Nadie podía imaginar el infierno que estaba por llegar. —Su cuerpo entero comenzó a temblar.

—Lo sé —convino ella—. Es difícil pensar en todas las vidas que se han perdido, toda la ruina…

—No puedes comparar nada en el Norte con el nivel de destrucción que hemos tenido aquí —intervino Eliza mientras cargaba una bandeja con tazas de distintos juegos de té. Su hija de seis años, Clementine, estaba a lado de ella, sosteniendo un plato con algunas galletas de melaza—. Los yanquis quemaron las casas y tierras de nuestros vecinos —dijo con amargura—. El general Grant incluso ocupó esta casa por tres noches. Sus hombres la descascararon de las formas más horribles. Todo esto mientras estaba yo sola, con mis hijas. —La porcelana temblaba y sus nudillos comenzaban a palidecer.

—Eliza… —Samuel intentó calmarla—, Lily ha viajado una distancia enorme y está en nuestra casa como familia, no como el enemigo. No está buscando a un soldado de la Unión sin nombre. Está buscando a Jacob, mi hermano.

Eliza colocó la bandeja sobre una mesa y Clementine puso el plato de galletas a un lado.

—Lo siento —dijo, levantando el mentón y enderezando sus hombros—. Pero que ella venga aquí a decir que todos hemos sufrido por igual, cuando es obvio que no ha sido así, me parece atroz. A diferencia de ella y el resto de sus amigas neoyorquinas, lo hemos perdido casi todo. —Se limpió los ojos con un pañuelo.

Lily bajó la mirada.

—Quizás mi presencia aquí les resulte demasiado incómoda. No

quiero molestarlos. —Comenzó a levantarse para irse.

—Por favor —Samuel levantó su mano para detenerla—, eres la esposa de Jacob, Lily. Siempre serás bienvenida en este hogar. —Le lanzó a Eliza una mirada suplicante—. Sí, hemos perdido mucho en esta guerra, pero no voy a perder a mi familia también. —Se aclaró la garganta—. Me parece un acto de valentía el que hayas venido hasta aquí para buscarlo —afirmó Samuel—, pero sabiendo de primera mano lo que te espera allá afuera, me temo que será como buscar una aguja en un pajar.

57

—He estado teniendo pesadillas —admitió William a Stella—. Jacob sigue ahí y nadie lo ayuda.

—Shhh… —Stella intentó consolarlo. No quería escuchar otra palabra sobre ese soldado blanco que su amado había dejado en el bosque con una anciana.

—Con su tobillo abierto y torcido, no podrá caminar por mucho tiempo —dijo William mientras intentaba calcular cuándo podría regresar a buscar a Jacob. Los últimos días, había doblado y desdoblado su mapa-partitura más de cien veces, el pedazo de papel ahora estaba casi demasiado frágil para tocarlo.

—Tienes que dejar de hacer eso, William —le advirtió Stella—. Se va a romper.

William miró el papel plegado y abatido, con sus símbolos infantiles que esperaba lo llevaran de regreso a su amigo. Todavía podía escuchar la risa de los soldados de la Unión cuando intentó explicárselos.

Stella cargó a Wade y se sentó al otro lado de la mesa.

—Vas a tener que contarme por qué este hombre es tan importante para ti. Porque sé que has tenido una vida llena de pérdidas desde antes de la guerra. ¿Por qué él es diferente?

Con esas palabras, Stella rompió el pacto implícito entre ellos, el de resguardar al otro del dolor de sus respectivas vidas para enfocarse en los momentos breves y brillantes que pasaban juntos.

En un principio, no fue fácil para William relatar los terrores de su viaje desesperado hacia el campamento Parapet. Cómo explicarle a

Stella el pavor en ese tramo de dieciséis kilómetros que le habían parecido dieciséis días, las raíces que salían de la tierra para hacerlo tropezar, las lianas en los pantanos que habían impedido su avance como cadenas. Y esos eran sólo los enemigos que encontró en la naturaleza, no los sonidos de hombres y perros de los que se escondía, sin saber si eran cazadores de esclavos o sólo hombres de camino a casa. Además de la angustia absoluta al llegar al campamento. El paisaje escuálido lleno de hombres enfermos y derrotados lo había hecho darse cuenta de lo consentida que había sido su vida como esclavo. Pero mientras hablaba, se dio cuenta de lo mucho que había anhelado quitarse ese peso de encima, de compartirle todo lo que le habría escrito si hubiera podido. Y así, la historia entera salió de William.

—Ese primer día, Jacob no me miró como si sólo fuera otro esclavo fugitivo. Me vio como un músico y si no me hubiera aconsejado decirles que tocaba el pífano, no estaría aquí ahora, no lo creo. —Suspiró—. La vida de un soldado negro no vale un carajo para el Ejército de la Unión, pero ese instrumento me hizo valer más que otros. O, en cualquier caso, me protegió de lo peor.

Wade se había quedado dormido, y Stella escuchaba atenta mientras William describía la amistad única que había formado con Jacob.

—Teníamos una suerte de compañerismo musical —le explicó—. Nunca había pensado que podía hacer que otros sintieran con sólo tocar la flauta, ¿sabes? —Los golpes en su cara habían sanado casi por completo y sus cejas castañas y suaves se levantaron como dos orugas —. Toda la vida toqué para mis dueños. No pensaba en lo que ellos sintieran. ¿Qué me iba a importar?

—Tu música es especial, William. Lo sabes…, yo lo noté desde el momento en el que llegué al Mercado. Te escuché tocar y era como si un ángel cantara.

—Gracias, mi amor. —Respiró profundo. Ver a Stella con su hijo le daba a William un nuevo aliento, uno distinto a cuando tocaba la flauta. No podía creer que hubiera perdido su instrumento. Lo extrañaba, se sentía como si alguien hubiera amputado una parte de él. No estaba seguro de que pudiera explicarle a Stella del todo su vínculo con Jacob, pues la música había sido una especie de lenguaje con el que se expresaban entre ellos. Pero igual, William siguió—. Este último año, Stella, aprendí que mi música podía tocar el alma de las personas. Sacarlos de la desesperanza. Hacerlos pensar en las personas que extrañaban. Darles valentía antes de marchar a la batalla.

Acompañarlos mientras lloraban alrededor de la fogata.

Stella colocó a Wade en su canasta y se arrodilló a un lado de William, absorbiendo cada palabra.

—Jacob me ayudó a darme cuenta de eso.

—Suena a un hombre muy especial, William.

—Es por eso que me atormenta saber que lo dejé ahí solo con esa mujer. Ella piensa que es su hijo muerto. Y Jacob corre peligro si ella se da cuenta de quién es en realidad, un yanqui del Norte. —El papel tembló entre sus manos—. Lo único que tengo es este maldito pedazo de papel, Stella, y se está deshaciendo.

Esa noche, William durmió como una roca, las sábanas se movían mientras su pecho inhalaba y exhalaba. Stella se levantó y admiró lo maravilloso que era compartir una cama con él. El mapa plegado estaba en la mesa de noche, junto a su bolsa índigo. Lo tomó y caminó a la sala, donde encendió una vela y se sentó para examinar el papel.

William le había explicado los dibujos más veces de las que Stella podía contar. El camino de la casa de la mujer hacia el granero rojo sin ovejas. El giro a la derecha que lo llevaba a un camino que pasaba por una casa color lima en una plantación azucarera. La tienda en el pueblo de Iberia, cuyo dueño se llamaba Cross.

Stella quería salvar el papel. La fijación de William terminaría desintegrándolo en cuestión de días. Así que hizo lo que sabía hacer mejor que nadie. Buscó hilo, aguja y tela.

Stella caminó de un lado a otro de la casa. Había usado casi todo el material que tenía durante la temporada navideña. El chaleco de Frye le había permitido bordar docenas de pañuelos para vender, pero sólo quedaban unos cuantos hilos. Ya no le quedaban cojines, ni hilos al chal de la señora Hyacinth. Había deshilado y recolectado todo lo que podía durante el último año para dárselo a los hijos y hermanos de las mujeres de la calle Rampart.

Su corazón latía al ritmo de sus pies. En algún lugar debía tener algo que pudiera reutilizar. Entró a la cocina y vio los cuatro pañales que había lavado y colgado a secar esa tarde. ¿Podría usar uno de ellos? Sería difícil. ¿Cuántas veces había batallado por mantener a Wade limpio y seco en el curso de un sólo día?

Pero quería hacer esto por William. Coser en la tela tanto su amor

por él como reconocer lo que este hombre llamado Jacob significaba para él. Al igual que el resto de los mapas que había hecho, no sabía si le ayudaría a llegar a su destino, pero su corazón salía a relucir cuando tenía aguja e hilo en mano.

Antes de que pasara más tiempo, Stella recordó un regalo hecho a mano que le habían obsequiado hacía tiempo, un regalo en el que los materiales comunicaban una sensación que trascendía las palabras. Entró de puntillas al cuarto y cogió la cobija que las mujeres de Rampart le habían hecho, quitándola con cuidado de los pies de William. Mil sensaciones y sentimientos se apoderaron de ella. La cobija era un regalo, un abrazo cálido, una cubierta y un escudo.

Los hilos —rojo, verde, azul y amarillo—, que habían sido usados para unir cada pieza de tela, estaban intactos. Tendió la cobija sobre sus muslos y empezó a deshilar.

58

—En esta zona, hay hospitales por doquier, Lily. Debe haber miles de soldados heridos de ambos bandos —le informó Samuel la mañana siguiente—. Por mucho que me rompa el corazón saber que mi hermano está desaparecido, me temo que será casi imposible encontrarlo en alguno de estos sitios.

—Lo sé y soy plenamente consciente de los retos y las pocas probabilidades de éxito a las que me enfrento. —Le dio un sorbo a su café. El sabor inesperado a raíz de achicoria la sorprendió.

—Lamento que no tengamos café de verdad para ofrecerte. —Eliza debió haber notado la reacción de Lily a la bebida—. Pagábamos más de lo normal por conseguirlo incluso antes de la ocupación, pero tus bestias yanquis destruyeron la tienda de Samuel y se llevaron casi todo el inventario. —Su voz estaba teñida de amargura. Se inclinó y colocó un bísquet duro sobre el plato de Lily—. Pero claro, esa es la menor de las inconveniencias que hemos tenido. Es increíble cuantas cosas he tenido que aprender estos meses sólo para sobrellevar los problemas: jardinería, negocios, incluso a conducir. Jamás había conducido una carroza hasta ahora.

—¡Mami incluso arregló la rueda el otro día! —intervino Clementine.

—Silencio —la regaño su hermana mayor, Hortensia. Las niñas eran bien portadas, incluso simpáticas. Esa mañana llevaban vestidos rosas a juego sobre los que se marcaba un patrón de flores. El material era demasiado delgado para el invierno, Lily sospechó que su cuñada había usado sábanas para hacer los vestidos.

—Su madre hace muchas cosas. —Lily miró a las niñas con compasión. Le rompía un poco el corazón no conocer a sus sobrinas.

En los tres años desde su visita, habían crecido mucho.

—Sí, así es. Y siempre estaré agradecido por todo lo que hace —añadió Samuel—. Han pasado siete meses desde que perdí la pierna y detesto no ser el hombre que solía ser en casa. —Su cara pálida se contrajo mientras intentaba mantener la compostura, pero Lily podía notar que bajo la superficie sus emociones hervían—. Por lo tanto, Lily, si aún planeas aventurarte entre nuestros hospitales, por favor, acepta mis disculpas, pero ya no me es posible conducir el caballo de la carroza —Samuel lamentó—. En mi lugar, Eliza será quien te lleve.

—Podría contratar a alguien para que me lleve —ofreció Lily—. No quiero darles más problemas.

Eliza echó su servilleta a su plato.

—Justo lo que necesitamos… Que los vecinos se enteren que le estamos dando asilo a una yanqui. Bastante difícil es ser la única familia judía en Satartia. Ahora nos tacharan de traidores —su voz se alzó—: ¿Cómo puede ser que te adentres a esta parte del mapa y no te des cuenta de lo que tu ejército ha hecho? Destrozaron nuestro pueblo, quemaron todos los campos y el olor a muerte nos ahoga cada que el viento corre. ¿Crees que haya alguien por aquí que quiera ayudarte a buscar a Jacob, un soldado de la Unión que forma parte de este infierno? —Eliza resopló, incrédula—. Para alguien que piensa que es tan inteligente, tan progresista, sí que puedes ser miope.

—Eliza —la voz de Samuel se volvió firme—. Quiero encontrar a mi hermano tanto como ella.

—No dije que no la llevaría, Samuel. ¡Sólo le estoy recordando que no porque traiga una cartera llena de billetes yanquis puede hacer lo que quiera!

—No pretendía…

—¡Por favor! —interrumpió Samuel, su cara cansada y enrojecida—. Tanta pérdida, tanta insoportable e insondable pérdida —murmuró—. Yo estaba en Vicksburg. Lo vi todo, cada horrible minuto. Hombres con futuros brillantes, muchachos de dieciocho años con novias en sus pueblos, algunos ni siquiera habían probado el whiskey. Tantos de ellos se han ido —su garganta se anudó—. Y yo perdí la pierna en ese infierno terrible. Así que no voy a permitir ni por un segundo que mi propia sala se vuelva un campo de batalla. Somos familia. Basta de discutir sobre quién ha sufrido más.

Un silencio doloroso llenó la habitación.

Eliza aclaró su garganta.

—Muy bien. No hablaré más al respecto. —Apretó sus labios y comenzó a alzar los platos de la mañana. Clementine y Hortensia se

levantaron para ayudarle—. Tendremos que salir en menos de una hora —dijo con brusquedad—. Es un día entero de viaje de aquí a Vicksburg y Oxford. Ambos lugares tienen hospitales de la Unión. El hospital militar en Yazoo City es sólo para soldados de la Confederación, así que Jacob no estaría ahí.

—No te olvides de la plantación de los Baxters —le recordó Samuel—. La Unión tomó la casa y la volvió un hospital.

—Lo sé muy bien, querido.

Lily siguió a Eliza y a las chicas a la cocina con las tazas y los platos del desayuno.

En el umbral, Eliza se detuvo y se volteó hacia Lily.

—Por favor entiende que nada de ésto ha sido fácil para mí. No será la primera vez que visite uno de estos hospitales —tomó aliento —, la última vez que fui fueron los días más angustiosos de mi vida. —Bajó la voz para que las niñas no pudieran escucharla—. Una enfermera me contactó cuando la pierna de Samuel se infectó de gangrena. Me envió sus últimas palabras en caso de que no sobreviviera a la cirugía. —Eliza miró a su esposo en su silla de ruedas, descansando la cabeza sobre su pecho, con los ojos cerrados por el cansancio de la conmoción—. «Lizzy, tú y las niñas han sido mi mundo» —recitó una parte de las palabras de Samuel y se mordió el labio, tragándose sus lágrimas—. En cuanto recibí esa carta, partí. Dejé a las niñas durmiendo solas en sus camas. Sólo podía pensar en estar con Samuel antes de que fuera demasiado tarde.

La mirada de Lily se derrumbó. Al menos Eliza comprendía su desesperación, su voluntad por atravesar cualquier obstáculo con tal de encontrar a su esposo. Quizá éste era el intento de Eliza por llamar a una tregua.

—Debió haber sido horrible para ti. —Lily lamentaba que su cuñada tuviera que revivir un recuerdo tan doloroso. Eliza se secó los ojos con su pañuelo amarillento y asintió—. Apreció muchísimo que me ayudes —añadió mientras tocaba el brazo de Eliza—. Sólo espero que, donde sea que esté Jacob ahora, no sea demasiado tarde para mí.

Las dos mujeres subieron a la banca del conductor de la vieja carroza de madera. Eliza tomó las riendas de cuero con sus manos huesudas; sus facciones afiladas se sonrojaron con el aire frío de la mañana.

No dijo mucho mientras atravesaban los caminos de terracería llenos de escombros. Caballos muertos en campos secos, sus masivos

cadáveres en plena putrefacción. Gallineros vacíos y destartalados. Casas con las ventanas rotas y graneros derrumbados.

Eventualmente, llegaron a un campo enorme, con docenas de tiendas blancas que se alzaban sobre el pasto amarillo. A sus afueras se juntaban hombres en muletas, otros con vendas en la cabeza, algunos más con sus pies envueltos en listones de algodón sucios.

—Los más gravemente heridos estarán en cama, dentro de las tiendas —le advirtió Eliza—. Espero que tengas un estómago de acero.

Lily jamás olvidaría la primera hilera de pacientes que vio cuando entró a la tienda médica. Hombres cuyas caras estaban tan demacradas y pálidas como el hielo, con miradas tristes y suplicantes.

Se acercó a una enfermera que llevaba un delantal manchado de sangre y le preguntó si tenían a alguien que coincidiera con la descripción de Jacob.

—¿Tu esposo estaba en la Centésima Sexagésima Tercera Infantería de Nueva York? —la mujer le preguntó con delicadeza.

En el aire pesaba el olor a muerte, sangre y heridas abiertas. Lily se llevó la mano a la boca. Apenas podía respirar.

—Así es. Es músico para el ejército.

La enfermera consideró la información.

—Revisaré el registro. Si me sirve la memoria, hubo algunos soldados de su infantería aquí en el verano, pero ninguno que tuviera heridas de guerra. Todos tenían disentería o fiebre biliosa.

—¿Verano? —repitió Lily, intentando esconder su decepción. La última carta que había recibido de Jacob era de antes de Navidad.

—Sí —confirmó la mujer. Se detuvo junto a una cama en la que un hombre gemía, pidiendo agua.

—Discúlpeme un momento. —Se dirigió a la parte trasera de la tienda y regreso con un cucharón lleno del líquido. Tomó la cabeza del joven mientras se inclinaba y vertió el agua sobre sus labios secos.

Por meses, Lily había trabajado cosiendo cobijas para surtir hospitales como éste. Había enrollado cientos de vendas. Había leído las cartas de mujeres como Frances Gage que había sido voluntaria para asistir a los heridos y enfermos. Pero al ver por sí misma el dolor y la desesperanza en los ojos de estos hombres se dio cuenta de que el sufrimiento humano de la guerra jamás podría ser comprendido por alguien en un lugar tan lejano como Nueva York. Se había imaginado que sería terrible, aunque la realidad era mucho peor.

—Agua —otro hombre suplicó, sus labios azules, su mano temblorosa levantándose bajo su sábana.

El resto de las enfermeras se encontraban ocupadas y Lily no pudo sólo quedarse ahí. Caminó a la parte trasera de la tienda y llenó un cuenco.

—Lamento no poder acompañarte dentro para buscar —se disculpó Eliza cuando Lily por fin regresó a la carroza. Había pasado la última hora encorvada sobre la banca del vehículo con su capa envuelta a su alrededor—. Es muy difícil para mí. —Se tocó la garganta, como si fuera a vomitar—. Cuando llegué al hospital para ver a Samuel esa noche, entré a la tienda incorrecta y me recibió un enorme barril de brazos y piernas amputados. —La cara de Eliza palideció—. No es algo que pueda olvidar.

Lily se estremeció. Ella tampoco había estado lista para lo que acababa de ver.

—Tantos hombres mutilados, como tu Samuel. —Bajó la mirada y se jaló los guantes—. Cuando esta guerra termine, serán pocos los que no tengan cicatrices.

No sólo pensaba en los soldados, sino también en el país, dividido de forma tan burda en dos.

Eliza alzó la mirada hacia el sol que se escondía tras las nubes grises.

—Diría que podemos pasar por el hospital de Vicksburg de regreso, pero después de ahí me temo que debemos ir a casa. Es la primera vez que dejo a Samuel por tanto tiempo. Me preocupan sus necesidades más, eh, delicadas.

—Claro —respondió Lily. Su estómago se contrajo, pensando en un hombre adulto requiriendo un cuidado tan íntimo.

Eliza se giró hacia Lily con una mirada suave.

—De verdad espero que encuentres a Jacob y que ustedes dos no tengan que enfrentarse a una situación como la mía.

Era la primera vez en la memoria de Lily en que ella y Eliza habían deseado lo mismo.

59

William despertó y entró a la sala cargando a Wade.

—El hombrecito durmió toda la noche —anunció sosteniendo a su hijo con dulzura entre sus brazos.

—Los dos cayeron como piedras. —Le sonrió Stella mientras levantaba la mirada de sus últimas puntadas. Su corazón se engrandecía al ver a sus dos muchachos juntos.

—¿Qué andas haciendo ahí, eh? —William se acercó. De lejos podía ver un pedazo de tela blanca punteado con símbolos y figuras de varios colores. Junto a Stella había una pequeña pila de telas de algodón de todos los colores del arcoíris.

—¿Esa no es tu cobija favorita? —Estaba tan distraído por el hecho de que hubiera deshilado su cobija favorita, que no notó el mapa que estaba cosiendo.

Stella colocó una mano sobre la pila de tela y sus dedos acariciaron con ternura el amarillo que había salido del vestido favorito de la señora Emilienne.

—No creo que a las señoras les importe —respondió con suavidad —. La hicieron con amor, como yo te hice esto. —Stella levantó su obra más reciente para que William pudiera verla.

—¿Qué es eso? —William entrecerró los ojos. Era demasiado grande para ser un pañuelo y demasiado pequeño para envolver a Wade.

Mientras se acercaba con el bebé en brazos, William quedó abrumado y maravillado una vez que entendió lo que Stella había hecho. Tomando los trazos burdos que había dibujado sobre el papel, los transformó en una guía indeleble. La casa de la mujer estaba marcada con una equis grande y azul, de ahí, una puntada simple

trazaba el camino de terracería hacia el camino principal, el giro a la derecha tras el granero rojo, la casa amarilla en la plantación de azúcar. Sus dedos acariciaron las diminutas puntadas que llevaban a la tienda. Al centro de un pequeño edificio había una cruz negra.

—No es una iglesia, recuerdo que me dijiste eso —le dijo Stella—, sino que es el nombre del lugar.

—La tienda del señor Cross —le confirmó William, impresionado por la memoria de Stella. Había escuchado cada palabra que le dijo, a diferencia de los hombres que lo habían humillado.

—Lo único que no me dijiste es el nombre del pueblo. Creo que será importante, porque si llegas ahí y retrocedes desde la tienda, esa es la forma de llegar hasta Jacob.

—Iberia —le dijo, observando el mapa. Jamás olvidaría el nombre.

Stella lo repitió, enfatizando cada sílaba.

—Quizás puedo bordarlo ahí. Así se lo puedes enseñar a algún oficial de la Unión y quizá irán a buscarlo. Y te traerán tu flauta de regreso también.

No le dijo lo que su corazón sentía. No quería que William viajara por su cuenta. Stella no podía arriesgarse a perderlo otra vez.

60

Tras visitar tres hospitales militares al día siguiente, aún no había rastro de Jacob. Lily buscó en las caras demacradas de los soldados carcomidos por la guerra, confinados a sus camas. Aprendió a no detenerse junto a cualquiera que tuviera cabello rubio o rojizo, sólo miraba de cerca a quienes tuvieran cabello oscuro o la cabeza vendada. Pero, aun así, no encontró nada.

—Es como me temía —le dijo Eliza después—. Sin una carta o algún informe que te diga dónde está, es imposible, Lily.

Pero Lily no se rendiría. Al menos, no por ahora.

Al día siguiente, Eliza tenía que quedarse en casa a cocinar lo que Samuel y las niñas comerían en los días siguientes.

El martes, las dos mujeres partieron de nuevo, esta vez viajando al oeste, hacia la vieja plantación de los Baxter que había sido transformada en un hospital de la Unión.

Tras andar toda la mañana, su carroza entró por las puertas de la reja de hierro. El camino estaba delimitado por álamos altos sin hojas en sus ramas. A un lado de la fachada palladiana, un carpintero con un delantal por encima de su traje negro le daba instrucciones a varios jóvenes que cortaban y raspaban tablones de madera para construir féretros.

La matrona del lugar recibió a Lily en las escaleras del pórtico.

—¿Busca a un ser querido? —preguntó con delicadeza.

—Estoy buscando a mi esposo —respondió Lily—. De hecho, no sé si esté aquí. Su nombre es Jacob Kling, es músico en la Centésimo Sexagésima Tercera Infantería. Sé que su regimiento ha estado en Misisipi y en Luisiana. Port Hudson, Port Gibson…, Baton Rouge… —balbuceó lo que recordaba de sus cartas.

—Es un área bastante amplia —contestó con reservas la enfermera—. Muchos de nuestros hombres han podido enviar un mensaje a sus familias, casi siempre mediante una carta escrita por una de nuestras hermanas, detallando su llegada a nuestro hospital. Siempre estamos agradecidas cuando recibimos a algún pariente para ayudar con sus cuidados o para gestionar su traslado. —Dobló sus manos frente a ella y en su cara había una expresión bien practicada de compasión y simpatía—. Pero, sin ningún aviso, me temo que simplemente ir de un hospital a otro no provee la información o el reencuentro feliz que usted busca.

—Es lo que he apreciado, en especial dado que mi búsqueda no me ha dado los resultados que esperaba. —Lily miró al suelo antes de levantar su cabeza para ver a la enfermera a los ojos—. Pero no podía quedarme en casa sin hacer nada sabiendo que mi esposo estaba herido en algún lugar.

—Lo entiendo, de verdad. Es por eso por lo que las enfermeras y yo hemos venido a este lugar. Tampoco podíamos hacer nada con tantos hombres de la Unión requiriendo cuidado médico. —Le indicó a Lily que entrara con ella—. Venga conmigo. El nombre Jacob Kling no me suena, pero tenemos muchos soldados aquí que no han sido identificados. Siéntase libre de buscar entre ellos.

En las amplias habitaciones de la mansión, con paredes pintadas en tonos de gris y dorado, el esplendor previo a la guerra había sido reemplazado con enfermos y heridos. En la enorme sala, una innumerable cantidad de camas yacían lado a lado. El espacio estaba atiborrado de poleas de madera levantando las piernas de algunos soldados. Sobre los muebles de caoba, había cuencas llenas de agua ensangrentada que esperaban ser vaciadas.

—Tenemos más habitaciones arriba —la matrona le informó a Lily—. Varias se están utilizando como salas de operación; en otras, se están recuperando aquellos que han perdido alguna extremidad. —Consultó el reloj prendido a su pecho—. Lo lamento, pero tengo que dejarla por ahora —tocó el brazo de Lily—, por favor, no suba a menos que encuentre a una enfermera que la acompañe. Es importante no interrumpir a los cirujanos. Y claro, hay que tratar a aquellos con heridas más graves con mucha delicadeza.

Caminó unos pasos antes de voltearse hacia Lily de nuevo.

—Le deseo suerte, querida, sea lo que sea que encuentre aquí.

Lily caminó por entre las hileras de camas de metal, buscando en cada rostro a Jacob. Su estómago se retorcía al fijar su mirada sobre tantos espíritus abatidos, tantos cuerpos que ella sabía que jamás sanarían del todo.

Pero, de nuevo, no había rastro de Jacob.

Después de un rato, se encontró con la matrona de nuevo. Esta vez, su delantal estaba manchado de sangre fresca y una huella roja oscura ensuciaba su gorra blanca.

—¿Sería posible buscar en los cuartos de arriba?

—Sí —respondió la matrona con suavidad—. Pero, por favor, esté preparada. Lo que verá no será fácil.

Lily la siguió por las escaleras color nuez, custodiadas por dos óleos gigantescos de los ancestros ojiazules del terreno. Hombres y mujeres que juzgaban a aquellos que habían ocupado su casa y las herencias de su familia.

La enfermera abrió la primera puerta y Lily notó de inmediato, más allá del muñón ensangrentado, el cabello rojo del paciente.

—No es mi esposo —anunció rápidamente. La matrona asintió y cerró la puerta.

En la segunda habitación, el olor a carne cauterizada todavía permeaba el aire. Lily casi se paralizó al entrar. No sólo le faltaba un brazo, con el hombro vendado alrededor de la herida, sino que la cara del joven también estaba vendada. Lily se obligó a acercarse para asegurarse de que no era Jacob.

—No es él —susurró.

El corazón de Lily se aceleró mientras la enfermera abría la puerta de la última habitación. El cabello oscuro y rizado. La misma nariz y labios. La complexión esbelta y los dedos largos abiertos sobre la sábana blanca.

—¿Jacob? —Su nombre salió de su boca como un pájaro saliendo de su jaula. Se arrodilló a un lado de la cama, intentando ignorar el sitio en que le habían amputado la pierna.

Un gemido leve salió de sus labios, un murmuro bajo. Pero cuando su mano estaba a punto de tomar la suya, el joven abrió los ojos y Lily vio que no eran verdes, sino cafés.

—¿Mary? —La voz del soldado era débil. Aún estaba adormecido por los efectos de la morfina. Su mano se estrechó alrededor de los dedos de Lily.

—Shhh —le susurró ella, conteniendo las lágrimas. Una vez más, su corazón se rompía. No dijo otra palabra hasta que el soldado se durmió de nuevo.

De vuelta a Satartia, Lily apenas habló.

—Sin suerte, ¿verdad? —preguntó Eliza mientras Lily se subía a la carroza con ella.

Lily negó con la cabeza y se volteó para evitar que su cuñada viera sus lágrimas. De verdad había creído haber encontrado a Jacob en la última habitación y ahora la sensación de que jamás lo encontraría comenzaba a asentarse.

El perfil afilado de Eliza y su postura enderezada eran como el filo de un cuchillo mientras iban de regreso a Satartia. Lily se ajustó el listón de su *bonnet* y se tapó con su capa mientras el cielo se oscurecía y el viento soplaba. Cerró los ojos, recordando una y otra vez a aquel joven, cuyos ojos se abrieron sólo para revelar iris oscuros. El dolor de recordarlo la afligió tanto como el frío y la lluvia.

—Mamá, Hortensia quemó los pasteles. —La voz de Clementine las recibió en cuanto se quitaron sus prendas mojadas.

—Silencio —la regañó Eliza—. Tu tía y yo estuvimos afuera todo el día y tu hermana sólo intentaba calentar la cena.

Lily entró a la sala, cansada y desmotivada tras otro día de búsqueda infructuosa. A la luz tenue de la habitación, su mirada se posó en Samuel, dormido sobre su silla de ruedas en su lugar favorito, junto a la ventana. Una de las muñecas de trapo de Clementine y un juego de té en miniatura yacían frente a él en la alfombra.

—¿Has estado cuidando a tu papi todo el día, entonces? —le preguntó Lily a la menor de las hermanas cuando regresó.

—Es medio flojo —confesó Clementine—. Se toma su medicina y se duerme toda la tarde —dijo, señalando un frasco pequeño sobre el aparador.

Lily se acercó y leyó la etiqueta: morfina.

—Mamá dice que sólo puede tomarla cuando el dolor es muy feo, pero creo que le gusta dormir más cuando Hortensia y yo tenemos que cuidarlo. Dice que así no nos mortifica, pero no sé qué signifique eso.

Lily miró alrededor de la sala, las cortinas rasgadas, las manchas de vino en la alfombra. El Ejército de la Unión quizá había arrasado con la casa, pero las heridas más insidiosas supuraban invisibles a la vista.

Una hora más tarde, después de que Samuel se levantara, los cinco se

sentaron a cenar. Eliza había salvado el pastel de carne que Hortensia había quemado, pero, aparte de eso, no había mucho más. Un tazón con papas hervidas recorrió la mesa, eso era todo.

—Lamento que no lo hayas encontrado —dijo Samuel, arrastrando un poco sus palabras, todavía un poco adormecido—. No estoy seguro de que haya otros hospitales de la Unión por estos rumbos.

Lily asintió.

—Sí, supongo que he descartado todas las posibilidades aquí.

Samuel se frotó los ojos.

—Cuando desperté, pensé en otras opciones que podrías considerar. Podrías ir a Nueva Orleans. Creo que quizá puedas encontrar algo de información en los cuarteles del general Banks. Dijiste que podía estar en Luisiana.

—Necesitarás pasar por Nueva Orleans de todas formas para regresar a Nueva York —añadió Eliza, sin contener las ganas que tenía de tener su casa para ella sola de nuevo.

Lily bajó la mirada a su plato.

—A estas alturas, cualquier estrategia es buena, supongo. ¿Pero cómo llegaré a Nueva Orleans si ningún conductor local que me lleve?

—No te preocupes por eso, querida Lily. —El tono de Eliza era empático—. Estoy segura de que a nadie le importará recibir un poco de dinero por sacar a una yanqui del pueblo.

61

Stella había estado observando el círculo oscuro en el techo toda la mañana. La semana entera había llovido y las goteras sólo empeoraron. Cuando, finalmente, el cielo aclaró y el sol salió, se sentía como si fuera la primera vez que brillaba.

—Mi mano se siente mejor —dijo William mientras levantaba la cubeta de aluminio del centro de la habitación, donde había estado acumulando agua—. Pensaba subir al techo, echarle un ojo a esa gotera.

—No te vayas a lastimar —le advirtió Stella—. Yo pensaba que Ammanee puede pedirle a Benjamin que la repare la próxima vez que esté en la ciudad. Es muy habilidoso, además, ha estado visitando a escondidas a Ammanee en casa de Janie cuando mi mamá no está, ya que ahora a mi hermana le gusta pasar la noche por allá. —Stella sonrió, pues su hermana al fin recibía la alegría y el afecto que tanto merecía.

—¿No crees que soy hombre suficiente? —Se rio.

—Creo que lo eres bastante, pero esas manos tan lindas que tienes están acostumbradas a tu flauta, no a un martillo y clavos.

Sus ojos brillaron ante el espíritu juguetón de Stella.

—Se te olvida que estuve en el ejército. Puedo martillar ahora. Consígueme una escalera y subiré a arreglarla —insistió—. No necesitaré mucho, tal vez sólo una teja nueva y algo de alquitrán.

—No tengo escalera, pero creo que mi mamá sí. Voy a preguntarle. Tú quédate aquí con Wade.

—Me toca fácil por ahora —dijo, dándole un beso a la cabeza de su hijo—. Pero dime si es muy pesada e iré yo por ella. No necesito la ayuda de Benjamin. Puedo hacerlo yo. Hice cosas mucho más pesadas

en Port Hudson.

Stella recorrió Rampart, disfrutando del aire fresco de febrero. La lluvia había dejado destellos de sus gotas sobre las hojas de los árboles de magnolias. El arbusto de azalea de la señora Hyacinth estaba hecho bola como un puño por el frío.

—¿Mamá? —Stella tocó la puerta azul de la casa de Janie. Al no recibir respuesta, abrió la puerta y entró.

Janie caminaba lento hacia ella para recibirla.

—Perdona, nena, le estaba haciendo a tu hermana una taza de té. No se siente muy bien hoy.

Stella bajó su canasta.

—¿Qué tiene, mamá? ¿Algo en el estómago?

—No, no es eso. Una tos. Un poco de fiebre. Dice que se contagió de algo cuando fue al campamento en Algiers a entregar comida. —El repruebo de Janie era evidente—. Tu hermana tiene un corazón inmenso, pero siempre se le olvida cuidarse.

—Bueno, así es como Ammanee siempre ha sido —dijo Stella mientras tomaba la infusión—. Yo le llevo esto. Sólo venía a preguntar si tenías una escalera para Willie, pero puede esperar. —Tomó la taza caliente, respirando el vapor de las yerbas medicinales que Janie había preparado.

—Dile que se lo tome todo —le recordó Janie—. Bien saben que mi medicina es más poderosa que cualquier doctor.

Stella asintió. Tanto ella como su hermana lo sabían bien.

Ammanee recibió a su hermana recostada sobre la pequeña cama de madera que compartían cuando eran pequeñas.

—Te traje algo para la tos —le dijo, ofreciéndole la mezcla de Janie.

—Mamá ha estado preparando remedios toda la mañana. —Ammanee se obligó a sonreír, pero Stella podía ver lo mal que se sentía. Su piel había adquirido un tono grisáceo y pequeñas gotitas de sudor brillaban bajo el borde de su turbante—. Sólo espero que no prepare matalobos.

—Pues ésto a mí me huele a crisantemo, entonces estarás bien —le dijo Stella al levantarle la cabeza a Ammanee para ayudarla a dar unos tragos—. ¿Qué es lo que te aflige? Puedes decirme.

—Sólo es un pequeño resfriado, eso es todo. —Ammanee intentaba no darle importancia—. Fui a entregar suministros al

campamento de contrabando de Algiers con algunos soldados de la Unión. La están pasando muy mal ahí… Fugitivos sin zapatos, algunos sin camisas. La libertad suena muy bien y todo hasta que tienes hambre y estás temblando de frío.

—Siempre estás haciendo demasiado, hermana.

Ammanee sopló su té y se encogió de hombros.

—Sólo hago lo que el Señor me dice que está bien. Y algunos nacimos para los demás, lo aceptemos o no. Había algunas mujeres y niños ahí también… No podía dormir de sólo pensar en cómo, a pesar de todo, esas personas seguían sufriendo.

Stella sabía que su hermana había pasado toda su vida sirviendo y ayudando a otros, por lo que ahora sólo quería que Ammanee la dejara cuidarla de la forma en la que se lo merecía. Tomó su mano.

—Vas a tener que descansar para poder mejorarte cuanto antes. Wade quiere ver a su tía, y Benjamin quiere…

—Quiere que yo sea su chica, que nos casemos y que tengamos un bebé también. —Los ojos de Ammanee brillaron a pesar de la fiebre—. Tienes razón, necesito curarme pronto para recibirlo la próxima vez que me visite. —Dejó escapar una risa débil—. Déjame aquí para que pueda descansar. Ya escuché lo que le dijiste a mamá sobre la escalera. Ve a casa y dile a Willie que mamá tiene una en la parte de atrás. Puede venir por ella. Nadie la usa.

62

Lily se acomodó en el coche desgastado que su cuñada le había conseguido. No ansiaba el viaje largo y arduo a Nueva Orleans. La adrenalina que había impulsado su viaje hacia el Sur se evaporaba entre toda la muerte y decadencia que había presenciado desde su llegada. Ahora, una terrible sensación de desesperanza pesaba sobre ella.

Durante todo el viaje de ida, mantuvo sus ojos pegados a la ventana. No quería perderse ni un sólo segundo del paisaje; se sentía obligada a dar testimonio de todo lo que había sucedido en estos campos de batalla y más allá. Pero, ahora, lo único que Lily podía hacer era cerrar los ojos.

Los últimos días la habían dejado devastada. ¡Qué ingenua había sido sentada en el salón de Adeline Levi en Brooklyn, intercambiando chismes con el resto de las mujeres de la Comisión Sanitaria! Mientras cosían colchas y enrollaban los vendajes, erróneamente creían estar haciendo una contribución significativa a la guerra. Todo eso no era más que un juego en comparación con lo que las enfermeras en el frente lograban con su valor. Todo lo que había hecho en los últimos tres años ahora parecía haber sido ejecutado desde la línea de banda.

Incluso su labor abolicionista ahora le parecía un fraude. ¿De qué servía protestar y escribir discursos contra la esclavitud cuando la verdadera valentía la mostraban aquellos que trabajaban en la clandestinidad para ayudar a los esclavos fugitivos a llegar hacia el Norte, hacia una libertad real? La cabeza de Lily golpeaba contra el interior desgastado de la carroza. El olor a humedad y los movimientos bruscos del transporte sólo empeoraban su desaliento.

Cuando llegaron a la ciudad de Brookhaven, a medio camino

entre Satartia y Nueva Orleans, el conductor se detuvo en una pensión local y bajó para reservar dos habitaciones.

—Ahora, no abra la boca —le recordó a Lily con su fuerte acento sureño—. No necesitamos problemas. Recuerde, en Misisipi no hay alojamientos para yanquis, aun cuando se trate de una dama como usted.

Entraron en la casa victoriana de color mostaza, con el letrero de la pensión exhibido afuera de la ventana del salón. Lily se quedó unos pasos atrás del conductor mientras él reservaba habitaciones separadas para su estancia.

La dueña de la casa, una mujer de ojos pálidos y cabello rubio se puso a hablar con el conductor.

—Las tropas de la Unión pasaron por aquí el año pasado. El animal de Grierson le ordenó a su caballería yanqui que lo quemaran todo, o casi todo. Luego les dijo que desmantelaran las vías del ferrocarril. Tengo suerte de que no quemaran mi casa. Dos bebés a los que cuidar y su padre peleando en algún lugar de Tennessee.

—Panzazules asesinos —masculló el conductor de Lily mientras pagaba con los billetes que ella le había dado antes.

—Sí que lo son —respondió la mujer—. ¿Dices que van hacia Nueva Orleans? Es una lástima que el viaje sea el doble de largo ahora. Antes podías tomar un tren directo de aquí a la gran ciudad. Era bueno para el negocio en esos tiempos.

Lily asintió con modestia. A ella también le hubiera gustado viajar en tren.

—Deben estar cansados —observó la mujer, entregándoles dos pesadas llaves de latón—. No hay gran cosa para desayunar, les advierto —dijo, sonriéndole a Lily—. Solo hay huevo y pan. Nada de tocino ni papas.

—Entendido, y muchas gracias, señora —respondió el conductor y le entregó a Lily la llave de su habitación.

Cuando llegaron al descansillo del primer piso, Lily le informó que no tenía intención de quedarse el tiempo suficiente como para desayunar ahí.

63

—No se deje engañar. No por estar bajo el control de los panzazules significa que ésta sea una ciudad segura —le advirtió el conductor al día siguiente mientras contaba su pago final—. Muchos asaltos. Mucha prostitución. Nueva Orleans es un lugar malvado.

—Me aseguraré de no bajar la guardia —respondió Lily mientras le indicaba al portero que bajara su baúl y lo llevara al alojamiento en el que se quedaría esa noche.

Era un hotel pequeño en el Garden District, con arbustos de olivo que aromatizaban el pórtico, contrastaba por completo con lo que le dijo el conductor. Samuel le había recomendado hospedarse en esa parte de la ciudad, ya que no quedaba muy lejos de los cuarteles de la Unión, donde podría pedir información; también quedaba cerca del lugar del que eventualmente tendría que partir de regreso a casa.

Esa tarde, en la privacidad de su habitación, Lily se liberó de la ropa con la que había viajado. Dobló su corpiño, falda, blusa, enagua y las colocó en la silla del cuarto. Le sentaba bien habitar su propia piel, sin el peso del algodón o la lana, dejó que el agua que había colocado en una cuenca de porcelana corriera por su cuello y sus hombros, por sus pechos y por debajo de sus brazos.

Hubo un tiempo en el que solía poner flores en el agua de su baño antes de arroparse en el edredón con Jacob, bajo el lujoso acolchado de plumas que cubría sus cuerpos desnudos. Añoraba esos primeros días de su matrimonio. La sensación de estar entrelazados como dos cintas de seda anudadas. Nunca se atrevió a decírselo, pero le fascinaba cómo Jacob podía encender su cuerpo con sólo tocarlo. A veces le avergonzaba, pues no podía contenerse. Bajo sus caricias, su cuerpo era un instrumento que cobraba vida sólo para él. Desde su

habitación en Nueva Orleans, lo anhelaba más que nunca.

La guerra la había obligado a adoptar una templanza tan dura como el acero. Aquella suavidad de novia joven le parecía lejana ahora mientras se contemplaba en el espejo, desenredando los rizos de su cabello. Se puso su camisón, se recostó sobre la dura cama de madera y subió las sábanas hasta su pecho.

Mañana tendría que ser valiente y dirigirse a los cuarteles de la Unión. No regresaría a casa hasta haber descartado todas las posibilidades. Lily cerró los ojos y recordó la última vez que estuvo bajo unas sábanas blancas con Jacob. Esa noche soñó que no estaba sola en la cama.

64

No se habían barrido las hojas sobre las escaleras del edificio de la Unión. Lily levantó su falda y entró. La imponente construcción de granito, que antes de la guerra había sido utilizada como aduana y oficina de correos, ahora estaba llena de soldados yanquis.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —le preguntó desde el mostrador un oficial vestido con un impecable uniforme azul marino.

Cuánto alivio sintió al ver los ojos vivos del soldado tras haber visto tantos hombres heridos y moribundos en Misisipi.

—Sí, vengo desde Nueva York en busca de mi esposo, el soldado Jacob Kling. Se alistó como músico con el Centésimo Sexagésimo Tercer Regimiento de Nueva York, compañía K —le dijo—. Perdí contacto con él y me preocupa que esté herido o algo peor.

El joven asintió.

—Por favor, espere aquí —le indicó—. Tal vez mi oficial superior pueda ayudarla.

Regresó con un caballero mayor vestido de azul oscuro, un poco calvo y con patillas grises bien cuidadas que cubrían los costados de su rostro rosado.

—Señora, ¿cómo podemos ayudarla? Me han dicho que nos visita desde muy lejos.

—Estoy buscando a mi esposo. Está en el Centésimo Sexagésimo Tercer Regimiento de Nueva York —comenzó a explicar una vez más.

—Me temo que no podemos buscar soldados específicos —le informó el oficial.

—Por favor, señor. He pasado las últimas semanas recorriendo todos los hospitales aledaños a Vicksburg. Estoy desesperada. —No podía permitir que esta última oportunidad para conseguir

información se le escapara—. Le ruego, ¿no podría revisar sus registros? Quizá al menos tenga algo de información sobre su regimiento. ¿Tal vez una lista de heridos o desaparecidos? —hizo una pausa—, o los muertos.

Una expresión de simpatía se dibujó sobre el rostro del oficial.

—Déjeme decir que admiro su dedicación al venir hasta aquí, pero me temo que no contamos con listas de ese tipo. Debe entender la magnitud de la situación. Estamos en medio de la guerra más larga de nuestra historia. Hay incontables hombres heridos y muertos cada día. Cualquier lista de ese tipo contendría los nombres de miles y miles de hombres —sacudió la cabeza—. No sólo resultaría abrumador. Sería imposible.

—Lo entiendo. —Suspiró Lily—, pero debe haber algún tipo de documentación que constate si lo dejaron en algún hospital o lo enterraron en algún campo, ¿no es así?

—Señora, los únicos registros que conservamos son cuando se pasa lista cada mañana. Si un soldado no se reporta presente, asumimos que está herido o muerto. O que es un desertor.

La mirada de Lily se desplomó. Samuel tenía razón desde el principio. Buscar a Jacob era como buscar una aguja en un pajar.

—Lamento mucho no poder ayudarla —añadió—. No es la primera en venir a preguntar. Y me temo que no será la última.

Había llegado al final de su búsqueda infructuosa. No había logrado encontrar a su esposo. Tal como su padre le había advertido, no había información que pudiera ayudarla. Sólo le quedaba una opción, regresar a Nueva York, donde tendría que esperar una carta que acaso jamás llegaría, escrita por Jacob o por alguien más, que le informara sobre su destino.

El aire de Nueva Orleans era pesado y agrio. El olor a estiércol de caballo en las calles sin limpiar y las columnas de humo que salían de los buques de vapor llenaban la ciudad. Lily se dirigió hacia su hotel en el Garden District para averiguar dónde comprar un boleto de barco para regresar a casa.

A su alrededor, las mujeres sureñas, vistiendo faldas amplias y *bonnet* de seda desgastados, caminaban ocupadas, algunas acompañadas por esclavas jóvenes que cargaban las canastas del mandado. Los únicos hombres que Lily veía eran demasiado viejos, demasiado jóvenes, o estaban demasiado rotos para servir en el

armada rebelde.

Al acercarse a la avenida Jackson, vio a varios niños salir de un jardín. Tres niñas con blusones color crema jugaban a la matatena en la banqueta. Dos de ellas tenían el pelo oscuro recogido y trenzado. La otra era pelirroja, con pecas, y su vestido blanco estaba manchado de lodo.

—¡Ya, Rivkah! —Una de las niñas le arrebató la pelota a otra—. ¡Estás haciendo trampa!

El nombre de la niña llamó la atención de Lily. Era un nombre judío.

Se detuvo y miró el nombre en la puerta del jardín. En letras doradas sobre una placa negra se leía, «La Asociación para el Socorro de Viudas Judías y Huérfanos de Guerra».

Una oleada de emociones se apoderó de ella. No pudo evitar pensar en lo que les había ocurrido a los pobres niños del orfanato en Nueva York.

—¡Rivkah! —La tercera niña también regañó a la pequeña por no seguir las reglas.

Detrás de la reja, un joven negro estaba plantando retoños para la primavera. Miró a las niñas y soltó una risa.

Vamos, señorita Rivkah —la reprendió—, más vale que se comporte antes de que la señora Hollander salga y la regañe por no compartir.

La niña pelirroja le devolvió a regañadientes la pelota al resto del grupo. El hombre se volteó para seguir con su trabajo en el jardín y comenzó a cantar para sí mismo.

«Estoy enamorado de una chica con corazón de fuego, a quien adoro. Con cabello de arrebol y sonrisa brillante y blanca…».

Lily se paralizó, incapaz de creer lo que escuchaba. La canción que el hombre cantaba era la que Jacob le había escrito; casi era como si él mismo estuviera ahí, cantándosela.

Se obligó a cruzar la puerta y acercarse al joven.

—Disculpe —preguntó, un poco tímida—, ¿puedo preguntar dónde aprendió esa canción?

—¿*Chica de fuego* ? —el hombre se rio de nuevo—. Mis hermanos del Cuerpo de África y yo la cantamos mientras marchábamos a Port Hudson. Un hombre llamado Willie nos la enseñó.

—¿Willie? —Lily apenas podía contenerse.

—Así es, señorita. El mejor músico que jamás he escuchado. Podía tocar cualquier canción. Desde todas esas cosas clásicas hasta las canciones de alabanza. Lo vi hace poco, estaba comprando

materiales para tapar una gotera. —El hombre se limpió la tierra de las manos y se puso de pie—. Tengo esa canción pegada desde que me lo volví a encontrar.

Willie tenía que ser el músico del que Jacob tantas veces le había escrito, su gran amigo. Si alguien sabía dónde estaba Jacob, tenía que ser él. Se obligó a sí misma a respirar antes de hacer la pregunta. Sabía que era su última oportunidad de saber algo de su esposo.

—¿De casualidad sabe dónde puedo encontrar a Willie?

—Claro que sí, señora. Me dijo que está viviendo sobre la calle Rampart, cerca de la iglesia de St. Anthony de Padua.

Su corazón se aceleró.

—Calle Rampart, ¿eso queda cerca?

El hombre estaba a punto de sugerirle que entrara y le pidiera indicaciones a la señora Hollander para que le hiciera un mapa, pero no tuvo tiempo. Para cuando se volteó, Lily ya estaba dentro de una carroza, con dirección a Rampart.

65

La carroza la dejó frente a la iglesia de St. Anthony de Padua. A sus arcos estocados les hacía falta una capa de pintura, pero la puerta de la entrada, por fortuna, estaba abierta.

Había pasado algún tiempo desde que Lily había estado dentro de una iglesia. La última vez fue para la boda de una de sus amigas de la escuela; también había tomado un recorrido en la catedral de St. Patrick en la Quinta Avenida con las mujeres de la Comisión Sanitaria, antes de que la guerra comenzara y la construcción del templo se detuviera. No frecuentaba santuarios religiosos. La última ocasión que estuvo en la sinagoga fue para pasar Yamim Noraim en el templo de Emanu-El. Se había quedado sentada en silencio junto a su padre, mirando con añoranza a las mujeres con las que alguna vez había tomado clases, sus esposos las tomaban de la mano y sus vientres anunciaban la llegada próxima de un bebé.

Atravesó el umbral y entró a la nave principal de la iglesia. El olor a humedad la tomó por sorpresa. Una niña negra estaba de rodillas, tallando el suelo. Junto a ella había una cubeta llena de agua jabonosa, reflejando el brillo de las velas votivas.

Lily se adentró en la iglesia, caminando hacia el altar con su Cristo tallado, sangrando pintura roja de la herida en el costado. Era una imagen que siempre la había llenado de angustia, pero ahora también veía en él a un joven agonizante, sacrificado antes de tiempo. Su dolor resonaba con ella en un nivel más humano, algo que trascendía la religión.

—¿Puedo ayudarla? —la abordó un hombre vestido de clérigo—. ¿Está aquí para confesarse?

—No —respondió Lily—. Esperaba que alguien aquí pudiera

ayudarme. Estoy buscando a un hombre, un músico de nombre William. Me han dicho que vive cerca de aquí.

—Ah, me imagino que no es de nuestra bella ciudad —respondió el sacerdote, notando su acento.

—Salí de Nueva York hace casi dos semanas para buscar a mi esposo, un soldado. Tengo motivos para creer que estuvo en el servicio con un hombre que vive cerca de la calle Rampart.

—¿Rampart? —su voz reveló su sorpresa.

—Sí, se supone que es un flautista —dijo—. Un músico excepcional, como mi esposo.

—No conozco a nadie que encaje con esa descripción. La mayoría de las personas que viven en esas cabañas son mujeres.

—Pero me dijeron que había un músico llamado Willie que vivía a unas cuadras de la iglesia —insistió, negando a darse por vencida.

—Lo siento, señora —dijo el sacerdote, despidiéndose—. Debo preparar mi sermón para mañana. Sólo pensé que venía por una confesión.

Lily comenzó a caminar hacia la puerta. En su corazón sabía que había llegado a otro callejón sin salida. La única otra opción que quedaba sería tocar en cada puerta de la calle, preguntando por William. Se preparó para comenzar a buscar de nuevo.

Estaba a punto de salir cuando sintió que una mano tiraba de su falda.

—¿Señora? —la niña de la cubeta le preguntó.

Lily se volteó.

—¿Sí, mi niña?

La mirada de Lily se encontró con los ojos de la niña, que se relajaron en cuanto escucharon el acento norteño.

—Escuché lo que estaba hablando con ese señor —le susurró—. Creo que la puedo ayudar.

Lily siguió a la niña por la calle Rampart, observando como saltaba sobre cada bache, con los listones de su delantal levantándose y cayendo con cada movimiento. Dobló a la derecha y llevó a Lily, llena de orgullo, a una de las últimas casas de la hilera.

—Es esta —le indicó, señalando la puerta de Stella—. La señora Ammanee me consiguió mi trabajo en la iglesia, su hermana vive aquí y su novio se llama Willie. Acaba de llegar el mes pasado. —Le dedicó a Lily una mirada triunfante—. Cuando la gente habla enfrente de mí

nunca me ponen atención, pero yo siempre estoy escuchando.

—Gracias por confiar en mí. Parece que no todos aquí están dispuestos a ayudar a una extraña —sonrió Lily—. Creo que el sacerdote estaba escondiendo algo.

—Eres del Norte. Sé que no causarías daño.

Lily permaneció de pie frente a las escaleras del porche con las manos empuñadas a sus costados. La aterraba estar frente a otro punto muerto.

—Sólo toca —le dijo la niña—. Es como mi mamá siempre me dice, que hay que ser valientes a veces.

66

Stella había estado despierta casi toda la noche, amamantando a Wade, preocupada por la fiebre de Ammanee. El sonido inesperado de la puerta la puso nerviosa. ¿Qué tal si era Janie, viniendo a decirle que la salud de su hermana había empeorado?

Pero, en su lugar, se encontró con una extraña. Una pelirroja con piel blanca como la porcelana, mirándola por debajo del ala de su *bonnet.*

Stella se paralizó. Jamás había conocido a la esposa de Frye, pero ¿vendría buscándola a ella, o peor aún, a William o Wade? A pesar de su servicio militar, William no tenía los papeles de su libertad. Y Wade era el hijo de un esclavo.

Su instinto protector la hicieron tomar la cabeza de Wade con su mano libre, acercándolo a ella como para protegerlo. Sintió el miedo pulsar por sus venas mientras esta mujer extraña la observaba a ella y su bebé.

Antes de que la visitante pudiera decir una palabra, Annie, la niña que Ammanee conocía de la iglesia, se asomó por la falda de la mujer.

—Señora Stella, esta mujer viene del Norte. Dice que busca a Willie —anunció la niña, después se fue, sus piernas marrones relucían mientras corría de regreso a la iglesia.

—Estoy buscando a mi esposo —comenzó a explicar la mujer—, su nombre es Jacob Kling y creo que…

—¿Jacob? —Las cejas de Stella se arquearon al escuchar el nombre—. Por favor, señora —le dijo a Lily con urgencia—. Por favor, pase.

Las dos mujeres estaban de pie al centro de la sala, mirándose una a la otra como si de alguna forma se conocieran por las historias que sus hombres les habían contado.

Stella observó a Lily, alta, demasiado blanca, tenía una mancha de tierra en el borde de su vestido, las botas llenas de los raspones que el viaje le había dejado y pelo cobrizo bajo su *bonnet.* Las imperfecciones en la apariencia de Lily hicieron que Stella no se sintiera tan mal por el estado de su casa. En la mesa de la cocina, colocó una pila de pañales limpios para Wade. Había estado hirviendo hojas de sasafrás para llevarle una infusión a Ammanee, por lo que la casa olía a la yerba anisada.

—Perdone el desorden, no estaba esperando visitas —se disculpó Stella.

Lily seguía atónita. No sólo había llegado a un lugar en el que se sentía bienvenida, sino que parecía haber encontrado una verdadera conexión con el paradero de Jacob. Miró a Stella —su hijo hermoso acurrucado en sus brazos, sus ojos cafés y cálidos, enmarcados por la tela amarilla envuelta alrededor de su cabeza— y se desmoronó.

—No tiene idea de lo poco que me importa eso —lloró—. Aún no puedo creer cómo es que he llegado hasta ti, hasta tu William.

—Iré por él —dijo Stella—. Está afuera arreglando algo. Desde que regresó ha tenido que aprender nuevas formas de usar sus manos.

Willie siguió a Stella del jardín a la sala, donde una mujer blanca se quitaba su *bonnet* de seda, revelando su cabello pelirrojo anudado en lo alto de su cabeza con unos cuantos rizos cayendo.

Los ojos de Lily se llenaron de emoción al ver a este hombre de quien tanto había leído en las cartas de Jacob.

—William —dijo su nombre con la solemnidad de una bendición.

No le respondió de inmediato. Se volteó a Stella y le susurró:

—Ve a traer el mapa.

William le compartió con amplitud de detalles la historia de lo que le ocurrió a Teddy y Jacob durante aquella trágica mañana de Navidad. Mientras veía a esta mujer escuchar sobre el destino de su esposo, Stella sintió un pesar en su corazón.

Cuando William le contó sobre su mapa, los ojos de Lily se sobresaltaron.

—¿Hiciste un mapa para volver a él?

William bajó la mirada y contempló la tela en sus manos.

—Primero lo hice en papel, pero mi Stella lo mejoró con sus costuras —le dijo, y se lo ofreció a Lily para que observara el detallado bordado sobre la tela.

Con las manos temblorosas, Lily admiró el mapa. Los delicados puntos que formaban el camino, el granero rojo y la casa amarilla que apuntaban a lo que parecía ser una iglesia marcada con una cruz. Bajo los símbolos se leía una palabra: I B E R E A.

—Esto me llevará de regreso a él. —Su voz se sobresaltó de la emoción.

—Tendré que ir contigo —insistió William, sin notar los ojos de Stella clavarse sobre él como flechas—. Verás, hay una cierta forma de leer el mapa. Esa cruz no significa una iglesia ni nada parecido, sino que es una tienda, la tienda del señor Cross en Iberia. —Señaló las letras que Stella había bordado sobre la tela. Comenzó a hablar más rápido, planeando cómo llegarían a Jacob, energizado por la idea de una pronta partida gracias a la llegada de Lily.

—No podría pedirte que vinieras —dijo Lily—. Es demasiado peligroso. Ya has atravesado tanto y tienes una familia que proteger aquí —le dijo, mirando a Stella—. Estoy segura de que entenderé lo que Stella bordó con tanto cuidado sobre este mapa.

William se inclinó hacia el frente sobre su silla, con la mirada seria.

—Señora, yo sé que es peligroso. Conozco los riesgos que conlleva regresar a territorio hostil, en especial como un hombre negro viajando con una mujer blanca. —Se detuvo—. Pero tenemos una oportunidad de traerlo de regreso. No podemos dejar nada a la suerte. —William levantó la cabeza y se volteó hacia Stella pidiendo, en silencio y con su mirada, que entendiera su inquietud.

Pero Stella no le daría su bendición. Dejarla a ella era una cosa, ¿pero dejar a su hijo, también? Ella no podría tolerarlo.

Había sentido respeto por Lily al recibirla en su casa, pero ahora la odiaba. Odiaba que se llevara a su hombre hacia el peligro. Su mente se adentró en un lugar oscuro, hacia un pensamiento que ella sabía que no podía decir en voz alta. William había dejado a Jacob en una cabaña en medio de un bosque, con una mujer que no estaba bien de la cabeza… ¿Después de todo este tiempo, seguiría con vida?

—Pediré una carroza y pasaré por usted mañana —le dijo Lily. Por más que le repitió a William que no debía ir con ella, él insistió en que era la única manera—. Pero me quedaré el mapa por ahora, para estudiarlo.

—Sí —convino William—. Por favor, tómelo.

Sin embargo, Lily no tenía intención de pasar por él al día siguiente. Por más que quisiera mantener su palabra con William, quien había hecho tanto por Jacob, sentía que existía un lazo mucho más profundo de mujer a mujer: no hacer daño.

67

Cuando Lily no llegó a la hora convenida la mañana siguiente, Stella sintió una oleada de alivio. La entristecía ver a William caminar de un lado a otro de la sala, mirando por la ventana, esperando que la esposa de Jacob regresara como había prometido. Pero la mujer le había dado un regalo al no llevarlo de vuelta al bosque.

—¿No va a venir, cierto?

Stella se quedó callada. Sabía que no importaba lo que dijera, no sería suficiente.

—No, se fue y no tenemos idea de si el mapa tendrá sentido para ella. —Se llevó las manos a la cabeza—. Y ni siquiera sabe que dejé mi flauta ahí.

—Si encuentra a Jacob, él se asegurará de regresar con tu flauta. —Stella estaba segura de eso, al menos.

Se sentó y se quedó pensativo.

—Entiendo que no querías que fuera, Stella. Pero no puedo vivir sabiendo que lo dejé ahí… Justo después de abandonar a Teddy bajo esas hojas —su voz falseó—, es como si hubiera decepcionado a ambos.

Stella tomó una silla, se sentó junto a él y tomó su mano.

—Me gusta lo que hizo Lily. Te mantuvo a salvo mientras ella busca a su esposo. Es una mujer blanca. Nadie va a intentar hacerle daño, como te harían daño a ti, como ya te hicieron daño. ¿Quieres ir metiendo tu cuello por ahí cuando cualquier rebelde va a intentar colgarte de un árbol? ¿O que un oficial de la Unión te acuse de desertar, como la vez pasada? —Apretó sus dedos—. Lily sabe que estas a salvo aquí, conmigo. Me agrada mucho más ahora porque pudo ver eso. No viene a llevarte. Entiende que eres preciado para mí y para

tu hijo.

William asintió con desgana.

—Sólo espero que pueda encontrarlo con el mapa.

—La señora Hyacinth me dijo una vez que mis mapas son de buena suerte. —Sonrió—. Y me da la sensación de que Lily es ingeniosa. Le dimos todo lo que necesitaba para encontrarlo.

Desde que Stella tenía memoria, su madre o Ammanee siempre eran quienes cocinaban para ella. Pero ahora que su querida hermana se encontraba enferma, Stella estaba detrás de la estufa por primera vez en su vida, mientras Janie cuidaba de Ammanee. Sabía cómo hacer infusiones y comidas simples, por ejemplo, sémola hervida o arroz sazonado, pero no sabía cómo preparar algo más sustancioso para darle fuerzas a Ammanee. Tenía que recordar qué yerbas y qué vegetales había usado su hermana para hacerle caldos cuando ella era quien se sentía mal, como durante su embarazo.

Las otras mujeres de Rampart aportaron lo suyo, ahora que Ammanee no podía traer comida de regreso de su trabajo. La señora Emilienne llevó avena y la señora Hyacinth, un frasco de miel de manuka que juraba que curaría a Ammanee.

Un día llegó Benjamin a la cabaña de Janie, cargando una bolsa con cinco huesos de pollo dentro. Se los entregó a Janie.

—Quizás le haga bien el tuétano —le dijo.

—Yo lo hago, mamá —se ofreció Stella y llevó la bolsa a la estufa para hervir los huesos. Había visto a Ammanee hacerlo después del parto, cuando Stella se sentía tan cansada que apenas podía levantarse de la silla. «Nadie extraña los huesos», le dijo su hermana cuando llegó con ellos después del trabajo.

—¿Dónde está? —preguntó Benjamin. Stella podía ver la preocupación en su cara—. Sé que tengo que regresar a casa después de hacer el mandado, pero tenía que pasar a verla. —Miró a Janie, esperando que no le importara que hubiera llegado sin avisar.

—Está al fondo. La tenemos en cuarentena porque no sabemos si sea tifoidea o alguna otra cosa. Está en mal estado. —Su voz era áspera y cortante. Stella reconoció el tono, pues era el que su madre usaba siempre que intentaba prepararse para una tormenta.

—Tengo que verla, señora. Sólo quiero que sepa que vine…

Janie bajó la mirada.

—Stella le va a llevar un té de yerbas. Le intento decir que no se

exponga, pero no me hace caso. Puedes entrar con ella, pero no te quedes mucho tiempo.

Stella guio a Benjamin a la habitación oscura. La cara pequeña de Ammanee lucía aún más pequeña ahora. Sus ojos negros parecían dos piedras que se hundían.

—Ami —dijo él. Era un nombre que Stella sabía usaban entre ellos desde que eran niños en la plantación.

Ammanee no respondió, pero Stella notó que sus ojos brillaron cuando lo vio.

—Te extraño mucho. Le traje algo a tu mamá para fortalecer tu sangre —le dijo mientras tomaba su mano y la besaba con cariño.

—Gracias —murmuró ella.

—Voy a dejarte tu té junto a la cama —Stella caminó y dejó la infusión humeante.

—Les daré un poco de tiempo a solas —dijo Janie—. Pero no mucho, tenemos que bajarte la fiebre para que puedas sentirte mejor.

68

A pesar de que sabía que hubiera sido de gran ayuda, Lily esperaba que William entendiera por qué no podía llevarlo con ella. Su deber estaba al lado de Stella y su recién nacido; ella jamás se lo perdonaría si algo le hubiera ocurrido. Su consciencia no le había dejado otra opción. Esperaba que él pudiera perdonarla y que no tomara sus acciones como una traición. Más bien, en el espíritu de la inmensa gratitud que sentía por él, lo liberaba de cualquier obligación que él sintiera que tenía por su esposo.

William ya había hecho tanto, más de lo que cualquier otro hubiera hecho. El mapa que había dibujado era la gestación de su deseo por regresar a Jacob y las puntadas cuidadosas de Stella lo habían preservado. Era un regalo que la pareja le había entregado, sólo le quedaba rezar para que no fuera demasiado tarde.

Lily no sabía conducir una carroza como Eliza. Sin esa habilidad y sin un hombre como William, se había visto obligada a contratar una vez más a un conductor que la llevara de Nueva Orleans a Iberia. Semanas antes, había protestado cuando su padre le insistió en que se llevara cien dólares más, además de lo que ella ya había juntado para el viaje. «Concédeme esta última petición, hija», le dijo mientras cerraba el puño de su hija alrededor de los billetes. «Me sentiré más tranquilo sabiendo que tienes este fondo en caso de que algo llegara a ocurrir».

Lily se inclinó hacia delante y divisó la Tienda General del Señor Cross. Las letras negras y pulcras de su letrero no dejaban duda. Le informó al conductor que necesitaba encontrar una senda que salía del camino principal. Le mostró el mapa.

—Jamás había visto un mapa así. —El conductor apenas podía contener su asombro, pero logró comprender los símbolos lo suficiente como para encontrar el lugar.

Poco después pasaron junto a la mansión de color limón en la plantación de caña y el conductor detuvo la carroza frente al granero rojo.

Lily estudió las puntadas que la habían llevado hasta ahí y recordó las palabras de William: «Una vez que lleguemos a la tienda, necesitamos que la carroza nos lleve lo más cerca posible del borde del bosque. Incluso si la pierna de Jacob está bien sujetada, no podrá caminar muy lejos».

—Puede dejarme aquí, sólo espere —le indicó—. Caminaré el resto del camino.

El dobladillo de su falda negra se arrastraba por la tierra. Aunque era temprano, las sombras de los árboles oscurecían el camino. Había atravesado tanto para llegar hasta este punto, sólo le quedaba rezar para que pudiera llevar a Jacob sano y salvo a casa.

Siguió por el camino hasta que vio la casa que William había descrito: una estructura endeble con tejado de hojalata y un cobertizo a un lado. Al acercarse, estaba segura de ver a Jacob en la distancia. Se tambaleaba un poco y usaba la rama de un árbol como muleta improvisada para sostenerse.

Se dirigió hacia él tan rápido como sus piernas le permitieron. Lo llamó por su nombre.

Justo cuando Jacob se giraba para verla, una anciana salió de la casa. No era más alta que un arbusto joven, su cabello gris y desordenado caía sobre sus pechos. Pero incluso desde donde estaba Lily, podía ver el reflejo metálico de un arma.

—¿Qué haces en mi propiedad? —le gruñó.

Jacob se dio cuenta de que no se trataba de una visión, sino que su esposa estaba ahí, en carne viva. Levantó su brazo libre y le hizo una seña a la mujer.

—Mamá, está bien —le dijo con firmeza—. Es mi esposa.

Lily, quien estaba al tanto del delirio de la mujer, se quedó paralizada.

—¿Tu esposa? —preguntó con voz áspera.

—Te dije, tenía que regresar a ella en cuanto mi tobillo sanara. Pero parece que ella vino a mí primero.

La mujer miró a Jacob, luego a Lily.

—Entren a la casa, entonces —les dijo, sacudiendo la cabeza. La pistola golpeaba contra su camisón mientras caminaba descalza de regreso a la vivienda.

Fue entonces que Lily corrió y se lanzó a los brazos de Jacob.

La rama que usaba para sostenerse cayó al suelo; Lily le ayudó a sostenerse con los brazos.

Había olvidado el olor de su cabello, el sabor de su boca. Ahora, recibiendo a su esposa en su abrazo, sus sentidos parecían despertar.

—¿Cómo es que está ocurriendo ésto? —preguntó Jacob entre besos. No podía creer que Lily lo hubiera encontrado.

—Nos espera una carroza, al otro lado del sendero. Te ayudaré a llegar. —Lily se agachó y recogió la muleta improvisada.

—Necesito tomar algo de adentro antes de irme —le dijo—. Lily, sólo haz como yo. —Se preparó—. Esta mujer cree que soy su hijo herido. Necesito que me sigas la corriente para que salgamos de aquí a salvo.

Un olor salvaje recibió a Lily dentro de la choza, cuyo techo estaba ennegrecido por el humo de la hoguera. La mujer estaba a un lado de la chimenea, tendiendo el fuego con una larga vara de hierro. Junto a ella, la pistola descansaba a sus pies.

—Mamá —dijo Jacob con tanta delicadeza que le sonó sincero a Lily—, mi esposa ha venido a visitarnos. Te dije que tenía que regresar a ella una vez que mi tobillo sanara, ¿recuerdas?

Los dedos de la mujer buscaron la pistola. Se puso de pie. Su figura frágil se transparentaba debajo del áspero lino de su camisón.

—No me estás abandonando, ¿verdad? —La pistola temblaba en su mano.

Jacob levantó su mano, indicándole que bajara el arma.

—No hace falta apuntar la pistola —dijo con voz firme—. Tenemos que regresar a nuestra casa ahora, mamá. —Entonaba las palabras con un acento sureño—. Tú cuidaste de mi tobillo. Cuidaste de mí cuando tenía fiebre. Tú me salvaste. —Hizo una pausa, luego extendió su mano y tomó la mano de la mujer—. Soy un hijo muy afortunado.

—Pero vas a volver, ¿verdad? —Bajó la pistola.

—Regresaré para Navidad —le prometió.

Los ojos de Jacob dirigieron a Lily a la flauta plateada que yacía

sobre la mesa de madera, indicándole que la tomara. Los dos caminaron lentamente hacia la puerta.

—No estaba segura de que fuéramos a salir de ahí. —Lily suspiró aliviada una vez que estaban a varios metros de la casa.

—Le quité las balas a la pistola mientras dormía una vez que me pude poner de pie. No creo que me hubiera sentido tranquilo de otra forma.

—Debí imaginarme que no perderías el ingenio, incluso en una situación así —comentó Lily mientras le ayudaba a Jacob a caminar por el sendero.

—Sabía que William no habría dejado la flauta a menos que supiera que regresaría —dijo Jacob mientras cojeaba por el camino.

—Era su intención —le aseguró Lily.

Cuando al fin llegaron a la carroza, Lily y el conductor ayudaron a Jacob a subir.

Sólo entonces, una vez que lo tenía a su lado, Lily le mostró a Jacob el mapa, bordado con cuidado y con intención.

69

La fiebre de Ammanee no cedía a pesar de las compresas de agua fría que Janie y Stella aplicaban por turnos.

—Tenemos que llevarla con alguien. Quizá en el Hospital de la Caridad puedan ayudarla. —Por primera vez desde que tenía memoria, Stella notó miedo en la voz de Janie—. Me preocupa que sea más que una fiebre. Hoy amaneció con un sarpullido en el pecho.

—Ella estará más cómoda aquí, mamá. Y siempre andan diciendo que, si entra uno de los nuestros, casi nunca vuelve a salir.

—No tiene fiebre amarilla. Sus ojos no están amarillos.

—Igual, no podemos dejársela a unos desconocidos.

Janie se apretó las manos.

—Tienes que irte a tu casa con William y tu bebé. No sabemos qué sea lo que tiene. Maldito campamento de contrabando con todas sus enfermedades. Tu hermana está sufriendo y me destroza verla así.

Stella tocó el brazo de su madre.

—Lo estás haciendo bien. Se va a curar, mamá.

Janie la miró.

—Una cosa es cierta. Tú tienes que regresar. No quiero ponerte en más peligro del que ya estás.

—Pero tengo que ayudar, mamá.

Janie negó con la cabeza.

—Ve con tu familia. Yo cuidaré a mi niña.

La casa era un desastre y el olor a pañales sucios recibió a Stella al llegar. Wade estaba llorando y William intentaba calmarlo con una canción.

En la habitación principal, encontró a William cargando a Wade de la cintura, tenía su pañal empapado.

—Se nos acabaron las telas limpias, Stella, y no sabía qué hacer. Ha estado llorando todo el día.

El instinto maternal de Stella se encendió y se apuró hacia su bebé. Una punzada de miedo la atravesó. ¿Qué si había traído la enfermedad de Ammanee a casa? ¿Qué si había contagiado a Wade?

—No se siente caliente, gracias al Señor —susurró mientras colocaba su mano contra su frente diminuta.

Para estar segura, también tocó la cabeza de William.

—Tú igual —dijo con un suspiro de alivio mientras tomaba a Wade de las manos de su padre—. Mi mamá piensa que no debería ir a visitarlas hasta que a Ammanee le baje la fiebre. No sabemos qué tiene, pero han reportado muchos casos de tifoidea en los campamentos.

—Esperemos que no sea fiebre amarilla —dijo William, maravillado al ver cómo Stella lograba calmar a Wade y quitarle el pañal. El niño se alegró de sentir el aire fresco sobre su piel.

—No, mamá dijo que sus ojos no están amarillos, y que, tras una semana de fiebre, ya mostraría ese síntoma. Dice que Ammanee se ha de haber contagiado de algo cuando llevó comida al campamento de contrabando.

William sacudió su cabeza.

—Es un desastre ahí. Todo mundo llega buscando algo mejor, pero terminan topando con pared. —El último par de días se había sentido descorazonado. Luisiana estaba en proceso de legislar una nueva constitución estatal bajo la cual quedaría prohibida la esclavitud y la Unión estaba ganando la guerra, pero William seguía sin encontrar forma de mantener a su nueva familia.

—Sí —convino Stella—. Creo que ahora entiendo por qué Benjamin le dijo a Ammanee que no quería huir. Quizá vio cómo era la vida en esos campamentos y se dio cuenta de que arar la tierra para la señora Percy era mejor.

Wade estiró las piernas con una risita mientras Stella lo ponía sobre su espalda.

—No quería usar ésto, pero creo que no me queda opción —murmuró mientras levantaba las nalgas del bebé y le colocaba la tela que había bordado para envolverlo.

William miró el borde de conchas de cauri que rodeaban los muslos regordetes de su bebé y recobró la calma. Stella era ingeniosa y siempre lograba encontrar una solución, incluso en los momentos

más desafiantes para William. Al ver el ribete de conchas y el destello del hilo azul envolviendo a su hijo, no pudo evitar pensar en su propia madre.

«Le dio el color del cielo al techo cuando naciste», le había dicho el viejo Abraham. «Te dio un escudo, atrapó a todos esos espíritus malignos ahí arriba para que tú vivieras a salvo», le dijo, colocando el pífano hecho a mano junto a él.

William miró el techo de la habitación mientras Stella mecía a Wade en sus brazos, había puesto su boca junto a sus oídos pequeños. Lo primero que haría una vez que tuviera trabajo sería comprar pintura del color azul más pálido que pudiera encontrar para la madera bajo la que él, Stella y el bebé dormían.

Stella daba vueltas por el salón, meciendo a Wade, cuando el sonido de las ruedas de un carruaje se detuvo frente a su cabaña. A través del velo de las cortinas, vio la espalda de una mujer alta y el inconfundible cabello rojo que se asomaba debajo de su sombrero. Mientras la mujer descendía, Stella vio que el cochero ayudaba a bajar a un hombre joven de aspecto frágil.

—¡William! —exclamó—. ¡Ven rápido!

Ella estaba a punto de jalarlo hacia la ventana cuando escucharon que tocaban la puerta.

—Anda, abre —le dijo Stella con insistencia—. Es seguro.

Jacob apareció frente a William, sosteniéndose de una rama que usaba como muleta. Parecía casi una aparición: traía puesto el mismo abrigo que había usado el fatídico día de Navidad. Sus pantalones estaban rasgados y manchados de sangre en la cintura y la tela se había descosido en el lugar en el que su tobillo había estado sujetado.

Pero fue el destello plateado junto a su amigo lo que lo encandiló.

—Creo que olvidaste esto, compañero.

Jacob le regresó la flauta a William.

La sensación del metal frío recorrió sus manos. Jacob cojeó hacia su amigo y lo abrazó con su mano libre, mientras las dos mujeres contemplaban cómo un poco de vida regresaba a cada uno de sus hombres.

70

Stella jamás pensó que recibiría a otro hombre blanco en su cabaña tras los años de abuso que había sufrido a manos de Frye. Pero mientras hacía pasar a Lily y Jacob dentro, sintió una alegría extraña e inesperada.

—¡El mapa funcionó! —dijo bañada en lágrimas. Era la primera vez que comprobaba que sus puntadas realmente le habían permitido a alguien llegar a salvo a su destino. Levantó a Wade sobre su cabeza y bailó con alegría—. Tu papi lo logró. —Besó al niño en ambas mejillas, y Wade respondió con cuchicheos de felicidad.

—¡Nos han ayudado tanto! —exclamó Lily. En su rostro era evidente la alegría que le causaba que gracias a los esfuerzos de todos hubieran salvado a Jacob. —Estamos por siempre en deuda con ustedes.

—Por favor —insistió William mientras levantaba su flauta y puntuaba su alegría con unas notas—. Vengan a sentarse, deben estar cansados del viaje.

Stella puso a Wade en los brazos de su padre.

—Cárgalo en lo que traigo algo de tomar para nuestros invitados.

Jacob y Lily se sentaron sobre las sillas de madera. Se desvanecía ya la fatiga que ambos habían sentido. La euforia de la reunión los había revivido.

—Espero que les guste esto. —Stella les ofreció dos tazas de té de menta con toda la calidez de su espíritu—. Quisiera tener algo para que puedan endulzarlo, pero con la guerra todavía no hay azúcar.

Lily tomó la taza y disfrutó del refrescante aroma.

—Está perfecto. Gracias.

Stella se sentó y tomó a Wade de nuevo.

—Gracias por traer la flauta de regreso. Sé que Willie la extrañaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Trajimos algo más también, Stella. —Jacob buscó dentro del bolsillo interior de su abrigo y extrajo un pedazo doblado de papel—. Le prometí a William en Port Hudson que te entregaría esto un día.

Stella tomó el pedazo de papel, tenía algunas manchas de tierra. Era una carta, la primera que recibía.

Stella observó los enunciados y la caligrafía cuidadosa y limpia de Jacob.

Stella:
¿Dónde estás en esta noche oscura? ¿Estás en el jardín mirando las estrellas, la luna? Estamos lejos ahora, pero ambos estamos bajo el mismo techo.

Leyó las palabras, enunciándolas en su cabeza. Algunas no lograba entenderlas, pero podía leer lo suficiente para comprender la emoción y el significado detrás de ellas.

Mi corazón se acelera cuando pienso en ti. Quiero caer en tus ojos y refugiarme ahí. Quiero creer que, al dejarte por tu cuenta, hice lo correcto y que nada malo te pasará.

Dejó el papel sobre sus muslos. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Quería que escribiera lo que cargaba en el corazón. Todo el tiempo lo llevé junto al mío. Una promesa a un amigo debe cumplirse siempre —insistió Jacob.

William miró a Stella.

—No podía escribirla yo mismo, *ma' dere* , pero las palabras son mías. —Sus manos se entrelazaron—. Todavía le quedan algunas personas buenas al mundo —anunció William, permitiendo que la atmósfera cálida de la habitación lo tocara hasta los huesos.

—La guerra nos ha quitado tanto —añadió Lily—, pero hoy es un día de felicidad.

—Sí que lo es —convino Stella.

—Tenemos que regresar al hotel a arreglarnos. Hay que conseguirle ropa nueva a Jacob para nuestro viaje de regreso al Norte.

Los ojos de Jacob se clavaron en los de William.

—Sí. Pero antes de irme, quiero decir una idea que tengo. —Hizo una pausa para recobrar su aliento. Todavía le dolía el cuerpo por la caminata del bosque a la carroza—. Lily y yo hemos estado hablando sobre su padre y su negocio de música. Pensamos que él quizá tenga oportunidades en el Norte que podrían interesarles.

71

—No nos mudaremos al Norte —Stella le dijo a William—. Mi mamá y mi hermana están aquí. No las voy a dejar.

—Bueno, pueden venir con nosotros. Jacob dijo que su suegro tiene un buen negocio. Que de seguro podría conseguir un empleo vendiendo sus partituras de día, y que quizá haya lugares donde pueda tocar en la noche. Aquí no hay nada para mí, Stella. —William le pedía que entendiera—. Aquí sólo soy un exesclavo sin papeles de libertad. Además, me llamarán desertor, no salí de la forma apropiada. ¿Cómo voy a cuidar de ti y de Wade como se merecen?

Ella intentó tocar su mejilla, pero él se alejó.

—Soy un hombre, Stella. No me puedo quedar aquí todo el día, con miedo cada que alguien toca la puerta.

La mano de Stella cayó a un costado y bajo la mirada…, se sentía herida.

—Y tengo sueños para nuestra vida…, de verdad —insistió William.

—¡Todos tenemos sueños! —le contestó—. ¿No es suficiente que nos tengamos ahora? No hay ningún dueño persiguiéndonos. Tenemos un bebé, un techo sobre nosotros.

—¿Pero por cuánto tiempo? —dijo William, impaciente. Sabía que le estaba revelando a Stella un nuevo lado, uno que había crecido dentro de él como una tormenta—. Hay disturbios todo el tiempo. Hay rebeldes desquitándose con hombres negros inocentes y sus familias. El otro día que fui a conseguir las cosas para arreglar el techo escuché que quemaron la casa de un hombre libre. Un grupo de hombres a caballo con antorchas y nadie hizo nada.

— La calle Rampart es diferente —insistió ella—. Las mujeres

aquí cuidamos a los nuestros.

William se tragó sus palabras. ¿Acaso no podía verlo? Era el único hombre que quedaba.

Stella odiaba la tensión entre ellos. No había gritos, no se insultaban, pero el silencio se sentía peor, como si los separara una distancia más grande incluso que cuando estuvieron lejos. Wade parecía sentir la discordia también. Cuando Stella lo cargaba, estiraba sus brazos hacia William. Y cuando William lo cargaba, hacía lo mismo, buscando a su madre.

—No le hace bien al bebé que peleemos —dijo Stella al día siguiente en la cocina—. Tenemos que solucionar esto.

William se jaló un mechón de pelo, frustrado.

—Tú y Wade son mi vida, Stella. Sólo estoy intentando ser un mejor yo, y así ser mejor para ustedes. Ya no me basta sólo con no ser un esclavo. Quiero construir algo para nuestro futuro.

—No pude dormir toda la noche. Estaba pensando y batallando. Puedo acceder a irnos, sólo si Ammanee y Janie también vienen. —Dio un paso hacia él. Wade estaba entre ellos—. Pero no vamos a terminar por una decisión sólo mía. —Stella no hablaría más del viaje al Norte—. Puedes hablarlo con Jacob —le dijo secamente—. Yo voy a enfocarme en cuidar de Ammanee, aunque mamá no me deje acercarme.

Esa tarde, Stella se encontró con Janie en la entrada de su casa.

—Está muy mal —le confesó su madre—. La fiebre no la deja. Está viendo cosas que no están ahí y tiene calambres en el estómago. —Janie respiró profundo—. Estuvo preguntando por ti toda la noche.

—Déjame verla, mamá. Tendré cuidado.

Janie se veía exhausta. Asintió con la cabeza.

—Quizá verte sea lo único que la puede ayudar ahora.

Stella abrió la puerta azul de la cabaña y las dos mujeres entraron. Contuvo el aliento, pues la habitación olía a encierro y enfermedad, no a la fragancia de manteca de karité y salvia que siempre había distinguido el autocuidado de su madre.

Caminó hacia el cuarto trasero en el que había pasado incontables horas de su niñez con Ammanee. Donde habían dormido y se habían reído, donde su hermana le había enseñado por primera vez

cómo comunicar sus emociones a través de una aguja y un hilo.

—¿Ammanee? —susurró Stella mientras cruzaba el umbral. Su hermana estaba delgada como una caña y su cara brillaba con gotas de sudor. Al escuchar su nombre, se levantó—. Aquí estoy —dijo Stella mientras tomaba su mano. El amor por su hermana era más fuerte que el peligro de contagiarse.

Durante el tiempo que pasaron juntas, Ammanee experimentaba momentos de conciencia intercalados con lapsos de desmayos. Stella no estaba segura de si su hermana podía escucharla, pero le hablaba en voz baja, contándole sobre las cosas hermosas que les esperaban a todas.

—Te tengo noticias —le dijo—. Quizá pronto viajaremos todas.

Los ojos de Ammanee se abrieron.

—Tendremos un lugar en el que podamos vivir juntas. Vamos a cocinar, vamos a coser. —Intentaba pintarle una escena de su futuro compartido—. Y vamos a criar a nuestros bebés juntas.

—Dios es bueno —Ammanee dijo con voz áspera—. Benjamin y yo tendremos un bebé, ¿no es cierto? —Estaba llorando—. Nuestro pequeñín, como tu Wade.

—Sí, así es. —La mano de Stella se cerraba sobre la de su hermana—. Estoy cansada —dijo Ammanee, cerrando los ojos—, pero puedo escuchar la risa de mi bebé. Está aquí conmigo.

—Está esperando a que te mejores para poder nacer.

Stella soltó su mano. Le dio una palmada antes de irse.

—Descansa ahora, hermana. Vendré otra vez mañana.

Cuando regresó a casa, Wade estaba en su canasta y William estaba tocando la flauta. El bebé estaba maravillado.

—Le gustan las mismas melodías espirituales que mi madre adoraba —se emocionó William—. Y ya tiene ritmo. Está haciendo sonidos al ritmo de las notas, Stella, ¡lo juro!

Stella caminó, levantó a su bebé y lo besó en ambas mejillas. Escuchar a Ammanee hablar de sus deseos más íntimos le hizo darse cuenta de que ella debía apreciar todos los regalos que ya tenía.

—¿Mi hombrecito va a ser un músico como su papi? —Lo meció en sus brazos.

William miró a los dos y sonrió.

—Tengo algo que decirte. Jacob y Lily pasaron mientras no estabas.

Stella dejó de moverse y levantó una ceja.

—¿Les preguntaste sobre el viaje?

—Sí —le confirmó—. Les dije que sólo irías si Ammanee y Janie vienen también. Así que dijeron que comprarían cuatro boletos para el barco de vapor. Les dije que se los pagaré en cuanto tenga trabajo por allá.

—Creo que necesitamos uno más —admitió Stella. Una sensación de incomodidad la invadió, ¿cómo no lo pensó antes?— Ammanee no saldrá de Nueva Orleans sin Benjamin.

72

Sobre la mesa de la cocina había cinco boletos para el barco hacia Chicago, con fecha para la próxima semana.

—Jacob dice que podemos cambiarlos si tu hermana no está lista para viajar.

Stella ojeó los boletos.

—Espero que les hayas dicho que no estoy segura aún. Ni siquiera se lo he mencionado a Janie. Está tan preocupada cuidando a Ammanee.

William asintió.

—Ve a ver a tu hermana. No tenemos mucho que empacar si nos vamos. Mi flauta, una bolsa con nuestra ropa y los pañales de Wade. —Era claro que estaba emocionado pensando en el viaje al Norte con su amigo.

Stella no respondió. Lo poco que tenían quizá no tenía mucho peso para William, pero para ella era todo. La suma de sus vidas.

Benjamin estaba en el cuarto de Ammanee cuando Stella entró con té de jengibre.

—Ami —escuchó que le decía—. Tienes que mejorarte. Ya casi soy libre —le informó—. La dueña nos va a dar nuestra propia cabaña para vivir mientras trabajo la tierra.

Ammanee se levantó de repente.

—¡Aquí está! ¿No la ves, Benjamin? ¡Nuestra hermosa Mina! —Su cabello estaba deshecho y enmarañado, pero su voz se había vuelto fuerte y clara como una campana.

—Shhh… —Stella corrió a un lado de su hermana y colocó la

infusión humeante sobre la mesita de noche—. Recuéstate otra vez. —Tomó su pañuelo y secó la frente de Ammanee—. Así es, Mina está aquí. Quiere que te recuperes para que puedas sostenerla.

Ammanee gimió y luego comenzó a llorar.

—Me duele mucho el estómago.

A Stella sus gemidos le parecían agujas clavándose en su interior. Trató de tranquilizar a Ammanee mientras le subía las sábanas hasta la barbilla.

—Pensemos en algo bonito para que te sientas mejor.

Benjamin sacó un recuerdo propio para alegrarla.

—Ami, ¿recuerdas cuando éramos niños? ¿Cómo nos escondíamos cerca del pantano y tú hacías trenzas de yerba marina para hacernos coronas, una para mí y otra para ti? Nos volvíamos el rey y la reina del arrozal.

—Sí —respondió Ammanee con voz suave. Su lucidez había regresado por un momento.

—¿Me harías otra pronto, Ami? ¿Lo harás? —Inclinó la cabeza, tocando el estómago de Ammanee como una oración.

—Mmm… —logró responder Ammanee. Fue débil, pero Stella lo escuchó con total claridad.

Se acercó para secar la frente de su hermana una vez más. Fue entonces que se dio cuenta que los ojos cafés de Ammanee no se movían. Como dos piedras preciosas, no parpadeaban.

73

—Sentí cómo su espíritu salía de la habitación. —Stella se desplomó en los brazos de William. No podía dejar de llorar.

Él la sostuvo en sus brazos, su mentón descansaba sobre su cabeza. Los sonidos de su duelo —un aullido casi animal— despertaron algo enterrado en lo profundo de su ser, en su infancia. Lo desgarró de nuevo escuchar a la mujer que amaba sentir tanto dolor.

—Estaba viendo cosas, el bebé que siempre quiso. —Stella cerró el puño y lo apretó contra el pecho de William—. Al menos Benjamin estuvo con ella hasta el final —dijo, temblando—. ¡Pero es tan injusto!

William la llevó a su habitación y la recostó sobre la cama.

—Le voy a dar a Wade agua de arroz —le dijo—. Tú descansa. Duerme. No hay nada que podamos hacer esta noche. El espíritu de Ammanee se está elevando hacia el cielo por su cuenta —le aseguró—. Ningún ángel tiene alas tan rápidas como las suyas.

Sus palabras apenas lograron calmarla, aunque permitió que la tapara con la colcha de algodón. Deseaba tener la colcha que siempre la tranquilizaba. Esos cuadrados coloridos que se sentían como un abrazo.

—¿William? —le dijo antes de que saliera del cuarto—. ¿Me puedes traer algo antes de irte?

—Lo que sea, *ma' dere* .

—Busca en el último cajón del tocador. Hay dos montones de cuadrados de colores.

—Sí… —respondió.

—Tráeme el que es color pino —le pidió.

Unos momentos después, regresó con el cuadrado verde.

—Éste es del delantal de Ammanee. —Stella se levantó y se llevó

la tela a la cara, respirando el material como si todavía conservara el aroma de su hermana—. Siempre me decía que el verde era el color de la esperanza.

—Lo es —le dijo—. Tienes tantas piezas de ella todavía, no sólo ese trozo de tela. —William se golpeó el corazón con dos dedos.

Stella regresó a la cama y se quedó dormida con el algodón verde entre las manos.

74

Tendrían que enterrarla en un cementerio para esclavos, ya que Luisiana no había liberado a Ammanee, el terreno silencioso y pacífico de St. Anthony de Padua estaba prohibido para ella.

Las mujeres de la calle Rampart reunieron todo el dinero que pudieron para un funeral humilde.

—Déjame ofrecer algo para ayudar —dijo Lily, pero Stella rechazó su caridad.

—Gracias, pero cuidamos de los nuestros aquí. Aunque hay algo que me gustaría pedirte —le dijo.

—Sí, lo que sea. Sin ti y sin William jamás habría encontrado a Jacob. Les estoy eternamente agradecida.

—¿Podrías ir a la tienda y comprar hilo?

Stella sabía que era una petición inusual, pero era todo lo que le faltaba para alistar la partida de Ammanee. Cuando Lily regresó con una canasta llena de hilos de todos los colores, Stella aceptó el regalo con gracia, aunque eligió no explicar para qué lo iba a usar; Lily tuvo la sensibilidad de no preguntar.

—Esperamos que todavía consideren venir con nosotros —dijo Lily mientras subía a su carroza.

De nuevo, Stella prefirió no decir nada. El duelo todavía se sentía como una herida abierta. Pero mientras la carroza de Lily se alejaba, Stella sintió una nueva fuerza apoderarse de ella. Escuchó la risa de Ammanee y vio el blanco de su sonrisa. Lo tomó como un aliento.

Entró a la habitación donde Wade dormía y abrió el primer cajón del tocador de pino, de donde sacó su almohadilla para agujas y unas

tijeras. Stella la colocó en su canasta, junto a los nuevos carretes de hilo; luego, se agachó al último cajón, de donde extrajo los cuadrados de colores de su querida colcha y el gran pedazo de tela al que habían estado todos cosidos.

Trabajó con diligencia y en silencio las horas que siguieron, cosiendo de vuelta los trozos de tela. La colcha se veía como alguna vez había sido, a excepción de una pieza. Cortó un cuadrado de la falda azul oscuro que llevaba puesta y la usó para reemplazar el espacio que había ocupado el verde del delantal de su hermana. El cuadrado de Ammanee lo conservaría ella.

Enterraron a Ammanee al día siguiente, en un ataúd simple de pino que Benjamin y algunos otros hombres de la plantación habían hecho. Mientras William tocaba una melodía suave en su flauta, Stella tomó la mano de su madre, sosteniéndola mientras el cuerpo cubierto de Ammanee bajaba a la tierra.

Sólo quienes más la amaban sabían que, dentro del féretro, Ammanee iba envuelta en una colcha que las mujeres de la calle Rampart habían hecho. Era un abrazo final que iba más allá de las palabras. Una cobija que ahora tenía una pieza del corazón de Stella.

75

Por mucho que intentó convencer a Janie de acompañarla al Norte, su madre no cedió.

—Mi vida está aquí —protestó—. ¿Qué va a hacer una vieja como yo en una ciudad extraña y grande?

—Te falta mucho por vivir. Y yo cuidaré de ti, mamá.

—Tú tienes un bebé ahora y un hombre que te ama. La que tiene mucho por vivir eres tú —le dijo—. Pero me puedo quedar con unos de tus muebles. —Forzó una risa tras todo lo que había llorado—. Al menos le sacaré algo bueno al bastardo de Frye. —Sus ojos, rosados en los bordes, brillaron cuando Stella le pasó a Wade—. Benjamin prometió que cuidaría de mí. Dice que voy a ser su mamá, que va a ser libre pronto —tomó la mano de Stella con fuerza—, no te preocupes por mí, bebé. Voy a sobrevivir como siempre lo hago.

—Tengo miedo de ir a otro lugar. No conozco otra vida más que esta —le confesó Stella.

—No te puedo decir que será fácil. No te puedo decir que va a salir justo como te lo imaginas, pero al menos es el comienzo de algo nuevo, nena. Eso es más de lo que a muchos de nosotros nos toca. Un nuevo comienzo.

William llevó los muebles y los utensilios de cocina de Stella a casa de Janie, quien había tenido tan poco por tanto tiempo.

—Gracias —dijo llorando mientras abrazaba a Stella, a William y a Wade una última vez.

A la mañana siguiente, llegaron a la sala de espera de la compañía de barcos de vapor. Llevaban con ellos dos bolsos con ropa

limpia y provisiones para Wade, pero, además de un pedazo verde de tela y una flauta plateada, no cargaban otra cosa.

Wade estaba intranquilo y Stella apenas escuchó las palabras que salían de la boca de Lily. Aun así, se sentía llena de esperanza. Vio cómo William y Jacob se abrazaban como amigos, y sintió el calor de la mano de Lily.

Nota de las autoras

La idea detrás de *Las recolectoras de hilos* ha estado en nuestros corazones por muchos años, pero a principios del verano de 2020, mientras el mundo se enfrentaba a una conciencia cada vez mayor de la violencia racializada y la desigualdad, decidimos canalizar nuestra energía creativa para encontrar belleza en esa oscuridad. La novela está inspirada de manera vaga en nuestros propios trasfondos y nace de décadas de amistad como una mujer negra y una judía, cada una orgullosa de su bagaje cultural. Queríamos explorar la experiencia de la guerra civil estadounidense a través de dos perspectivas subrepresentadas, para iluminar las tragedias importantes, a menudo omitidas, de este periodo. Pero también queríamos mostrar cómo el ingenio y la creatividad pueden sortear las barreras culturales y darles poder a aquellos que, en apariencia, no lo tienen.

Aproximadamente 2.75 millones de soldados combatieron en la guerra de Secesión y la devastación que el enfrentamiento trajo consigo alteró al país para siempre. La tasa de muerte superó los seiscientos dieciocho mil, lo que la convirtió en la guerra más sangrienta en la historia de los Estados Unidos.

Las primeras semillas de inspiración se plantaron en 2012 por el cautivador documental de Ric Burns, *Death and the Civil War* , que en gran parte se centra en la investigación histórica del libro *The Republic of Suffering: Death and the American Civil War,* de Drew Gilpin Faust. Al ver esta película, nos impactó la revelación de que los soldados de la Guerra Civil a veces hacían mapas para marcar los lugares en que habían enterrado a sus compañeros. También nos afectaron enormemente las imágenes de los soldados negros que se habían alistado para luchar contra la esclavitud, pero que terminaron

cavando trincheras para enterrar a los soldados blancos caídos.

En este conflicto armado se alistaron ciento ochenta mil hombres negros, una cifra impresionante. Este número representa casi el 10 por ciento del Ejército de la Unión. Tan sólo alistarse requería grandes dificultades y riesgos para estos hombres. Nos dimos cuenta de que podíamos escribir una novela impactante sobre un soldado negro que crea un mapa durante uno de los momentos más oscuros de nuestra nación y las relaciones a las que lo lleva. Situar a William en la batalla de Port Hudson fue fundamental, ya que nos dio la oportunidad de resaltar este importante hito histórico. Muchas personas creen que el Quincuagésimo Cuarto Regimiento de Voluntarios de Massachusetts fue la primera unidad militar de tropas negras que luchó con valor en la Guerra Civil, como se mostró en la famosa película *Tiempos de gloria* , pero, de hecho, la Guardia Nativa de Luisiana luchó en Port Hudson y fue masacrada semanas antes. Este regimiento de infantería de la Unión incluía a oficiales negros de línea (como el capitán André Cailloux, que aparece en nuestra novela), incluso después de que el general Nathaniel P. Banks, comandante del Departamento del Golfo, comenzara una campaña sistemática para purgar a todos los oficiales negros de línea del Ejército de la Unión. De esta forma, reflejamos la diversidad y complejidad de ser «de color» en Luisiana en ese momento, en la Guardia Nativa de Luisiana, hombres libres de color lucharon junto a esclavos fugitivos que habían recurrido al Ejército Federal en búsqueda de su dignidad y libertad.

En la época de la guerra de Secesión, la población judía de los Estados Unidos era solo el 0.5 por ciento y su experiencia fue única por varias razones. A pesar de que no se tiene un registro exacto del número de soldados judíos en la guerra, varios académicos calculan que fueron alrededor de ocho mil hombres. Muchos de estos soldados eran inmigrantes que habían huido de la persecución religiosa en Alemania y Hungría, y que, al llegar a los Estados Unidos, fueron recibidos con desconfianza, antisemitismo y barreras de lenguaje.

Si bien estos hechos históricos nos producen fascinación, sabíamos que, para escribir la novela, tendríamos que voltear a nuestros propios árboles genealógicos. Alyson creció escuchando historias de su abuela sobre dos antepasados que pelearon en bandos opuestos de la Guerra Civil. Jacob Kling, quien peleó del lado de la Unión, se alistó con el Trigésimo Primer Regimiento de Nueva York como músico. En el lado opuesto, se encontraba su hermano mayor, quien años antes se había mudado al sur y había fundado un emporio mercantil; él se alistó en el Vigésimo Noveno Regimiento de Misisipi.

Durante la guerra, en vísperas de la batalla de Vicksburg, el ejército del general Grant de verdad tomó posesión de la residencia familiar en Satartia, Misisipi (la casa Kling actualmente se preserva como patrimonio histórico). De niña, Alyson escuchó incontables historias de su abuela sobre cómo la división filosófica y política de los hermanos terminó dividiendo a la familia para siempre.

Shaunna quería examinar las distintas formas en que podía ser la vida para miembros de una sola familia afroamericana. El personaje de Stella está inspirado en un antepasado del siglo XVIII , Janie, una mujer negra que logró conseguir soltura económica y se volvió terrateniente, mientras que sus familiares luchaban por su estabilidad financiera. El lado de la familia de su padre se hizo de una granja de caña de azúcar, que previamente había sido parte de una plantación. Sus hermanos y ella todavía conservan la granja hasta el día de hoy. A través de los personajes de Stella (que tiene un padre blanco y una madre negra) y su media hermana, Ammanee, Shaunna exploró cómo el color de piel, y, en el caso de William, el talento musical, les facilitaban a unos ciertas oportunidades que para otros hubieran sido inalcanzables.

No hubiéramos podido escribir este libro sin la ayuda de tantas personas maravillosas que nos compartieron sus conocimientos y competencias. Un agradecimiento especial a la profesora Barbara Fields por compartir recursos históricos; a Michael Pinsker; al comisario Marvin en Port Hudson; a Heather Green, de *The Historic New Orleans Collection* ; a Eliza Kolander y Adrienne Rusher, de la *Shapell Manuscript Foundation* por sus conocimientos y recomendaciones de lectura para aprender más sobre la experiencia judía en la Guerra Civil; y por la orientación médica de Karen Scott. A Kitty Green y Seretha Tuttle por compartir la historia y cultura gullah con nosotras; así como a la Dra. Kara Olidge, directora ejecutiva del Amistad Research Center; Phillip Cunningham, jefe de Servicios de Investigación del Amistad Research Center; Debra Mayfield por su asesoramiento sobre la historia *antebellum* y a la Dra. Stella Pinkney Jones, de la Stella Jones Gallery, por su conocimiento sobre la artesanía y cultura afroamericana.

Estamos agradecidos con nuestros primeros lectores: Denver Edwards, Charlotte Gordon, Stephen Gordon, Jardine Libaire, Lynda Loigman, M. J. Rose, Robbin Siegal, Michelle Sowa, Allison Von Vange. También con nuestra editora de mesa, Gina Macedo, por la atención al detalle y verificación de los hechos realizada. Un agradecimiento especial y sincero a nuestra agente, Sally Wofford-

Girand, cuya convicción por este libro y tenacidad para apoyar nuestro deseo de crear algo poderoso y con integridad artística ha significado mucho para nosotras. Y, finalmente, apreciamos mucho a Melanie Fried, nuestra editora, quien se aseguró de que nuestro libro se leyera con intención, claridad y energía; vislumbraste lo que esta obra podía ser a partir de sólo unas pocas páginas de muestra; asimismo, a todo el equipo de Graydon House por su entusiasmo y apoyo.

Acerca de las autoras

ALYSON RICHMAN . Es una reconocida autora de *bestsellers* , además de ser una talentosa pintora. Entre sus obras destacan *Los amantes de Praga* (Planeta, 2017), *Las horas de terciopelo* (Planeta, 2020), *El jardín italiano* (Planeta, 2022) y *La melodía de la memoria* (Planeta, 2023). Se graduó de Wellesley College con un título en Historia del Arte y Cultura Japonesa. Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

SHAUNNA J. EDWARDS . Es originaria de Luisiana. Se especializó en Literatura en Harvard College antes de asistir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York. Exabogada corporativa, ahora trabaja en temas de diversidad, equidad e inclusión. Las recolectoras de hilos (Planeta, 2023) es su primera novela. Vive en Harlem con su marido.

The Thread Collectors , © 2022 by Alyson Richman Gordon & Shaunna D. Jones

Traducido por: Luis Ham
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado Imagen de portada: fotoarte realizado con imágenes de © iStock Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: diciembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0624-1

Primera edición en formato epub: diciembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0626-5

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV



La biblioteca de los nuevos comienzos (Edición mexicana)

Aoyama, Michiko
9786073909419
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela japonesa sobre el poder de los libros que está cautivando al mundo. Más de 300.000 ejemplares vendidos. Un libro puede cambiarte la vida.

En el corazón de Tokio hay una pequeña biblioteca donde trabaja la señora Komachi. Teclea en su computadora como un rayo y en sus momentos de ocio crea pequeñas figuras de fieltro que luego regala a los visitantes más especiales, a los que les pregunta: «¿Qué buscas?». La respuesta parece sencilla, pero la señora Komachi no es como otros bibliotecarios. Ella puede adivinar cuáles son los sueños, los deseos y los pesares de la persona a la que escucha.

Y es así como una recomendación suya les puede cambiar la vida. Solo hace falta que se entreguen a la lectura de un libro inesperado.

La biblioteca de los nuevos comienzos es una oda al poder de los libros que nos enseña que, si se escucha con el corazón y se tiende una mano amiga, todos podemos alcanzar nuestros sueños.



La melodía de la memoria

Richman, Alyson
9786070798030
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Octavio Ribeiro es un soñador comprometido con la libertad, la belleza y la literatura, pero sobre todo es un fiel enamorado de su esposa Salomé. La cortejó con los versos de grandes poetas, pero fueron su inteligencia y su pasión para defender sus ideales lo que terminó de cautivarla. Cuando un golpe de Estado instaura una atroz dictadura en

Chile, Salomé le ruega a Octavio que no exponga a su familia haciéndole frente al régimen, pero para él esto es imposible. No la escucha y es ella quien termina pagando el precio.

Cuando la posibilidad de exiliarse en Suecia se presenta, Salomé descubrirá que el camino de regreso al amor está lleno de verdades dolorosas, pues las secuelas y consecuencias de las acciones de Octavio seguirán teniendo repercusiones sobre ella y los suyos, como la certeza de no poder regresar nunca más a su hogar.

Con una prosa cautivadora que se sumerge en lo más profundo de las relaciones humanas, Alyson Richman nos ofrece una conmovedora novela sobre la familia, el perdón y la libertad.



La mesa herida

Martínez-Belli, Laura
9786073906074
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

.

México, 1935 . Cuando descubre que Diego le es infiel con su hermana Cristina, Frida, que atraviesa un periodo de depresión ligado a su imposibilidad de ser madre, utiliza el dolor como inspiración para

crear *La mesa herida* , una enigmática pintura de gran formato que años después formará parte de la primera exposición de artistas mexicanos en la Unión Soviética.

Moscú, 1947. Olga, una burócrata rusa con una existencia tranquila y comprometida con el Partido, reencuentra su pasión por el arte al conocer la impactante obra de la pintora mexicana. Sin embargo, su vida dará un vuelco cuando se vea envuelta en un oscuro complot para destruir el cuadro. ¿Hasta dónde estará dispuesta a llegar para salvar el trabajo de la artista?

Traiciones, heridas, robos, falsificaciones y tráfico de arte se entretejen en este emocionante *thriller* histórico, inspirado en hechos reales, que nos lleva a descubrir uno de los misterios más grandes de la plástica mexicana: la desaparición de una pieza única que lleva más de medio siglo perdida.



Sorprende a tu mente (Edición mexicana)

Ibáñez, Ana
9786073909037
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

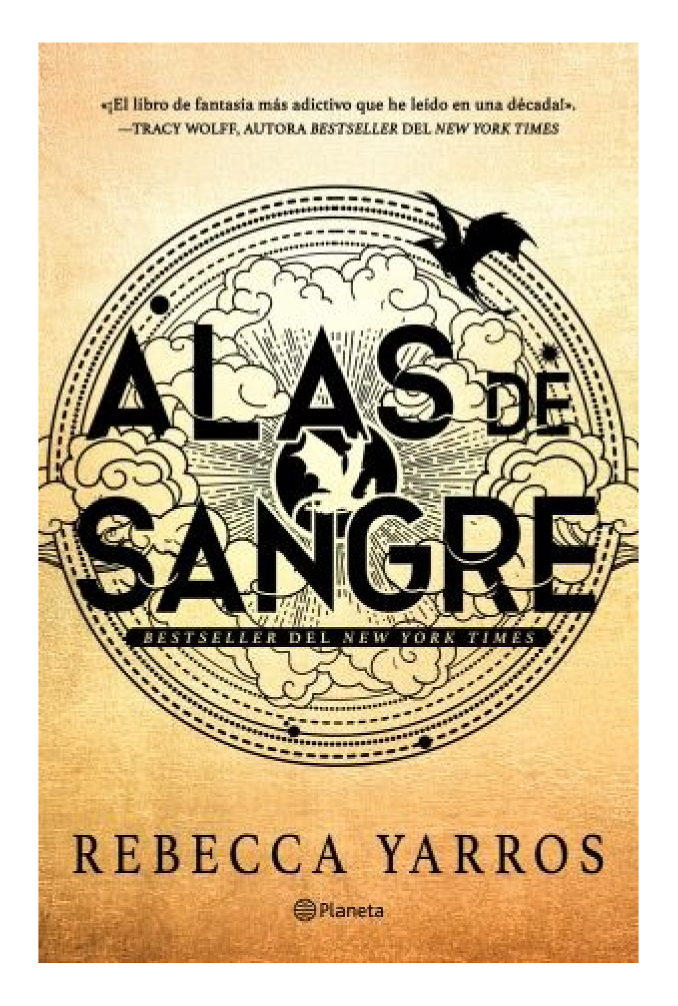
Descubre cómo funciona tu cerebro y aprende técnicas sencillas que te darán el poder para influir sobre tu mente y tus capacidades.

EL CEREBRO SE ENTRENA: ¡DESARROLLA EL TUYO AL MÁXIMO!

Desde respirar —pasando por comer o dormir— hasta la capacidad para razonar, para enamorarnos o para discutir con alguien, todo lo que hacemos pasa por el control cerebral. Nuestro cerebro define quiénes somos y qué potencial tenemos, y entrenarlo para sacarle el máximo partido es posible.

En este libro, Ana Ibáñez repasa los problemas que más a menudo ocupan nuestro cerebro y le impiden dar lo mejor de sí. El estrés, la inseguridad, la ansiedad, el insomnio, la falta de concentración o el descontrol de nuestras emociones a veces parecen vencernos, pero aquí tienes el manual perfecto para ejercitar la mente y superar todos esos obstáculos.

Tú controlas tu cerebro: entrénalo y descubrirás que las posibilidades son infinitas.



Alas de sangre (Empíreo 1)

Yarros, Rebecca

9786073902427

528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!». —Tracy Wolff, autora bestseller del New York Times

Bestseller* del *New York Times

Un dragón sin su jinete es una tragedia. Un jinete sin su dragón está muerto.
—Artículo uno, sección uno del Código de jinetes de dragones

Violet Sorrengail creía que a sus veinte años se uniría al Cuadrante de los Escribas para vivir una vida tranquila, estudiando sus amados libros y las historias antiguas que tanto le fascinan. Sin embargo, por órdenes de su madre, la temida comandante general, Violet debe unirse a los miles de candidatos que luchan por formar parte de la élite de Navarre: los jinetes de dragones.

Cuando eres más pequeña y frágil que los demás tu vida corre peligro, porque los dragones no se vinculan con humanos débiles; de hecho, los incineran. Sumado a esto, con más jinetes que dragones disponibles, buena parte de los candidatos mataría a Violet con tal de mejorar sus probabilidades de éxito; otros, como el despiadado Xaden Riorson, el líder de ala más poderoso del Cuadrante, la asesinarían simplemente por ser la hija de la comandante general. Para sobrevivir, necesitará aprovechar al máximo todo su ingenio.

Día tras día, la guerra que se libra al exterior del Colegio se torna más letal, las defensas del reino se debilitan y los muertos aumentan. Por si fuera poco, Violet sospecha que los líderes de Navarre esconden un terrible secreto.

Amistad, rivalidad y pasión... en el Colegio de Guerra de Basgiath todos tienen una agenda oculta y saben que una vez adentro solo hay dos posibilidades: graduarse o morir.